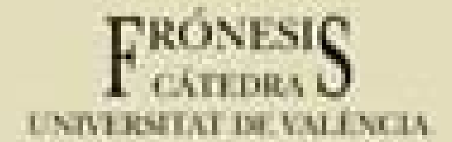
Gérard Noiriel

SOBRE LA CRISIS DE LA HISTORIA



Gérard Noiriel

Sobre la crisis de la historia

Traducción de Vicente Gómez Ibáñez



Título original de la obra:
Sur la crise de l'histoire



Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
Depósito legal: M. 43.312-1997
I.S.B.N.: 84-376-1590-9
Printed in Spain
Impreso en Gráficas Rógar, S. A.
Navalcarnero (Madrid)

Índice

Advertencia[1]

Este libro, aunque aborda problemas que conciernen a todas las ciencias humanas (o sociales), se dirige prioritariamente a los historiadores. La segunda parte (centrada en la historia de las prácticas profesionales) trata de temas que a la mayoría de ellos les son familiares. En cambio, en la primera parte (sobre todo del capítulo 2 al 5), he tenido que abordar discusiones «epistemológicas»[2] que quizás algunos colegas encuentren áridas. Si me he resignado a entrar en el debate de los problemas de «la objetividad» o de la «verdad» históricas, de las relaciones entre «realidad» y «ficción», «ciencia» y «relato», etc., es únicamente porque hoy estas cuestiones ocupan el centro de las polémicas que dividen a los historiadores. He querido poner a disposición de todos lo esencial de los argumentos y de las referencias que me parecen indispensables para el que quiera comprender qué está en juego en estas discusiones.

Este libro debe mucho a las discusiones y reflexiones desarrolladas, desde hace muchos años, en el marco del DEA* de ciencias socia-

---

[1] La trágica desaparición de Bernard Lepetit, que sobrevino tras la corrección de las pruebas de este libro, vuelve un poco irrisorias las páginas dedicadas a la discusión de sus análisis sobre el «giro crítico» en historia, pues él ya no podrá responder a ellas. Es mi deseo que estas páginas se lean como un homenaje a una obra que, tanto en el plano teórico como en el plano práctico, ha representado un papel determinante en la renovación de la reflexión colectiva sobre el futuro de nuestra disciplina.

[2] A lo largo de todo el libro he entrecomillado los términos tomados del lenguaje de la filosofía.

* DEA son las siglas de «Diplôme d'études approfondies», o estudios y diploma de tercer ciclo previos al doctorado. En lo sucesivo se mantendrán las siglas francesas utilizadas por el autor, incluso en los casos en los que, al explicitar su contenido, las iniciales españolas ya no se correspondan con las siglas francesas. *[N. del T.]*

les —asociado a la Escuela Normal Superior (ENS) y a la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (EHESS)— y de la revista *Genèses*. Expreso mi más profundo agradecimiento a todos aquellos que, en estos centros, me han ayudado a elaborar la perspectiva aquí presentada. Quisiera expresar más particularmente mi gratitud a Jean-Claude Chamboredon, de quien he aprendido lo más importante que necesitaba saber para comprender el extraño mundo de la «ciencia».

PRIMERA PARTE

Savoir-faire y poder decir

Capítulo 1

Tiempo de dudas

Tal sentimiento de desarraigo no existe en ninguna otra especialidad. No hay otra disciplina en la que se pueda hallar tantas figuras de primera fila *(leading figures)* expresando su consternación y desaliento ante la situación actual de su ámbito de investigación. Y la frecuencia de estas manifestaciones parece aumentar año tras año.

Peter Novick, *That Noble Dream. The «Objectivity Question» and the American Historical Profession*, 1988.

Es también el estatuto de la historia misma, en tanto que disciplina científica, lo que hoy está en juego.

Jean Boutier y Dominique Julia, *Passés recomposés*, 1995.

Desde hace una década, la «crisis de la historia» se ha convertido en tema privilegiado de las discusiones entre los historiadores que reflexionan sobre el estado actual y el porvenir de su disciplina. Antes de entrar en el examen detallado de los argumentos que se aducen para ilustrar esta constatación de «crisis», hay que empezar por subrayar que al respecto no hay unanimidad. De los resultados del Seminario internacional sobre la historia organizado por la UNESCO en 1986, François Bédarida concluye que en la mayoría de los países

del mundo, a pesar del problema que plantea la disminución de la contratación en las universidades, la situación de la historia es bastante buena. Desde los años 60, la profesionalización de la disciplina ha dado un considerable salto hacia delante, lo que se ha traducido en la multiplicación de puestos e instituciones de investigación. De este modo ha podido desbrozarse un gran número de nuevos campos de estudio. En los países en los que la historia todavía es una ciencia joven, se han hecho progresos decisivos en la elaboración de instrumentos de trabajo (sobre todo en la archivística). Beneficiándose «de una evidente desafección hacia ciertas ciencias sociales que habían tenido primacía durante el período de crecimiento, entre 1950 y 1970», la historia, y sobre todo la historia contemporánea, provoca desde entonces un verdadero entusiasmo entre el público, que se refleja en el dinamismo de la edición histórica, en la creciente demanda proveniente de los museos, de la docencia y del medio audiovisual[1]. Otros historiadores han acogido con escepticismo el diagnóstico de «crisis de la historia», relativizándolo[2] o subrayando que no se apoya en prueba tangible alguna[3]. Es indiscutible que toda reflexión sobre el tema está minada de antemano por el hecho de que no existe ningún criterio objetivo para medir tal «crisis», puesto que quienes participan en la discusión son generalmente juez y parte. Basta un simple examen de los análisis existentes para comprender que los puntos de vista están fuertemente predeterminados por la posición que unos y otros ocupan en la disciplina y más generalmente en el ámbito intelectual. Cuando un filósofo o un sociólogo hacen referencia al estado de salud de la historia, sus argumentos no pueden examinarse sin tener en cuenta la lucha de las diciplinas «literarias» por la supremacía en la jerarquía de saberes. Asimismo, un historiador puede proclamar la «crisis» de su disciplina con el propósito de desacreditar a sus competidores o a sus predecesores (cuyos trabajos se jugza «superados», «clásicos»,

---

[1] F. Bédarida, «Le métier d'historien aujourd'hui», en R. Rémond (dir.), *Être historien aujourd'hui*, Eres, 1988, págs. 283-290. Uno de los intereses de esta obra es que ofrece un panorama mundial de la investigación histórica, mientras que mayoritariamente las reflexiones sobre el tema se limitan a un solo país o al mundo «occidental».

[2] Es el caso, por ejemplo, de J. W. Scott, «History in Crisis? The Others'Side of the Story», *American Historical Review*, 1989, 1, págs. 680-692, quien señala que los argumentos sobre la «crisis» proceden fundamentalmente de aquellos cuyas posiciones hegemónicas se han visto desestabilizadas por la aparición de nuevas corrientes de investigación.

[3] Cfr., por ejemplo, R. Chartier, «Le monde comme représentation», *Annales E.S.C.*, 6, noviembre-diciembre, 1989, págs. 1.505-1.520.

«tradicionales») y para hacer prevalecer sus propias investigaciones (presentadas como «soluciones» a la «crisis»). En la actualidad, cualquiera que sea el ámbito que se considere, lamentar o predecir «la crisis» se ha convertido en un paso obligado en toda discusión polémica, en un argumento central en las estrategias reivindicativas. A decir verdad, en ello no hay nada nuevo. Bajo formas diferentes, el tema de la «crisis de la historia» aparece como una constante desde hace casi dos siglos. En 1820, Augustin Thierry[4] afirmaba que ya no era posible escribir la historia como se había hecho hasta entonces. En 1868, Renan plantea públicamente el problema del declive de la historiografía francesa[5] y, en el cambio de siglo, Péguy denuncia los callejones sin salida de la historia «positivista»[6]. Las mismas inquietudes, los mismos cuestionamientos se reiteran infatigablemente a lo largo del siglo XX. Nadie ha olvidado la famosa frase de Paul Valéry afirmando, a fines de los años 20, que «La historia es el producto más peligroso que la química del intelecto haya elaborado»[7]. En los años 50, Henri-Irénée Marrou observa con amargura: «en historia, la pérdida de confianza es una de las manifestaciones de la crisis de la verdad»[8]. Poco tiempo después, la ola estructuralista vendría a insistir en lo mismo.

Este libro no pretende proponer un diagnóstico más sobre el estado de salud de la disciplina, sino más bien comprender las razones que hacen que un número cada vez mayor de historiadores hablen de «crisis», mientras que la historia jamás ha gozado de un prestigio tan grande como ahora, no solamente entre el gran público, sino también en el mundo intelectual (desde hace algunos años, la vuelta a la historia es una característica compartida por la mayoría de las ciencias sociales). Ésta es la paradoja que, a mi juicio, constituye el aspecto más nuevo de la situación actual. Hasta ahora, en efecto, los discursos sobre la «crisis de la historia» provenían fundamentalmente de las disci-

[4] Cfr. su primera carta sobre la historia de Francia, aparecida en el *Courrier français*, reproducida en A. Thierry, *Dix ans d'études historiques*, Furne et Cie, 1851 (6.ª ed.), páginas 11 y ss.

[5] Cfr. E. Renan, *Questions contemporaines*, en *Oeuvres Complètes*, Calmann-Lévy, t. 1, 1947 (1.ª ed., 1868).

[6] C. Péguy, «De la situation faite à l'histoire et à la sociologie dans les temps modernes», en *Oeuvres Complètes en prose*, Gallimard, 3. vols., 1988, t. 2, págs. 480-519 (1.ª ed., 1906), y «Langlois tel qu'on le parle», en *Oeuvres Complètes*, ed. cit., 1992, t. 3, págs. 828-847 (1.ª ed., 1913).

[7] P. Valéry, «De l'histoire», en *Regards sur le monde actuel et autres essais*, Gallimard, 1988, pág. 35 (1.ª ed., 1945).

[8] H. I. Marrou, *De la connaissance historique*, Seuil, 1975, pág. 12 (1.ª ed., 1954). (Trad. esp.: *El conocimiento histórico*, Barcelona, 1968.)

plinas que competían con ella. Cuando los historiadores los asumían, reflejaban un sentimiento ampliamente extendido en la opinión pública (como inmediatamente después de las dos guerras mundiales, cuando la cuestión de la «derrota de la historia» era ampliamente debatida). Para comprender las razones de esta inversión de perspectivas, en este capítulo examinaré los principales argumentos (de orden sociológico, institucional e intelectual) que hoy se aducen para demostrar la existencia de una «crisis de la historia»[9].

UNA «COMUNIDAD DESINTEGRADA»[10]

Una de las preocupaciones más recurrentes en los escritos actuales sobre el tema es el «desmigajamiento» de la historia. Al principio, en Francia esta evolución de la disciplina se entendió como una prueba de dinamismo[11], antes de que se la deplorara y considerara como una ilustración de la desintegración de la comunidad profesional de historiadores[12]. En la voluminosa obra que ha dedicado a las transformaciones de la historiografía americana durante el último siglo, Peter Novick muestra que esta sensación de desintegración está también ampliamente extendida al otro lado del Atlántico. Según él, a partir de los años 80, un número cada vez mayor de historiadores han llegado a la conclusión de que «la historia no constituye ya una disciplina coherente; no sólo porque el todo sea inferior a la suma de las partes,

---

[9] El análisis se refiere sobre todo a Francia (secundariamente a Estados Unidos) y confiere prioridad a la historia contemporánea, período que he tomado como objeto de mis investigaciones empíricas y que por tanto me es más familiar que los demás.

[10] El término «comunidad» se toma aquí en un sentido amplio y «neutro». Designa el conjunto de individuos que realizan investigaciones históricas en el marco de su actividad profesional. En los capítulos siguientes veremos la definición más precisa que es posible dar de esta palabra.

[11] La prestigiosa colección lanzada por Pierre Nora a comienzos de los años 70, «La Bibliothèque des histoires», lleva toda ella el signo de esta diversificación. Una década después, la crítica de este desmigajamiento es el tema central del libro de F. Dosse, *L'histoire en miette*, La Découverte, 1987. (Trad. esp.: «La historia en migajas: de "Annales" a la "nueva historia"», Valencia, 1989.)

[12] En Francia, uno de los primeros gritos de alarma fue lanzado hace casi diez años por D. Roche, «Les historiens aujourd'hui. Remarques pour un débat», *Vingtième siècle*, 12, 1986, págs. 3-20. Las actuales preocupaciones de los historiadores sobre su disciplina han sido reunidas en el balance colectivo publicado recientemente por D. Julia y J. Boutier (dirs.), *Passés recomposés*, Alternative, 1995. Puesto que apareció después de la redacción de este libro, no he podido tener en cuenta la obra de F. Bédarida (dir.), *L'histoire et le métier d'historien en France 1945-1995*, Maison des Sciences de l'Homme, 1995.

sino porque ya ni siquiera hay todo, sino solamente partes»[13]. Es posible agrupar los argumentos aducidos en favor de este diagnóstico en dos grandes grupos que examinaré sucesivamente: los que confieren primacía a las transformaciones «internas» de la profesión (consecuencia de las transformaciones radicales del mercado laboral universitario) y los que insisten más bien en los factores «externos» (apertura de la historia al mundo exterior).

Las fluctuaciones del mercado laboral universitario y sus consecuencias sobre la profesión de historiador

Desde los años 50, las variaciones de la coyuntura económica han desempeñado un papel esencial en las fluctuaciones del marcado laboral universitario. Tras una fase de expansión del personal sin precedentes, que se extiende desde los años 50 hasta los años 70, sobreviene un período de recesión, que se prolonga asimismo durante unos veinte años, y que a su vez es relevado a comienzos de los 90 por una tendencia a la recuperación de la contratación. Cada uno de estos ciclos ha provocado una «crisis» de la disciplina cuyos efectos parecen acumularse hoy.

Una «crisis de sucesión»

En las décadas que siguen a la Segunda Guerra Mundial, el *boom* de la economía mundial y la democratización de la sociedad conllevan una expansión sin precedentes de la enseñanza superior. En Francia, el número de docentes de las facultades de letras —que prácticamente no había evolucionado desde comienzos de siglo— se decuplica en veinte años (511 en 1949, 1.150 en 1960 y 5.782 en 1969). Para las disciplinas «jóvenes» como la sociología, la antropología o las ciencias políticas (que aparecieron a finales del siglo XIX, pero que a nivel institucional permanecieron en estado embrionario), esto representa un «segundo nacimiento»[14]. En historia, el personal —que la víspera de la Segunda Guerra Mundial ascendía apenas a una centena— sobrepasa los 500 en 1968 y los 1.200 quince años después (400 catedrá-

---

[13] P. Novick, *That Noble Dream, The «Objectivity Question» and the American Historical Profession*, Cambridge University Press, 1990, pág. 577 (1.ª ed., 1988).

[14] Cfr. P. Favre, *Naissances de la science politique en France 1870-1914*, Fayard, 1989.

ticos, 600 profesores de conferencias* y una centena de asistentes en las universidades, más otra centena de historiadores en los grandes centros), sin contar el personal del Centro Nacional de Investigación Científica (CNRS), que cuenta con unos dos cientos investigadores. Cifras a las que hay que añadir los 40.000 profesores de historia en la enseñanza secundaria que, en Francia, tienen la particularidad de estar a menudo muy próximos al mundo universitario (por su formación y por los lazos que siguen manteniendo con la investigación)[15]. La evolución es idéntica en todos los países desarrollados. En Alemania (federal), el conjunto del personal científico que trabaja en los departamentos de historia de los centros de enseñanza superior se cuadruplica entre 1960 y 1975 (de 320 a 1.343 investigadores). En Estados Unidos, entre 1950 y 1975, el número de estudiantes pasa de 5 a 12 millones. El número de tesis doctorales *(Ph D)* defendidas en historia cada año, que llega a las 200 a mediados de los años 50, se ha multiplicado por seis en veinte años, hasta alcanzar la cifra récord de 1.200 en 1973. El número de miembros de la *American Historical Association* pasa de 2.700 en 1909 a 3.800 en 1945, y a 18.500 en 1970[16].

Para comprender por qué la vertiginosa multiplicación del número de plazas ha podido desestabilizar las comunidades universitarias, especialmente en historia, es necesario anticipar los análisis que después desarrollaremos de forma más amplia y recordar rápidamente a qué principios se debía el equilibrio de la profesión antes de la Segunda Guerra Mundial. En el caso francés, se constata que desde fines del siglo XIX los historiadores son ya lo suficientemente numerosos como para constituir una pequeña comunidad profesional, mientras que en las demás disciplinas la profesión se reduce aún a algunas personalidades. Pero dado el papel esencial que desempeñó el poder político en la institucionalización de la profesión de historiador, dicha comunidad no pudo alcanzar sino una autonomía parcial. Si la Tercera Repú-

* En el sistema educativo francés, «Maître de conférences» es el nombre que recibe el encargado de un curso antes de acceder al título de profesor. *[N. del T.]*

[15] Estos datos han sido extraídos del artículo de D. Roche, ed. cit. Actualmente, en las universidades francesas son 10.000 los estudiantes que se matriculan cada año en el primer curso de historia.

[16] En relación con Alemania, cfr. W. J. Mommsen, «La situation de l'historien et l'enseignement de l'histoire dans la République fédérale d'Allemagne», en R. Rémond (dir.), *Etre historien...*, ed. cit., pág. 32. En relación con Estados Unidos, cfr. P. Conkin, «Bleak Outlook for American History Jobs», *Perspective,* vol. 31, núm. 4, abril, 1993, pág. 10, y T. Tackett, «La communauté scientifique américaine: un risque de désintégration?», en D. Julia y J. Boutier (dirs.), *op. cit.,* pág. 306.

blica favorece fuertemente las ambiciones profesionales de los historiadores universitarios, al mismo tiempo hace de la historia una ciencia practicada principalmente por funcionarios situados en la cima del poder central. En Francia, aún hoy, es el gobierno el que define las grandes líneas de la política universitaria a la que aquéllos están sometidos; el Ministerio Nacional de Educación, que controla el mercado laboral (a través de la publicación de las plazas en el *Boletín Oficial*)[17], fija el montante y el reparto de los sueldos. Aunque han logrado dotarse de sus propios instrumentos de comunicación interna (gracias a la creación de la *Revue Historique* fundamentalmente), para la publicación de sus obras científicas los historiadores universitarios siguen dependiendo de la edición comercial, y por tanto de las leyes del mercado; el sistema de publicaciones universitarias nunca ha estado muy desarrollado en Francia. Desde fines del siglo anterior, los historiadores se adaptan a esta situación esforzándose por ocupar posiciones importantes tanto en las grandes empresas editoriales (en calidad de directores de colección o de consejeros literarios) como en los organismos estatales que controlan la disciplina[18]. Esta estrategia ha permitido que la historia conserve su lugar relevante en el seno del sistema universitario francés. Pero, al mismo tiempo, la profesión está desgarrada entre preocupaciones e intereses muy diversos. Desde su nacimiento, pues, la «comunidad profesional» de los historiadores franceses se muestra amenazada por la «desintegración». No obstante, las reformas universitarias de la Tercera República, sobre todo las concernientes a la tesis de doctorado, procuran asimismo instrumentos capaces de contrarrestar estas tendencias centrífugas. En efecto, el nuevo poder delega en los historiadores la responsabilidad de definir los criterios de cientificidad propios de su disciplina y de velar por su transmisión de una generación a otra —lo que les asegura el control sobre la reproducción del cuerpo. Elemento fundamental en torno al cual se organizan a la vez las carreras individuales y la vida de la colectividad, la «tesis de doctorado» se convierte rápidamente en el principal instrumento de autonomía profesional de que dispone la comunidad de

[17] Para la asignación de puestos universitarios, el poder de las comisiones locales de especialistas (que aporta cada centro) es atenuado por el derecho de supervisión de las comisiones nacionales, cuya modalidad y amplitud varían según épocas.

[18] Aquí sólo podemos evocar la figura emblemática de uno de los principales «padres fundadores» de la historia universitaria francesa: Ernest Lavisse, «cerebro» del Ministerio de Instrucción Pública y, a la vez, personaje muy influyente en las ediciones Hachette.

historiadores. Está concebida como una investigación de gran envergadura (suele prolongarse durante unos diez años), sometida al juicio de los iguales, que —en el inevitable ritual del acto de defensa— no sólo evalúan los conocimientos del candidato, sino también su respeto a las normas en las que reposa la identidad colectiva del grupo. La importancia atribuida a la tesis de doctorado se debe también al hecho de que materializa una relación maestro-alumno fundada en lazos de dependencia casi domésticos, pero que también pueden ser tranquilizadores. El punto de vista del maestro sobre el trabajo del alumno constituye para éste un punto de referencia fundamental, gracias al cual interioriza progresivamente el lenguaje de la disciplina. Por otra parte, el alumno sabe (normalmente) que puede contar con su «jefe» para avanzar en su carrera. Hasta los años 50, este frágil equilibrio se ve favorecido por la relativa homogeneidad de la profesión. La mayor parte de los historiadores provienen del mismo medio social. Han sido formados con el mismo molde universitario y han obtenido los mismos diplomas. Además, como el número de ayudantes no es mucho más elevado que el de catedráticos, cualquier recién llegado puede esperar acceder a los peldaños superiores cuando llegue su turno. En la base, la designación adquiere la forma de una cooptación anticipada por la que los mayores eligen no a subordinados, sino a potenciales iguales. En estas circunstancias, incluso quienes están situados en la parte inferior del escalafón apenas se sienten inclinados a poner en cuestión las reglas comunitarias[19]. Naturalmente, no hay que idealizar este tipo de funcionamiento. En el período de entreguerras, la generación de Lucien Febvre y Marc Bloch tuvo que esperar pacientemente mucho tiempo antes de que los «maestros» de la generación precedente les cediesen su lugar. Daniel Roche recuerda que, aún en los años 50, todo el sistema «reposaba a la vez en estrategias personales y colectivas de dominación y en la instauración de la competencia real». No obstante, añade, el sistema «permitía suficientes casos concretos en los que el buen alumno ascendido era también objeto de una auténtica promoción social, como para que una movilidad siempre relativa —así lo demuestran los análisis estadísticos— fuese interiorizada como un modelo eficaz»[20].

Tras la Segunda Guerra Mundial, el crecimiento explosivo del personal pone fin a esta lógica, comportando lo que Pierre Bourdieu ha llamado una «crisis de sucesión», que llega a su paroxismo con la re-

---

[19] Cfr. a este respecto el análisis de P. Bourdieu, *Homo Academicus*, Minuit, 1984.

[20] D. Roche, *op. cit.*, pág. 6.

vuelta estudiantil de mayo del 68[21]. Puesto que el número de puestos situados en la parte inferior del escalafón (categoría B) ha aumentado mucho más deprisa que el de catedráticos (categoría A), las desigualdades se acrecientan rápidamente en el seno de la disciplina. Los historiadores que han logrado terminar su tesis durante este período acceden fácilmente a los puestos más elevados. Pero la mayoría de los recién llegados choca muy pronto con la lógica del «embudo» y sólo una pequeña parte de ellos puede aspirar al rango profesoral. De este modo, el principio igualitario sobre el que reposaba el anterior ideal colectivo es aniquilado, pues ya no resulta creíble. Al mismo tiempo, el crecimiento excepcional del personal se traduce en una diversificación institucional hasta entonces desconocida. Si bien la centralización parisiense queda incuestionada, en las universidades de las grandes ciudades de provincias se constituyen nuevos núcleos de enseñanza y de investigación. En París, la Sorbona ve amenazada su supremacía con el desarrollo de la sección VI de la Escuela Práctica de Altos Estudios (creada en 1947, obtiene su autonomía en 1975) y la creación de los primeros grandes laboratorios de investigación histórica a comienzos de los años 80: el Instituto de Historia Moderna y Contemporánea (IHMC) y el Instituto de Historia del Tiempo Presente (IHTP). El crecimiento del personal acentúa, de forma casi mecánica, la burocratización de la gestión de los asuntos universitarios. En una comunidad que no cuenta más que con un centenar de miembros y en la que todo el mundo se conoce, la delegación del poder se acepta tanto más fácilmente cuanto que reposa en relaciones de confianza y en la familiaridad que cada miembro tiene con los problemas planteados y con los modos de tratarlos. Cuando el personal es diez veces mayor, este tipo de relaciones interpersonales ya no resulta posible. Las relaciones profesionales se toman cada vez más «contractuales», mediatizadas por la escritura. En el seno de la comunidad de historiadores, la prolongación de las cadenas de interdependencia tiene como resultado el alejamiento de los centros de poder de quienes están situados en la base del escalafón. Así, cada vez son más los historiadores que ven cómo su participación en la vida colectiva se reduce a un acto de voto para nombrar a «representantes» a quienes desconocen, encargados de gestionar los organismos cuyo funcionamiento les parece oscuro. La burocratización de las profesiones universitarias está en el origen de las nuevas desigualdades existentes entre un reducido número de privilegiados que continúan funcionando conforme al an-

[21] P. Bourdieu, *op. cit.*

tiguo modelo del conocimiento mutuo y de la familiaridad con los engranajes del poder (a menudo en detrimento de su propia investigación, dado el tiempo considerable que ahora hay que dedicar a estas actividades burocráticas y al mantenimiento de las redes) y la mayoría de profesionales, cada vez más alejados de los centros de poder, y no obstante situados bajo la dependencia de la elite que controla la promoción, los traslados, la distribución de créditos, etc. El crecimiento del personal provoca mecánicamente una explosión del número de publicaciones. Las tesis son entonces demasiado numerosas para poder publicarse todas, como era la regla antes de los años 60. De este modo el círculo de sus potenciales lectores se reduce considerablemente. Dada la profusión de investigaciones, ningún historiador puede ya estar al corriente de todas las que conciernen a su ámbito de competencia; y ello tanto más cuanto que las reseñas publicadas en las revistas especializadas aparecen con una demora cada vez más importante, pudiendo llegar a ser de varios años. Si se considera que todo investigador tiene derecho a esperar que su trabajo sea leído y discutido con conocimiento de causa, se comprende la magnitud de las frustraciones provocadas por la evolución de los acontecimientos. Todos estos factores, a los que habría que añadir la diversificación de los orígenes sociales del personal docente-investigador contratado durante las décadas de expansión, explican la multiplicación de los conflictos que tendrán lugar en las universidades desde finales de los años 60; años marcados fundamentalmente por las violentas divisiones entre ayudantes y catedráticos en el mayo del 68, por las frecuentes denuncias del poder de los «mandarines» y de las injusticias imputadas a las comisiones de contratación[22].

Una crisis de contratación

El ciclo que se abre a comienzos de los años 70 está marcado por el brutal receso de la contratación en las universidades. En Francia, mientras que hacia 1970 había treinta candidatos para media docena

[22] El que hasta el presente la disciplina haya sido fundamentalmente una comunidad masculina, comienza también a cuestionarse a partir de los años 60. Las cifras oficiales demuestran que a comienzos de los 90, en Francia, en las disciplinas de humanidades las mujeres no ocupan aún más que el 23,7% de los cargos titulares, mientras que el 40,5% de los ayudantes son mujeres. Cfr. Comité Nacional de Evaluación de los centros públicos de carácter científico, cultural y profesional (en lo sucesivo CNE), *Les enseignants du supérieur,* junio, 1993 (mecanografiado).

de plazas como historiador en el CNRS, en 1985 son 130 los que se disputan 4 plazas. En Gran Bretaña, las medidas de reducción del personal universitario significan un descenso del 10% en el número de tesis presentadas entre 1978 y 1984. En Estados Unidos, la caída llega al 50% entre comienzos de los años 70 y comienzos de los años 80 (de 1.200 a 600 *Ph D* defendidas anualmente en historia). «Una crisis de superpoblación académica se declara cuando centenares de historiadores, hombres y mujeres, se encuentran sin empleo»[23]. El cambio de coyuntura acentúa el bloqueo de las carreras y cierra las puertas de la enseñanza superior a la inmensa mayoría de jóvenes que podían aspirar a ella. El fuerte contraste entre la idea del futuro que estos jóvenes han interiorizado durante los buenos tiempos, cuando todavía eran estudiantes, y las perspectivas que se les ofrecen, suscita entre los «sacrificados» un descontento que halla eco incluso en las instancias superiores de la disciplina. Desde entonces, la reflexión sobre la crisis de la historia se centra en la cuestión de las salidas profesionales.

Así, Daniel Roche observa que «las justificadas reivindicaciones de los excluidos, de los que, pese a sus títulos y capacidades, han quedado fuera de juego, se suceden creando malestar y amargura en una y otra parte de la barrera». Subraya que el receso de la contratación acentúa el envejecimiento de la comunidad; lo que a muchos les parece una grave amenaza para el futuro de ésta[24]. René Rémond, en un artículo publicado asimismo a mediados de los años 80, subraya que «el receso prácticamente total de la contratación que se produce desde hace unos diez años deja sentir ya sus efectos: el conjunto del cuerpo docente envejece, con el inevitable cortejo de inconvenientes resultante de esta deformación de la pirámide de edades; disminución de la producción, agotamiento de la imaginación, cerrazón ante la novedad. [...] La espiral se ha roto. La producción corre el riesgo de desa-

---

[23] Cfr. en relación con Francia, D. Roche, *op. cit.* En relación con Gran Bretaña, E. J. Hobsbawm, *Situation actuelle de l'historie en Grande-Bretagne,* en R. Rémond (dir.), *Être historien...*, ed. cit., pág. 68. En relación con Estados Unidos, cfr. P. Conkin, *op. cit.*, y T. Tacket, *op. cit.*, pág. 308.

[24] En 1983, de los 351 profesores titulares de historia moderna y contemporánea, sólo 24 habían nacido después de 1940; 327 tenían más de 43 años. De los 615 profesores de conferencias, sólo 62, es decir apenas un 10%, habían nacido después de 1940, y menos del 1% después de 1950, según D. Roche, *op. cit.* En 1991-1992, los efectos de este envejecimiento son aún mayores. En el conjunto de las facultades de letras, el 44% de los profesores de conferencias tiene al menos 50 años; una cuarta parte de ellos tiene más de 55 años; cfr. CNE, *Les enseignants du supérieur,* ed. cit.

parecer»[25]. Quienes son mantenidos fuera de la comunidad de historiadores profesionales —aunque hayan cumplido con la tesis y lleven a cabo investigaciones de fondo que en algunas ocasiones los historiadores de oficio abandonan en favor de actividades anejas— intentarán «evitar la fortaleza» universitaria ofreciendo sus competencias como investigadores a otras instituciones. En Francia, los jóvenes historiadores confinados en la enseñanza secundaria desempeñan un papel decisivo en la creación de un gran número de asociaciones de historia, que en algunos años van a renovar profundamente el mundo de las sociedades culturales. La historia de las técnicas, de las empresas, del patrimonio, de las culturas populares y de la inmigración son otros tantos ámbitos que van a enriquecerse considerablemente gracias a la aportación de estas sociedades. En países como Estados Unidos, donde las universidades, sean privadas o públicas, se presentan como «pequeñas repúblicas» muy independientes del Estado central, las relaciones entre investigadores han quedado aseguradas, desde un principio, por las asociaciones profesionales. Gracias a ellas, indudablemente, la cohesión de la disciplina ha podido mantenerse más tiempo que en Francia. No obstante, ésta tampoco resiste la crisis de los años 70. Entre 1969 y 1984, la *American Historical Association* ha perdido el 40% de sus miembros en beneficio de asociaciones profesionales disidentes o mucho más especializadas. El proceso consistente en evitar las instituciones académicas da origen a la *public history.* Los historiadores titulados que no encuentran trabajo en la universidad buscan empleo en el sector «privado», ofreciendo sus servicios a empresas, sindicatos, asociaciones locales... En Gran Bretaña y en Alemania, el movimiento de los *history workshops* testifica una evolución del mismo género, aunque con un signo mucho más militante, puesto que los historiadores que forman parte de ellos quieren poner sus capacidades al servicio de las clases populares, a fin de que éstas puedan hacer por sí mismas su historia colectiva. Evidentemente, los historiadores pertenecientes a estas estructuras «alternativas» son extremadamente críticos hacia las instituciones universitarias que no los han querido. En una situación caracterizada por la radicalización política de la izquierda intelectual, suman su voz a la de los historiadores que denuncian «la historia oficial» desde dentro.

Así se originan conflictos institucionales que se traducen, como veremos más adelante, en la multiplicación de las polémicas referidas

---

[25] R. Rémond, «Situation de l'histoire en France», en R. Rémond (dir.), *Être historien...*, ed. cit., pág. 238.

a las pretensiones de objetividad del saber histórico, a la complicidad que éste mantiene con los poderes establecidos, etc.

Una crisis de la función universitaria

Al parecer, a finales de los años 80 esta fase de recesión ha llegado a su término. En Estados Unidos, el número de *Ph D* ha conocido un ligero progreso desde esta fecha, estabilizándose en 700 por año. En Francia, el número de personal docente-investigador en las facultades de letras y de ciencias humanas ha aumentado un 50% entre 1988-1989 y 1991-1992[26]. Pero con estas cifras no hay que hacerse ilusiones. Si actualmente la coyuntura es más favorable que en la década anterior, no puede compararse a la de los años 60. Hoy no asistimos a un período de desarrollo de las comunidades universitarias, sino a una fase de *reproducción* del cuerpo universitario.

Pese al crecimiento regular de la población estudiantil (más de un 18,2% entre 1988-1989 y 1991-1992 en el caso francés), el número total de plazas tiende a estancarse, incluso a disminuir[27]. La mejoría de la coyuntura se debe únicamente a la necesidad de reemplazar a la generación contratada masivamente en los años 60 y que, progresivamente, alcanza la edad de jubilación. Las dificultades económicas y sociales y los nuevos problemas que plantea la reproducción del cuerpo universitario están en el origen de las nuevas preocupaciones que hoy afloran. Como subraya Christophe Charle, «la sensación de crisis que prevalece en la comunidad universitaria procede, es evidente, del cambio de función de la enseñanza superior en las sociedades contemporáneas»[28]. Los imperativos económicos hacen que las universidades gestionen al mínimo coste la numerosa afluencia de estudiantes, lo que se traduce en medidas tendentes a dejar al margen las actividades científicas en las universidades, en favor de las tareas pedagógicas. Si en Francia, a finales de los años 80, se tomaron importantes medidas para reconstruir un «vivero» de jóvenes investigadores (multiplicación de las asignaciones para investigación, de las plazas de investigadores y de ayudantes de investigación)[29], gran parte de los

[26] Cfr. CNE, *Les enseignants...*, ed. cit.

[27] El gran número de plazas creadas por el gobierno socialista a comienzos de los años 90 respondía a medidas coyunturales que luego fueron abandonadas.

[28] C. Charle, *La République des universitaires,* Seuil, 1994, pág. 466.

[29] Estas medidas explican sin duda la reciente progresión del número de tesis en ciencias humanas (2.470 tesis en 1992, es decir, un crecimiento del 58% respecto a 1989).

puestos de trabajo creados en los últimos años no son las clásicas plazas universitarias (profesores de conferencias y profesores titulares), sino destinos temporales para profesores de secundaria que implican una dedicación docente mucho más gravosa que la impuesta a los demás cuerpos[30]. Dadas estas cargas, los recién llegados temen no poder terminar su tesis y, por tanto, verse confinados en tareas pedagógicas durante toda su vida. La considerable reducción de las actividades científicas en la universidad es tanto más grave cuanto que no exime a ninguna de las categorías del personal. Un reciente informe oficial observa que para hacer frente al crecimiento del número de estudiantes, «algunas universidades tienen que solicitar a sus docentes-investigadores un servicio tan importante en horas complementarias, que a éstos ya no les queda tiempo para dedicarse a la investigación». Un tiempo que es aún más escaso, puesto que «en los últimos años la burocracia universitaria se ha hecho extremadamente gravosa» y puesto que «en algunas universidades el trabajo derivado de los exámenes [se ha] vuelto tan abrumador que requiere casi tantas semanas como las dedicadas a la enseñanza». Por eso, concluyen los autores del informe, el término más frecuente en las respuestas a las encuestas es el de «agotamiento»[31]. Esta evolución contribuye a acentuar la sensación de «desintegración» de la comunidad de historiadores, pues tiende a enfrentar a los universitarios —cuyo tiempo de trabajo se ve cada vez más acaparado por tareas administrativas y pedagógicas— y a los historiadores del CNRS o de los grandes centros científicos, cuya actividad está consagrada esencialmente a la investigación[32]. Esta división se manifiesta claramente en las divergencias que enfrentan a los representantes de ambos medios. El alegato en favor de la función de la figura del docente-investigador recientemente publicado por Antoine Prost, expresa un sentimiento ampliamente compartido por los historiadores de las universidades: «Sin embargo, antes de recusar demasiado precipitadamente la historia de los profesores, convendría hacer un

---

Cifras extraídas del informe de M. Quenet, *Rapport sur la condition des personnels enseignants de l'enseignement supérieur,* 1994 (mecanografiado).

[30] Este tipo de plazas representa hoy el 37% del total de los puestos de trabajo en las facultades de letras y ciencias humanas; cfr. el informe de M. Quenet, ed. cit., página 65.

[31] Informe Quenet, ed. cit., págs. 42 y ss.

[32] Las transformaciones técnicas del oficio de historiador pueden agravar esta división, pues la creciente necesidad de servirse de recursos comunes (como las bases de datos) amenaza con provocar un enfrentamiento entre los investigadores integrados en equipos de investigación y los investigadores aislados.

balance sincero de lo que la posición de la historia y de los historiadores en este país debe al hecho de que la historia sea una asignatura obligatoria en primer y segundo ciclo. Personalmente temo que si se olvida o se recusa la función social que justifica el lugar, el reconocimiento y la legitimidad de la que los historiadores disfrutan, éstos dejen al margen su disciplina»[33]. Esta cita permite comprender que la crisis de la función universitaria no se reduce a un cuestionamiento de la actividad investigadora por parte de la administración. Se trata, más fundamentalmente, de un interrogante general acerca de la definición misma del «oficio de historiador» en el mundo de hoy y de los criterios que posibilitan evaluar las formas de ejercerlo. A esta inquietud se debe el que el gran libro que Marc Bloch dedicara a esta cuestión, un tanto descuidada durante los años 70 —sobre ello volveré más adelante—, vuelva a cobrar actualidad[34]. Con la supresión de la tesis de doctorado a comienzos de los años 80, los principios sobre los que se basaban las relaciones de poder en el seno de la profesión sufrieron una fuerte conmoción. El principal instrumento de que disponía la comunidad para contrarrestar las fuerzas centrífugas que amenazaban su autonomía desaparecía en el mismo momento en que, como se verá en la segunda parte de este capítulo, la disciplina se abría cada vez más al exterior. Sin una auténtica reflexión colectiva, se impuso el modelo de *Ph D* americano, cuando ocurre que éste está adaptado a un sistema en que las universidades disponen de una autonomía institucional infinitamente mayor que en Francia. De este modo los historiadores se ven privados de uno de los medios con que resistir a las intervenciones estatales en los asuntos científicos, sin poder imponer otros. Al mismo tiempo, la voluntad de «racionalizar» el gasto público y la descentralización parcial de la gestión de las universidades hacen que los representantes de la Administración intenten medir de forma cada vez

[33] A. Prost, «Seignobos revisité», *Vingtième siècle,* 43, julio-septiembre, 1994, pág. 117.

[34] M. Bloch, *Apologie pour l'histoire ou Métier d'historien,* A. Colin, 1993 (1.ª ed. 1949). (Trad. esp.: *Apología de la historia,* Barcelona, 1984.) En el prólogo redactado para esta edición de la obra, Jacques Le Goff escribe: «un libro como éste conserva, en 1993, buena parte de su novedad, de su necesidad» y añade: «Hay que volver a partir de este libro.» Algunos años antes, Jean-Louis Flandrin afirmaba ya: «la cuestión de Marc Bloch: para qué sirve la historia, sigue siendo actual, pero mis colegas de la nueva historia evitan planteársela o si se la plantean secretamente, no osan hacerlo en público, ni siquiera la plantean a sus colegas»; J. L. Flandrin, «De l'histoire-probleme à l'approche historique des problèmes», en G. Gadoffre (dir.), *Certitudes et incertitudes de l'histoire,* PUF, 1987, pág. 177. El artículo de Daniel Roche, «Les historiens aujourd'hui», *op. cit.*, que invita a los historiadores a una reflexión colectiva sobre las mutaciones que ha sufrido su profesión, aparece todavía como el punto de partida de estas cuestiones.

más rigurosa la «productividad» de los centros y del personal. El Comité Nacional de Evaluación, creado hace algunos años, tiene como objetivo expreso un mejor control del trabajo de los profesores universitarios y la clasificación de los centros en función de la calidad, la productividad y la notoriedad nacional e internacional de sus actividades investigadoras. Uno de los objetivos explícitos de este nuevo organismo es cuestionar los principios en vigor desde 1945, y fundamentalmente la regla según la cual «el sueldo [esté en] función de la categoría de un docente-investigador, y no directamente de su mérito actual»[35]. Considerando que «la libertad de los profesores universitarios no es incompatible con una expresión más completa y mejor respetada, por ambas partes, de las obligaciones inherentes al estatuto», el Comité estudia medidas que posibiliten una «mejor apreciación de las tareas confiadas al personal docente-investigador. Lo que equivale a decir que el individualismo tendrá las cosas más difíciles, o al menos, que éste no se confunde o ya no se confundirá con la necesaria libertad del investigador y del docente [...] Si esta evolución se confirma, se hará menos habitual la situación que, según algunos, hoy predomina, a saber: una situación en la que los docentes son libres para organizar sus actividades a su discreción, disponiendo del tiempo necesario para construir, de forma independiente, su vida profesional en los ámbitos más diversos». Esta preocupación explica los nuevos criterios de evaluación recientemente introducidos por el Ministerio de Enseñanza Superior. Así, el dinamismo científico de las universidades ha sido evaluado calculando la proporción existente entre el número de tesis defendidas y el número de personal docente-investigador de la universidad en cuestión. Pero sobre todo, las instancias que dirigen la investigación científica se basan cada vez más en normas internacionales, particularmente en los índices bibliométricos y en los índices de citas y de publicaciones. El *Social Sciences Citations Index* (SSCI) y el *Arts and Humanities Citations Index* (AHCI), que analizan los estudios publicados en un gran número de revistas científicas internacionales, amenazan así con desempeñar un papel cada vez más importante en las políticas de evaluación. Todas estas innovaciones provocan la inquietud y el descontento de los profesores universitarios. Por una parte, éstos no están satisfechos con las formas actuales de evaluación, y exigen que en materia de contratación y de promoción los criterios estén más claramente definidos, sean más transparentes y tengan en

[35] *Le Monde*, 9 de julio de 1992.

cuenta los diversos elementos que hoy forman parte del ejercicio de los «oficios» universitarios. Pero por otra parte, rechazan los criterios burocráticos que quiere imponerles una administración que ignora los problemas reales a los que ellos han de enfrentarse. La mayoría de ellos considera que recurrir a criterios cuantificables (índices bibliográficos, citas, etc.) no permite evaluar equitativamente la producción científica[36] y penaliza a los universitarios por no considerar sus cargas pedagógicas y administrativas, cuando éstas son cada vez más gravosas[37].

Se necesitaría un estudio más exhaustivo para ver si esta crisis de la función universitaria es específica de Francia o si tiene una amplitud mayor. Si esta crisis parece tener un importante papel en el sentimiento de desarraigo expresado por muchos historiadores, es porque en Francia hoy la profesión se halla inmersa en un proceso de cambio generacional sin precedentes desde los últimos treinta años. Los representantes de «la generación feliz» (François Furet), principales beneficiarios de la expansión de posguerra, que han ocupado el primer plano durante varias décadas hasta el punto de personificar —las figuras de primera fila al menos— la disciplina entera, se acercan progresivamente a la edad de la jubilación. A pesar de todo lo que los enfrentaba, los miembros de esta generación compartían —además de una socialización profesional que les permitió subir con relativa facilidad los distintos peldaños de la carrera e instalarse precozmente en la cima— las mismas referencias fundamentales. Como ha subrayado Pierre Nora, esta generación se definió básicamente en función de sus relaciones con el Partido Comunista y con la vieja Sorbona, por más importancia que se dé a los factores económicos, a los factores políticos, a los métodos «cualitativos» o «cuantitativos»[38]. Hoy, la desaparición de esta «larga generación» acentúa el sentimiento de atomización de la disciplina, tanto más cuanto que la nueva generación llamada a sucederle se presenta dispersa en distintas categorías y carece de auténticos proyectos colectivos. El bloqueo de las carreras y el largo período de

[36] Muchos investigadores se preguntan por qué la Universidad francesa tenía que adoptar una forma de evaluación cuyos efectos perversos han sido denunciados por los científicos más eminentes de los países en los que aquélla se practica desde hace mucho tiempo. También critican el exceso de protagonismo de las revistas anglosajonas en los índices, pues ello penaliza a quienes publican fundamentalmente en revistas francesas.

[37] Toda la información y las citas de este párrafo se han extraído del informe Quenet, ed. cit.

[38] P. Nora (dir.), *Essais d'ego-histoire*, París, Gallimard, 1987.

espera en la enseñanza secundaria que ha vivido la mayoría de sus miembros explica su heterogeneidad, sobre todo en lo que se refiere a la edad. Como muestra la encuesta reciente del Comité Nacional de Evaluación, los puestos de la categoría A que quedaron vacantes por jubilación, hacen que entren en competencia universitarios cuyas edades se escalonan entre los 40 y los 60 años. Dos generaciones «biológicas» están así llamadas a fundirse en una sola generación profesional. Al mismo tiempo, como hemos visto anteriormente, en la base de la pirámide se codean profesores de conferencias que suelen alcanzar, si no sobrepasar, los cincuenta años y jóvenes historiadores recién salidos de la universidad, que se benefician de la reciente recuperación de la contratación.

Una identidad colectiva debilitada por la apertura de la disciplina al mundo exterior

La segunda serie de argumentos aducidos para reforzar el diagnóstico de «desintegración» de la profesión de historiador se refiere a las nuevas relaciones que la disciplina ha establecido con el mundo exterior en los últimos treinta años. En primer lugar, hay que recordar que hasta entrados los años 50, las comunidades profesionales universitarias se estructuraban sobre una base esencialmente nacional. Desde la guerra, la internacionalización de la investigación científica, que siguió a la mundialización de las relaciones que trajo consigo el crecimiento económico, ha conocido una aceleración vertiginosa. Gracias a los progresos del transporte aéreo, al desarrollo de la informática, a la aparición del fax y del correo electrónico, el planeta de los intelectuales se ha convertido en una inmensa «aldea» (al menos para quienes viven en los países ricos). Este proceso ha reforzado indiscutiblemente la integración de la comunidad de historiadores a nivel mundial. Pero, como contrapartida, ha provocado nuevas divisiones a nivel nacional. En el caso francés, hay que subrayar que la internacionalización de la investigación ha sido soportada antes que alentada. Frente a las perspectivas europeas esbozadas por Marc Bloch, desde fines de los años 20, en su proyecto de historia comparativa, las décadas de posguerra se han saldado más bien con un ensimismamiento francés[39]. Es el formidable desarrollo de la historia en Estados Unidos

[39] Cfr. L. Valensi, «Retour d'Orient. De quelques usages du comparatisme», en H. Atsma y A. Burguière (dirs.), *Marc Bloch aujourd'hui. Histoire comparée et sciences sociales*, EHESS, 1990, págs. 307-316.

el que ha venido a perturbar la intimidad de la historiografía nacional. El número de historiadores americanos especializados en Francia ha aumentado en tales proporciones que hoy es superior, en muchas áreas, al número de historiadores franceses que estudian su propio país. Este proceso no podía sino estimular las relaciones entre unos y otros. Incluso si son dos las historiografías de Francia que se elaboran ante nosotros, cada una de ellas fuertemente marcada por el contexto político en el que hunde sus raíces, esta «visión americana» ha favorecido la diversificación de las lecturas de la historia nacional (especialmente en lo que se refiere a la concepción de la «ciudadanía» y del «multiculturalismo»). Pero esta apertura internacional de la investigación histórica también ha engendrado nuevos principios de jerarquización interna. Por una parte, está el reducido número de quienes eligen integrarse en el mercado mundial dominado por los Estados Unidos. Lo que supone un gran esfuerzo para familiarizarse con la lengua inglesa, un importante gasto de energía para acceder a las redes que posibilite publicar en las grandes revistas o en las editoriales anglosajonas, incesantes desplazamientos para participar en coloquios y seminarios internacionales, que se han multiplicado conforme ha ido abaratándose el precio de los billetes de avión. Tal inversión hace posible que un historiador dé a conocer sus trabajos a todos los especialistas de su área, cualquiera que sea el lugar del mundo donde éstos vivan. Pero, como contrapartida, no puede menos de alejarse de las preocupaciones y de los intereses propios del mercado nacional, dominado por los historiadores que se dirigen preferentemente al gran público. Ciertamente, muchos se esfuerzan hoy por conciliar las dos perspectivas, pero resulta inevitable constatar la agravación de los conflictos entre quienes ironizan sobre el «provincialismo» de la historiografía francesa y quienes denuncian la hegemonía americana y la *jet society.*

El desarrollo de «la interdisciplinaridad» es otro aspecto de la apertura de la historia al exterior. Preconizada desde los años 30 por *Annales,* dicha interdisciplinaridad no ha podido concretarse verdaderamente más que con el desarrollo de las ciencias humanas y/o sociales después de la Segunda Guerra Mundial. El modelo interdisciplinar, institucionalizado por vez primera en Francia con la creación de la sección VI de la Escuela Práctica de Altos Estudios, ha sido ampliamente reproducido durante las décadas siguientes. En la mayoría de las universidades, los centros históricos de investigación han colaborado con las disciplinas vecinas. Incluso instituciones al principio muy alejadas de las problemáticas abordadas en la Escuela Práctica de Altos Estudios (como la Fundación Nacional de Ciencias Políticas), han aca-

bado por adoptar este perfil «interdisciplinar»[40]. La interdisciplinaridad ha sido alentada asimismo en el ámbito de la formación de estudiantes, mediante la creación de títulos y concursos en ciencias sociales (DEA, CAPES[*], agregación[**]), en los que la historia no es ya sino una componente entre otras, aun cuando suele conservar un lugar privilegiado. También aquí, contribuyendo considerablemente a la diversificación de la formación de los historiadores, de las redes de sociabilidad en las que éstos se insertan y de los intereses de carrera que persiguen, «la interdisciplinaridad» ha dado origen a nuevos motivos de disputa interna, enfrentando, volveremos sobre ello, a quienes defienden esta apertura y a quienes la responsabilizan de la «crisis» de la historia.

Durante este mismo período, los historiadores franceses se han vuelto hacia el gran público, aprovechando la democratización de la enseñanza (que ha posibilitado una considerable ampliación del mercado de la edición escolar) y el entusiasmo general por la historia. Estamos muy lejos de los años 50, cuando Henri-Irénée Marrou reprochaba a los historiadores su indiferencia hacia la labor de divulgación[41]. Este logro sólo ha sido posible gracias a la introducción de nuevos mecanismos de difusión de los trabajos históricos especializados (cfr. sobre todo las nuevas colecciones de historia creadas a partir de los años 70) y gracias a la apertura de la comunidad de historiadores a esos profesionales de la difusión del saber que son los periodistas de la prensa escrita y del medio audiovisual (algunos historiadores se han convertido incluso en periodistas «a tiempo parcial» para facilitar esta labor de divulgación). En términos más generales: al crecer la demanda social, los historiadores han sido cada vez más solicitados en calidad de expertos por parte de los medios culturales (museos, exposiciones, etc.), pero también por los medios políticos, incluso judiciales (cfr. la comisión de historiadores presidida por René Rémond en el caso Touvier). También esta evolución ha conducido a una importante diversificación de las relaciones internas con la comunidad. Por una

[40] Cfr. R. Rémond (dir.), *Pour une histoire politique,* Seuil, 1988.

[*] CAPES son las siglas de «Certificado de aptitud del profesorado de enseñanza secundaria». *[N. del T.]*

[**] En Francia, la «Agrégation» es la oposición a profesor titular en la enseñanza media o superior. «Agregados» son, lógicamente, quienes ganan esa oposición. Los aspirantes son preparados en los llamados «cursos de agregación», pudiendo obtener becas para la realización de dichos cursos, las correspondientes «becas de agregación». *[N. del T.]*

[41] H. I. Marrou, «Comment comprendre le métier d'historien», en C. Samaran (dir.), *L'histoire et ses méthodes,* Gallimard, 1961, pág. 1.538.

parte, el desarrollo de la divulgación puede considerarse como un factor de integración. La publicación de un manual escolar, de una historia de Francia en varios volúmenes, la dirección de una colección de libros constituyen, innegablemente, proyectos colectivos que relacionan a quienes en ellos participan; crean lazos entre ellos, una comunidad de intereses materiales (derechos de autor) y simbólicos (notoriedad). Pero, por otra parte, como no todos los miembros de la comunidad de historiadores han tenido acceso en igualdad de condiciones a los privilegios de la divulgación[42], éstos consituyen también un factor complementario de tensiones internas. Ciertamente, muchos historiadores se esfuerzan por conciliar la investigación y la divulgación. Pero, como se verá en el capítulo 9, sólo una pequeña minoría ha podido acceder a las colecciones más prestigiosas, a los proyectos más lucrativos. La forma en que se presentan en la prensa los trabajos de investigación acentúa las tensiones internas. En la época en que sólo los periodistas profesionales se encargaban de difundir las obras especializadas entre el gran público, el historiador cuyo libro había sido criticado o ignorado por la prensa no podía responsabilizar más que a los periodistas. Hoy, cuando el elogio, la crítica y el olvido proceden, en gran medida, de los mismos historiadores, son las relaciones internas de la corporación las que lo padecen. El historiador-periodista es en efecto juez y parte, pues cuando los periódicos recurren a él lo que solicitan es su competencia como profesional. Los autores que dependen de él para asegurar su reputación entre el gran público, si están descontentos de sus servicios, no pueden menos de preguntarle con qué derecho habla así en nombre de la historia sin orden de la comunidad; cuáles son los criterios a los que obedecen los juicios o los silencios que deciden sobre el éxito o el fracaso de la obra en cuestión. A modo de hipótesis, puede afirmarse que la acumulación de este tipo de frustraciones explica a la vez la reciente proliferación de libros que denuncian la «mediatización» de la historia y la intensidad de las polémicas que enfrentan a las fracciones rivales del sector histórico-editorial[43]. Asimismo es innegable que la apertura de la historia a la esce-

[42] Dado que la divulgación del saber es esencialmente un trabajo de síntesis que consiste en presentar las investigaciones especializadas de forma simplificada y resumida, el número de quienes acceden al privilegio de la divulgación es, por definición, inferior al número total de historiadores.

[43] Además, el progreso técnico amenaza con acentuar rápidamente estas divisiones. A propósito de la edición de tesis en microfilmes, René Girault señala: «en cuanto a rapidez de difusión de los resultados científicos, representa un enorme progreso. Como

na mediática ha tenido como contrapartida un debilitamiento de los lazos de solidaridad que tradicionalmente unían a los universitarios con sus colegas de la enseñanza secundaria. Mientras que Lucien Febvre era a la vez profesor del Colegio de Francia y presidente de la Sociedad de Historia local (que reunía a miles de historiadores «amateurs» dedicados a la investigación por puro placer), las solicitaciones internacionales y mediáticas han llevado a sus sucesores a ignorar un medio que, en ese mismo momento, estaba siendo profundamente renovado gracias a la aportación de los historiadores de la enseñanza secundaria[44]. Mientras la edición de libros de historia fue próspera, estas tensiones apenas resultaron perceptibles. Siendo la oferta superior a la demanda, por lo general los historiadores deseosos de llegar al gran público pudieron alcanzar su objetivo. Pero el comienzo de los años 90 ha supuesto un cambio de coyuntura. Un estudio del Sindicato Nacional de Editores hace hincapié no sólo en el descenso del promedio de ventas, sino también en el sensible envejecimiento de los lectores y en una disminución del número de los «grandes lectores». Más exactamente, la encuesta demuestra que si bien las cifras globales se mantienen, asistimos al hundimiento de la difusión de las obras técnicas fruto de un trabajo de investigación original, en favor de los libros de divulgación y de los manuales escolares. De ahí la emergencia de «una economía dual» y el desaliento de los investigadores que ya no encuentran editores para sus tesis[45]. La carrera hacia la divulgación contribuye a su vez a agravar la situación, dado que redunda en perjuicio de la calidad del conjunto de la producción lanzada al mercado. Como podía esperarse, el agotamiento de la investiga-

---

contrapartida, no podía menos de producirse una separación casi total entre los trabajos científicos accesibles por el sistema de microfilmes y la publicación de libros. Es ésta una situación completamente nueva», R. Girault, en R. Rémond (dir.), *Être historien...*, ed. cit., pág. 251. La edición histórica corre el riesgo de escindirse en dos. Por un lado, el mercado del libro adaptado a los deseos de un público nacional no especializado. Por otro, el mercado de la «literatura gris», de los artículos especializados y de los microfilmes o del correo electrónico, adaptado a las necesidades de la comunicación internacional.

[44] Sin duda, esta ruptura de relaciones entre los historiadores universitarios y los 40.000 profesores de historia con que hoy cuenta la enseñanza secundaria francesa, es inseparable de la crisis que atraviesa la edición histórica. Habiendo recibido la misma formación inicial que sus colegas universitarios, siendo muchos de ellos titulares de un diploma de investigación y realizando muy a menudo trabajos históricos, los profesores de secundaria constituyen un logro excepcional, gracias al cual las discusiones científicas son capaces de trascender el estrecho círculo de los especialistas reconocidos.

[45] *Le Monde*, 22 de noviembre de 1993.

ción de fondo, consecuencia del envejecimiento del colectivo, ha acabado por repercutir sobre la producción dirigida a un público más amplio, a pesar del caudal de imaginación y de la intensa movilización desplegados para intentar hacer algo nuevo con lo viejo. Pierre Lepape observa que «después de los "quince años gloriosos" inaugurados en 1975, es hora de una reflexión sobre el libro de historia». Lepape atribuye en parte la desafección del público a la disminución de la calidad de los productos lanzados al mercado. Durante estos últimos años, han sido demasiados los editores que han publicado cientos de obras voluminosas [...] merecedoras de las treinta o cuarenta páginas de un artículo de revista»[46].

La apertura de la historia al mundo exterior no es en modo alguno un rasgo exclusivo de Francia. En Estados Unidos, por ejemplo, la investigación interdisciplinar ha sido fuertemente alentada por prestigiosas instituciones como el *Institute for Advanced Study* de Princeton o la *New School for Social Research* de Nueva York, dirigida por Charles Tilly. En las universidades se han constituido nuevos programas de investigación, como los «estudios sobre la mujer» o los *cultural studies*, que rompen el yugo de las antiguas fronteras disciplinares. También aquí, los historiadores conservadores han considerado esta evolución como la causa fundamental de la «desintegración» de la disciplina. No obstante, en el caso americano, la descompartimentalización ha resultado antes de un acercamiento a los medios politizados que de la apertura al gran público. Los historiadores progresistas se han mostrado cada vez más proclives a poner sus competencias profesionales al servicio de causas militantes (luchas de minorías y de comunidades). Pero los esfuerzos de la profesión por conquistar un público más amplio que el círculo de especialistas han fracasado[47]. Por eso, en Estados Unidos lo que acentúa las divisiones internas de la disciplina no es fundamentalmente el conflicto entre normas periodísticas y normas científicas, sino las interferencias entre criterios científicos y criterios políticos.

La atomización de la disciplina y la imposibilidad de llegar a un público más amplio que el círculo de especialistas son la razón de que,

[46] P. Lepape, «La fin des quinze glorieuses», *Le Monde*, 18 de marzo de 1993.

[47] La Asociación de Historiadores Americanos ha lanzado una revista histórica «popular» que se ha saldado con un fracaso, y el lugar de la historia en la enseñanza primaria y secundaria es cada vez menos importante. Sobre esta situación lamentada por muchos en Estados Unidos, cfr. P. Novick, *op. cit.*, pág. 576. Por lo que se refiere a Gran Bretaña, cfr. D. Cannadine, «British history: past, present and future?», *Past and Present*, 116, 1988, págs. 169-191.

pese a la universalidad de la lengua inglesa, el mercado de libros científicos tienda a reducirse. Cada vez más, los editores tienen que pedir ayudas a su universidad para equilibrar su economía. Pero las dificultades financieras a las que se enfrentan las universidades implican una disminución de las subvenciones, lo que obliga a los servicios de publicación universitarios a restringir el número de obras publicadas en perjuicio de los historiadores menos conocidos y de los temas más técnicos. Dada la importancia fundamental que tiene la publicación de la tesis para la carrera de un historiador americano, en el seno de la profesión esta política maltusiana constituye un factor de tensión añadido[48].

«Una crisis del saber histórico»

¿Crisis de innovación?

Para muchos historiadores, más que las mutaciones de la profesión consideradas arriba, son las incertidumbres que afectan al propio saber histórico las que constituyen el signo más evidente de la «crisis de la historia». Me ocuparé ampliamente de estas discusiones «epistemológicas» en los capítulos siguientes. Pero hay que señalar inmediatamente que no es la productividad de la investigación misma lo que se cree amenazado. Basta echar un vistazo al sumario de las revistas especializadas o a los catálogos editoriales para constatar que la historia conserva hoy un importante dinamismo, sobre todo si se atiende a lo que sucede a nivel internacional. Los diagnósticos alarmistas se refieren fundamentalmente al debilitamiento de la innovación en la disciplina. En un editorial dedicado al «giro crítico», el consejo de redacción de *Annales* afirmaba a fines de los años 80: «hoy, parece haber llegado el tiempo de incertidumbres». Y la revista aludía a una «nueva situación, todavía confusa y que es necesario definir para ejercer el día de mañana el oficio de historiador». Para los autores de este texto, la

[48] Ante el aumento de los costes de producción, la considerable disminución de las ayudas públicas a la edición y la caída de las ventas, las ediciones universitarias americanas tienden a publicar exclusivamente libros de los que esperan vender entre 5.000 y 40.000 ejemplares, mientras que anteriormente la horquilla oscilaba entre 900 y 1.500. Los expertos prevén que en el plazo de dos años no se lanzará al mercado ninguna monografía, mientras que los jóvenes historiadores están obligados a realizar tesis de carácter monográfico; cfr. J. Shulevitz, «Keepers of the Tenure Track», *The New York Times Book Review*, octubre, 29, 1995, págs. 46-47.

razón fundamental de la crisis es el debilitamiento de las relaciones interdisciplinares que la historia había anudado en los últimos sesenta años. «La redefinición de las disciplinas amenaza las prioridades establecidas [y] las vías tradicionales por las que circulaba la innovación [...]. Cuando la convergencia de las ciencias sociales constituía a la vez una convicción compartida y el horizonte de las prácticas, los trabajos de campo, más circunscritos, permitían ver en pequeño lo que podían ser las vías concretas de intercambio interdisciplinar y capitalizaban los beneficios comunes»[49]. Para adaptarse a estas transformaciones, la revista inicia entonces un giro —pese a su importancia, desapercibido— que se traduce, algunos años después, en la apertura del consejo de redacción a los no-historiadores y en el abandono del subtítulo que había contribuido a determinar la identidad de *Annales* durante su gloriosa etapa de posguerra[50]. Ciertamente ningún historiador podría hoy sostener, como lo hacían Adeline Daumard y François Furet a fines de los años 50, que «científicamente hablando, no hay más ciencia social que la cuantitativa. Sobre este punto el acuerdo es prácticamente unánime»[51]. Y nadie asumiría la profecía de Emmanuel Le Roy Ladurie, quien, también en relación con la historia cuantitativa, afirmaba algunos años después: «el historiador del mañana será programador o no será nada»[52]. Asimismo, ningun historiador osaría ratificar las palabras de Pierre Chaunu cuando, hace apenas diez años, alababa los méritos de «la historia a la francesa, profundamente marcada por la transformación epistemológica a la que, un poco indiferentemente, se la llama *Escuela de Annales* o *Nueva Historia*», basada en la articulación de niveles, el recurso a la informática y a los métodos estadísticos[53]. No obstante, hay que precisar que si hoy las innovaciones de los años 1950-1970 ya no provocan el mismo entusiasmo,

---

[49] «Histoire et sciences sociales. Un tournant critique?», *Annales E.S.C.*, 6, noviembre-diciembre, 1988, págs. 291-293.

[50] El consejo de redacción ha justificado así este abandono: «La división tripartita Economías-Sociedades-Civilizaciones era ya inadecuada; no armonizaba con la flexible disposición de los niveles de análisis y con la pluralidad de enfoques que hoy deseamos y que el nuevo subtítulo Historia-Ciencias Sociales sugiere mejor»; cfr. el editorial «Histoire, sciences sociales», *Annales Histoire-Sciences sociales,* 1, enero-febrero, 1994, págs. 3-4.

[51] A. Daumard y F. Furet, «Méthodes d'histoire sociale. Les archives notariales et la mécanographie», *Annales E.S.C.*, 34, 1959, pág. 676.

[52] E. Le Roy Ladurie, «L'historien et l'ordinateur», *Le Nouvel Observateur,* 8 de mayo de 1968, reproducido en *Le Territoire de l'historien,* Gallimard, 1977 (1.ª ed., 1973), pág. 14.

[53] P. Chaunu, *Histoire, science sociale. La durée, l'espace et les hommes à l'époque moderne,* SEDES, 1983, prefacio. (Trad. esp.: *Historia, ciencia social: la duración, el espacio y el hombre en la época moderna,* Madrid, 1986.)

es porque se han convertido en «patrimonio común» de todos los historiadores, porque forman parte de la «ciencia normal» de la historia, con el mismo derecho que la crítica documental puesta a punto a fines del siglo XIX por la llamada escuela «positivista». En estas condiciones, tales innovaciones ya no cumplen función alguna en las estrategias de distinción inherentes a los juegos de competencia que caracterizan el mundo al que pertenecen los historiadores.

Si los análisis están de acuerdo en la afirmación de que hoy los temas dominantes en los años 60 han sido «superados», ninguno de los candidatos a la sucesión logra verdaderamente imponerse, lo que contribuye a la «crisis de identidad» que atraviesa la disciplina. Las polémicas sobre este tema ilustran una división fundamental en la que se prolonga la oposición clásica en el seno de la disciplina entre la «derecha» y la «izquierda». En uno de los polos se sitúan los historiadores que apelan a las «tradiciones» y exigen que la historia vuelva a su identidad propia. En el otro, los historiadores partidarios de la «innovación», que, por el contrario, desean una mayor apertura de la disciplina[54]. En el caso de Francia, las obras sobre la historia publicadas recientemente por Guy Thuillier y Jean Tulard ofrecen la exposición más completa del punto de vista «tradicionalista». Asumiendo la idea de una crisis del saber histórico, los dos autores la atribuyen a la politización de la disciplina y a sus alianzas con las ciencias sociales. Según ellos, «los años 1960-1980 han visto multiplicarse las disputas entre historiadores que tenían un compromiso político (generalmente de izquierdas) y los historiadores tradicionales que se mantenían fieles a sus tradiciones de objetividad, moderación y neutralidad, que se negaban a creer que estaban en posesión de la verdad o que debían transformar a cualquier precio la sociedad; y la crisis de 1968, la politización de la universidad, acrecentaron todavía más las *distancias*»[55]. Estos autores cuestionan «la historia ideológica que a toda costa quiere explicar, *adoctrinar, manipular,* "enseñar la verdad"», especialmente «en historia económica y en historia social, demasiado influidas por doctrinas de signo marxista o por una sociología aproximativa»[56]. La mejor prueba de que esta corriente de investigación histórica está en crisis, afirman, es que ya no interesa a la nueva generación. «Los jóvenes

[54] Evidentemente, entre estos dos extremos hay un gran número de posiciones intermedias.

[55] G. Thuillier y J. Tulard, *Les Écoles Historiques,* PUF, 1990, pág. 60. Los términos subrayados aparecen así en el texto.

[56] G. Thuillier y J. Tulard, *Le marché de l'histoire,* PUF, 1994, pág. 110.

historiadores (basta preguntar a los jóvenes normalistas) se deshacen alegremente de las viejas doctrinas, ya no creen en gran cosa, a veces los «fundadores de discursos» —Foucault, Braudel, Labrousse— son arrojados (como antes se decía) al cubo de basura de la historia»[57]. A partir de este diagnóstico, los autores prevén el declive de «la historia ideológica», de los métodos informáticos y de las «modas» universitarias. Y puesto que lo «nuevo» se ha hecho «viejo», lo «viejo» adopta aquí un aire «joven». Así, Taine y Gaxotte son presentados como los grandes modelos del futuro pasado de la historia. La historia local y la historia religiosa aparecen como los ámbitos de investigación más «prometedores», hacia los que los autores aconsejan orientarse a los jóvenes historiadores. A renglón seguido, se sirven de Marc Bloch para legitimar una definición del «oficio de historiador» en términos de adaptación a las leyes del mercado. Dado que vivimos «en un mundo competitivo, [...] no existe razón alguna para no jugar todas las cartas». Por eso el historiador «ha de rentabilizar su capital, cuidar atentamente su imagen», «aprender a responder a las entrevistas»[58].

El polo opuesto reúne a los historiadores que interpretan en un sentido radicalmente diferente la «crisis» del saber histórico, incluso si también ellos critican principalmente el modelo personificado por *Annales* durante los años 1950-1970. El primer argumento que esgrimen contra los «tradicionalistas» para justificar una mayor apertura de la disciplina es que en historia el problema de la «verdad» o la «objetividad» no puede discutirse verdaderamente sin un mínimo de formación filosófica, es decir, sin aceptar una apertura «interdisciplinar». ¿Qué opinión merecería un investigador que estudiase la historia de Napoleón o del Nivernais sin ninguna cultura histórica? Hace ya mucho tiempo que la filosofía de la ciencia ha demostrado que el estudio de la «realidad» (sea física o humana) supone siempre un punto de vista. En estas condiciones, resulta poco serio abordar la cuestión del saber enfrentando ingenuamente a los «buenos» (moderados, precisos, objetivos) y a los «malos» (que «manipulan» la verdad para satisfacer sus ambiciones o sus fantasmas políticos). Para los «modernistas», «la objetividad» reinvindicada por los «tradicionalistas» es tan sólo una máscara que no logra ocultar posiciones políticas conservadoras, a menudo de notoriedad pública. Primar como tema de investigación el estudio de los «grandes hombres», como Napoleón; presentar a la nueva generación a Taine y a Gaxotte como ejemplos que se han de se-

[57] G. Thuillier y J. Tulard, *Les Écoles...*, ed. cit., págs. 4-5.
[58] G. Thuillier y J. Tulard, *Le marché...*, ed. cit., págs. 100 y ss.

guir; aconsejar que se pliegue a las leyes del mercado; he aquí prevenciones que desmienten las declaraciones de imparcialidad. Pero hoy la corriente «modernista» lleva mucho más lejos la crítica de la definición tradicional de objetividad. Para Lucien Febvre, Marc Bloch y sus directos sucesores, la objetividad seguía siendo un ideal que el historiador podría alcanzar si luchaba sin cesar (incluso en su propio trabajo) contra los presupuestos y las influencias partidistas. Para las corrientes historiográficas nacidas en la coyuntura «revolucionaria» de los años que siguieron al 68, este ideal no es más que una mistificación. En primer lugar, son fundamentalmente los trabajos de inspiración marxista los que han puesto en cuestión la idea de un saber objetivo del pasado afirmando que la historia practicada por los universitarios era un «saber burgués», al que ellos contraponían una posible «historia proletaria». En los años siguientes, la crisis del movimiento obrero, pero también los esfuerzos desplegados por la fracción dominante de la profesión para dejar al margen a los «contestatarios», conducen a la práctica desaparición de esta corriente en el seno de la historiografia francesa; aunque hoy parece resurgir bajo una forma diferente, con las polémicas referidas al régimen de Vichy, en las que se denuncia a los «historiadores oficiales» y se les acusa de querer cerrar el dossier de la colaboración[59]. En Estados Unidos, a la inversa, la descentralización del poder universitario ha permitido el desarrollo de estas corrientes contestatarias. También allí, las polémicas sobre la «crisis de la historia» se ordenan en función de la división derecha/izquierda a la que anteriormente nos hemos referido en relación con Francia; pero en Europa han alcanzado un desarrollo inusitado. A los «tradicionalistas» que denuncian la politización de los campus y la deriva teoreticista de la historia[60], los «modernistas» responden reforzando sus lazos con los movimientos intelectuales y políticos más radicales. Sin embargo, este polo está lejos de representar un frente unido. Puesto que reúne a los historiadores que rechazan toda posibilidad de una historia «objetiva», lógicamente cada uno de ellos tiende a interpretar la «crisis de la historia» a partir de los principios sobre los que

[59] Cfr., por ejemplo, el libro de S. Combes, *Archives interdites. Les peurs françaises face à l'Histoire contemporaine*, Albin Michel, 1994, y su artículo «Vichy, les archives et les historiens "raisonnables"», *Le Monde*, 31 de enero de 1995.

[60] En el *New York Times* del 5 de abril de 1992, la *National Association of Scholars* advierte contra las reformas de la enseñanza que tienden a introducir las nociones de «raza», «gender» y «clase» en nombre de la objetividad de la historia. Citado por J. Appleby, L. Hunt y M. Jacob, *Telling the Truth about History*, Nueva York, Norton and Cie, 1994, pág. 273.

se basa su propia concepción de la verdad histórica. Como veremos en el capítulo 4, los partidarios del *linguistic turn* no sólo critican a los historiadores «tradicionalistas», sino que también se enfrentan entre sí en nombre de referencias teóricas (Foucault, Derrida, H. White, Geertz, etc.) a las que movilizan como otros tantos «paradigmas» inconciliables. La atomización de los «modernos» (y de los «postmodernos») se ve acentuada por el hecho de que sus argumentos «epistemológicos» suelen ponerse al servicio de las reivindicaciones políticas nacidas con la lucha de los militantes negros por los derechos civiles durante los años 60, y que se han extendido a todas las «comunidades culturales» constituidas desde entonces. Aquí no sólo se denuncia el puesto marginal que la historia oficial ha reservado a las minorías, sino que se afirma que la conceptualización, la escritura y los métodos mismos de la historia son relativos a una cultura determinada. Así las cosas, cada grupo detenta su propia verdad histórica, que contrapone a los demás. Unos defienden una historia fundada sobre los principios de la *black perspective;* otros, sobre los del *gender,* etc.

La multiplicación de las polémicas y el final de las controversias

El hecho de que hoy los historiadores no sean ya capaces de ponerse de acuerdo sobre qué sea la «ciencia de la historia» es un argumento que suele aducirse para justificar el diagnóstico de la «desintegración» de la disciplina. La multiplicación de las polémicas, a menudo dotadas de gran virulencia, que enfrentan entre sí a los historiadores, constituye una de las pruebas más espectaculares de la dimensión de las incomprensiones que minan la comunidad. Es indiscutible que la apertura de la historia al mundo exterior iniciada hace treinta años, multiplicando las posibilidades de malentendidos entre los investigadores, ha contribuido ampliamente al desarrollo de estas polémicas. Tomemos el ejemplo de la internacionalización de la investigación. Dado que la mayoría de los historiadores depende siempre de instituciones nacionales, la mundialización de las relaciones universitarias no ha conducido a la adopción de un lenguaje científico universal. Dicha mundialización se realiza gracias a todo un trabajo de traducción de las múltiples lenguas oficiales que coexisten en el planeta al inglés, que hace las veces de equivalente general. Pero ese vaivén conduce a diferentes *quid pro quo* cargados de consecuencias para la misma investigación. Sin poder insistir sobre los difíciles problemas que presenta la traducción de un vocabulario nacional a

otro[61], hay que subrayar que las corrientes de pensamiento que hoy viajan entre los cuatro extremos del planeta son objeto de una apropiación marcada por las preocupaciones dominantes en la escena universitaria de cada país. Como es sabido, la lectura de la filosofía francesa llamada «postestructuralista» o «postmoderna» (Foucault y Derrida especialmente) que hoy hacen algunos historiadores americanos seguidores del *linguistic turn*, deja perplejos a muchos de sus colegas franceses, pues estos trabajos están al servicio de causas intelectuales y políticas que en Francia no tienen un verdadero equivalente. Inversamente, en Francia, las discusiones sobre el «multiculturalismo» americano son prisioneras de los términos propios del debate franco-francés[62]. La utilización con fines polémicos de las referencias extranjeras contribuye a la fabricación de nuevos estereotipos que a veces reactivan los reflejos nacionalistas que se creía superados. Así, muchos historiadores americanos «tradicionalistas» consideran a sus colegas franceses como pobres presuntuosos que se escudan en nebulosas teorías para disimular la vaciedad de su pensamiento[63]. A la inversa, los historiadores franceses «tradicionalistas» critican la creciente influencia del pensamiento americano sobre la historiografía nacional[64]. La interdisciplinaridad ha tenido idénticas consecuencias, introduciendo, en el seno de la disciplina, una división fundamental entre quienes persisten en hablar el lenguaje corriente y quienes han adoptado un lenguaje más teórico tomado de la filosofía o de las ciencias sociales. Las reacciones de hostilidad que provocaron durante los años 70 las obras «epistemológicas» de Paul Veyne y de Michel de Certeau[65], que criti-

---

[61] Por ejemplo, la traducción habitual del término inglés «citizenship» por «citoyenneté», que en francés remite a dos nociones («ciudadanía» y «nacionalidad») cuidadosamente diferenciadas desde el siglo XIX, conduce a contrasentidos que contribuyen a las incomprensiones tan a menudo constatadas entre historiadores franceses y americanos cuando discuten su respectivo «modelo» político. Para un análisis más profundo de este problema, cfr. G. Noiriel, «Socio-histoire d'un concept. Les usages du mot "nationalité" au XIXe siècle», *Genèses*, 20, septiembre, 1995, págs. 4-23.

[62] Sobre estos *quid pro quo* y para un análisis de conjunto del mundo intelectual americano de hoy, cfr. E. Fassin, «La chaire et le canon. Les intellectuels, la politique et l'Université aux Etats-Unis», *Annales E.S.C*, marzo-abril, 1993, págs. 265-301.

[63] Cfr. los ejemplos de «nativismo» anti-francés que da P. Novick en su libro *That Noble Dream*, ed. cit., pág. 606.

[64] G. Thuillier y J. Tulard escriben: «los historiadores americanos suelen tener una idea extraña, doctrinal, dominadora de la historia», *Le marché de l'histoire*, ed. cit., 109.

[65] P. Veyne, *Comment on écrit l'histoire. Essai d'épistémologie*, Seuil, 1971. (Trad. esp.: *Cómo se escribe la historia. Ensayo de epistemología*, Madrid, 1972.) M. de Certeau, *L'écriture de l'histoire*, Gallimard, 1975.

caban su jerga, aparecen retrospectivamente como los primeros síntomas de un diálogo de sordos que después no ha hecho sino intensificarse. Incluso en el seno de corrientes favorables a la interdisciplinaridad se observan frecuentes malentendidos, debidos a que por lo general, como se verá en los capítulos siguientes, los practicantes de una disciplina toman de las disciplinas vecinas argumentos que ellos deforman para adaptarlos a las necesidades e intereses del ámbito al que pertenecen[66].

La apertura de la historia a la esfera político-mediática ha producido malentendidos que en los últimos tiempos han adquirido una dimensión considerable, sobre todo en historia contemporánea. Lo que aquí está en cuestión no son las diferencias de lenguaje. Por lo general, los historiadores preocupados por conservar el contacto con el gran público evitan cuidadosamente cualquier préstamo procedente de la «jerga» de las ciencias sociales. El problema central al que se enfrentan es la definición de las relaciones entre «historia» y «memoria» y la delimitación de las esferas de competencia entre el historiador-periodista y el periodista-historiador. Aunque no ha puesto fin a las investigaciones desarrolladas por los «amateurs» que no pertenecen al mundo universitario, la profesionalización de la disciplina ha tenido como efecto una neta separación de los géneros y de la actividad propia de cada uno de los dos medios. Como subrayaba hace unos años François Bédarida, «en el fondo cada sector posee su estatuto y sus propias sanciones. A la historia universitaria y científica le corresponden la competencia, la cientificidad, el recurso a la comunidad profesional internacional. A la historia independiente y mediatizada, el éxito y la cantidad»[67]. Pero las interferencias cada vez más numerosas entre los dos medios han puesto en tela de juicio esta distribución. Buscando también el éxito y la cantidad, la «nueva historia» ha rehabilitado cuestiones (referidas sobre todo a la vida cotidiana) que eran privilegio de la «pequeña historia». De este modo, ésta ha recuperado «cierta legitimidad ante la historia universitaria considerada noble»[68].

---

[66] El fracaso del «diálogo» entre Foucault y los historiadores franceses es un buen ejemplo de este tipo de incomprensiones. Sobre este problema, cfr. G. Noiriel, «Foucault and History: the lessons of a disillusion», *Journal of Modern History*, 66, septiembre, 1994, págs. 547-568.

[67] F. Bédarida, en R. Rémond (dir.), *Être historien...*, ed. cit., pág. 285.

[68] P. Nora, «Alain Decaux raconte... Alain Decaux», conversación con A. Decaux, *Le Débat*, 30, mayo, 1984, pág. 46. El estrechamiento de los lazos entre periodistas e historiadores se ha visto culminado gracias a las nuevas alianzas establecidas en las institu-

Orientando sus investigaciones hacia el «tiempo presente» y creando un instituto con el mismo nombre, los historiadores han renunciado a la distancia temporal que sus predecesores «positivistas» habían concebido como una muralla contra la intrusión de las pasiones y de los intereses en la investigación científica, como un medio de preservar a la vez la objetividad y la autonomía de la disciplina. Dado que gran número de cuestiones de historia contemporánea son también problemas «de actualidad» —sobre todo porque ciertos actores de este pasado reciente todavía viven, ejerciendo a veces cargos de gran responsabilidad—, interesan tanto a periodistas como a historiadores. Al mismo tiempo, cada vez son más los historiadores solicitados como expertos, bien con motivo de procesos judiciales (como el *affaire* Touvier) y de las polémicas públicas introducidas por historiadores ocasionales especializados en el cuestionamiento de las grandes figuras de la República[69], bien para responder a las provocaciones «negacionistas» de la extrema derecha (que niegan la realidad de las cámaras de gas). La multiplicación de esta clase de solicitudes garantiza al historiador del tiempo presente una notoriedad que a veces sus trabajos no le habrían proporcionado, pero, como contrapartida, agrava la confusión entre la investigación histórica y el periodismo de investigación[70]. La dimensión y la naturaleza del debate que, a fines del año 1994, ha suscitado el libro del periodista Pierre Péan sobre «la juventud de Mitterrand»[71], es el mejor ejemplo. A costa de una fascinante inversión de las reglas que hasta el momento regían las relaciones entre los dos medios, desde entonces son los historiadores quienes dan cuenta en la prensa de las obras históricas publicadas por los periodistas. Estas in-

ciones más prestigiosas. La Academia Francesa, que los intelectuales tendían a evitar desde la Segunda Guerra Mundial, ha acogido a dos de los más grandes historiadores franceses: Georges Duby y Fernand Braudel. Al mismo tiempo, aquélla recibía al más eminente representante de la divulgación histórica, el periodista Alain Decaux; cfr. R. Rieffel, *La tribu des clercs. Les intellectuels sous la Vᵉ République*, Calmann-Lévy, 1993.

[69] Cfr. especialmente las acusaciones contra Pierre Cot formuladas por el sociólogo periodista T. Wolton, *Le grand recrutement*, Grasset, 1993, refutadas por una comisión de historiadores especialistas en ese período y creada para la ocasión.

[70] Como subraya Daniel Roche, es de temer que tras la desaparición de la tesis de doctorado, estas presiones mediáticas «impongan a la comunidad de historiadores condiciones diferentes que perviertan la investigación en un plazo más o menos largo», multiplicando especialmente los libros «hechos por encargo, ni demasiado gruesos ni demasiado cortos, fáciles de leer, con un mínimo de notas, de bibliografía, sin cifras ni gráficos si es necesario —al público y a los críticos no les gustan—, y muchas ilustraciones, a todo el mundo le vuelven loco»; D. Roche, *op. cit.*, pág. 19.

[71] P. Péan, *Une jeunesse française. François Mitterrand 1934-1947*, Fayard, 1994.

terferencias cada vez más frecuentes constituyen una fuente de tensión que se presenta como otro signo más de la «crisis de la historia». La historia contemporánea tiende a convertirse en un campo de batalla que enfrenta a historiadores pertenecientes a círculos muy diferentes. Henry Rousso, en la obra que ha publicado recientemente junto a un periodista, justifica la supremacía de los historiadores «profesionales» apelando al hecho de que están «sometidos, por su oficio, a una ética, a una responsabilidad en la difusión del conocimiento, a reglas de control y de evaluación científica, reglas y principios ignorados espléndidamente por algunos, se escuden en la etiqueta del "periodismo de investigación histórica" o en cualquier otra denominación no controlada del mismo tipo»[72]. Esta apología de la competencia es firmemente criticada por quienes defienden los intereses de la «pequeña historia». «No veo por qué razón uno haya de ser menos historiador por tener un estilo más vivo y más accesible», escribe el representante de la editorial Perrin (que está en posesión del 60% del mercado que representa esta literatura histórica). «Decaux, Castelot y el resto de escritores de la historia viva son víctimas de un complot de parte de investigadores y universitarios celosos que les envidian su capacidad para instruir y distraer a la vez»[73]. En el extremo contrario, historiadores que pertenecen a instituciones periféricas denuncian las confusiones entre historia del tiempo presente y periodismo. En su obra, Sonia Combes critica «a quien no sabe resistirse a las sirenas de su tiempo, prefiere abandonar los campos minados y situarse en el término medio del "publicista", el de ese periodista-ensayista, alentado por la demanda de los medios de comunicación». Combes critica «la adaptación de su discurso a lo que él cree que la sociedad está preparada para escuchar [...], ese pensamiento que concilia los puntos de vista que él profesa y que significa la renuncia a su misión de investigador, así como el empobrecimiento de su pensamiento, en la medida en que éste no esté ya totalmente contaminado por el *Zeitgeist*, siendo el espíritu de la época el primer peligro para ese ideólogo particular que es el historiador-publicista. De ahí su irritación ante esos *outsiders* que pueden invadir su terreno y frente a los cuales no carece de poder (a través de la prensa, de la que se ha convertido en consejero) para desacreditarlos»[74]. La cues-

[72] Cfr. H. Rousso y E. Conan, *Vichy un passé qui ne passe pas*, Fayard, 1994, pág. 283.
[73] Citado por *Le Monde*, 18 de marzo de 1993.
[74] S. Combes, *op. cit.*, págs. 314-316. La autora es investigadora en la Biblioteca de Documentación Internacional Contemporánea (BDIC) y productora de emisiones radiofónicas en *France Culture*.

tión del «negacionismo» ha degenerado, por las demandas interpuestas, en polémicas que ilustran la dimensión de las divisiones internas del mundo de los historiadores del período contemporáneo. Si éstos han sido prácticamente unánimes en la condena y en la denuncia de la ideología de tendencia fascista difundida por algunos universitarios, las acusaciones elevadas recientemente por algunos de ellos contra sus colegas han sido rechazadas por la mayoría de los historiadores, quienes consideran que, a falta de una verdadera prueba, no tienen por qué convertirse en fiscales[75].

Mientras este tipo de polémicas tiende a proliferar, las verdaderas controversias científicas han desaparecido prácticamente de la escena historiográfica francesa[76]. Como señala Christophe Charle, en comparación con la magnitud y la seriedad del debate alemán sobre el nazismo, «el carácter irrisorio de las disputas francesas sobre Vichy» y «la ausencia prácticamente total de la historia social en la discusión»[77], no pueden sino producir estupor. Estamos lejos de los buenos tiempos que siguieron a la Segunda Guerra Mundial. La historiografía francesa estaba entonces atravesada por debates cuyo vigor era por sí mismo el signo más evidente de la buena salud de la disciplina. Todavía se recuerda la controversia entre Roland Mousnier y Ernest Labrousse, en la que se trataba de determinar si la Francia del siglo XVIII era una sociedad de corporaciones o de clases. La discusión enfrentaba a historiadores que representaban los dos polos opuestos de la disciplina (bien por sus afinidades políticas, bien por su enfoque metodológico o «epistemológico»). Pero hablaban el mismo lenguaje y compartían reglas comunes a toda la disciplina (referidas especialmente a su concepción de la verdad y de la objetividad históricas). Aguijoneados por esta controversia, vieron la luz muchísimos trabajos que enriquecieron profundamente nuestros conocimientos sobre aquella época. Hoy, el debate histórico en Francia ha retrocedido al nivel que tenía en el período de entreguerras, cuando la comunidad envejecida extendía un auténtico «manto de prudencia universitaria que ahogaba el debate de ideas y hacía prácticamente imposible, por inconveniente, una verdadera discusión de la producción científica»; prudencia aca-

---

[75] Dado el carácter «semipúblico» de estas polémicas, prefiero no nombrar a quienes están directamente implicados en ellas; ello no haría sino agravar la situación.

[76] Una controversia científica enfrenta a individuos que hablan el mismo lenguaje y que comparten el mismo sistema de normas, mientras que una polémica enfrenta a individuos cuyos criterios de juicio son expresión de universos mutuamente extraños.

[77] C. Charle, «Essai de bilan», en C. Charle (dir.), *Histoire sociale, histoire globale?*, Ed. de la Maison des Sciences de l'Homme, 1993, pág. 208.

démica que precisamente el tono polémico de la primera época de *Annales* se proponía romper[78]. A pesar de las llamadas a la discusión colectiva lanzadas aquí y allí, la reflexión sobre la «crisis de la historia» no ha sobrepasado el estadio de las reacciones individuales dispersas, mientras que en países como Alemania y Estados Unidos ha suscitado un amplio debate colectivo[79]. Para descubrir un punto de vista crítico sobre las producciones de «la escuela histórica francesa» (se trate de los *Lieux de mémoire*, de «la historia de las mentalidades» o de las publicaciones aparecidas en el marco de la conmemoración del Bicentenario de la Revolución francesa), hay que leer las obras y artículos publicados por historiadores extranjeros[80].

El retroceso del trabajo colectivo

Refiriéndose al «eclecticismo de una producción abundante pero anárquica» y a la «multiplicación desordenada de los temas de investigación», el consejo de redacción de *Annales* apuntaba otro factor de la «crisis de la historia»: el retroceso de las prácticas colectivas de investigación. Éstas desempeñaron un papel esencial en la influencia de «la escuela histórica francesa» durante las décadas que siguieron a la Segunda Guerra Mundial. Gracias a esta movilización colectiva, las innovaciones en la disciplina adquirieron una visibilidad que la yuxtaposición de las pequeñas obras independientes jamás hubiera permitido. Este declive se debe ciertamente a que han desaparecido las circunstancias excepcionalmente favorables que prevalecían en las décadas de posguerra (cfr. capítulo 8). La crisis de la contratación universitaria ha tenido como resultado la reducción del número de doctorandos, y por ende el de los potenciales «discípulos»; ha contribuido

---

[78] A. Burguière, «Les Annales 1929-1979», *Annales E.S.C*, noviembre-diciembre, 1979, pág. 1.350.

[79] Cfr. la importante discusión que ha provocado en Estados Unidos el libro de Peter Novick, *That Noble Dream*, ed. cit., y en Alemania las controversias entre los partidarios de la «historia de la vida cotidiana» y los partidarios de «la historia-ciencia social».

[80] Cfr. la obra, recientemente traducida al francés, de G. Lloyd, *Pour en finir avec les mentalités*, La Découverte, 1993 (1.ª ed., 1990) y el balance crítico realizado por el historiador americano S. Kaplan sobre el Bicentenario, *Adieu 89*, Fayard, 1993. Por lo que se refiere a los *Lieux de Mémoire*, no se hallará ni una sola reseña en una revista histórica francesa. Para conocer el exhaustivo análisis que al respecto ha propuesto Steven Englund, hay que consultar el *Journal of Modern History*, 64, junio, 1992, págs. 299-320, o la joven revista de ciencias políticas *Politix*, 26, 1994, págs. 141-168.

así a la atomización de la investigación histórica en un gran número de pequeños «feudos». A ello hay que añadir el hecho de que después del Mayo del 68, los antiguos imperativos de la vida universitaria se han atenuado, bajo la presión de nuevos valores, individualistas y liberales. Los profesores se han hecho menos exigentes con sus estudiantes, negándose tanto más a «enrolarlos» en proyectos colectivos cuanto que ellos mismos se mostraban menos entusiasmados en lanzar iniciativas, muy costosas en tiempo y en esfuerzo pero raramente recompensadas. Así, los universitarios se han otorgado a sí mismos una libertad de movimiento sin parangón en ninguna otra profesión, pero que innegablemente ha agravado su malestar. En efecto, como observa Daniel Roche, «en ciencias humanas, la libertad total o casi total tiene dos consecuencias: la dispersión en un gran número de actividades —para los medios de comunicación y para publicaciones efímeras— y en intervenciones diversas; la disminución de las investigaciones de fondo». Ciertamente, la creación de laboratorios enteramente dedicados a la investigación histórica (como el Instituto de Historia del Tiempo Presente (IHTP) o el Instituto de Historia Moderna y Contemporánea (IHMC)) ha permitido impulsar proyectos colectivos de gran envergadura, especialmente en el campo de la producción de instrumentos indispensables para la prosecución de la investigación científica. Pero ninguna institución podrá suplir la ausencia de entusiasmo y de movilización de los historiadores. En un universo en el que triunfa el individualismo característico del campo literario, que valora a los autores y no a los investigadores, ¿por qué unos iban a aceptar las tareas, a menudo ingratas y aplastantes, de coordinar un equipo, un centro de investigación o siquiera un proyecto colectivo, en perjuicio de sus propios trabajos, mientras que otros invierten toda su energía en estrategias de promoción personal, acumulando frecuentemente las ventajas ligadas a la posición de autor, de científico, de periodista y de experto?

Capítulo 2

La formación de una disciplina científica

> Se ha atribuido al historiador la misión de juzgar el pasado, de enseñar el mundo contemporáneo para servir al futuro: nuestro intento no se inscribe en tan elevadas misiones; sólo intenta mostrar lo que realmente fue.
>
> Leopold von Ranke, *Zur Geschichte der germanischen und romanischen Völker*, 1824.

Por encima de su extrema diversidad, los argumentos presentados en las páginas anteriores tienen en común fundamentalmente su insistencia en las mutaciones del período reciente. Sin negar la especificidad de los problemas actuales, en este capítulo quisiera mostrar que éstos son también la expresión de una contradicción que atraviesa toda la historia de la disciplina. Ésta, en efecto, sólo ha podido conquistar su autonomía en el ámbito intelectual situándose en el terreno de la investigación empírica y rechazando las generalidades sobre la historia que eran especialidad de los filósofos. Pero para *justificar* este proceso, los propios historiadores se han visto obligados a introducir discursos generales sobre la historia, abandonando el terreno del trabajo empírico en favor de un «metalenguaje» tomado, directa o indirectamente, de la filosofía. Cuando a principios de siglo Charles Seignobos se pregunta cómo hacer, cuando se es historiador, para hablar sobre la práctica de la historia permaneciendo al mismo tiempo en «el

interior» de esta práctica[1], expresaba una inquietud que no ha dejado de atormentar a la disciplina. Examinando las respuestas que se han aportado sucesivamente a esta cuestión, recordaremos aquí las grandes etapas que han hecho posible la constitución de la historia como «paradigma» científico.

De la historia-arte a la historia-ciencia

Desde hace unos veinte años, el término «paradigma» ha entrado de forma notable en los escritos de los historiadores. La mayoría de ellos lo emplea en el sentido que le ha dado el estructuralismo lingüístico designando un conjunto de discursos organizados en torno a un principio unificador. Pero, paradójicamente, los mismos historiadores suelen justificar esta definición haciendo referencia a la célebre obra de Thomas Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*[2]. Ahora bien, ésta señala muy claramente que un «paradigma» científico supone la constitución previa de una comunidad de investigadores formada por un conjunto de especialistas que han recibido una misma formación, en el curso de la cual han asimilado la misma literatura técnica, sacando de ella idéntica enseñanza. En este marco, un «paradigma» puede considerarse, en sentido amplio, como un conjunto de creencias, valores y técnicas comunes a los miembros del correspondiente grupo. Es lo que Kuhn denomina «matriz disciplinar». En un sentido más restringido, el término puede designar un elemento aislado de esta matriz: las soluciones concretas utilizadas como modelo o como ejemplo, y que muy a menudo sustituyen a las reglas explícitas para hallar solución a los enigmas que plantea la investigación en la

---

[1] C. Seignobos, «Les conditions pratiques de la recherche des causes dans le travail historique», *Boletín de la Sociedad francesa de filosofía*, sesión del 30 de mayo de 1907. Esta conferencia es una respuesta a las críticas anteriores de F. Simiand, «Méthode historique et science sociale», *Revue de synthèse historique*, 1, 1903, págs. 1-22, y 2, 1903, págs. 122-157 (texto nuevamente publicado en *Annales E.S.C.*, 1, 1960, págs. 83-119). Cfr. también F. Simiand, «La causalité en histoire», *Boletín de la Sociedad francesa de filosofía*, sesión del 31 de mayo de 1906.

[2] T. S. Kuhn, *La structure des révolutions scientifiques*, Flammarion, 1983 (1.ª ed., 1962). (Trad. esp.: *La estructura de las revoluciones científicas*, Madrid, 1975.) Sobre la importancia de la perspectiva «kuhniana» para la reflexión sobre la historia, cfr. D. A. Hollinger, «T. S. Kuhn's Theorie of Science and Its Implications for History», *American Historical Review*, 78, 1973, págs. 370-393. El autor subraya con razón «la orientación profundamente sociológica de Kuhn» (pág. 381).

correspondiente disciplina. Estudiar la historia del «paradigma» que consituye la historia científica significa, desde esta perspectiva, mostrar cómo se han constituido *a la vez* la «matriz disciplinar» y la comunidad profesional que ha presidido su creación y su perpetuación[3].

«La tarea del historiador»

La historia, en su sentido primitivo de investigación del pasado, se ha practicado, como es sabido, desde la Antigüedad. No obstante, Reinhardt Koselleck ha mostrado que «el actual concepto de historia con sus múltiples extensiones, que en parte se excluyen lógicamente, no se elaboró hasta fines del siglo XVIII»[4]. La filosofía de la Ilustración y la Revolución francesa transformaron radicalmente las relaciones que, tradicionalmente, los hombres mantenían con el tiempo. Mientras que anteriormente la historia era aprehendida como una pluralidad de ejemplos, desde entonces tiende a presentarse como un singular colectivo, como la suma de todas las experiencias humanas. En adelante, un mismo concepto sirve para hacer referencia a la vez a la historia en tanto que realidad y a la historia en tanto que reflexión sobre esa realidad. Por proporcionar un saber acerca del pasado que arroja luz sobre el futuro, la historia se presenta cada vez más como una guía para la acción, gracias a la cual los hombres aspiran a ser dueños de su destino. Estas transformaciones de los modos de pensar dan origen, fundamentalmente bajo el impulso de Voltaire, a una forma inédita de reflexión sobre el pasado: la filosofía de la historia. Pero desde finales de siglo, la perspectiva universalista y racionalista desarrollada por la Ilustración —que evalúa todas las épocas y las civilizaciones

[3] En un estudio que ha desempeñado un importante papel en la difusión de este término entre los historiadores, Carlo Ginzburg afirma explícitamente: «utilizo este término en la acepción propuesta por Thomas S. Kuhn». Pero en realidad, lo que él toma es su definición lingüística. Por lo demás, Ginzburg reconoce que ha hecho «abstracción de las precisiones y distinciones introducidas posteriormente por este mismo autor». Ahora bien, las aclaraciones que Kuhn introduce en la advertencia final de la segunda edición del libro son esenciales, pues destacan toda la importancia que su definición del «paradigma» científico atribuye a los factores sociológicos; cfr. C. Ginzburg, «Traces. Racines d'un paradigme indiciaire», en C. Ginzburg, *Mythes, emblèmes, traces. Morphologie et histoire*, Flammarion, 1989, pág. 268 (1.ª ed., 1986). (Trad. esp.: *Mitos, emblemas e indicios: Morfología e historia*, Barcelona, 1994.)

[4] R. Koselleck, *Le futur passé. Contribution à la sémantique des temps historiques*, Ed. EHESS, 1990, pág. 234 (1.ª ed., 1979). (Trad. esp.: *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, 1993.)

según el rasero de los valores de la Europa del siglo XVIII— es rechazada en Alemania por una nueva generación de intelectuales que se oponen enérgicamente a la ocupación de su país por las tropas francesas. Para Herder, cada pueblo es una entidad en sí que elabora su propia cultura y su propia «identidad colectiva» *(Volksgeist)* y nadie está autorizado a juzgarlo «exteriormente», en función de otro sistema de normas[5]. Al mismo tiempo, la voluntad napoleónica de imponer, en los territorios conquistados, los principios emanados de la Revolución francesa (especialmente el Código civil) a despecho de las tradiciones y costumbres locales, incita a las primeras figuras de lo que más tarde se llamará «la Escuela histórica alemana» a salvaguardar y defender el viejo derecho consuetudinario (Savigny) y la literatura popular (J. Grimm). Este entusiasmo por el estudio del pasado estimula asimismo la crítica documental. Constantemente perfeccionadas desde el Renacimiento, las técnicas de análisis de textos se benefician de los espectaculares progresos realizados en el siglo XVIII por la gramática comparada, la filología, la hermenéutica y la arqueología. Estas innovaciones, hasta entonces dispersas, son integradas en un método único por Niebuhr, quien en los primeros años del siglo XIX sienta los principios básicos del «método histórico»: establecer los hechos mediante la crítica científica de las fuentes, agruparlos, no extraer de ellos más que las conclusiones que de su examen se imponen.

La creación de la Universidad de Berlín, en 1810, por Wilhelm von Humboldt es testimonio de la importancia que a partir de entonces se concede a la historia en tanto que objeto de estudio y de reflexión. No obstante, en un principio, es a la filosofía de la historia, dominada por la imponente figura de Hegel, a la que se le confía la tarea de indagar la verdad del pasado. Como Kant, Hegel considera que para comprender la historia en su verdadero sentido filosófico, es inútil seguir el curso de los acontecimientos singulares, pues lo importante es captar la «intención última», la «Idea» suprema que se manifiesta en cada instante en «el autodespliegue de lo universal». Según Hegel, «el individuo sólo es verdadero en la medida en que participa con todas sus fuerzas en la vida sustancial e interioriza la Idea»[6]. Esta filoso-

---

[5] J. G. Herder, *Idées sur la philosophie de l'histoire de l'humanité,* Presse Pocket, 1991 (1.ª ed., 1785).

[6] G. W. F. Hegel, *La raison dans l'histoire,* Plon, 1965, págs. 113-114. (Trad. esp.: *La razón en la historia,* Madrid, 1972.) Kant consideraba que para captar la «intención última» de la historia era necesario haber sentado previamente los principios generales de la moralidad, la libertad y la razón. Cfr. I. Kant, *Idée d'une histoire universelle du point de*

fía «emanantista» (Max Weber) postula la existencia de entidades metafísicas tras la realidad, que el filósofo ha de esforzarse por sacar a la luz para extraer la «objetividad» de todo conocimiento y, por lo tanto, de la historia. Hegel afirma que «también el historiador medio cree que es puramente receptivo, que se entrega al dato; pero su pensamiento no es pasivo, sino que hace intervenir a sus categorías y ve el dato a través de ellas»[7]. De ahí, según él, la supremacía de la filosofía, que, como señala Catherine Colliot-Thélène, procura a la historia «lo que la historia no podría extraer desde sí misma», a saber: «el criterio que permite distinguir lo que importa, es decir, lo que da sentido a la masa infinita de acontecimientos»[8]. Afirmando así la subordinación de la historia a la filosofía, Hegel recuerda una situación de hecho. Hasta fines del siglo XVIII, la historia no goza de autonomía alguna en las universidades. Es utilizada en las facultades de filosofía, de derecho y de teología como una «reserva de ejemplos». Para poner fin a esta dependencia y conquistar el lugar en la institución universitaria que los recientes progresos de la disciplina justifican con creces, los historiadores se ven inmediatamente confrontados con la necesidad de defender su práctica, demostrando que el tipo de conocimiento del pasado que ellos ofrecen no puede ofrecerlo la filosofía. Durante las primeras décadas del siglo XIX, el debate sobre esta cuestión ocupa el centro de las polémicas que animan la vida intelectual alemana[9]. Es en este contexto en el que Ranke, colega de Hegel en la Universidad de Berlín, publica en 1824 la frase célebre que tan a menudo se le ha reprochado[10]: «Se ha atribuido al historiador la misión de juzgar el pasado, de enseñar el mundo contemporáneo para servir al futuro: nuestro intento no se inscribe en tan elevadas misiones; sólo intenta

---

vue cosmopolite, Aubier, 1947 (1.ª ed., 1784). (Trad. esp.: en I. Kant, *Filosofía de la historia*, México, 1984.) Hegel rechaza el moralismo kantiano y sitúa el problema de la libertad en el centro de su filosofía de la historia.

[7] Citado por H. I. Marrou, *De la connaissance...*, ed. cit., pág. 16. Desde estos principios, como subraya Marrou, si Hegel se refiere frecuentemente a la historia empírica de historiadores como Niebuhr, «es siempre para rechazarla, criticarla, cubrirla de sarcasmos fáciles», *ibíd.*, pág. 15.

[8] C. Colliot Thélène, *Le désenchantement de l'État de Hegel à Max Weber*, Minuit, 1992, pág. 43.

[9] Cfr. F. Gilbert, *Politics or Culture? Reflections on Ranke and Burckhardt*, Princeton U. P., 1990. Sobre Ranke, cfr. también G. G. Iggers y J. M. Powel (eds.), *Leopold von Ranke and the Shaping of the Historical Discipline*, Syracuse U. P., 1990.

[10] Cfr. L. von Ranke, *Zur Geschichte der germanischen und romanischen Völker*, en *Sämtliche Werke*, Leipzig, 1874, t. 33, pág. VI (1.ª ed., 1824). Me he servido de la traducción de Jochen y Marie-Claire Hoock en R. Koselleck, *Le futur passé*, ed. cit., pág. 47.

mostrar lo que realmente fue» *(wie es eigentlich gewesen)*. Reservo para los capítulos siguientes el análisis de los absurdos a los que esta afirmación ha dado lugar desde hace más de un siglo. Retengamos por el momento que esta afirmación pertenece al prólogo a la primera obra publicada por Ranke (entonces tiene sólo 29 años) para presentar sus trabajos empíricos sobre la historia de los pueblos romano y germano. Ranke quiere demostrar que es la investigación empírica, el estudio de los hechos, la que posibilita el progreso del conocimiento, y no las especulaciones metafísicas sobre el «sentido de la historia». De ningún modo se trata, pues, de una reflexión «teórica» sobre el estatuto de la historia, aun cuando afirma explícitamente que la disciplina tiene como misión ocupar el lugar de la filosofía[11]. Para comprender la concepción de la historia introducida por Ranke, no podemos contentarnos con algunas frases aisladas y sacadas fuera de contexto. Es necesario interesarse por los textos en los que tal concepción se expresa de forma rigurosa. Desde este punto de vista, el documento fundamental es la conferencia sobre la «tarea del historiador» que el propio Wilhelm von Humboldt pronuncia en 1821. Pese a que la mayoría de las veces los historiadores lo ignoran, este texto es capital, pues constituye la primera definición «epistemológica» de la historia en tanto que actividad práctica, «codificando» al mismo tiempo algunas de las grandes reglas que, aún hoy, rigen el «oficio de historiador». Desde la primera frase de su conferencia, Humboldt afirma lo que Ranke no hará sino repetir algunos años después, a saber: que «la tarea del historiador es exponer lo que ha ocurrido»[12]. Si rechaza explícitamente las especulaciones de la filosofía hegeliana, él mismo admite también que «la historia en su totalidad no es sino la realización de una Idea» y que las Ideas «no se introducen en la historia desde fuera, sino que constituyen su misma esencia». Pero Humboldt considera que el mejor medio de acceder a lo universal es estudiarlo en sus realizaciones concretas. Cada época, cada «individualidad», por su carácter único y por su mis-

---

[11] Ranke escribe en efecto: «la historia no se opone a la filosofía, sino que es su cumplimiento», citado por C. Colliot-Thélène, *op. cit.*, pág. 95.

[12] W. von Humboldt, *La tâche de l'historien*, Presses Universitaires de Lille, 1985, pág. 67 (1.ª ed., 1821). Todas las citas han sido extraídas de esta edición. Mucho antes de que fuesen publicadas, Humboldt tuvo muchas ocasiones de presentar sus reflexiones de forma oral a los principales historiadores alemanes de su época, con quienes mantenía estrechas relaciones. Dilthey afirma que este ensayo «ha ejercido una influencia extraordinaria» en la génesis de la reflexión alemana sobre las «ciencias del espíritu». Cfr. W. Dilthey, *L'édification du monde historique dans les sciences de l'esprit*, Cerf, 1988 (1.ª ed., 1910), pág. 67.

ma singularidad, constituye una «actualización» de lo universal. Influenciado por Vico y Herder, Humboldt concibe la historia como una «fuerza creadora», como un «principio espiritual» que se manifiesta mediante la eclosión, a lo largo de la totalidad de su curso, de «individualidades nacionales» únicas en su género, como la Grecia antigua, Roma, etc. Por eso, añade, «el oficio de historiador, en su determinación última, que es también la más simple, consiste en exponer cómo una Idea tiende a hacerse efectiva en la realidad». Así pues, mostrar «lo que realmente fue» significa descubir tras las configuraciones particulares del pasado otras tantas manifestaciones de «la Idea». La dificultad del trabajo del historiador estriba en el hecho de que cada una de las «individualidades» que él estudia es, a la vez, una expresión del «todo» y una combinación de los elementos que constituyen ese todo. Solamente dilucidando el «nexo» *(Zusammenhang)* que los une en una configuración singular, podría obtenerse una «imagen» satisfactoria del conjunto. «Así pues, para acercarse a la verdad histórica, es necesario recorrer simultáneamente dos vías: la investigación rigurosa, imparcial y crítica de lo que ha ocurrido y la síntesis del campo explorado, la intuición de todo lo que no es posible alcanzar por esos otros medios.» Según Humboldt, en esta actividad de «síntesis» se concentran todas las dificultades del «oficio». El historiador sólo podría alcanzar la verdad «completando y relacionando las piezas y los fragmentos que le ofrece la observación inmediata». Sólo su «intuición», su «imaginación creadora» le permitirá restituir «el nexo vital» que suelda los diversos elementos en un todo orgánico, pero que permanece invisible para la observación inmediata. Humboldt insiste en la actividad creadora que ha de demostrar el verdadero historiador. Primero, éste ha de «separar lo necesario y lo contingente, revelar la consecuencia interna, para que su exposición [...] satisfaga la exigencia primera y esencial de verdad y de fidelidad que es la suya». Pero para acceder a la verdad, el historiador ha de ser, además, un poeta, pues sólo el lenguaje poético permite «devolver la vida» a los mundos que han desaparecido. Distinto del artista por subordinar su actividad creadora a la investigación de la realidad, el historiador se asemeja a él por cuanto que ofrece, gracias a su genio, «cuadros» del pasado cuya originalidad estriba esencialmente en la forma de combinar los elementos sobre el lienzo. La importancia otorgada a este poder de evocación se debe a que las «huellas» del pasado con las que trabaja el historiador son espíritu hecho materia, vestigios que han perdido «su carácter espiritual». Tiene, pues, que buscar la vida tras las huellas que ésta nos ha dejado. De ahí la importancia que Humboldt otorga al proceder

comprensivo. «El historiador cumple tanto más perfectamente su oficio cuanto más profundamente comprende —mediante su genio y el estudio— la humanidad y su obrar.» Para Humboldt, aparentemente esta tarea es imposible: «cuando un abismo infranqueable separa dos seres, ninguna comprensión es capaz de tender un puente entre ellos», pues «para comprenderse mutuamente, es necesario haberse comprendido ya en otro sentido». No obstante, «en historia, ese fundamento previo de la comprensión es perfectamente evidente, pues todo lo que obra en la historia mundial obra también en el interior del hombre». Es porque el historiador es también un ser humano por lo que es capaz de alcanzar esa «pre-comprensión», gracias a la cual puede esperar conocer mejor el pasado de la humanidad.

Si he citado extensamente este texto, es porque hallamos en él, de forma extremadamente condensada, los elementos fundamentales de la definición «hermenéutica» de la historia que las posteriores generaciones de historiadores y filosófos no harán sino enriquecer. Desde la Monarquía de Julio, esta definición ha sido adoptada por los historiadores franceses. La importancia otorgada a la crítica de fuentes, el rechazo del racionalismo abstracto de la Ilustración, el papel esencial atribuido a la escritura de la historia son características compartidas por Barante, Augustin Thierry y Michelet (al que entonces se le llamaba «Señor Símbolo»). Pero es Renan quien rinde el mayor homenaje a «la Escuela histórica alemana». *El porvenir de la ciencia*[13] es un conmovedor elogio de la erudición germánica, de la gramática comparada, de la mitología y de la filología. Convencido también de que el objetivo de la historia es ofrecer «la intuición verdadera de la humanidad», Renan está de acuerdo con la idea de que la tarea primordial del historiador es aprehender el todo como combinación particular de sus elementos. No obstante, y veremos después la importancia de este punto, las reflexiones de Renan deben más a Hegel que a Humboldt. Renan concibe la historia en una perspectiva teleológica, como una dialéctica del devenir organizada en tres grandes etapas. En los primeros tiempos de la humanidad, todos los elementos están enlazados entre sí en un sincretismo confuso. La progresiva separación de los elementos caracteriza la edad del «análisis» que prepara la era de la «síntesis», el «gran cuadro definitivo [...] que vuelve a ensamblar esas partes

[13] E. Renan, «L'Avenir de la science», en E. Renan, *Histoire et parole*, R. Laffont, 1984, págs. 247-297 (1.ª ed., 1890). La obra fue redactada durante los años 1848-1849, pero no se publicó hasta treinta años después. (Trad esp.: *El porvenir de la ciencia*, Madrid, 1976.)

aisladas que, habiendo vivido separadamente, tienen ya conciencia de sí mismas, y las integra de nuevo en una unidad superior». Sincretismo, análisis y síntesis corresponden a las tres edades del conocimiento, pero ningún sabio podría recorrerlas todas por sí mismo. Dado que la ciencia de la historia se halla todavía en la infancia, el historiador del siglo XIX permanece encerrado en el estadio del análisis. «Quien ha hecho el análisis no hace la síntesis. A cada cual su trabajo, tal es la ley de la historia.»

La formación de las comunidades profesionales nacionales

Desde comienzos del siglo XIX, han quedado firmemente establecidos dos elementos esenciales del «paradigma» de la historia-ciencia. En primer lugar, la filosofía de la Ilustración ha elaborado un nuevo concepto de historia que designa a la vez la «realidad» del pasado y su «representación». De ahí la ambigüedad semántica que explica la importancia de los presupuestos «empiristas» compartidos por la mayoría de los historiadores desde hace dos siglos. Inmediatamente después, los representantes de «la Escuela histórica alemana» logran establecer —contra la filosofía de la historia— la legitimidad de la investigación histórica empírica, introduciendo una primera codificación de las «tareas» prácticas realizadas por el historiador. Pero pese a la creación de algunas cátedras de historia en las universidades, en esa época no existe una verdadera «comunidad profesional». Los historiadores todavía son, antes que nada, «autores», se dedican a la producción de una obra personal. Para entender las razones de la aparición de las «ciudades del saber» a fines de siglo, hay que decir algo acerca de esa nueva transformación radical del pensamiento que representa el «positivismo».

Filosofía positiva y «positivismo»

El término «positivismo» pertenece al vocabulario que los historiadores han tomado de los filósofos para, la mayoría de las veces, hacer de él un uso peyorativo. Evaluar exactamente el papel jugado por esta corriente de pensamiento en la constitución del «paradigma» de la historia, sólo es posible si se toma conciencia de los aspectos novedosos de la «filosofía positiva» de Auguste Comte. En relación con lo que aquí nos ocupa, el punto esencial es la nueva relación que él estable-

ce entre filosofía e historia, en ruptura con el «historicismo» anterior. Aunque Comte sigue siendo prisionero de una concepción «teleológica» del progreso, su «ley de los tres estadios», resituada en su contexto, es de una importancia decisiva, pues rechaza las especulaciones teológicas y metafísicas que dominaban la reflexión sobre la historia en el período anterior[14]. Comte se esfuerza por integrar en su reflexión la contradicción mayor que origina, ante sus ojos, la revolución industrial, que fortalece el prestigio de la ciencia pero que agrava la pobreza y el malestar social. Su concepción del conocimiento científico obedece a una nueva definición de «la objetividad». La ciencia produce conocimientos a los que se considera «verdaderos» en la medida en que son verificados experimentalmente, gracias a métodos de investigación que introducen hipótesis téoricas. Dado que se trata de una actividad especializada, el método científico es necesariamente colectivo, pues se basa en la división del trabajo y en la cooperación de los investigadores en el seno de la «ciudad del saber». Esta valoración del método empírico no significa, sin embargo, que la filosofía abdique de sus prerrogativas. Al contrario. Comte no condena la filosofía de la historia más que para establecer la primacía de la filosofía de la ciencia. Puesto que, según él, todas las ciencias están sometidas a un método único y deben producir leyes, es competencia del filósofo determinar los criterios universales sobre los que se funda el conocimiento científico. Evidentemente, el homenaje que se rinde a la investigación empírica ya no permite tratar a quienes se dedican a ella a «tiempo completo» con la arrogancia de la que Hegel dio prueba. Comte concibe las relaciones entre filósofos e investigadores sobre una base igualitaria. Para atenuar las consecuencias negativas de la división del trabajo, exige que «en adelante los otros científicos, antes de entregarse a sus respectivas especialidades, se tornen aptos, mediante una educación que abarque el conjunto de los conocimientos positivos, para aprovechar inmediatamente las luces propagadas por los científicos consagrados a los conocimientos generales e, inversamente, para rectificar sus resultados, situación a la que los científicos de hoy se aproximan visiblemente día a día»[15]. Sin embargo, estas hermosas palabras no le impiden elaborar una jerarquía del saber que restablece la soberanía de la filosofía en detrimento del conocimiento histórico, situado

---

[14] N. Elias considera que su importancia es «comparable a la de la revolución copernicana», *Qu'est-ce que la sociologie?*, Pandora, 1980, pág. 47 (1.ª ed. 1970).

[15] Citado por N. Elias, *op. cit.*, pág. 53.

en lo inferior de la clasificación, en razón de su carácter demasiado «concreto» y su incapacidad de producir leyes[16].

Otro aspecto fundamental de la filosofía positiva, por lo que aquí nos concierne, reside en la importancia que Comte otorga a la elaboración de una ciencia de la sociedad, la «sociología», concebida a partir del modelo de las ciencias de la naturaleza y a la que atribuye el fin supremo de ayudar a los hombres a resolver los males del mundo moderno[17]. Mientras que hasta entonces la historia era la única disciplina consagrada al estudio empírico de las actividades humanas, Comte le enfrenta una competidora tanto más temible cuanto que sólo ésta puede hacer alarde de cientificidad. Desde este punto de vista, la historia consagrada al estudio de las «singularidades» no puede ser más que un «lugar de observación» o un «campo de maniobras» al servicio de la ciencia social.

Viviendo aún Comte, el «positivismo» se extiende por toda Europa bajo un gran número de variantes. Aquí nos conformaremos con enumerar aquellas que desempeñarán un papel directo en la primera gran «crisis de la historia», que estalla con el cambio de siglo. Primero es en Gran Bretaña donde los proyectos de constitución de una ciencia de la sociedad hallan un eco mayor. Marx elabora su «materialismo histórico» con el objetivo de determinar las «leyes de la historia» y de guiar al movimiento obrero en sus luchas revolucionarias. Spencer se apoya en el darwinismo para elaborar su sociología evolucionista. John Stuart Mill, uno de los primeros discípulos de Comte, se interesa más concretamente por los aspectos lógicos de la investigación científica, desarrollando análisis que constituyen el punto de partida de la reflexión moderna sobre el problema de la causalidad. En Alemania, la discusión se centra fundamentalmente en el problema de la clasificación comtiana de las ciencias, desembocando en la oposición entre «ciencias de la naturaleza» y «ciencias del espíritu» teorizada por Dilthey. Bajo el Segundo Imperio, el «naturalismo» —que científicos

---

[16] Comte distingue entre las ciencias abstractas o generales capaces de producir leyes (como la fisiología) y las ciencias particulares, que no hacen sino aplicar esas leyes (es el caso de la zoología respecto de la fisiología).

[17] Si Comte sitúa la sociología en lo más alto de su jerarquía de las ciencias, es porque el «positivismo» constituye también un proyecto político. Determinando las leyes de la acción social, el sociólogo no sólo da soluciones a la «cuestión social», sino que además ofrece la posibilidad de dirigir científicamente la sociedad. Sobre esta doble dimensión de la obra de Comte, cfr. A. Petit, *Heurs et malheurs du positivisme comtien. Philosophie des sciences et politique scientifique chez Auguste Comte et ses premiers disciples (1820-1900)*, Tesis doctoral, Universidad de París I, 1993 (mecanografiado).

como Pasteur, Claude Bernard y Marcelin Berthelot[18] contribuyen a difundir a través de sus discursos y sus escritos sobre la ciencia— se presenta como la principal contribución francesa al «positivismo». Este entusiasmo se apodera de la pintura, de la literatura, pero también de la historia. Es la época en la que Fustel de Coulanges sostiene que «la historia es pura ciencia, una ciencia como la física o la geología. Su único objetivo es establecer hechos, descubrir verdades»[19]. Distanciándose un poco del idealismo hegeliano de su juventud, Renan aboga, en el prólogo a su famosa *Vida de Jesús,* por una historia experimental comparable a la química y a la fisiología[20]. Pero es Taine (muy ligado a Claude Bernard y a Marcelin Berthelot) quien va más lejos en este sentido. En 1866, en el prólogo a la segunda edición de sus *Ensayos de crítica y de historia,* hace la apología del «método moderno» que «comienza a introducirse en las ciencias morales», apoyándose explícitamente en la teoría de la inducción desarrollada por John Stuart Mill[21]. Exige a los historiadores que empiecen a examinar los fenómenos históricos «como hechos y productos de los que hay que señalar las características y buscar las causas; y nada más»[22], a estudiar la diversidad y la heterogeneidad aparentes de los productos de la cultura a fin de determinar sus leyes. Para avanzar hacia esa meta, propone un método de trabajo basado en cuatro operaciones: el análisis (descubrir y aislar los hechos), la clasificación, la definición (que expone los rasgos característicos de los hechos aislados) y la valoración de las relaciones entre las definiciones, constituyendo la «síntesis» las tres últimas operaciones. A partir de estos principios, Mill llega a su famosa trilogía raza/medio/momento, que pretende explicar todas las configuraciones culturales de la historia.

---

[18] C. Bernard, *Introduction à la médecine expérimentale,* Flammarion, 1984 (1.ª ed., 1863). M. Berthelot, *La chimie organique fondée sur la synthèse,* Mallet-Bachelier, 1860.

[19] Citado por F. Hartog, *Le XIXe siècle et l'histoire. Le cas Fustel de Coulanges,* PUF, 1988, pág. 341.

[20] E. Renan, *Vie de Jésus,* en *Oeuvres Completes,* ed. cit., t. 4, 1949 (1.ª ed., 1863). (Trad. esp.: *Vida de Jesús,* Madrid, 1981.)

[21] H. Taine, *Essais de critique et d'histoire,* Hachette, 1923, pág. III (1.ª ed., 1858). Sobre esta coyuntura historiográfica, cfr. C. O. Carbonnel, *Histoire et historiens, une mutation idéologique des historiens français, 1863-1885,* Toulouse, Privat, 1976.

[22] H. Taine, *Philosophie de l'art,* citado por E. Cassirer, *Logique des sciences de la culture,* Cerf, 1991, pág. 167 (1.ª ed., 1942). Cassirer analiza desde un punto de vista lógico las razones del fracaso de Taine, y muestra que éste, en sus investigaciones literarias, no pudo utilizar los conceptos tomados de las ciencias naturales más que sometiéndolos a un radical cambio de sentido. (Trad. esp.: H. Taine, *Filosofía del arte,* Madrid, 1957; E. Cassirer, *Las ciencias de la cultura,* México, 1965.)

La profesionalización

Contribuyendo al entusiasmo general por la ciencia, el «positivismo» estableció nuevos objetivos para la investigación histórica. Establecer los «hechos» ya no significa hallar las manifestaciones de la Idea, sino buscar la verdad «por sí misma», aplicando los principios de la ciencia[23]. Los historiadores adoptan tanto más rápidamente estas nuevas reglas cuanto que se benefician del creciente e intenso apoyo que los gobiernos de los países desarrollados prestan a la investigación científica. En las universidades se crea un gran número de cátedras que posibilitan la constitución de las primeras «comunidades profesionales». El prestigio de la ciencia no es la única razón que explica el apoyo que la historia recibe de los poderes públicos. La guerra francoalemana de 1870 acelera el proceso de «nacionalización» de las sociedades europeas. Por eso los Estados exigen ahora a sus historiadores que participen activamente en la elaboración y difusión de la memoria colectiva, fundamento de la identidad nacional. En el capítulo 6 analizaremos más detalladamente la aparición de esta «profesionalización» de la historia en relación con Francia. Limitémonos aquí al examen de sus aspectos más importanes y más universales. El historiador «de oficio» es un asalariado (generalmente es funcionario, pero también puede depender de una institución privada) que ejerce actividades investigadoras y docentes, siendo el objetivo de estas últimas transmitir a los más jóvenes los conocimientos acumulados por las generaciones anteriores. Los estudiantes sólo pueden aspirar a pertenecer a la profesión si han adquirido una formación especializada. Ésta desemboca en la realización de una tesis que ha de poner en práctica las normas de cientificidad propias de la disciplina. Todos los miembros de la comunidad se comunican entre sí gracias a la existencia de una (o varias) revista especializada y se agrupan en una (o varias) asociación profesional, cuyo objetivo es defender sus intereses frente a poderes externos. La multiplicación de los puestos va acompañada de una jerarquización de las funciones que permite dar sentido a la noción de «carrera universitaria».

[23] En el caso de Francia, la fuerza que adquirió el «positivismo» a partir de 1870 se debe al hecho de que la Tercera República lo convierte prácticamente en la ideología oficial del régimen, por oposición al catolicismo.

Este proceso de institucionalización representa una etapa fundamental en la emergencia de la historia-ciencia. Como subraya Kuhn, «la creación de revistas especializadas, la fundación de sociedades de especialistas y la reivindicación de un lugar especial en el conjunto de los estudios están generalmente ligadas al momento en que un grupo encuentra por vez primera un paradigma único»[24]. Momento decisivo no sólo para el oficio de historiador, sino también para la definición del saber histórico. El examen de los principales escritos publicados a fines del siglo XIX por los «padres fundadores» de la historia universitaria francesa, nos permitirá mostrar cómo los elementos esenciales que, según Humboldt, definían la «tarea del historiador» fueron reestructurados entonces en función de las exigencias del «positivismo» y de la profesionalización, para formar el «paradigma» de la ciencia histórica tal como se ha practicado hasta hoy. La nueva perspectiva aparece ya claramente en el texto de presentación que Gabriel Monod publica abriendo el primer número de la *Revue Historique*, el órgano cuasi oficial de la nueva comunidad profesional[25]. Lo que primero llama la atención en este texto es que no ofrece ninguna definición explícita del ámbito de conocimiento que propone estudiar. Para Monod, la historia es una forma del saber aproblemática, pues su origen se remonta a la noche de los tiempos. Por eso, para ubicar su proyecto y subrayar su novedad, se limita a recordar detalladamente las diferentes etapas que han marcado los progresos del conocimiento histórico. El silencio en torno a la definición de «el objeto» de la historia es para Monod una forma de cerrar la etapa de las polémicas con los filósofos. Ya no es cuestión de refutar los argumentos de la filosofía, inten-

---

[24] T. S. Kuhn, *op. cit.*, pág. 41. La definición puramente «discursiva» del concepto de «paradigma» en la que se apoya Carlo Ginzburg, «Traces», *op. cit.*, pág. 268, no le permite ver que el verdadero acontecimiento que transforma radicalmente la investigación histórica a fines de siglo es la profesionalización, y no lo que él llama el «paradigma del indicio», que es una invención de la Escuela histórica alemana. Cuando Ranke define la historia como el «desciframiento de jeroglíficos sagrados», se sitúa ya en la lógica de la interpretación indiciaria. La ruptura «positivista» tiene como principal efecto su «laicización», impulsando a los historiadores a interpretar los indicios como signos de la actividad humana y no como la huella de la Providencia. Pero lo más importante, como veremos después, es tal vez que a fines de siglo el desciframiento de los indicios no obedece ya a un razonamiento de tipo «metonímico» (en el que cada elemento es considerado como expresión del todo), sino a un razonamiento «analítico», que sitúa la interpretación bajo la dependencia de una organización colectiva del trabajo histórico.

[25] G. Monod, «Introduction: du progrès des études historiques en France depuis le XVIe siècle», *Revue Historique*, 1, enero-junio, 1876, págs. 5-38 (todas las referencias están extraídas de esta edición). Una nota precisa: esta exposición «es al mismo tiempo la introducción y el programa de nuestra revista».

tando reemplazarla, como había hecho Ranke. Son las mismas «intenciones últimas» de la filosofía lo que se rechaza. Puesto que la historia es una ciencia empírica, como la física o la fisiología, ya no necesita a la filosofía[26]. La segunda característica fundamental del «manifiesto» redactado por Gabriel Monod es que toda la «ciencia de la historia» que él propone está contenida en su «método», lo que justifica el calificativo de «metodicista» que a menudo se ha dado a esta generación de historiadores. Además, si bien las innovaciones de la Escuela histórica alemana constituyen el punto de partida, ahora se las reinterpreta en función de las nuevas normas científicas. En su presentación, Monod insiste particularmente en el hecho de que el historiador despliega una actividad especializada que requiere un contacto *directo* con las fuentes. Desde las primeras líneas del prefacio que abre el primer número de la *Revue Historique*, sus directores, Fagniez y Monod, subrayan que ésta no admitirá más que «trabajos originales y de primera mano» que pongan en práctica los métodos de exposición «estrictamente científicos, donde cada afirmación esté acompañada de pruebas, de referencias a las fuentes y a las citas, excluyendo rigurosamente las generalidades vagas y los ejercicios de oratoria». Además, fiel a las tesis defendidas por Claude Bernard, Monod considera que toda investigación especializada supone la adopción de un método «inductivo», que va de lo «particular» a lo «general»[27]. «Se ha entendido», escribe en su «Introducción», «el peligro de las generalizaciones prematuras, de los vastos sistemas *a priori* que pretenden abarcarlo y explicarlo todo [...] Se ha comprendido que la historia ha de ser objeto de una investigación lenta y metódica, en la que se avance gradualmente desde lo particular a lo general, desde el detalle al conjunto; en la que se esclarezcan sucesivamente todos los puntos oscuros, para obtener finalmente cuadros completos y poder establecer ideas generales, susceptibles de ser probadas y verificadas, acerca de conjuntos de hechos

---

[26] La influencia de Claude Bernard es aquí manifiesta. Volviendo contra Auguste Comte los argumentos que éste había esgrimido contra las especulaciones filosóficas anteriores, C. Bernard escribe: «la tarea del fisiólogo, como la de todo científico, es buscar la verdad por sí misma sin querer erigirla en instrumento de control de tal o cual sistema filosófico. En este caso, el mejor sistema filosófico es no tener ninguno», C. Bernard, *Principes de médecine expérimentale*, PUF, 1987, pág. XXXIII (1.ª ed., 1947).

[27] Claude Bernard escribe: «las mayores verdades científicas hunden sus raíces en los detalles de la investigación experimental, que constituyen de alguna manera el suelo en el que esas verdades se desarrollan». Y lamenta que estos detalles sean «tan frecuentemente ignorados y despreciados por los falsos científicos que se llaman a sí mismos generalizadores», *Principes...*, ed. cit., pág. XII.

perfectamente constatados». El problema de las relaciones entre el «análisis» y la «síntesis» vuelve a pensarse en el marco de esta nueva concepción de la investigación científica, entendida como movimiento ascendente desde lo «particular» a lo «general». En verdad, entre los historiadores de comienzos de siglo no se planteaba la cuestión de cómo el investigador puede generalizar observaciones particulares, puesto que cada época, cada cultura, era considerada como una expresión del «Todo». Si la síntesis se presentaba como una tarea infinita, era porque el historiador no podía esperar revelar todas las configuraciones singulares de la Idea. *El porvenir de la ciencia* constituye, al menos en Francia, el principio de una verdadera reflexión de los historiadores sobre el paso desde lo «particular» a lo «general». Pero, como hemos visto, Renan lo entendía en los términos de la dialéctica hegeliana, haciendo del análisis y de la síntesis dos edades *sucesivas* de la historia de la humanidad. A fines de siglo, como atestigua la célebre obra que Charles-Victor Langlois y Charles Seignobos publican sobre el «método histórico»[28], esta perspectiva es rechazada en favor de un enfoque fuertemente marcado por los principios del «positivismo». A primera vista, su perspectiva se sitúa en la línea de la concepción humboldtiana. «Hay que aislar los hechos para *constatarlos,* y unirlos para *comprenderlos»,* escriben los dos autores. Además, reconocen explícitamente su deuda con Savigny y Niebuhr, que fueron los primeros en valorar los «nexos» *(Zusammenhang)* que unen, en la realidad, los diferentes tipos de actividad. Langlois y Seignobos asumen la idea de que cada «época» y cada uno de los «mundos» estudiados por el historiador constituyen una totalidad cuyos elementos sólo tienen sentido en relación con el «todo». No obstante, en su obra «análisis» y «síntesis» se integran en una lógica de pensamiento totalmente imbuida de los principios «naturalistas». El signo más evidente de esta reinterpretación es la primacía que ahora se concede al análisis. Humboldt insistía en la síntesis porque sólo ella podía poner de relieve la *relación vital* que une a todos los elementos del mundo estudiado confiriéndole

[28] C. V. Langlois y C. Seignobos, *Introduction aux études historiques,* Kimé, 1992, con prólogo de Madeleine Rébérioux (1.ª ed., 1898). (Mis referencias, salvo que se indique lo contrario, remiten a la primera edición.) Si este manual ha desempeñado un papel esencial en la definición del «paradigma» histórico, no es sólo debido a su amplia difusión, sino también a la importancia que concede a los «conocimientos tácitos» que ha de poseer el verdadero historiador. Para los autores, sólo quienes se han familiarizado con los documentos «están en posesión de nociones intransmisibles que, por lo general, les permiten criticar mejor los nuevos documentos» (pág. 40). (Trad. esp.: *Introducción a los estudios históricos,* Buenos Aires, 1972.)

su forma particular. Pero esta noción de «relación vital» ha sido desacreditada por la crítica naturalista. En sus escritos científicos, Berthelot señala que la antigua química se vio en un callejón sin salida precisamente porque partió del principio según el cual cada cuerpo contiene una «fuerza vital». Víctima de este prejuicio, aquélla consideraba que era imposible reproducir o repetir la naturaleza. La química orgánica, en cambio, añade Berthelot, ha demostrado que la ciencia puede producir perfectamente nuevas sustancias mediante un trabajo de «análisis», que consiste en *aislar* ciertos elementos presentes en las sustancias naturales, para después *purificarlos*, antes de *combinarlos* y obtener una nueva «síntesis». La definición del método histórico que ofrecen Langlois y Seignobos se adhiere a esta nueva perspectiva. Lo esencial, a partir de ahora, no es ya evocar una «forma» que haga concreta una Idea, ni la dialéctica del despliegue del pensamiento en el tiempo. Lo que cuenta, ante todo, es realizar *operaciones* sobre los materiales. De ahí el estatuto privilegiado que adquiere entonces el análisis. Los procedimientos de crítica «externa» e «interna» tienen como objetivo «aislar» y «purificar» el hecho, a partir de la masa de materiales reunidos para su estudio. Solamente después de haber cumplido este largo y minucioso trabajo puede el historiador realizar la «síntesis», es decir, comparar, relacionar, agrupar los hechos en marcos generales y en «cuadros» que están más próximos a la tabla de Mendeleïev que a las «obras de arte», como soñaban los historiadores de la primera mitad del siglo. En consecuencia, el historiador ya no puede ser un poeta. En su «Introducción», Monod afirma ya claramente que «el estilo no consiste en redondear frases sonoras, sino en revestir el pensamiento de la forma conveniente» (pág. 320). Así como en química los símbolos expresan la identidad de una sustancia, así también en historia las palabras han de estar lo más cerca posible de la realidad que representan. Ciertamente, Langlois y Seignobos afirman que «el desprecio por la retórica, el oropel y las flores de papel no excluye el gusto por el estilo puro y enérgico, vigoroso y pleno». Pero los autores justifican esta concesión a la literatura precisando que, si el historiador «no tiene derecho a escribir mal», es debido a «la extrema complejidad de los fenómenos de los que intenta dar cuenta» (pág. 273).

La solidaridad profesional como solución práctica al problema de «la objetividad» del saber histórico

La definición «naturalista» de la relación análisis/síntesis en historia ya había sido esbozada por Taine, en términos mucho más filosóficos, en las postrimerías del Segundo Imperio. Si a fines de siglo ad-

quiere un sentido nuevo, es porque la institucionalización de la disciplina ha permitido el surgimiento de una ideología profesional que exalta los intereses colectivos de la nueva comunidad. En adelante el historiador ya no será considerado como un «autor», sino como un «obrero de la ciencia» (Charles-Victor Langlois). Éste es el cambio radical respecto a comienzos de siglo. El historiador ya no elabora una «obra» personal concebida como un todo, sino que explora una parcela del saber que sólo adquiere sentido en el marco de la colaboración de todos los investigadores. En su «Introducción», Gabriel Monod no aborda la cuestión de «el objeto» de la historia, ni la referida a sus «fundamentos científicos»; en cambio, subraya desde un principio que el objetivo primordial de la *Revue Historique* es estrechar los lazos entre los miembros de la nueva comunidad. La revista quiere publicar trabajos originales, «pero además, y sobre todo, servir de vínculo entre todos aquellos que consagran sus esfuerzos a la vasta y múltiple investigación de que la historia es objeto, haciéndoles sentir su solidaridad». Su ambición es «formar con el ejemplo de un buen método a los jóvenes que quieren incorporarse a la profesión de historiador, alentar y apoyar a quienes ya están en ella, servir a todos como foro y como centro de información». La continuación del texto prueba la importancia que Monod atribuye a la dimensión colectiva de la investigación histórica: «Todos los que se entregan a ella son solidarios unos con otros; trabajan en la misma obra, ejecutan diversas partes de un mismo plan, tienen un mismo objetivo.» La relación de lo «particular» con lo «general» se entiende ahora en términos de esta nueva organización del trabajo. En su «manifiesto» —publicado en un momento en que la «profesionalización» de la historia apenas ha comenzado— Monod concibe todavía las relaciones entre «análisis» y «síntesis» como una distribución de tareas en el tiempo, entre sucesivas generaciones. Bajo la influencia de Renan, también él piensa que la hora de la «síntesis» aún no ha llegado. «Pese a todos los progresos realizados, nos hallamos todavía en fase de preparación, de elaboración de los materiales que después servirán para construir edificios históricos más vastos.» Veinte años después, Langlois y Seignobos hacen de la relación análisis/síntesis el resultado de una división del trabajo «horizontal», que organiza las relaciones entre los diferentes niveles de la comunidad profesional. El análisis es tarea de los historiadores más jóvenes, que aplican las reglas del método estudiando directamente las fuentes con los instrumentos elaborados por los especialistas en técnicas de erudición (archiveros, bibliotecarios, etc.). Realizan así investigaciones de carácter monográfico (la tesis),

bajo la dirección de sus profesores. Éstos se consagran fundamentalmente al trabajo de síntesis, dedicando todo su tiempo a estudiar estas monografías «con el fin de integrarlas científicamente en construcciones generales» (pág. 277). Gracias a la cooperación de los especialistas en cada materia, pueden elaborarse obras que ofrecen una visión de conjunto, cuyo modelo ideal es la célebre *Historia de Francia* en varios volúmenes, dirigida por Ernest Lavisse[29]. Los mismos principios aparecen claramente en el balance de la investigación histórica francesa que Pierre Caron y Philippe Sagnac redactan para el Congreso Internacional de Ciencias Históricas que iba a celebrarse en Roma en 1902[30]. Después de subrayar que «las síntesis muy generales sólo se realizan en colaboración», exigen que «los trabajadores, en lugar de producir aisladamente, se conozcan más, sepan en todo momento lo que se hace cerca y lejos de ellos, sean verdaderamente solidarios unos con otros, no sólo en cada país, sino en el mundo entero». Lamentan que «el entendimiento, la solidaridad y la disciplina científica» sean tan débiles en historia. «Es necesario que la colaboración, al menos con vistas a la publicación de documentos, pase de ser algo aceptado a ser algo habitual, que las relaciones entre los historiadores que exploran un mismo ámbito o ámbitos próximos sean mucho más frecuentes, que la comunicación entre los trabajadores, hasta ahora demasiado fortuita, sea en adelante regular y constante»[31].

Estas reflexiones demuestran la importancia que entonces adquiere para los historiadores el principio de «solidaridad»[32]. Ciertamente, esta exaltación de la colectividad es una manera de reforzar el proceso de profesionalización en el que está inmersa la disciplina. Pero también puede interpretarse como una respuesta al desafío «epistemológico» lanzado por la filosofía. Implícitamente, los historiadores «metodicistas» consideran ya que la historia es una disciplina científica, pero no porque obedezca a unos principios teóricos que supuestamente ri-

[29] E. Lavisse (dir.), *Histoire de France*, Hachette, 1900-1911 (9 vols.).

[30] P. Caron y P. Sagnac, *L'état actuel des études d'histoire moderne en France*. Publicación de la *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, 1902.

[31] La Sociedad de Historia Moderna se creó en 1901 precisamente para poner en práctica este ideal colectivo.

[32] Esta tendencia no es exclusiva de Francia. Peter Novick muestra que la formación, a fines del siglo XIX, de la comunidad profesional de los historiadores americanos, supone, también allí, una valorización de la solidaridad y del trabajo colectivo. P. Novick, *op. cit.*, págs. 52 y ss.

gen todas las disciplinas, sino porque, a nivel práctico, su organización es idéntica a la de las ciencias de la naturaleza. Se basa en una división del trabajo que permite la producción de un saber especializado (el «método»), gracias al cual se elaboran hechos susceptibles de verificación. Y la cooperación del conjunto de investigadores hace posible compensar la fragmentación del saber que es consecuencia de la especialización. De este modo, un conocimiento histórico ya no puede considerarse «verdadero» porque haya sido producido según reglas tomadas de las ciencias de la naturaleza, como afirmaba Taine, sino porque es aceptado como tal por el conjunto de los historiadores competentes. Defender el carácter científico de la historia es pues, necesariamente, defender la práctica colectiva de la investigación. De ahí la importancia primordial que los historiadores «metodicistas» atribuyen a la cuestión del «buen entendimiento» entre los «trabajadores de un mismo ámbito». En el texto de Monod, el principio de «comprensión» tiene un sentido mucho más amplio que el que tenía en Humboldt medio siglo antes. Ciertamente, Monod asume la idea de que «el historiador no puede [...] comprender el pasado sin cierta empatia, sin dejar a un lado sus propios sentimientos e ideas para apropiarse por un instante de los sentimientos de los hombres de otro tiempo, sin ponerse en su lugar, sin juzgar los hechos en el medio en que se produjeron». Incluso insiste en el papel que tiene la «comprensión» en la consecución de la «objetividad» entendida como «imparcialidad»[33]. Pero para Gabriel Monod, la «comprensión» es también una norma de comunicación que ha de imponerse en las discusiones entre científicos. Por eso, aun cuando critica a los historiadores de las generaciones precedentes o a sus adversarios, los historiadores del partido católico, Monod siempre intenta «ponerse en su lugar», para comprender su propio punto de vista, lo que le lleva a subrayar su deuda para con ellos y el papel positivo que han desempeñado en el desarrollo de la disciplina. El principio de solidaridad lo ilustran también las preocupaciones por la justicia y la igualdad que afloran en los escritos de los historiadores «metodicistas», especialmente en lo que se refiere a los criterios de evaluación del trabajo científico (cfr. capítulo 7). Si la verdad supone un acuerdo entre historiadores competentes, entonces es necesario que los principios sobre los que se basa su actividad científica sean «objetivos» (es decir, indiscutibles). Ésta es una de las razo-

[33] El papel del historiador «consiste ante todo en comprender y explicar, no en alabar o condenar». Por eso «no se acusa a la monarquía en nombre del feudalismo, ni al 89 en nombre de la monarquía», G. Monod, *op. cit.*, pág. 138.

nes fundamentales de la importancia atribuida al «método histórico». Langlois y Seignobos recuerdan con cierto deleite que la crítica de fuentes desarrollada en Francia por la *Revue Critique d'Histoire et de Littérature* (creada en 1866) ha permitido resolver, casi siempre de modo certero, los problemas referidos a la naturaleza de un documento, a su datación, a su grado de autenticidad, y que ha puesto fin a la laxitud antes reinante en el uso de los archivos, «sancionando públicamente a los eruditos sin conciencia o sin método» (pág. 113). Estos procedimientos técnicos hicieron posible alcanzar conocimientos admitidos por todos los historiadores, mientras que las grandes interpretaciones contemporáneas, como las de Augustin Thierry, Michelet o Taine, nunca serán objeto de consenso en el seno de la comunidad.

Como vemos, es asimismo en función de estas nuevas reglas colectivas como los historiadores «metodicistas» juzgan a la generación anterior de «historiadores, filósofos, generalizadores y artistas», para decirlo con las palabras de Gabriel Monod. En su «manifiesto» de 1876, el principal reproche que él dirige a estos últimos es precisamente no haberse integrado en el seno de una comunidad profesional. El hándicap de la historiografía francesa en relación con Alemania durante la primera mitad del siglo XIX, se imputa a la falta «de toda disciplina científica general, de toda autoridad rectora, de estas reglas metódicas, de estos hábitos de trabajo colectivo que procura la formación universitaria superior». Nombrando a Michelet, a Augustin Thierry y a Guizot, Monod lamenta que hayan sido «casi todos autodidactas; no han tenido maestros y no forman discípulos. Marcan la historia con la impronta de su temperamento, de su personalidad. Por lo común, incluso los más eruditos de entre ellos, son escritores antes que científicos [...] En sus escritos, lo que les importa no son tanto los hechos mismos cuanto la forma que les confieren» (pág. 317). La amplia polémica que enfrenta a Monod y a Fustel de Coulanges a lo largo de este período refleja incomprensiones que, a mi juicio, sólo pueden explicarse por la ruptura provocada por la institucionalización de la disciplina. Anteriormente, el historiador tenía un estatuto muy cercano al del escritor. A partir de ahora, el historiador se entiende a sí mismo fundamentalmente como un investigador que pertenece a una «ciudad del saber». De este modo, las mismas palabras cambian de sentido, como observa amargamente Fustel de Coulanges en relación con el término «análisis». Mientras que para él, el análisis es una etapa en la elaboración de una obra individual, para los «metodicistas» designa una parcela de un saber colectivo. Idéntica incomprensión se

produce en relación con la «síntesis». Para Fustel, ésta, por definición, no puede ser una labor colectiva. «Imaginad cien especialistas repartiéndose en lotes el pasado de Francia; ¿creéis realmente que al final habrán escrito la historia de Francia? Yo tengo serias dudas; al menos les faltará el nexo entre los hechos; ahora bien, ese nexo es también una verdad histórica»[34]. Afirmación que demuestra hasta qué punto el autor de *La Ciudad Antigua* permanece fiel a la concepción humboldtiana de la historia. Para él, sólo el genio del historiador, su capacidad expositiva, puede dar vida al cuadro por él elaborado. Pero a fines de siglo, la «síntesis» se ha convertido en el momento privilegiado en el que el conjunto de la comunidad se reúne para ofrecer al público el producto de su labor colectiva. Es a la vez la recompensa de quien ha pasado años enteros al servicio del análisis y la expresión de la solidariadad de la comunidad. De ahí las virulentas críticas dirigidas por Langlois y Seignobos a los «divulgadores» que no respetan estas reglas sagradas y que publican síntesis sin haber pasado por el análisis (pág. 115).

La actitud hacia la política ilustra las mismas preocupaciones. Si la producción de la verdad histórica se basa en el consenso de los historiadores competentes, entonces la disciplina ha de mantenerse al margen de las pasiones políticas, factores de divisiones internas. Por eso Monod y Fagniez, en el prefacio en el que se presenta la *Revue Historique,* precisan inmediatamente: «Nuestra pretensión es permanecer independientes de toda opinión política y religiosa.» Y añaden que la nueva revista se dirige «a todos los que, cualesquiera sean sus tendencias particulares, aman la historia por sí misma y no hacen de ella un arma de combate para la defensa de sus ideas religiosas o políticas». Rechazando las «controversias contemporáneas», su intención es agrupar a los historiadores que practican «el mismo rigor metódico y crítico y la misma imparcialidad de espíritu». «El punto de vista estrictamente científico en que nos situamos», agregan los dos directores, «basta para conferir a nuestra selección un tono y un carácter unitarios» (pág. 322)[35]. Pero esta voluntad de autonomía profesional no impide que los historiadores «metodicistas» defiendan la «función so-

[34] Citado por F. Hartog, *op. cit.,* pág. 346.

[35] El deseo de reforzar la autonomía de la «ciudad del saber» lo ilustra también la introducción de un comité patrocinador del que indistintamente forman parte universitarios, archiveros y bibliotecarios representantes de diversas tendencias de la vida intelectual francesa.

cial» de su disciplina. Para ellos, el principio de solidaridad constituye no sólo una norma fundamental que garantiza la cohesión de su comunidad profesional, sino también la contribución decisiva de la historia a la unidad de la comunidad nacional. Como subraya Gabriel Monod, la función del historiador es poner de relieve «el nexo lógico que une todas las etapas del desarrollo de nuestro país e incluso todas las revoluciones: de ese modo todos se sentirán retoños de la misma tierra, hijos de la misma raza, sin repudiar nada de la herencia paterna» (pág. 323). La preocupación de imparcialidad se presenta así fuertemente impregnada de otro aspecto esencial de la ideología profesional propia de esta generación de historiadores «metodicistas». Como funcionarios del Estado francés, cumplen con pundonor sus «servicios al Estado». Por eso, conforme a la misión que les ha adjudicado el poder republicano, sirven a la vez a los intereses de la ciencia y de la nación. «Así es como la historia, sin proponerse *otra meta y otro fin que el beneficio que trae consigo la verdad*, trabaja de forma callada y segura por la grandeza de la Patria y al mismo tiempo por el progreso del género humano» (pág. 323. Cursiva en el texto).

La primera «crisis de la historia» y sus soluciones filosóficas

A fines de siglo, bajo los golpes propinados conjuntamente por el «positivismo», el «marxismo», el «darwinismo» y la corriente nietzscheana, el «idealismo historicista» que había dominado la escena filosófica durante la primera mitad del siglo XIX está desacreditado. En adelante ya no es posible considerar la cuestión de «la objetividad» en historia como desocultación de una Idea preexistente o como desciframiento de «jeroglíficos sagrados», para decirlo con una expresión cara a Ranke. Habiendo ocupado la Ciencia el lugar de Dios, todo el debate sobre la naturaleza del conocimiento histórico se reorganiza en función de aquélla. En tan sólo unas décadas se elaboran las grandes concepciones filosóficas que van a delimitar el espacio en cuyo seno se desarrollarán, hasta hoy mismo, la mayor parte de las discusiones «epistemológicas» sobre la historia. No era posible, ni necesario, analizarlas aquí detalladamente. Sólo aludiré a ellas en la medida en que han desempeñado un papel directo en las transformaciones ulteriores de la disciplina. Para distinguir estas corrientes de pensamiento, partiré de la división ya mencionada en relación con el debate entre Hegel y Humboldt, refiriéndome primero a los filósofos que conciben la

«epistemología» como un esfuerzo por dotar a la historia de nuevos fundamentos teóricos. En segundo lugar, examinaré las reflexiones que se presentan como contribuciones al estudio de la lógica de las ciencias y que entienden que su objetivo es únicamente aclarar lo que hacen los historiadores cuando investigan[36].

Las dos críticas «positivistas»: el «naturalismo» y la «hermenéutica»

Las corrientes nacidas del «positivismo» pertenecen, evidentemente, a la primera categoría. Dos de ellas tienen una importancia muy especial en el debate sobre la historia: el «monismo naturalista» (o «legalista») y la «hermenéutica». Los representantes más eminentes de la primera de estas dos doctrinas son, indiscutiblemente, los filósofos-sociólogos durkheimianos. Para ofrecer una idea general de todo lo que los separa de los historiadores, basta comparar el «Prólogo» redactado por Emile Durkheim anunciando la creación de *L'Année Sociologique*[37], con la «Introducción» publicada por Gabriel Monod en el primer número de la *Revue Historique*. Mientras que éste, como hemos visto, se sitúa desde un principio en un universo de conocimiento ya ampliamente establecido, Durkheim apela a la creación, a partir de ámbitos del saber sobre la sociedad ya constituidos, de una disciplina que todavía no existe. El objetivo de *L'Année Sociologique* es informar a sus lectores de «todas las investigaciones que se realizan en las distintas ciencias particulares» (el derecho y la historia fundamentalmente) en la medida en que tienen que ver con la sociedad. Evidentemente, para saber qué trabajos pueden interesar a una ciencia que no existe, hay que empezar proponiendo criterios que posibiliten definir esta ciencia. Habiendo sido Auguste Comte el primer filósofo que hizo votos por la constitución de la sociología, no es sorprendente que Durkheim asuma los principios de la filosofía positiva. Dado que el objetivo de toda ciencia es producir leyes explicativas, la sociología sólo podrá considerarse «científica» si es capaz de determinar relaciones universales elevándose por encima de las particularidades propias de cada contexto estudiado. Para Durkheim, la mejor vía de que dispone la

[36] He seguido la distinción propuesta por R. Weingartner, «The Quarrel about Historical Explanation», en R. H. Nash (ed.), *Ideas of History*, Nueva York, Dutton, 1969, vol. 2, págs. 140-157.

[37] E. Durkheim, «Prólogo», *L'Année Sociologique*, 1, 1898, págs. I-VII.

ciencia social para avanzar en esta dirección es el comparacionismo. El método de las variaciones concomitantes posibilita, en efecto, determinar regularidades estadísticas realizando experimentos indirectos, idénticos, a nivel lógico, a los experimentos que los especialistas de las ciencias naturales realizan en su laboratorio. «La concomitancia constante es, pues, por sí misma una ley, cualesquiera sean los fenómenos excluidos de la comparación [...] En el momento en que se ha comprobado que, en cierto número de casos, dos fenómenos varían uno y otro, puede estarse seguro de que se está en presencia de una ley»[38]. En el prólogo al primer número de *L'Année Sociologique*, Durkheim afirma claramente que el objetivo de la revista es «ver salir a la sociología de su fase filosófica y ocupar finalmente su lugar entre las ciencias.» De este modo, asume los argumentos de los historiadores sobre la necesidad del trabajo empírico. Pero, al mismo tiempo, toma de los filósofos la definición de la ciencia que él opone a los historiadores. El objetivo de su revista es, efectivamente, ayudar a que la historia sea más científica. «Hacer que el historiador supere su punto de vista habitual [...], que tenga en cuenta las cuestiones generales que plantean los hechos particulares que él observa, es servir a la causa de la historia.» De ahí la ambición de «formar historiadores que sepan ver los hechos históricos como sociólogos, o lo que es lo mismo, formar sociólogos que estén en posesión de toda la técnica de la historia». Fustel de Coulanges declaraba: «la verdadera sociología es la historia». Durkheim añade: «nada más cierto, con tal que la historia se practique sociológicamente», pues, añade, «en cierto sentido, todo lo que es histórico es sociológico». La comparación de los dos manifiestos que determinarán las grandes orientaciones de la historia y de la sociología francesas durante la primera mitad del siglo XX, evidencia dos posiciones intelectuales radicalmente diferentes. Los historiadores hablan de la ciencia tal cual es, proponiéndose simplemente mejorarla prolongando, en un esfuerzo de solidaridad colectiva que implica a toda su comunidad profesional, el trabajo realizado desde la noche de los tiempos por sus antecesores. Los sociólogos hablan de la ciencia tal y como ellos quisieran que fuese, partiendo de una concepción de la objetividad que supone a la vez una ruptura con las formas de saber ya constituidas y un total rechazo de los proyectos rivales que intentan «fundamentar» las ciencias sociales sobre principios teóricos dife-

---

[38] E. Durkheim, *Les règles de la méthode sociologique*, PUF, 1981, págs. 130 y 132 (1.ª ed., 1894). (Trad. esp.: *Las reglas del método sociológico y otros escritos sobre la sociedad*, Madrid, 1988.)

rentes[39]. La polémica que, a principios de siglo, enfrenta a François Simiand, discípulo de Durkheim, y al historiador Charles Seignobos, en la que aquí no entraré, es la más clara y radical expresión del antagonismo entre los dos puntos de vista[40]. Al mismo tiempo, este enfrentamiento petrifica posiciones que posteriormente apenas se aproximarán, como lo demuestra la persistencia de las disputas entre los sociólogos y los historiadores franceses durante todo el siglo XX.

El papel decisivo que la historia ha representado en la vida intelectual alemana en el siglo XIX es la razón de que la crisis que allí aqueja a la disciplina a fines de siglo alcance una magnitud desconocida en Francia. El «positivismo naturalista» entra estrepitosamente en la disciplina, sobre todo tras los trabajos de Karl Lamprecht[41]. Rechazando los principios de «la Escuela histórica» en nombre de las «leyes de la historia» que él busca en la psicología, Lamprecht inaugura la *Methodenstreit* que agitará el mundo universitario alemán durante veinte años. No obstante, esta ofensiva apenas tiene impacto en la investigación histórica empírica. Incluso hace que la mayoría de los historiadores alemanes se encierren en sus modelos tradicionales[42]. En la escena filosófica, Dilthey combate el «naturalismo» en nombre de la «hermenéutica», nacida también del «positivismo», aunque opone radicalmente las «ciencias de la naturaleza» y las «ciencias del espíritu»[43]. En vez de negar el carácter científico de la historia, Wilhelm Dilthey (que fue alumno de Ranke) se apoya en la definición de la historia de Humboldt para determinar los principios fundamentales de las ciencias

---

[39] En su prólogo, Durkheim condena en nombre de la filosofía positiva todas las otras corrientes sociológicas, y considera que hay «demasiados sociólogos que dogmatizan diariamente». Si bien afirma, como Gabriel Monod, que la ciencia «sólo puede progresar mediante un trabajo colectivo», la comunidad científica por la que él hace votos no es concebida según el modelo de la agrupación de todos los «trabajadores del mismo oficio». Sólo puede estar constituida por los investigadores que acepten adherirse a su propio proyecto intelectual.

[40] Cfr. G. Noiriel, «L'étique de la discussion chez François Simiand. À propos de deux conférences sur l'histoire (1903-1906)», *Journée d'étude sur François Simiand*, Universidad de París VII, 14-15 de mayo de 1992 (de próxima publicación).

[41] Cfr. especialmente K. Lamprecht, *Moderne Geschichtswissenschaft*, Friburgo H. Heyfelder, 1905.

[42] Cfr. E. François, «Les historiens allemands», en A. Burguière (dir.), *Dictionnaire de l'histoire*, PUF, 1986. (Trad. esp.: *Diccionario de las ciencias históricas*, Madrid, 1991.)

[43] Como subraya Vincent Descombes, la concepción que los partidarios de la «hermenéutica» tienen «de la ciencia natural es idéntica a la de los positivistas. Mejor dicho, la filosofía hermenéutica pide al positivismo que le diga qué es una ciencia natural», V. Descombes, *La denrée mentale*, Minuit, 1995, pág. 58.

consagradas al estudio de la humanidad[44]. Recogiendo la contraposición entre «explicar» y «comprender» introducida por Droysen (historiador, discípulo de Hegel), Dilthey profundiza y sistematiza el proceder «comprensivo». La especificidad de las ciencias del espíritu, comparadas con las ciencias de la naturaleza, estriba en que su tarea es aprehender el significado de la acción humana. El historiador sólo puede avanzar en esta vía si es consciente de que toda la historia se escribe siempre en el presente, desde un punto de vista particular en función del cual el mundo estudiado adquiere su coherencia. Así pues, el investigador no puede, con el pretexto de «objetividad», excluirse a sí mismo del cuadro que quiere pintar; debe asumir el carácter en parte subjetivo de su perspectiva. Su tarea consiste esencialmente en un trabajo de interpretación a través del que se esfuerza por comprender las «experiencias vividas» de los hombres del pasado. Estas experiencias se han «objetivado» en todas las huellas que los hombres han dejado a su paso (los textos escritos, las instituciones, los monumentos) y gracias a las cuales el historiador puede entrar en contacto con el pasado. La importancia atribuida a la comprensión explica el que la obra de Dilthey pueda entenderse como «una psicología de la experiencia interior» y que él mismo haya considerado el mundo histórico «como un texto que hay que descifrar»[45]. No obstante, si su reflexión está marcada por el «positivismo», es porque en primer lugar Dilthey rechaza los presupuestos del «idealismo historicista». Para Dilthey, la tarea primordial del historiador no es estudiar la «Idea» que dominaría una época o una cultura, sino los mundos reales, constituidos por individuos relacionados entre sí por plexos de sentido. Por otra parte, aunque contrapone las ciencias del espíritu a las ciencias de la naturaleza, Dilthey sigue estando convencido, como Comte, de que corresponde al filósofo señalar a los investigadores el camino que han de seguir para llevar a buen término su trabajo empírico. Desde fines del siglo XIX, la historia ocupa el centro de las polémicas que enfrentan entre sí a los partidarios del «monismo naturalista» y a los de la «hermenéutica». A lo largo de todo el siglo siguiente, la disputa entre los primeros (llamados «objetivistas» por sus adversarios) y los se-

[44] Cfr. W. Dilthey, *L'édification du monde historique dans les sciences de l'esprit*, ed. cit., y S. Mesure, *Dilthey et la fondation des sciences historiques*, PUF, 1990.

[45] «Como las letras de una palabra, la vida y la historia tienen un significado», escribe Dilthey. Citado por H. G. Gadamer, *Le problème de la conscience historique*, Louvain, Beatrice Nouwelaertz, 1957, pág. 36. (Trad. esp.: *El problema de la conciencia histórica*, Madrid, 1993.)

gundos (los «subjetivistas») no cesará de acrecentarse. La historia es el motivo de disputa que enfrenta, por ejemplo, a los adeptos al «positivismo lógico», como Hempel, y a los adeptos a la «fenomenología hermenéutica» de Heidegger, prolongada tras la Segunda Guerra Mundial por Gadamer. En Francia —volveré sobre esto posteriormente— la disputa enfrenta principalmente a los filósofos-sociólogos fieles a Durkheim y a los partidarios de la «filosofía crítica de la historia», desde Raymond Aron hasta Henri-Irénée Marrou y Paul Ricoeur.

El «neokantismo» y la lógica de las ciencias históricas

El final del siglo XIX también ve florecer perspectivas que se esfuerzan, como hiciera Humboldt algunas décadas antes, por explicitar qué hacen los historiadores cuando investigan, en lugar de indicarles el camino que deben seguir. Es el caso de Wilhelm Windelband, que reprocha a Dilthey querer imponer a los historiadores un nuevo modelo de referencia que ya no está tomado de las ciencias de la naturaleza, sino de una «psicología auténtica» a la que se cree indispensable para el progreso de la historia. Ejemplo del éxito creciente de las interpretaciones «neokantianas» del conocimiento, Windelband considera que los principios de una ciencia no pueden hallarse en la realidad misma. Por eso, la única ayuda que la filosofía puede prestar a la investigación empírica es aclarar las operaciones lógicas de la ciencia. Windelband introduce así la famosa distinción entre ciencias «nomotéticas», que establecen relaciones universales (como la física), y ciencias «ideográficas», centradas en el estudio de configuraciones singulares (como la historia). Prolongando esta perspectiva, Heinrich Rickert se apoya en esta contraposición no ya para establecer una clasificación de las ciencias, sino para iluminar las posibles direcciones del trabajo científico. Según él, todas las ciencias combinan lo «singular» y lo «general». Son los fines últimos perseguidos por el científico los que explican el privilegio concedido al uno o al otro[46]. Incluso si la historia es la disciplina más orientada hacia el estudio de lo singular, en ciertos momentos puede servirse de los procedimientos generalizadores que caracterizan a las ciencias naturales. Los profundos análisis sobre «la

[46] Estos estudios no han sido traducidos al francés; cfr. W. Windelband, *Geschichte und Naturwissenschaft*, Strasburg, Heintz, 1900 (1.ª ed., 1894); H. Rickert, *Science and History: a Critique of Positivist Epistemology*, Princeton, Van Nostrand, 1962 (edición alemana de 1899).

epistemología» de la historia que Georg Simmel publica en el cambio de siglo pueden considerarse como la culminación de este enfoque «neokantiano». Es imposible ofrecer aquí una visión de conjunto. Me limitaré a recordar algunos de sus elementos, cuya importancia se hará evidente cuando analicemos los nuevos «paradigmas» de la investigación histórica. Como Dilthey, Simmel parte del hecho de que el historiador estudia conjuntos de individuos relacionados entre sí por interacciones cuyo sentido hay que determinar. Ésta es la razón por la que, frente a las ciencias naturales, los procesos psicológicos constituyen el objeto propio de la historia[47]. Aceptando también que la historia se escribe siempre en presente, Simmel considera que toda investigación supone un punto de vista particular y una subjetividad. La verdad histórica es así relativa a la perspectiva previamente elegida. Además, como el historiador nunca puede desligarse totalmente del mundo social al que pertenece, el razonamiento histórico tiene siempre un carácter «impuro», mezclando, de forma indisociable, observaciones científicas y «prejuicios». Para poder poner en cuestión cualquiera de estos prejuicios, el historiador tiene que aceptar necesariamente los demás como «datos», como «evidencias», pues es imposible cuestionar simultáneamente el conjunto de los materiales en los que un investigador ha de apoyarse para avanzar en su trabajo. Este «relativismo» es, para Simmel, la condición de posibilidad de alcanzar una verdadera «objetividad». Ésta no es para él un hecho, sino un proceso consistente en clarificar y explicitar el conjunto de operaciones que forman parte de las prácticas de investigación. Esta clarificación inmuniza al historiador contra la forma más perniciosa de «relativismo», aquella que se ignora a sí misma haciendo que el investigador juzgue todos los trabajos de los demás a partir de un único punto de vista, el suyo, erigido en verdad universal. Estas cautelas no le impiden a Simmel admitir que el historiador pueda formular explicaciones causales del mismo tipo que las de las ciencias naturales. Éste es particularmente el caso cuando el historiador logra descubrir los encadenamientos y los «motivos» de las acciones individuales. No obstante, este tipo de explicación no puede considerarse como la única forma de cientificidad legítima en historia. Cuando ella no es posible (por ejemplo, cuando el historiador no se propone estudiar interacciones entre individuos a nivel particular), el investigador introduce otra forma de in-

[47] G. Simmel, *Les problèmes de la philosophie de l'histoire*, PUF, 1984, con una presentación de Raymond Boudon (1.ª ed., 1892).

teligibilidad, basada en la interpretación. Ésta no permite determinar relaciones universales, sino que conduce a la elaboración de «formas» singulares, de «cuadros» que aproximan al historiador al artista.

También las filosofías preocupadas por explicitar las múltiples modalidades de la actividad científica se enriquecerán durante todo el siglo XX. Desde este punto de vista, la monumental «filosofía de las formas simbólicas» de Ernst Cassirer constituye una contribución capital[48]. Para Cassirer, «sólo comprendemos la estructura lógica de una ciencia cuando hemos captado claramente de qué forma *subsume lo particular en lo general*»[49]. Esta tarea es común a todas las ciencias, pero cada una de ellas la solventa de manera diferente y «es precisamente esta diversidad lo que constituye la especificidad de los diferentes tipos de conocimiento». La ciencia histórica construye conceptos y juicios, introduce hipótesis y procedimientos de verificación de acuerdo con reglas que, desde un punto de vista lógico, no son distintas de las reglas de las ciencias naturales. No obstante, añade Cassirer, contrariamente a lo que creían tantos historiadores que, en la segunda mitad del siglo XIX, depositaron «ridículas esperanzas en la introducción de métodos estadísticos», profetizando así una nueva época para el pensamiento histórico[50], no ha sido imitando a las ciencias naturales como la historia ha innovado más. Las tentativas de Taine y de Lamprecht de construir una historia «naturalista» fueron un fracaso. La contribución *específica* de la disciplina al progreso del conocimiento radica en ese tipo de generalización que Husserl denomina «construcción eidética». Los documentos estudiados por el historiador son símbolos de un mundo desaparecido. Para interpretarlos, éste ha de empezar por saber leerlos familiarizándose con el contexto que los ha producido. Este esfuerzo de interpretación conduce a la integración de los hechos analizados en una forma nueva que otros historiadores, a la luz de nuevos documentos o de nuevos métodos, podrán enriquecer, modificar o discutir. Si bien este tipo de generalización científica permite describir la realidad, no la explica, en el sentido científico del término, «pues lo particular que se ordena en estos hechos no puede deducirse de ellos». El «hombre del Renacimiento» descrito por Burckhardt en un libro célebre, es un tipo social elaborado a partir de

---

[48] E. Cassirer, *Philosophie des formes symboliques*, t. III. *La philosophie de la connaissance*, Minuit, 1972 (1.ª ed., 1929). (Trad. esp.: *Filosofía de las formas simbólicas*, México, 1971-1972.)

[49] E. Cassirer, *Logique...*, ed. cit., pág. 157. Cursiva en el texto.

[50] Cfr. especialmente H. T. Buckle, *History of Civilization in England*, Londres, J. W. Parker, 1857.

un gran número de materiales empíricos y cuya «verdad» nadie podrá discutir, aunque nunca se lo hallará encarnado en un individuo concreto[51].

Éste es el contexto filosófico en el que emerge la sociología alemana a principios de siglo, bajo el impulso decisivo de Max Weber. Como en Francia, la sociología alemana adquiere autonomía a través de un diálogo crítico con la historia. No obstante, basta comparar el debate entre Weber y el historiador Eduard Meyer con el que en el mismo momento enfrenta en Francia a Simiand y a Seignobos, para determinar exactamente todo lo que separa estos dos universos intelectuales. Weber, habiendo llevado a su término el proceso de ruptura con la filosofía, defiende un empirismo radical, que en el fondo, aunque se exprese en términos muy diferentes, está próximo a la opinión compartida por la gran mayoría de los historiadores. Para él, la epistemología de los filósofos es de tan escasa utilidad para la investigación empírica como el conocimiento de la anatomía pueda serlo para andar. Solamente el estudio de los procedimientos lógicos del trabajo científico puede ayudar a quien lo practica a ser más consciente de lo que hace cuando investiga. Aparte de esto, la cultura filosófica no puede servir al historiador más que para defender su ámbito de actividad contra quienes quieren desacreditarlo, lo que es moneda corriente en un mundo dominado por la competitividad[52]. Si Max Weber se niega

---

[51] E. Cassirer, *Logique...*, ed. cit., pág. 160. Pueden hallarse prolongaciones de estos análisis en los trabajos de epistemólogos contemporáneos. Gilles-Gaston Granger considera que las ciencias, entendidas en el sentido más amplio como conocimientos metódicos de objetos, se dividen según la atracción que en ellas ejercen y el papel que en ellas desempeñan dos polos fundamentales y radicalmente opuestos. «Uno está representado por la matemática pura sin contenidos empíricos; el otro, precisamente, por una Historia ficticiamente pura, cuyo proyecto teórico sería restituir *ad integrum* los objetos concretos que realmente han existido. Es el polo poiético del pensamiento científico, cuya atracción resulta apreciable, en diferentes grados, y distintamente según el tipo de objetos, en todas las ciencias empíricas.» No obstante, incluso si la historia es la disciplina más próxima al polo poiético, las Historias realmente elaboradas «construyen modelos explicativos semiabstractos»; cfr. G. G. Granger, *La vérification*, ed. Odile Jacob, 1992, págs. 181-186. Volveré posteriormente sobre el libro de Jean-Claude Passeron, *Le raisonnement sociologique. L'espace non-popperien du raisonnement naturel*, Nathan, 1991, que también se sitúa en la perspectiva de una «clarificación» de las operaciones reales de la investigación.

[52] Contrariamente a Raymond Aron y a sus actuales discípulos, no me parece posible considerar a Max Weber como un representante de la «filosofía crítica de la historia». Con Julien Freund, hay que ver en él más bien el principal representante «de una teoría por así decir no filosófica de la ciencia y del conocimiento» inseparable de una teoría de la acción; lo que aproxima considerablemente a Max Weber a las tesis que hoy

a participar en la disputa sobre los fundamentos de la ciencia, es porque, al igual que los filósofos neokantianos, rechaza el punto de vista epistemológico «realista». Puesto que la ciencia no se basa en ningún fundamento exterior a la práctica empírica, sólo los historiadores son competentes para zanjar los problemas históricos. Siendo así, una polémica como la que en Francia enfrenta a historiadores y sociólogos no tiene razón de ser. Y ello tanto menos cuanto que, para Weber, las fronteras disciplinares no se corresponden con demarcaciones existentes en la realidad misma, sino que son resultado de convenciones anteriores entre los investigadores. «No son las relaciones materiales entre las cosas las que constituyen la base de las delimitaciones de los ámbitos del trabajo científico, sino las relaciones conceptuales entre los problemas.» «Sólo cuando se aborda un problema nuevo con un método nuevo y cuando de este modo se descubren verdades que abren nuevos horizontes importantes, sólo entonces nace también una "ciencia" nueva»[53]. Ésta es la razón por la que Weber rechaza la definición «realista» de la «sociedad» adoptada por los durkheimianos para justificar sus pretensiones hegemónicas. Considera que el término «social» no nos procura, cuando «se toma en su sentido genérico [...], ninguna clase de *punto de vista* específico que hiciese posible *elucidar* el significado de elementos determinados de la civilización» (cursiva en el texto). La historicidad del mundo y la infinidad de significados que los hombres son capaces de dar a sus actos es la razón por la que las ciencias de la cultura no pueden esperar establecer leyes universales. La generalidad de la validez de sus observaciones está siempre limitada por el contexto. Por eso, en estas disciplinas, cuanta mayor extensión tiene un concepto general (clasificatorio), tanto más nos aleja de la realidad, pues para abarcar lo que es común al mayor número de fenómenos ha de abstraer lo más posible, lo cual empobrece su contenido. De ahí la importancia decisiva que Weber atribuye a los conceptos genéticos (tipos ideales). Estas construcciones «artificiales», que la mayoría de las veces no existen en la realidad (dado que se obtienen acentuando los rasgos característicos del fenómeno observa-

---

exponen los «pragmatistas». Cfr. M. Weber, *Essais sur la théorie de la science*, Presses Pocket, 1992 (se trata de una selección de artículos aparecidos a comienzos de siglo), y el prólogo de J. Freund, especialmente págs. 114-115. Cfr. también al respecto C. Colliot Thélène, *Le désenchantement de l'État...*, ed. cit.

[53] M. Weber, «L'objectivité de la connaissance dans les sciences et la politique sociales», en M. Weber, *Essais...*, ed. cit., págs. 142-143 (1.ª ed., 1904). (Trad. esp. en M. Weber, *Sobre la metodología de las ciencias sociales*, Barcelona, 1971.)

do), permiten especificar lo que constituye la particularidad del hecho considerado. A las disciplinas que tienen como objeto de estudio los individuos y los significados de sus actos les es indispensable la elaboración de conceptos genéticos, debido a que las situaciones sociales sólo pueden comprenderse verdaderamente especificando lo más posible. Estas reflexiones sobre la lógica de las ciencias conducen a Weber a defender un comparacionismo que completa la metodología estadística desarrollada por los durkheimianos. La comparación de diferentes configuraciones singulares permite constatar la presencia o la ausencia de rasgos comunes y de este modo valorar la frecuencia de determinada relación. Gracias a este método comparativo, la sociología es capaz de ofrecer formas de generalización que la distinguen de la historia, lo que basta para justificar su existencia y su importancia para el progreso del conocimiento.

LA «APOLOGÍA DE LA HISTORIA» O LA MADUREZ DE UN «PARADIGMA»

La célebre obra escrita por Marc Bloch durante la Resistencia, poco tiempo antes de que fuera ejecutado por los nazis, representa la culminación del «paradigma» constitutivo de la ciencia normal de la historia y no, como se ha escrito tan a menudo, el punto de partida de una «nueva historia»[54]. En esta obra, Marc Bloch se entiende a sí mismo explícitamente como continuador de la disciplina tal y como ésta ha sido definida por la generación anterior. Hay que tomar en serio su advertencia de la primera página, en la que previene inmediatamente al lector de que, pese a ciertos desacuerdos, sigue los pasos de Langlois y Seignobos (pág. 69). El subtítulo del libro indica claramente que también él considera la historia como una práctica profesional basada en la división del trabajo y en la especialización. El centro de la obra (los capítulos dedicados a la observación, la crítica y el análisis histórico) presenta el «método histórico», pues es éste el que, según Marc Bloch, concentra todo el *savoir-faire* característico del «oficio de historiador». La historia es una ciencia porque se ha convertido en un saber que requiere un aprendizaje, supone unos conocimientos especializados y la cooperación de todos los que la practican[55]. La verdadera

[54] M. Bloch, *Apologie...*, ed. cit. La obra presenta las grandes líneas de la concepción de la historia desarrollada en el periodo de entreguerras tanto por Marc Bloch como por Lucien Febvre.

[55] «El aprendizaje [de estos conocimientos especializados] es lento; su plena posesión requiere una práctica aún más prolongada y prácticamente constante» (pág. 111).

originalidad de este libro radica en que en él, Marc Bloch, se apoya en los recientes progresos de «la epistemología de la historia» y de la filosofía de la ciencia (inseparables de las radicales transformaciones que la física ha conocido con la teoría de la relatividad) para rechazar las distintas variantes del «positivismo» que dominaban la escena intelectual francesa en el cambio de siglo[56]. Considerando que ya no es posible postular un modelo general de ciencia, no sólo rechaza el «monismo naturalista» de los durkheimianos, sino también la pusilanimidad de los historiadores «metodicistas», quienes, con Seignobos, habían acabado por asumir la clasificación comtiana de las formas de conocimiento, afirmando que la historia no era una ciencia, sino un simple «proceder cognoscitivo». Marc Bloch considera, por el contrario, que las ciencias humanas no tienen «necesidad de renunciar a su originalidad, ni avergonzarse de ella» (pág. 78), pues cada ciencia no es sino «un fragmento del movimiento universal hacia el conocimiento» y posee una «estética del lenguaje que le es propia». Cada disciplina es una «perspectiva que otras perspectivas habrán de completar» y «el peligro comienza cuando cada óptica pretende verlo todo por sí sola; cuando cada región del saber se toma a sí misma por la patria» (pág. 163). Afirmando que la época de las disputas sobre la legitimidad de las ciencias pertenece al pasado, Marc Bloch hace posible al mismo tiempo la apertura de la historia al mundo exterior. La generación anterior, completamente inmersa en el proceso de profesionalización y autonomización arriba descrito, era tanto más proclive a encerrarse en su «torre de marfil» cuanto menos segura estaba aún de su estatuto científico. Considerando que este periodo fundacional ha terminado, Marc Bloch exhorta a los historiadores a asumir plenamente tanto la identidad de su disciplina como sus límites. «Las investigaciones históricas no padecen de autarquía» (pág. 97). En nombre de este principio, del que el conjunto de su obra empírica es una excelente ilustración, defiende una «interdisciplinaridad» entendida como una cooperación entre especialistas de distintas disciplinas y no como un esfuerzo en favor de la unificación de las ciencias humanas.

[56] Subrayando que Marc Bloch estaba «perfectamente al corriente» de los debates teóricos alemanes sobre la historia, Otto Oexle considera que si Bloch ocupa «una posición particular en todas las discusiones epistemológicas de nuestra discipina» es porque es el único historiador que ha sacado todas las consecuencias del abandono del «positivismo»; cfr. O. G. Oexle, «Marc Bloch et la critique de la raison historique», en H. Atsma y A. Burguière (dirs.), *op. cit.*, págs. 420-433. Si hasta ahora no se ha tenido verdaderamente en cuenta la importancia «teórica» de sus argumentos, es sin duda porque los expresa en el lenguaje «natural» de los historiadores.

Esta nueva perspectiva resulta evidente en la forma en que él concibe las relaciones entre la historia y la filosofía. Por una parte, como hemos visto, rechaza, aún más radicalmente que los «metodicistas», todos los análisis que pretenden decir a los historiadores en qué debería consistir una «verdadera» ciencia de la historia. Pero por otra, admite que la división del trabajo intelectual y la especialización disciplinar impiden que un historiador hable rigurosamente acerca de la historia, pues «a su modo, el estudio de los métodos por sí mismos constituye una especialidad cuyos técnicos se llaman filósofos». Y añade: «Sin duda, esta laguna en mi formación hará que el presente ensayo pierda mucho en precisión lingüística así como en amplitud de miras» (pág. 78). Esta lucidez, sin embargo, no hace que Marc Bloch renuncie a su proyecto, sino que le lleva a tomar de los trabajos de los filósofos argumentos que le permiten enriquecer su concepción de la historia. El mejor ejemplo que puede darse de esta actitud se refiere a la cuestión del «empirismo» objetado a los historiadores tanto por Simmel en Alemania como por los durkheimianos en Francia. Temiendo asistir al restablecimiento de la influencia de la filosofía sobre la disciplina, la generación «metodicista» se negaba enérgicamente, como hemos visto, a someter la investigación de los hechos a una problemática ya claramente elaborada, lo que conllevaba someter la historia a las «evidencias» del sentido común. Marc Bloch condena esta actitud asumiendo los argumentos que Simiand había esgrimido contra Seignobos. «Toda investigación histórica supone, desde sus primeros pasos, que la búsqueda tiene ya una dirección» (pág. 109). Las disciplinas vecinas, como la filosofía o la sociología, pueden ayudar al historiador a elaborar sus problemas. Dando ejemplo, Marc Bloch integra en su obra las reflexiones hermenéuticas de inspiración diltheyana. Si concede un lugar esencial al problema de la «comprensión», es porque al mismo tiempo considera que «los hechos históricos son esencialmente hechos psicológicos» y porque la historia se escribe siempre en presente. Llega incluso a afirmar que la especificidad y las dificultades del «oficio» de historiador se deben a la dialéctica de las relaciones entre pasado/presente. Del mismo modo, en sus reflexiones sobre el método histórico integra las aportaciones de la sociología durkheimiana referidas al comparacionismo y al análisis estadístico.

El énfasis puesto en la elaboración de una problemática rectora de la investigación empírica constituye, como se ha subrayado frecuentemente, la principal aportación de los fundadores de *Annales* al progreso de la investigación histórica. Sin embargo, la importancia de esta contribución no puede entenderse completamente si se olvida, como

ocurre generalmente, otra dimensión esencial de su concepción de la historia. No es casual que Marc Bloch defienda una «historia-problema» mientras que filósofos y sociólogos se preocupan de la «construcción del objeto». En ningún momento exige a los historiadores que adopten los principios y el lenguaje teóricos elaborados por estas disciplinas. La historia-problema que él defiende se basa en un enorme trabajo de «traducción» de estas aportaciones externas, de modo que puedan resultar comprensibles y útiles, si no al conjunto de los historiadores, sí al menos a una parte significativa de ellos. La importancia que Marc Bloch atribuye a este punto es la consecuencia lógica de su rechazo del «positivismo». Si no existe ningún criterio universal que permita evaluar la actividad científica, corresponde a cada disciplina elaborar sus propias reglas de verdad. Como los «metodicistas» de comienzos de siglo, también Marc Bloch piensa que un conocimiento puede considerarse «verdadero» si el conjunto de especialistas del área correspondiente lo acepta como tal. Cuando afirma que «la definición previa, por común acuerdo, de algunos de los grandes problemas dominantes» es una necesidad de la que «depende todo el futuro de nuestra ciencia» (pág. 112), va incluso más lejos que sus predecesores. Lo que confiere importancia a un problema histórico no es, fundamentalmente, la perspectiva teórica subyacente, sino el hecho de que los historiadores implicados estén de acuerdo en conferir prioridad al estudio de ese problema. La perspectiva desarrollada en la *Apología* se basa así en dos principios indisociables: para elaborar sus problemas y sus verdades, los historiadores han de estar atentos al mundo exterior, pero al mismo tiempo han de mostrarse capaces de «traducir» a su propio lenguaje los interrogantes y las innovaciones de aquél. Hay que tener presentes estos principios si se quiere comprender las razones del interés de Marc Bloch por la cuestión del lenguaje en este libro[57]. Según él, lo que distingue la literatura y las ciencias, es que éstas son capaces de elaborar un lenguaje común a todos los investigadores que las practican. Si la ciencia histórica está todavía «en la infancia», es porque no ha logrado superar el «curioso defecto de las ciencias humanas que, ¡por haber sido tratadas durante tanto tiempo como un simple género literario, parecen haber conservado algo del incorregible individualismo del artista!»[58]. Para convertirse en una disciplina

[57] En su prólogo, Jacques Le Goff destaca el lugar fundamental que la reflexión sobre la «comunicación» ocupa en la *Apología*..., ed. cit., pág. 26.

[58] Marc Bloch precisa: «Por más rigurosos que se los crea, los lenguajes de los historiadores, alineados uno tras otro, nunca constituirán el lenguaje de la historia» (pági-

plenamente científica, la historia ha de lograr construir, como la química, su propio sistema de signos. «Sin duda llegará un día en que una serie de acuerdos permitirán precisar su nomenclatura y afinarla después, etapa tras etapa. Incluso entonces la iniciativa del investigador conservará "sus" derechos; ahondando en el análisis, éste reorganiza necesariamente el lenguaje. Lo esencial es que el espíritu de equipo esté vivo entre nosotros» (pág. 178). Considerando que ha de alentarse todo cuanto pueda favorecer la constitución de este lenguaje colectivo, Marc Bloch, siguiendo los pasos de Gabriel Monod, hace de la «comprensión» una regla esencial de la comunicación entre investigadores, esforzándose siempre en poner de relieve el lazo que lo une a los mismos a quienes critica y su deuda para con ellos. Idéntica preocupación le lleva a abogar por la continuidad del vocabulario histórico de una generación a otra: «es necesario que el historiador renuncie a alterar desconsideradamente el sentido de los términos transmitidos [...] que se prohíba a sí mismo rechazar caprichosamente aquellos que ya han demostrado su valor; que al utilizar cuidadas definiciones, lo haga guiado por la preocupación de que su vocabulario resulte útil para todos» (pág. 178). No obstante, hay que reconocer que la reflexión de Marc Bloch sobre esta cuestión contiene importantes contradicciones[59]. Puede observarse, por ejemplo, que aun deseando el establecimiento de un lenguaje común al conjunto de los historiadores, Marc Bloch considera como un hecho irreversible la segmentación de la disciplina en tendencias inconciliables y rechaza la perspectiva consensual cara a los «metodicistas». Por eso entiende el «análisis» y la «síntesis» como dos aspectos de la tarea que incumbe a *cada* historiador, y ya no como una cooperación entre todos los miembros de una misma comunidad. Asimismo, si exhorta a sus colegas a seguir el ejemplo de los químicos dotándose de su propio sistema de signos, Marc Bloch afirma al mismo tiempo que el historiador ha de poder ser comprendido por el «gran público». Es este ideal de comunicación universal lo que le ha llevado a escribir: «No imagino más hermoso elogio, para un escritor, que el que sepa hablar, con el mismo tono, para doctos y para escolares» (pág. 69). Pero ¿cómo puede conciliarse

na 178). La importancia que Marc Bloch confiere a la cuestión del vocabulario de las ciencias humanas tiene que entenderse en relación con los trabajos que se emprendieron en esta dirección en el Centro de Síntesis durante el período de entreguerras y en los que él colaboró.

[59] Las principales razones que explican estas contradicciones se discuten en el capítulo 5.

este ideal con la necesidad de elaborar un lenguaje reservado a los especialistas? Marc Bloch no aborda esta cuestión. No obstante, implícitamente, ofrece elementos que permiten responderla, al distinguir diferentes niveles de comunicación adaptados a los diferentes círculos de interlocutores a los que se dirige. En realidad, cuando habla de «lenguaje corriente», Marc Bloch se refiere al conjunto de competencias compartidas por los individuos que pertenecen a una misma comunidad. Desde esta perspectiva, el «método histórico» delimita los contornos de un primer círculo que incluye a todos los que ejercen el mismo oficio y que por eso pueden discutir entre sí problemas que conciernen al conjunto de la profesión. Pero en el interior de este círculo, existen o pueden constituirse otros círculos, basados en conocimientos técnicos más especializados. Este tipo de subconjuntos es el que tiene en mente Marc Bloch cuando hace votos por la introducción de programas de investigación que requieren la elaboración de un vocabulario común y reúnen a especialistas de diferentes ámbitos a nivel nacional e internacional. Aunque Marc Bloch no se refiere explícitamente a esta diferenciación de niveles de competencias, puede comprobarse que se sirve de ella en sus propias reflexiones. Por ejemplo, el principio de «comprensión» sólo constituye una norma de comunicación para los individuos que, a su juicio, pertenecen al mismo mundo que él (como Durkheim, Simiand o Seignobos). Pero no se aplica a los historiadores «amateurs», como Bainville, cuya ideología reaccionaria denuncia Marc Bloch. En cuanto a los historiadores profesionales que profesan una concepción de la disciplina inconciliable con la suya, Marc Bloch considera que no tiene nada que decirles. Por eso su libro ni siquiera los nombra[60]. El problema de la diferenciación de niveles de recepción del discurso histórico está asimismo en el centro de la distinción que Marc Bloch establece, desgraciadamente sin insistir en ella, entre «historia» (en tanto que saber científico) y «memoria». Aunque la preocupación de demostrar la legitimidad de la historia recorre toda la *Apología*, Marc Bloch no se hace eco de los argumentos aportados en este sentido por la generación anterior. Cuando Gabriel Monod afirmaba que investigando la verdad el historiador

---

[60] Ni una sola palabra, por ejemplo, sobre su eterno rival, Louis Halphen, medievalista como él y cuyas reflexiones sobre la historia son el mejor ejemplo de «la historia historizante» rechazada por *Annales;* cfr. especialmente L. Halphen, *Introduction à l'histoire*, PUF, 1946, y la crítica de L. Febvre, «Sur une forme d'histoire qui n'est pas la nôtre», *Annales E.S.C.*, 1947, reproducido en L. Febvre, *Combats pour l'histoire*, A. Colin, 1953, págs. 114-118. (Trad. esp.: *Combates por la historia*, Barcelona, 1975.)

puede servir a la vez a su patria y al género humano, cometía una doble confusión entre «historia» y «memoria», por una parte, y entre «memoria nacional» y «memoria social», por otra. Negaba así el principio de autonomía científica, por lo demás tan vehementemente proclamado. Extrayendo todas las consecuencias de este principio, Marc Bloch distingue entre la comunidad de los científicos, la comunidad de los ciudadanos y la comunidad de los hombres. Aunque, como es sabido, fue un gran patriota que no dudó en entregar su vida para defender a su país, en la *Apología* Marc Bloch no afirma ni una sola vez que el historiador haya de estar al servicio de su patria, pues él distingue radicalmente entre los problemas que preocupan al ciudadano y los que preocupan al científico[61]. En tanto que investigadores, los historiadores no están al servicio de ninguna causa particular. Construyen sus reglas de cientificidad, sus problemáticas y sus objetos de investigación de manera autónoma. En este sentido, hablan un lenguaje propio. No obstante, no pueden ignorar la función social de su oficio, pues las ciencias sociales, como las ciencias de la naturaleza, sólo alcanzan plenamente su objetivo si aspiran a contribuir al progreso de la humanidad. Las ciencias físicas lo logran porque los lenguajes especializados que elaboran desembocan en conocimientos, convertidos en «productos» (en «objetos») que, potencialmente, se ponen a disposición de todos los hombres. En el caso de las ciencias humanas, es el mismo lenguaje el que constituye la mediación entre el mundo científico y el mundo profano. Por eso el historiador que se preocupa de la función social de su disciplina ha de hablar, a la vez, para los especialistas y para el gran público. Pero dirigiéndose al mismo tiempo a dos categorías de lectores muy diferentes, el historiador se expone a no ser comprendido. Como lamenta Marc Bloch: «entre la investigación histórica tal como se practica o aspira a practicarse y el público lector, subsiste, indiscutiblemente, un malentendido» (pág. 124). Éste sólo puede eliminarse distinguiendo claramente las competencias propias de cada una de las dos comunidades de lectores a las que se dirige el historiador: la comunidad de saber (los «historiadores de oficio») y la comunidad de memoria (el «gran público»). La dificultad estriba en que ambos universos están estrechamente imbricados. Marc Bloch insiste en que el ejercicio del oficio de historiador exige un constante

---

[61] De esta voluntad de distinguir perfectamente los papeles es ejemplo la redacción, a partir de 1940, de otra obra en la que Marc Bloch presenta, en tanto que ciudadano, un testimonio político —que es también una denuncia— sobre las causas de la derrota de la nación francesa, cfr. M. Bloch, *L'étrange défaite*, Gallimard, 1990 (1.ª ed., 1946).

vaivén entre el mundo social, del que forma parte el científico y al que ha de rendir cuentas, y la comunidad profesional de la que depende. Los temas de investigación en los que trabaja no carecen de relación con las curiosidades o las preocupaciones dominantes en la sociedad de su época. Pero éstas sólo se convierten en verdaderos problemas «históricos» si el historiador es capaz de transformarlas en objetos de investigación adaptados a las exigencias científicas de su comunidad. Pero en segundo lugar, el historiador ha de restituir a la sociedad los conocimientos que él ha elaborado gracias a ese trabajo de distanciamiento, con el fin de ayudar a los hombres «a vivir mejor», guiándolos en su acción[62]. Gracias a este doble movimiento, la historia puede conservar su autonomía y a la vez asumir su función social. En la práctica, este proceso corresponde a las dos funciones profesionales que la mayoría de las veces ha de asumir el historiador: la investigación y a docencia. En sus actividades científicas propiamente dichas, el historiador se dirige al público de especialistas del ámbito correspondiente. Solamente esta comunidad de saber está en condiciones de validar o de rechazar los conocimientos que él aporta. Éstos pueden difundirse inmediatamente, gracias a la docencia, entre el público no especializado. No obstante, en la *Apología* la relación entre el historiador y su público no se entiende como una relación entre maestro y alumno. Al contrario, Marc Bloch hace del público el juez supremo ante el que él defiende la causa de la historia, con el fin de que sea el público quien pueda «decidir, inmediatamente, si este oficio merece ejercerse» (pág. 74). La dificultad estriba en que las competencias que el público no especializado puede poner en juego para ejercer sus facultades de juicio son extremadamente heterogéneas. Cada individuo aprecia el trabajo del historiador con los recursos que le ofrece la memoria colectiva de los grupos a los que pertenece (clase social, familia, región, nación, comunidad étnica, género). Ahora bien, estas memorias son, por definición, subjetivas, fragmentarias y parciales, orientadas a encomiar o a denunciar una causa y no al conocimiento crítico del pasado. Para Marc Bloch, el historiador digno de este nombre no puede respaldar estas memorias particulares. De hecho, difundiendo los resultados de sus investigaciones más allá de los círculos especializados, se esfuerza por enriquecer la memoria colectiva del único grupo al que acepta servir: *la humanidad entera.* Como Wilhelm von Humboldt,

---

[62] «La ignorancia del pasado no sólo perjudica la comprensión del presente; en el presente, esta ignorancia compromete a la acción misma» (pág. 93).

Marc Bloch considera que si los historiadores de hoy pueden comprender a los hombres del pasado, aun cuando no pertenezcan a su mismo mundo, es porque comparten con ellos características que definen a la humanidad en su universalidad. Estas mismas cualidades constituyen también el lazo que no sólo hace posible, sino necesaria, la comunicación entre el historiador y el «gran público». «Siendo los hombres nuestro objeto de estudio, si los hombres no alcanzan a comprendernos, ¿cómo no íbamos a tener el sentimiento de no cumplir más que a medias nuestra misión?» (pág. 124). Marc Bloch insiste no obstante en que esta comprensión solamente puede ser efectiva si los historiadores profesionales ponen a disposición de los lectores no especializados puntos de referencia críticos con los cuales éstos puedan juzgar con conocimiento de causa los trabajos que se les presenta, sin dejarse engañar por el oropel de la pequeña historia. Es multiplicando las indicaciones referidas a las fuentes que él ha utilizado y las explicaciones sobre la forma en que ha procedido para llegar a sus resultados, como el historiador puede ayudar al lector a aguzar su espíritu crítico.

Capítulo 3

El retorno del autor

Por más prolongadamente que un solo hombre pueda ver una mancha en el planeta Venus, no es éste un hecho establecido.

Charles S. Peirce, *Dictionary of Philosophy and Psychology*, 1902.

Todos hablan de su oficio como si ejerciesen otro.

Jean-Claude Passeron, *Le raisonnement sociologique. L'espace non popperien du raisonnement naturel*, 1991.

Marc Bloch había presentado la *Apología* como su «testamento» de historiador, señalando explícitamente que su libro no estaba justificado solamente por las circunstancias, sino que tenía también un valor programático. Si nos situamos en el plano de la investigación empírica, es evidente que este programa ha sido puesto en práctica ampliamente, después de la guerra, por sus colaboradores y sucesores, empezando por Lucien Febvre y Fernand Braudel. Los trabajos colectivos impulsados a partir de los años 50 por el Centro de Investigaciones Históricas (CRH) de la sección VI de la Escuela Práctica de Altos Estudios (en lo sucesivo EPHE), son el ejemplo más claro. Por lo demás, este dinamismo no es exclusivo de Francia. En muchos países, la influencia de la historia social se materializa en la puesta en marcha de ambiciosos proyectos colectivos. Pero si se examinan *los discursos sobre la historia* que los historiadores han introducido desde la Segunda

Guerra Mundial, es inevitable constatar que los sucesores de Marc Bloch no han asumido su herencia. El comienzo de los años 70 —momento en el que cobra protagonismo una nueva generación de historiadores (denominada en algunas ocasiones la «tercera generación» de *Annales*)— aparece desde este punto de vista como un giro fundamental. En 1974, año de la reedición de la *Apología* en una colección de bolsillo, Georges Duby hace una presentación de ella bastante negativa. En un texto de unas diez páginas, apenas dos se refieren directamente a la obra; el resto evoca la carrera de Marc Bloch y su obra empírica. Georges Duby describe la *Apología* como un «gran texto [que] ha quedado anticuado. Decepciona. Demasiado apagado, atenuado. Encorsetado, atrapado sin duda en lo que hoy podemos sentir como un desusado espesor de tradiciones y hábitos. Sepultado bajo una gran cantidad de desechos»[1]. Publicados en la misma época, los libros de Paul Veyne y de Michel de Certeau sobre la «epistemología» de la historia no hacen referencia a la *Apología*[2]. La obra no es mencionada por ninguno de los historiadores que han colaborado en los tres volúmenes de *Hacer la Historia*, en los que se presenta las nuevas tendencias de la investigación histórica[3]. La razón fundamental de esta «desgracia» es que, a partir de ahora, ya no es la cuestión del «oficio» lo que preocupa a los historiadores que reflexionan sobre su disciplina, sino la «escritura de la historia». En este capítulo, quisiera intentar explicar las razones de esta bifurcación y mostrar cómo ésta ha podido contribuir a la «crisis» actual.

«La interdisciplinaridad» como metalenguaje

Fernand Braudel y «la unidad de las ciencias humanas»

Los horrores del nazismo y de la Segunda Guerra Mundial produjeron, en los años siguientes, una profunda aspiración colectiva a la fundación de un mundo nuevo para olvidar la quiebra del anterior. El *boom* económico ligado a la reconstrucción y al plan Marshall, la renovación de los ideales científicos y universalistas, la voluntad de

[1] G. Duby, prólogo a M. Bloch. *Apologie pour l'histoire*, A. Colin, 1974, págs. 5-15.
[2] P. Veyne, *Comment on écrit l'histoire*, ed. cit., y M. de Certeau, *L'écriture de l'histoire*, ed. cit.
[3] J. Le Goff y P. Nora (dirs.), *Faire de l'Histoire*, Gallimard, 1974, 3 vols. (Trad. esp.: *Hacer la Historia*, Barcelona, 1978.)

comprender mejor el funcionamiento de las sociedades modernas para evitar el retorno de la barbarie, dan razón de la proliferación de nuevas instituciones con vocación «interdisciplinar» como el Instituto Nacional de Estudios Demográficos (INED), el Instituto Nacional de Estadística y Estudios Económicos (INSEE) o la sección VI del EPHE (por limitarme al caso francés). En esta coyuntura, los historiadores se ven en la necesidad de recuperar el prestigio de una disciplina que durante mucho tiempo ha contribuido a respaldar los nacionalismos en cuyo nombre Europa se ha hundido en un delirio de muerte. No obstante, las nuevas direcciones de investigación impulsadas por *Annales* a partir de los años 30, han demostrado que la historia era capaz de transformarse profundamente. Pero para conservar el papel hegemónico que habían desempeñado en el panorama intelectual durante las décadas anteriores, los historiadores todavía han de demostrar que pueden contribuir al progreso de las ciencias sociales. Las luchas que acompañan el nacimiento de la sección VI del EPHE son testimonio de la importancia de este reto, y la prioridad concedida por la Fundación Rockefeller al proyecto de Lucien Febvre sobre el de Marcel Mauss confirma la nueva victoria lograda por la historia[4]. Pero al mismo tiempo, los dirigentes de la nueva institución se ven en la obligación de justificar, tanto ante los historiadores «tradicionales» como ante los especialistas procedentes de otras ciencias sociales, el nuevo papel rector asignado a la disciplina. Los estudios de historia publicados inmediatamente después de la guerra por Charles Mozaré, Lucien Febvre y Fernand Braudel pueden interpretarse como otras tantas contribuciones en este sentido. El objetivo fundamental que este último persigue en todos los artículos reunidos en sus *Escritos sobre la historia* es favorecer la unificación de las ciencias humanas bajo la égida de la historia[5]. Desde el punto de vista que aquí nos ocupa, el principal interés de estos textos reside en el hecho de que ilustran un

---

[4] Cfr. B. Mazon, *Aux origines de l'EHESS*, Cerf, 1988. El autor subraya que «casi todos los universitarios y el personal de la administración que atendieron las necesidades institucionales de sociólogos, economistas y etnólogos eran historiadores, y si no lo eran, se atuvieron al consejo de los historiadores» (pág. 166). El proyecto de Febvre prolonga el espíritu interdisciplinar de la *Enciclopedia francesa* que él había coordinado antes de la guerra. El Centro de Investigaciones Históricas, dirigido desde un comienzo por Braudel, es el primer centro de investigación creado en Francia en el ámbito de las ciencias sociales. Tras la muerte de Lucien Febvre (1956), Braudel se pone al frente de la sección VI, y permanece en este cargo hasta 1972.

[5] F. Braudel, *Écrits sur l'histoire*, Flammarion, 1969. Todas mis referencias proceden de esta edición. (Trad. esp.: *Escritos sobre la historia*, Madrid, 1991.)

período de transición entre dos etapas de la reflexión sobre la historia[6]. Por una parte, hay en ellos un gran número de observaciones sobre el «oficio de historiador» directamente inspiradas en la *Apología*. Por ejemplo, Braudel subraya que toda actividad científica supone una formación especializada y que sólo es posible descompartimentalizar el saber si se favorece la cooperación entre los investigadores pertenecientes a las diferentes disciplinas[7]. Asimismo, Braudel insiste, aún más que Marc Bloch, en la «función social» de la historia y en su utilidad para la comprensión del presente. Pero por otra parte, los *Escritos* difieren radicalmente de la *Apología*, debido a que la preocupación central del libro es la cuestión de la unidad de las ciencias humanas (y no la de la historia). En muchos pasajes, Braudel considera como un hecho consumado la «desintegración» de la disciplina en una multitud de prácticas irreductibles entre sí. Discutiendo el libro del historiador alemán Otto Brunner, que propone [ya] una nueva historia social capaz de remediar la «fragmentación de la historia», Braudel niega tal proyecto de unificación: «Todas las puertas me parecen buenas para atravesar el umbral múltiple de la historia.» Y añade: «Para mí, la historia sólo puede concebirse en n dimensiones» (pág. 191). En otro pasaje, repite que la historia constituye «una colección de oficios y de puntos de vista de ayer, de hoy, de mañana» (pág. 55). «No hay *una* historia, *un* oficio de historiador, sino oficios, historias, [...], existen tantas formas, discutibles, y discutidas, de considerar el pasado como actitudes ante el presente» (pág. 97); «en verdad, cada historiador tiene su estilo, como cada sociólogo» (pág. 111)[8]. No obstante, Braudel es consciente de que tal «relativismo» amenaza con llevarle a un callejón sin salida. ¿Cómo es posible seguir hablando de la historia (en singular) cuando por otra parte se discute su unidad? Por eso, en una formulación que ilustra lo embarazoso de su situación, añade: «evidentemente, más allá de esta multiplicidad, cada uno es libre —algunos incluso se sienten obligados a ello— de afirmar la uni-

[6] François Dosse subraya que Braudel ha sido «el hombre de la transición, el eslabón fundamental entre dos modos de practicar la historia»; cfr. F. Dosse, «Les héritiers divisés», en F. Dosse (dir.), *Lire Braudel*, La Découverte, 1988, pág. 167. Esta observación, cierta cuando se examina *los discursos de los historiadores sobre la historia*, es más discutible cuando se examina el conjunto de la investigación histórica empírica.

[7] Perspectiva que Braudel pondrá en práctica ampliamente en el EPHE, en el marco de los programas de investigación del CRH y de las «áreas culturales».

[8] Por eso, lógicamente Braudel critica (pág. 265) el proyecto de un «vocabulario histórico» puesto en pie, en el período de entreguerras, por el Centro de Síntesis y que, como hemos visto, era muy importante para Marc Bloch.

dad de la historia, sin la que nuestro oficio sería impensable, o al menos perdería algunas de sus ambiciones más valiosas. La vida es múltiple, pero también es una» (pág. 191). De hecho, lo que separa a Fernand Braudel de Marc Bloch es que, a diferencia de éste, él no cree que el *savoir-faire* que constituye el «método histórico» pueda fundar la unidad de la disciplina. El lugar concedido a la crítica y a la interpretación de las fuentes en los *Escritos* es insignificante. Cuando Braudel hace referencia a las cuestiones metodológicas, es fundamentalmente para poner de relieve las técnicas propias de la historia cuantitativa que se basan en análisis estadísticos e informáticos y que exigen organizar las fuentes en datos homogéneos. Pero estas técnicas están tan lejos de la crítica documental «clásica» que no se entiende cómo, en lo sucesivo, podría afirmarse que *el* «método histórico» determina la unidad de la historia. De este modo, Braudel renuncia implícitamente a explicar esta unidad desde las actividades prácticas, desplazando la reflexión hacia la cuestión del objeto de la historia. Ciertamente, permanece fiel a la *Apologia* cuando define la historia como la disciplina que estudia a «los hombres en el tiempo»[9]. Pero mientras que para Marc Bloch esta definición era un simple punto de partida para presentar los aspectos prácticos del trabajo del historiador, en los *Escritos* constituye el argumento central en cuyo nombre Braudel justifica la unidad de la historia. El «límite secreto, riguroso» de la disciplina está en que «el historiador nunca sale del tiempo de la historia: este tiempo se pega a su pensamiento como la tierra a la pala del jardinero». Si Braudel se interesa tanto por el objeto de la historia, es porque ello le permite también justificar la posición hegemónica de la disciplina en el seno de las ciencias humanas. Según él, todas ellas estudian también a «los hombres en el tiempo». Sin embargo, sólo dos de estas ciencias, la historia y la sociología, tienen una vocación «generalista». Por eso, los historiadores son, junto con los sociólogos, «los únicos que tienen derecho a controlar todo aquello que es expresión del hombre» (pág. 133). Pero, en definitiva, es a la historia a la que le corresponde el primer lugar, pues sólo ella se confunde con el tiempo. Los sociólogos pueden «cortar, detener, volver a poner en movimiento» el tiempo a su antojo; el historiador, en cambio, debe respetar el «tiempo del mundo» (pág. 119). Por su objeto, pues, la historia es «sín-

[9] Esta es la definición «clásica» de la disciplina que ofrecen los historiadores. Como subraya Marc Bloch, está presente ya en Fustel de Coulanges e incluso en Michelet, quien ya en 1829 afirmaba que la historia tiene como objetivo el estudio del «hombre social».

tesis por vocación»; «está en todas partes» (pág. 106)[10]. Dicho de otro modo, la unificación de las ciencias humanas es posible porque todas ellas tienen el mismo objeto. Y como la historia ocupa un lugar privilegiado en el estudio de este objeto, los historiadores deben tener una función rectora en este proceso. En la Introducción a sus *Escritos*, redactada en 1969, Braudel señala claramente que la «unificación de las ciencias humanas» ha de permitirles elaborar un «lenguaje común», añadiendo: «el historiador del mañana elaborará ese lenguaje —o no será nada» (pág. 17). No obstante, puesto que las ciencias humanas están ya unificadas en cuanto a su objeto, el trabajo de unificación defendido por Braudel reside esencialmente en el esfuerzo de convencer a los investigadores a que renuncien a sus particularismos disciplinares. En muchos pasajes, para designar estos obstáculos Braudel toma sus metáforas del lenguaje político. Las disciplinas son consideradas como otras tantas «patrias, lenguajes y también, lo que está menos justificado, como otras tantas carreras, con sus reglas, sus fronteras científicas, sus lugares comunes, irreductibles entre sí» (pág. 85). Cada una de ellas es una «pequeña nación» con sus «aranceles», que hay que suprimir para crear «un mercado común», renunciando al «imperialismo juvenil» del que todas ellas han dado prueba (pág. 90). Pero la tarea es difícil, tanto más cuanto que choca con la «acción de formaciones, aprendizajes, carreras, herencias» (pág. 106) y con una «inercia contra la cual puede echarse pestes, pero que tiene siete vidas, debido al apoyo que recibe de los científicos de avanzada edad y de las instituciones que nos abren sus puertas cuando ya no somos revolucionarios peligrosos, sino aburguesados —pues hay una terrible burguesía del espíritu» (pág. 88).

Evidentemente, la ambición expresa de hacer que la historia desempeñe un papel rector en la unificación de las ciencias humanas no podía satisfacer a los especialistas de las otras ciencias sociales, por entonces en pleno renacimiento. La magnitud, sin equivalente en ningún otro lugar, de la ola «estructuralista» que inunda el mundo intelectual francés durante los años 60, puede considerarse como la réplica de estas disciplinas a la voluntad hegémonica de la historia social

[10] El propio Braudel ha subrayado claramente, mucho después, la intención estratégica de estas palabras: «Hay que comprender bien la lección de *Annales*, de la escuela de *Annales* [...]: todas las ciencias humanas se incorporan a la historia y se convierten en ciencias auxiliares». F. Braudel, *Une leçon d'histoire: actes du colloque de Châteauvallon*, Arthaud, 1986, pág. 222.

defendida por *Annales*[11]. El término «estructuralismo» abarca, como es sabido, corrientes de pensamiento muy diversas. Pero más allá de todo lo que las opone, todas ellas cuestionan los dos postulados sobre los que Braudel había construido su razonamiento. El primero se refiere al privilegio concedido al estudio de las estructuras «diacrónicas» (la «larga duración») en detrimento de las estructuras «sincrónicas» («el tiempo corto»). Este postulado es rechazado con una fuerza muy particular por uno de los principales representantes del «estructuralismo», Claude Lévi-Strauss, cuya antropología estructural tiene expresamente como objetivo reemplazar a la historia como disciplina reina de las ciencias sociales[12]. El segundo postulado puesto en tela de juicio es la confianza, siempre implícita en Braudel, en que es posible un discurso sobre el objeto de la historia sin tener que abandonar el lenguaje natural de los historiadores. Como hemos visto en el capítulo anterior, Marc Bloch, fiel al principio de especialización disciplinar, consideraba que la reflexión sobre las ciencias, y por tanto sobre la historia, era competencia de una disciplina particular: la filosofía. Braudel hace como si esta competencia se hubiese hecho accesible espontáneamente a todos los investigadores. Él mismo interviene en los debates filosóficos afirmando, por ejemplo, que la disputa entre «objetivismo» y «subjetivismo», mantenida por Raymond Aron y Henri-Irénée Marrou, está «anticuada». Paradójicamente, Braudel exhorta a las diferentes disciplinas a unirse pero, al mismo tiempo, ignora la especificidad de una de ellas. Para él, el lenguaje de la historia constituye al mismo tiempo su «metalenguaje»[13]. Evidentemente, los filósofos no podían

[11] Esta réplica conduce a Fernand Braudel a reforzar la dimensión «estructural» de su concepción del tiempo en su famoso artículo sobre la «larga duración»; cfr. F. Braudel, «Histoire et sciences sociales. La longue durée», *Annales E.S.C.*, 4, octubre-diciembre, 1958, reproducido en *Écrits...*, ed. cit., págs. 41-83.

[12] Cfr. C. Lévi-Strauss, *Anthropologie structurale*, Plon, 1974 (1.ª ed., 1958), especialmente el primer capítulo: «Introduction. Histoire et ethnologie», págs. 3-33. (Trad. esp.: *Antropología estructural*, Buenos Aires, 1976.)

[13] El rechazo de todo apoyo explícito en la filosofía es una característica compartida por los historiadores de *Annales* durante este período. Pierre Chaunu escribe en 1960: «La epistemología es una tentación que hay que saber apartar totalmente. ¿No parece probar la experiencia de estos últimos años que puede ser una solución fácil para quienes se pierden gustosamente en ella —y una o dos excepciones no hacen sino confirmar la regla—, signo de una investigación que se estanca y se vuelve estéril? A lo sumo es oportuno que algunas primeras figuras se consagren a ella, para así preservar mejor a los robustos artesanos de un conocimiento en construcción —el único título al que aspiramos— contra las peligrosas tentaciones de esa mórbida Capua», P. Chaunu, *Histoire quantitative, Histoire sérielle*, A. Colin, 1978, pág. 10.

admitir tal marginación. De ahí las críticas cruzadas contra el «empirismo» de la concepción braudeliana de la historia. Los filósofos reconvertidos a la sociología, como Georges Gurvitch, rechazan su concepción de la temporalidad, afirmando que el tiempo es una construcción social y que, por lo tanto, no existe un «tiempo de la historia» que sea propiedad de los historiadores[14]. Los filósofos reconvertidos a la semiología ironizan sobre la «ingenuidad» de una concepción de la historia que considera al «hombre» y a la «sociedad» como «realidades», ignorando las mediaciones del lenguaje. Si están de acuerdo con Braudel en la necesidad de unificar los ámbitos del saber, estos últimos consideran que no es la historia la que puede constituir el lugar y el motor de tal unificación, sino la semiología. Puesto que todas las disciplinas son «discursos», la ciencia del discurso es el ámbito propio de la «interdisciplinaridad» (término que no se introduce en el francés corriente hasta 1968). Pese a haber desempeñado un papel decisivo en la batalla que entonces se emprende contra la historia social de *Annales*, los filósofos no presentan su programa como prolongación de las tradiciones filosóficas anteriores, sino como una nueva «disciplina» a cuya prosperidad todos los investigadores pueden contribuir a poco que rompan con sus propias rutinas académicas. A los propulsores de esta nueva «disciplina», por encima de la diversidad de lecturas que de ella proponen («semiología», «arqueología del saber», «genealogía», «desconstrucción»), los une la denuncia de los fundamentos «metafísicos» (Jacques Derrida) de las ciencias sociales[15]. Roland Barthes ironiza sobre las pretensiones científicas de la historia social que se afana en ignorar que todo discurso es necesariamente una forma de ficción. «Como puede verse simplemente observando su estructura y sin necesidad de aludir a su propio contenido, el discurso histórico es, esencialmente, una forma de construcción ideológica o, para decirlo con

[14] En *Lire le capital*, Maspero, 1968, 2. vols., Louis Althusser y sus discípulos profundizan poco después la crítica a la concepción «empirista» del tiempo en Braudel, desde una lectura de Marx fuertemente marcada por el «estructuralismo». (Trad. esp.: *Para leer "El Capital"*, México, 1990.)

[15] Hay que subrayar, en efecto, que esta denuncia no sólo afecta a la historia, sino a todas las ciencias sociales. De hecho, la disputa francesa del «estructuralismo» es producto, en buena medida, del enfrentamiento entre los representantes de una nueva generación de filósofos. Quienes pretenden «superar» las ciencias sociales «desconstruyendo» los presupuestos en los que éstas se basan, critican ante todo a quienes prolongan el proyecto durkheimiano de una sociología que «supera» a la filosofía esclareciendo sus determinaciones sociales.

mayor precisión, una construcción imaginaria»[16]. Después del mayo del 68, el entusiasmo por la «interdisciplinaridad», acentuado por el clima libertario que entonces reina en los campus, desemboca en la denuncia de las «instituciones». Referirse a las disciplinas como «comunidades profesionales» equivale a respaldar las estrategias corporativistas que los «mandarines» ponen en práctica para justificar sus privilegios. La desaparición de las fronteras entre ciencia, filosofía y literatura conduce a la proliferación del uso «salvaje» de los conceptos, sin respetar su origen, el contexto en que han sido elaborados y la meta perseguida por quienes los han introducido. Los pensadores «estructuralistas» más radicales alientan esta tendencia. Lo que éstos ponen en tela de juicio es, en efecto, la posibilidad misma de la comunicación del saber. El ideal de un lenguaje común se esfuma ante las «aporías» de la «desconstrucción». Desde los años 70, se lanza al mercado las tesis principales de lo que hoy se llama «postmodernismo». Postulando la heterogeneidad irreductible de los «juegos de lenguaje», Jean François Lyotard ve en el acto mismo de comunicación un instrumento de dominación y de opresión[17]. Desde entonces el enturbiamiento deliberado de los mensajes se convierte en un medio de «liberar» al lenguaje, contribuyendo así a la liberación de los «pueblos oprimidos». El «obrero de la ciencia» ha cedido su lugar al intelectual universal —personificado ya por Sartre en la generación anterior— libre, inaprensible, unas veces filósofo, otras historiador, escritor, periodista y militante político que, arriesgando su pluma, persigue sin tregua todas las formas de dominación y de injusticia.

El triunfo de «la escritura»

Como vemos, la crítica «estructuralista», lejos de limitarse a defender la «sincronía» contra la «diacronía», arremete contra todos los aspectos de la definición de la historia social elaborada por *Annales* durante las décadas anteriores. Si este episodio de la vida intelectual francesa tiene un interés en relación con el problema que aquí nos ocupa, es evidentemente porque la mayoría de los argumentos que los filósofos estructuralistas han esgrimido contra la historia durante los años 60, se han convertido en armas en las polémicas que hoy enfrentan entre

[16] R. Barthes, «Le discours de l'histoire», *Social Science Information,* VI, 4, 1967.

[17] J. F. Lyotard, *La condition post-moderne*, Minuit, 1979. (Trad. esp.: *La condición postmoderna,* Madrid, Cátedra, 1984.)

sí a los historiadores. El comienzo de los años 70 marca un giro decisivo en esta evolución. Pero antes de tratarlo, hay que decir algo acerca de una corriente de pensamiento muy alejada del «estructuralismo» pero que opera en el mismo sentido: «la filosofía crítica de la historia» de Raymond Aron. En su tesis, defendida la víspera de la Segunda Guerra Mundial, Aron critica vigorosamente la concepción «objetivista» de la ciencia defendida por los durkheimianos en nombre de los argumentos «relativistas» (a los que he aludido rápidamente en el capítulo anterior) de Dilthey, Simmel y Weber[18]. Puesto que la historia social impulsada por Braudel apela explícitamente a la sociología durkheimiana, es comprensible que Aron la critique. Y ello tanto más cuanto que, muy pronto, la denuncia del «objetivismo» hallará eco entre los propios historiadores, principalmente en la obra de Henri-Irénée Marrou[19]. Paralelamente a sus investigaciones empíricas sobre la Antigüedad, Marrou publica a partir de los años 50 una serie de reflexiones sobre la historia que constituyen un cuestionamiento radical, aunque jamás se presenten como tal, de la perspectiva braudeliana[20]. Por vez primera desde la profesionalización de la disciplina a fines del siglo XIX, un historiador afirma claramente que no es posible hablar sobre la historia sin una cultura filosófica. «"Que nadie entre aquí si no es filósofo", si no ha considerado primero la naturaleza de la historia y la condición del historiador», exclama Marrou parodiando la máxima platónica[21]. Marrou considera que el rechazo de la filosofía ha vuelto ciegos a sus colegas para los presupuestos que determinan múltiplemente su trabajo empírico. Ahora bien, «la verdad de la historia es función de la verdad de la filosofía introducida por el historiador. Siendo así, ¿cómo no poner todo el esfuerzo en tomar conciencia de estos presupuestos y en elaborarlos racionalmente?»[22]. Aunque Ma-

---

[18] R. Aron, *Introduction à la philosophie de l'histoire,* Gallimard, 1986 (1.ª ed., 1938). (Trad. esp.: *Introducción a la filosofía de la historia,* Buenos Aires, 1946.)

[19] Marrou pertenece al círculo cristiano del «personalismo». Desempeña un activo papel en el volumen colectivo dirigido por C. Samaran, *L'histoire et ses méthodes,* ed. cit., que reúne a un gran número de historiadores, la mayoría de ellos muy distanciados de *Annales.*

[20] H. I. Marrou, *De la connaissance...,* ed. cit.

[21] *Ibid.,* pág. 9. «Espero que nadie se asombrará si yo, historiador de oficio, hablo como filósofo: es mi derecho y mi deber», exclama Marrou, sin duda para intentar justificar el carácter «iconoclasta» de un procedimiento que choca frontalmente con la lógica de la especialización disciplinar que aún defendía firmemente Marc Bloch.

[22] *Ibid.,* pág. 228. Marrou añade que la especialización los transforma en «obreros al frente de una máquina cuyo funcionamiento controlan, pero que serían totalmente incapaces de reparar, y menos aún de construir» (pág. 9). Señalemos que aquí la referen-

rrou se refiere principalmente a los «positivistas» de comienzos de siglo, su crítica afecta a todos los historiadores que defienden una perspectiva «realista». Citando a Raymond Aron, considera que «no existe una *realidad histórica* previa a la ciencia que simplemente hubiese que reproducir fielmente»[23]. La verdad no puede ser totalmente «objetiva», pues todo conocimiento se debe a un punto de vista que no puede demostrarse científicamente. Sólo la mediación filosófica puede ayudarnos a tomar conciencia de los límites de la ciencia y a comprender los presupuestos que rigen toda investigación. Por esta razón, Marrou define la historia como el estudio del «pasado en la medida en que podemos conocerlo». Se trata de un conocimiento necesariamente «imperfecto» que se basa en un «acto de fe», pues el historiador no es más que un ser humano y sólo «Dios nuestro Señor» puede alcanzar la verdad absoluta. De ahí la importancia que Marrou atribuye a la hermenéutica diltheyana y al *Verstehen* en su definición del oficio de historiador[24].

La obra que ilustra mejor el giro «epistemológico» de la reflexión sobre la historia por parte de los historiadores a comienzos de los años 70, es indiscutiblemente el libro de Paul Veyne, *Cómo se escribe la historia. Ensayo de epistemología,* publicado en «Univers Historique», la prestigiosa colección de obras históricas de las ediciones Seuil, y reeditado rápidamente en una colección de bolsillo[25]. Escrita por un his-

---

cia a los «obreros» se ha vuelto negativa, mientras que en los escritos «metodicistas», igual que en los de Marc Bloch y Lucien Febvre, el término «trabajador» aplicado al historiador tenía siempre connotaciones positivas.

[23] R. Aron, citado por H. I. Marrou, *op. cit.*, págs. 50-51. No es a los «historiadores historizantes» a los que Aron se refiere en este pasaje, sino al «realismo sociológico» de los filósofos durkheimianos, principalmente a Simiand.

[24] *Ibíd.*, págs. 50 y ss. Es significativo que Marrou reproche sobre todo a Langlois y a Seignobos no haber dado cuenta «de los modos de proceder reales del *espíritu* del historiador» (pág. 50. La cursiva es mía). El privilegio concedido al «espíritu» de la investigación en detrimento de la «práctica» aparece claramente en su contribución al volumen dirigido por C. Samaran, *L'histoire et ses méthodes,* ed. cit., págs. 1.465-1.540, titulado «¿Cómo comprender el oficio de historiador?». La fórmula indica discretamente el cambio de orientación respecto a Marc Bloch. La descripción de las actividades prácticas de la profesión se subordina ahora a una reflexión sobre los «fundamentos» del oficio. El estudio concede prioridad al análisis del «objeto» de la historia, a la definición del «hecho histórico», a las relaciones entre «objetividad» y «subjetividad» y a las existentes entre «explicar» y «comprender».

[25] P. Veyne, *Comment on écrit l'histoire. Essai d'épistémologie,* Seuil, col. «Points», 1978 (1.ª ed., 1971). Todas mis referencias proceden de esta edición, que contiene el ensayo «Foucault révolutionne l'histoire», no incluido en la edición original. (Trad. esp.: *Cómo se escribe la historia: Foucault revoluciona la historia,* Madrid, 1984.)

toriador de la Antigüedad que reivindica su pertenencia a la corriente de *Annales*, esta obra es el mejor testimonio de la magnitud del fracaso del proyecto braudeliano. El autor nos propone una definición de la historia que recoge lo esencial de los argumentos que el «estructuralismo» y la «filosofía crítica de la historia» han movilizado durante dos décadas contra la historia social de *Annales*. En la reseña que publica en los mismos *Annales*, Raymond Aron habla inmediatamente del «extremo placer» que le ha procurado la lectura de la obra de Veyne. Según Aron, ésta «desmitifica con todo candor los tiempos largos y los tiempos cortos, critica el concepto de *mentalidad* y toma sus ideas epistemológicas de *Sobre el conocimiento histórico*, de H. I. Marrou, antes que del *Oficio de historiador* [...]. Mientras que los discípulos de Althusser nos calientan los cascos con la cientificidad, mientras que los discípulos de Febvre, Bloch y Braudel apelan cada vez más a las ciencias humanas y estudian preferentemente los fenómenos económicos y sociales para servirse de ellos, Paul Veyne afirma, con ingenuidad fingida o sincera pero en cualquier caso confiada, que la historia no es una ciencia [...] y que no lo será jamás, a menos que deje de ser ella misma»[26]. No se puede ser más claro.

Para destacar la magnitud del cambio de perspectiva, he reunido en un pequeño esquema las preocupaciones que dominan en la obra, comparándolas con aquéllas a las que Marc Bloch había dado prioridad en la *Apología*:

Marc Bloch	Paul Veyne
Apología de la historia u Oficio de historiador	*Cómo se escribe la historia*
Práctica profesional	Práctica discursiva
Verdad científica	Intriga
Trabajo colectivo	Obra individual
Comunicación	Inspiración
Especialización disciplinar	Interdisciplinaridad
Solidaridad	Fundamento

[26] R. Aron, «Comment l'historien écrit l'épistémologie. À propos du livre de Paul Veyne», *Annales E.S.C.*, noviembre-diciembre, 1971, págs. 1.319-1.354. Esta reseña le permite a Aron renovar su ataque al «dogmatismo durkheimiano» criticando la *Reproduction* de P. Bourdieu y J. C. Passeron, libro que según él ilustra un «estilo más digno de los médicos de Molière que de Bourbaki» (pág. 1.345).

Relación	Ruptura
Lenguaje natural	Lenguaje teórico
Justificación	Libertad de pensamiento
Trabajador	Autor
Método	Filosofía personal

De forma general, llama la atención que todo lo que a Marc Bloch le parecía accesorio, Paul Veyne lo considera fundamental, e inversamente. La reflexión sobre el objeto de la historia, que en la *Apología* no ocupaba más que un lugar secundario, constituye el centro del libro de Veyne. Éste, reconociendo explícitamente su deuda para con Marrou, y contra el modo de proceder braudeliano, considera que toda reflexión sobre la historia requiere una cultura teórica. Veyne defiende la idea de una «historia conceptualizante» afirmando que «el trabajo histórico se parece más al trabajo filosófico que al trabajo científico»[27]. Rechaza las reflexiones «espontáneas» que los historiadores hacen habitualmente sobre su trabajo afirmando: «No es una historia de este tipo la que practican los historiadores: a lo sumo es la que ellos creen practicar o la que se les ha persuadido que lamentarían no practicar» (pág. 9). Sólo los historiadores que han adquirido una cultura filosófica pueden comprender lo que hacen cuando ejercen su oficio. Ciertamente, añade, «la práctica no es una instancia misteriosa, un subsuelo de la historia, un motor oculto: es lo que hace la gente (el término expresa perfectamente lo que quiere decir)». Pero si la mayor parte de las veces somos incapaces de captar el sentido de nuestra propia práctica, es porque «somos conscientes de ella, pero no tenemos un concepto de la misma» (pág. 211). Desde esta perspectiva, analizar «lo que hacen los historiadores» ya no consiste, como en la *Apología*, en intentar describir y explicitar un *savoir-faire*, sino preguntar, como los estructuralistas, por las «prácticas teóricas» para poner de manifiesto sus «fundamentos epistemológicos». El libro dedica un espacio considerable a la discusión de las concepciones filosóficas de la historia, de Nietzsche a Hempel pasando por Dilthey y Heidegger, para responder a la cuestión: ¿es la historia una «ciencia», sí o no? —cuestión que, como hemos visto, Marc Bloch consideraba «anticuada». Paul Veyne concluye que la historia no es una ciencia, sino una «novela verdadera». «No explica y no tiene método» (pág. 9). Durante los años siguientes, radicalizando su perspectiva en un sentido «postmoderno»,

[27] Cfr. P. Veyne, «L'histoire conceptualisante», en J. Le Goff y P. Nora (dirs.), *Faire de l'Histoire*, ed. cit., t. 1, pág. 62.

llega a negar la posibilidad misma de que la historia alcance la verdad: «No existe una verdad de las cosas y la verdad no nos es inmanente.» «Somos nosotros quienes fabricamos nuestras verdades y no es «la» realidad la que nos hace creer. Pues ésta es hija de la imaginación constituyente de nuestra tribu»[28]. En nombre de estos mismos principios filosóficos, Paul Veyne, volviendo contra los durkheimianos los argumentos que éstos habían esgrimido contra los historiadores, critica a la sociología, que según él no es más que un «género falso», un «amasijo de perogrulladas», «una pseudociencia», fruto de convenciones académicas que coartan la libertad del historiador». Está llamada a desaparecer si los historiadores llevan a término su trabajo, puesto que «la sociología es la historia que ellos omiten escribir» (págs. 189-192). Reanudando las discusiones sobre las fronteras disciplinares que Marc Bloch juzgaba «escolásticas», Paul Veyne se apoya en estos argumentos teóricos para redefinir completamente el mapa del saber universitario. Max Weber «borra las fronteras» entre la historia y la sociología (pág. 197). «Foucault es el historiador consumado, la consumación de la historia». Su obra «desplaza las fronteras de la filosofía y la historia porque ello transforma el contenido de ambas. Este contenido queda transformado porque lo que se entendía por verdad ha sido transformado» (pág. 230). A la inversa, Paul Veyne omite totalmente las cuestiones que estaban en el centro de la reflexión sobre la historia de Marc Bloch. El famoso «método histórico», cuyo examen ocupaba los capítulos centrales de la *Apología*, es despachado en unas cuantas líneas: «No, la historia no tiene método: pedid tan sólo que se os muestre ese método» (pág. 9). Es por familiarización progresiva con los documentos de otras épocas como el historiador se hace su «pequeña filosofía de la historia, su experiencia profesional». Esta experiencia es «la que se toma por el famoso "método" de la historia [...]. La experiencia histórica se compone, pues, de todo lo que un historiador puede aprender a diestro y siniestro en su vida, de sus lecturas y de sus relaciones. Tampoco es sorprendente que no haya dos historiadores o dos médicos que tengan la misma experiencia y que las interminables disputas sean algo habitual ante el lecho del enfermo». La experiencia profesional «se adquiere a través del conocimiento de situaciones históricas concretas, de las que cada uno ha de sacar la lección a su ma-

[28] P. Veyne, *Les Grecs ont-ils cru à leurs mythes?*, Seuil, 1983, pág. 109. (Trad. esp.: *¿Creyeron los griegos en sus mitos? Ensayo sobre la imaginación constituyente*, Buenos Aires, 1987.) En la reedición de su libro, H. I. Marrou se distancia explícitamente del relativismo radical de los pensadores «postmodernos» (págs. 298 y ss.).

nera». «Con el tiempo, los contenidos aprendidos se comunican y acaba por producirse el acuerdo, de la forma en que una opinión acaba imponiéndose, pero no de la forma en que se establece una regla» (págs. 104-106). De este modo, el historiador ejerce un «oficio» que no requiere ningún aprendizaje profesional reglamentado. Los resultados de su trabajo no precisan ser discutidos por los especialistas. El conocimiento histórico es una «opinión» como cualquier otra, producida por un autor que la entrega al público con la convicción de que, de todos modos, cada lector hará un uso distinto de ella. La indiferencia hacia los problemas de comunicación del saber se muestra también en la energía que despliega Paul Veyne para romper con las tradiciones de la discipina. Mientras que Marc Bloch intentaba siempre «armonizar» su discurso con el de sus predecesores, «traduciendo» al lenguaje de los historiadores lo que había tomado de las disciplinas vecinas, Veyne opera exactamente del modo contrario. Pese a proclamar su pertenencia a la profesión (dice a menudo: «nosotros los historiadores»), se expresa en un lenguaje totalmente incomprensible para el historiador corriente. Multiplica, como por placer, las referencias a filósofos que la mayoría de sus colegas jamás han leído, para hacer observaciones que la mayor parte de las veces no confirman más que lo que los historiadores (Seignobos y Marc Bloch especialmente) habían dicho ya mucho antes[29]. La comparación entre las dos obras refleja el mismo contraste cuando se examina los puntos de vista referidos a la «función social» de la historia. Esta dimensión del «oficio de historiador» a la que Marc Bloch confería una importancia fundamental, es rechazada por Paul Veyne, que define la «imparcialidad del historiador» como el hecho de «no perseguir absolutamente nada, excepto el saber por el saber» (pág. 51)[30].

---

[29] Cfr. especialmente las observaciones sobre «la engañosa continuidad de las palabras» (pág. 91), las lagunas documentales que obligan al historiador a «tapar agujeros» (pág. 97) y los «juicios de valor en historia» (págs. 124-125).

[30] La negación de la dimensión social y colectiva de la investigación histórica es el punto en el que la obra de Veyne está más próxima a la filosofía «personalista» de Marrou. Este último escribe: «El historiador no trabaja en primer lugar ni esencialmente para un público, sino para sí mismo.» La verdad está tanto más garantizada cuanto que el problema estudiado es «*su* problema (cursiva en el texto), del que depende en definitiva su propia persona y el sentido de su vida». Este punto es otra fuente de divergencia entre Marrou y sus «predecesores positivistas», a los que reprocha «su ideal ilusorio de un conocimiento para todos», contraponiendo a este último una «verdad válida para mí», H. I. Marrou, *De la connaissance...*, ed. cit., págs. 212 y ss. En su contribución a *L'histoire et ses méthodes*, ed. cit., pág. 1.522, Marrou vuelve a la carga y afirma que, a diferencia de las ciencias puras, la verdad histórica sólo puede ser medida por el historiador que la ha establecido; por eso ésta depende ante todo de su integridad personal.

Si bien la obra de Paul Veyne constituye sin duda un caso extremo, sus preocupaciones «epistemológicas» reaparecen en la mayoría de los escritos que los historiadores dedican a su disciplina durante los años 70. Incluso quienes han permanecido más fieles a la historia social preconizada por Braudel y Labrousse, están convencidos de que ya no pueden defender su punto de vista en el lenguaje natural, «ingenuo», de su disciplina. Basta leeer las contribuciones a este tema recopiladas en *Hacer la Historia* para persuadirse de ello. Michel de Certeau intenta convencer a sus colegas de la necesidad de una reflexión «epistemológica» afirmando: «en historia, como en todas partes, una práctica sin teoría desemboca, un día u otro, en el dogmatismo de los "valores eternos" o en la apología de algún "atemporal"»[31]. En el mismo volumen, François Furet aporta el aval de los partidarios de la historia cuantitativa reconociendo que «el historiador de hoy está obligado a renunciar a la ingenuidad metodológica y a reflexionar sobre las condiciones del establecimiento de su saber [...]. Así cae definitivamente la máscara de una objetividad histórica que estaría oculta en los "hechos" y que sería descubierta al mismo tiempo que éstos; el historiador ya no puede ignorar que ha sido él quien ha construido sus "hechos", y que la objetividad de su investigación se debe no sólo al empleo de procedimientos correctos en la elaboración y el tratamiento de esos "hechos", sino a la pertinencia de éstos respecto a las hipótesis de su investigación»[32]. Algunas decenas de páginas después, Pierre Vilar define la historia marxista como la «estricta aplicación de un modo de análisis teóricamente elaborado»[33]. Este vuelco no es específico de Francia. Puede detectarse en Estados Unidos y en muchos países europeos. En Gran Bretaña, la división entre la generación Braudel-Labrousse, que llama a reflexionar sobre la unidad de las ciencias humanas en el lenguaje natural de los historiadores, y la generación Veyne-De Certeau, que invita a los historiadores a pensar filosóficamente su práctica, se transforma en una oposición explícita en el seno mismo de la vertiente marxista. Los representantes de la nueva generación, como Perry Anderson o Gareth Stedman Jones, se apoyan en la lectura de Marx propuesta por Louis Althusser para rechazar el

---

[31] M. de Certeau, «L'opération historique», en J. Le Goff y P. Nora (dirs.), *op. cit.*, t. 1, pág. 4.

[32] F. Furet, «Le quantitatif en histoire», en J. Le Goff y P. Nora (dirs.), *op. cit.*, t. 1, pág. 53.

[33] P. Vilar, «Histoire marxiste; histoire en construction», en J. Le Goff y P. Nora (dirs.), *op. cit.*, pág. 169.

«empirismo» de sus antecesores, enfrentándose así con la figura emblemática de Edward P. Thompson, el célebre historiador de la clase obrera inglesa. Quisiera detenerme un momento en esta polémica, pues, aunque ha tenido poco eco en Francia, sus consecuencias para la historia social serán considerables. E. P. Thompson personifica la generación que ha puesto en práctica la concepción de la historia preconizada por los fundadores de *Annales*, realizando durante los años 50 y 60 un gran número de investigaciones sobre las clases populares que han conferido título de nobleza a la historia social en el mundo entero. Como Marc Bloch, estos historiadores conciben la «interdisciplinaridad» bien como una colaboración entre especialistas de diferentes disciplinas, bien como una «traducción» al lenguaje corriente de los historiadores de las innovaciones conceptuales y metodológicas procedentes de otros ámbitos del saber. Por el contrario, la nueva generación ve en la conservación de este lenguaje corriente una concesión inadmisible al «empirismo» tradicional de la disciplina, lo que le impide llegar a ser verdaderamente científica[34]. La respuesta de Thompson constituye una vigorosa defensa de la profesión, un acto de solidaridad con todos aquellos que, por encima de las diferencias de puntos de vista y de generaciones, ejercen el mismo oficio[35]. Decretando desde lo alto de sus principios filosóficos qué es y qué debería ser la «ciencia de la historia», escribe Thompson, los filósofos althusserianos y sus émulos relegan al olvido los trabajos empíricos de varias generaciones de investigadores, mientras que ignoran totalmente las prácticas que definen la especificidad de este oficio. Contra las acusaciones de «empirismo», Thompson muestra que el saber de los historiadores se construye progresivamente gracias a los problemas y a las investigaciones metodológicas que la disciplina ha introducido a lo largo del tiempo, elaborando sus propias normas científicas, sus cuestiones y sus métodos, que ocupan un lugar central en el largo camino de aprendizaje que todo historiador ha de recorrer para ejercer correctamente su profesión. El punto más importante de esta controversia reside sin duda en el hecho de que, a diferencia de Marc Bloch, que

[34] Cfr. principalmente G. S. Jones, «History: the Poverty of Empiricism», en R. Blackburn (ed.), *Ideology in Social Science. Readings in critical social theory*, Londres, Fontana, Collins, 1972, págs. 96 y ss., y P. Anderson, «Socialism an Pseudo-Empirism», *New Left Review*, 35, 1966.

[35] E. P. Thompson, «The Poverty of Theory or an Orrery of Errors», en *The Poverty of Theory and others Essays*, Londres, Merlin Press, 1978, págs. 193-406. (Trad. esp.: *Miseria de la Teoría*, Barcelona, 1981.)

tuvo que justificar la disciplina contra los ataques de los filósofos (especialmente de Paul Valéry), Thompson también ha de argumentar contra adversarios que son historiadores. Dado que estos últimos han situado el debate en el plano filosófico, Thompson se ve en la obligación de responderles en este mismo terreno, bajo pena de parecer querer justificar una falta de competencia filosófica. Ésta es la razón por la que, a diferencia de Marc Bloch, no se conforma con defender la «práctica» de los historiadores. Siendo el ataque la mejor defensa, se esfuerza en desacreditar a sus adversarios afirmando que es la débil cultura filosófica de la nueva vanguardia de historiadores marxistas la que ha hecho que éstos renieguen de su disciplina y sucumban a la seducción del oropel de la retórica de la filosofía althusseriana. Según él, ésta no es más que la variante estructuralista del «relativismo espinozista», al que él contrapone otra teoría del conocimiento basada en el «historicismo» de Vico. Pero situándose en este terreno, el propio Thompson sanciona el debate sobre los fundamentos del conocimiento que, sin embargo, él pretende rechazar tomando la defensa del oficio de historiador. De su polémica con el «marxismo estructuralista», los «thompsonianos» de la siguiente generación no conservarán la defensa del «oficio», sino su definición de la historia como «proceso», lo que les conducirá a rechazar cualquier análisis en términos de «estructuras», con el pretexto de que la «realidad» no está hecha más que de «interacciones» sociales *(agency)*. En el capítulo siguiente volveré sobre las consecuencias de esta funesta disputa en la que la historia social se debate desde hace veinte años. Subrayemos, por el momento, otro aspecto esencial de la polémica entre los historiadores marxistas británicos. Para rematar su demostración y dar la estocada final, Thompson completa sus críticas filosóficas con argumentos propios de la sociología del mundo intelectual. Si la nueva vanguardia marxista se ha visto tan urgida a exponer sus referencias teóricas incomprensibles para la inmensa mayoría de historiadores, es, según Thompson, porque es parte de la «lumpenintelligentsia burguesa», compuesta de jóvenes intelectuales ambiciosos que han hallado en el lenguaje esotérico de los filósofos un instrumento para distinguirse de sus colegas, importando al interior de la disciplina las tradiciones elitistas y aristocráticas del medio del que procede ese lenguaje. Mientras que Marc Bloch había abierto una vía, aunque vaga, para una reflexión sociológica sobre la historia fundada en el ideal de «comprensión» entre historiadores, preservando así la posibilidad de diálogo, Thompson se sirve del argumento de los orígenes sociales como un instrumento de denuncia que pone en cuestión la dignidad personal de sus adversarios.

Este uso salvaje de la sociología frecuente en los marxistas, no sólo en Gran Bretaña y en Estados Unidos, sino también en Francia, provocará un profundo traumatismo en el mismo seno del pequeño universo de los historiadores favorables a la interdisciplinaridad. Ésta es una de las razones, volveré luego sobre ello, que explica el atraso de la reflexión sociológica sobre la historia con respecto a los análisis de la «práctica teórica», que evitan cuidadosamente analizar las relaciones de poder en el seno de la disciplina[36].

Para apreciar en qué medida los historiadores-epistemólogos han logrado transformar la disciplina, hay que confrontar los resultados obtenidos con las metas que habían anunciado al comienzo. En el caso francés, la evolución de las relaciones entre Foucault y los historiadores constituye indiscutiblemente el mejor barómetro. Como hemos visto, durante los años 70 la «epistemología» se presentó como una disciplina capaz de procurar a todas las ciencias humanas el lenguaje común al que éstas aspiraban. Si durante este período hubo un entusiasmo general por Foucault entre la nueva generación de historiadores «interdisciplinares» franceses, es porque ésta le reconocía el inmenso mérito de haber recorrido parte de su propio camino, apartándose de las zonas perfectamente desbrozadas del discurso filosófico sobre la historia para participar en la elaboración de esta nueva disciplina común (a la que Foucault denomina «arqueología» o «genealogía» del saber)[37]. Los historiadores-epistemólogos ven en su obra el futuro de su disciplina. Para Paul Veyne, «la historia-genealogía a la Foucault, pues, cumple enteramente el programa de la historia tradicional» (pág. 240). Y Michel de Certeau añade: «su obra describe y acelera el movimiento que lleva a la historia a convertirse en un traba-

---

[36] Entre los historiadores franceses, el panfleto de Jean Chesneaux, *Du passé faisons table rase*, Maspero, 1976, tendrá efectos comparables, aunque menos directamente visibles. La «pequeña sociología del saber histórico» que él propone en el capítulo 7 constituye una virulenta denuncia del poder de los «mandarines» de la universidad, separados de las masas populares y de las prácticas alternativas de la historia, dóciles servidores del poder capitalista. Esta denuncia afecta no sólo a los historiadores conservadores, sino también al «lenguaje de dinasta universitario de Marc Bloch», al «relativismo cínico» de la nueva vanguardia, a la despolitización de la Nueva Historia, a los «marxistas académicos», etc. (Trad. esp.: J. Chesneaux, *¿Hacemos tabla rasa del pasado?: A propósito de la historia y de los historiadores*, Madrid, 1984.)

[37] En 1962, Braudel recibía ya la *Historia de la locura* afirmando que en este libro Foucault demostraba a la vez su competencia como filósofo, psicólogo e historiador; cfr. la nota que Braudel añade a la reseña de Robert Mandrou, *Annales E.S.C.*, 17, 1962, pág. 772. Foucault es el autor más citado en los tres volúmenes de *Hacer la Historia*. La mayoría de sus libros aparecerán en «La Bibliothèque des histoires» de Gallimard.

jo sobre los límites [...]. Un paso más y la historia será concebida como un *texto* (subrayado por el autor) que organiza unidades de sentido e introduce transformaciones cuyas reglas pueden ser determinadas»[38]. Incluso los historiadores menos orientados hacia la filosofía se muestran de acuerdo al respecto. En nombre de Foucault, Georges Duby critica las insuficiencias de la *Apología de la historia*. Por su parte, Jacques Le Goff considera que Foucault «es uno de los nuevos historiadores más importantes»; el que «ha realizado el diagnóstico más perspicaz sobre esta renovación de la historia», gracias a sus problemáticas, a sus métodos, pero también porque «propone una original filosofía de la historia estrechamente ligada a la práctica y a la metodología de la disciplina histórica»[39]. Así pues, Paul Veyne expresa perfectamente el punto de vista de la vanguardia «interdisciplinar» cuando afirma que la obra de Foucault «se denominará y será historia al mismo tiempo, si es que los historiadores saben recibir el regalo que él les hace y no lo desdeñan» (pág. 242). Basta comparar estas palabras con las manifestaciones de decepción publicadas estos últimos años por los mismos que fueron los más inmediatos colaboradores de Foucault[40], para constatar que su obra no ha logrado ejercer una influencia duradera e importante sobre la disciplina. En términos más generales: el objetivo expreso de los historiadores «interdisciplinares», construir un lenguaje común a todas las ciencias sociales, no ha sido alcanzado. ¿Cómo puede explicarse este fracaso?

La falsa disputa del «positivismo»

Si los historiadores más activos en el frente de la innovación han dado prioridad a la reflexión sobre el objeto de la historia, ha sido para intentar responder a las cuestiones que las generaciones anteriores habían dejado irresueltas. En primer lugar, era necesario replantear completamente la cuestión de la unidad de la historia, pues con la extraordinaria diversificación de la disciplina se había hecho evidente que esta unidad no podía.basarse en el famoso «método histórico». Inmediatamente después, había que salir del callejón sin salida en el que

[38] M. de Certeau, *L'écriture...*, ed. cit., pág. 53.

[39] J. Le Goff, *Histoire et mémoire*, Gallimard, 1988 (1.ª ed., 1977-1981), págs. 294-296. Afirmaciones que se prolongan en J. Le Goff (dir.), *La Nouvelle Histoire*, Bruselas, Complexe, 1988 (1.ª ed., 1978), pág. 27. (Trad. esp.: *La nueva historia*, Bilbao, 1988.)

[40] Cfr. especialmente A. Farge, «Face à l'Histoire», *Magazine Littéraire*, 207, 1984. Acerca de este desencanto, cfr. G. Noiriel, «Foucault and history», *op. cit.*

había entrado Braudel al hacer como si fuese posible discutir acerca de la «ciencia de la historia» sin ningún conocimiento filosófico. Desgraciadamente, el tiempo ha demostrado que la «epistemología», por sí sola, no podía solucionar estos problemas. Contrariamente a lo que por entonces escribían sus partidarios, ésta nunca ha sido la «ciencia de las ciencias» abierta a todos los investigadores de buena voluntad. Introduciendo en el debate de los historiadores sobre la historia argumentos referidos al objeto y a la naturaleza del conocimiento histórico, los historiadores-epistemólogos han importado al interior de la disciplina las preocupaciones tradicionales de los filósofos «representacionalistas» que las anteriores generaciones de historiadores habían logrado apartar. Toda la reflexión sobre la historia y sobre la ciencia que Paul Veyne Desarrolla en su libro se basa en una teoría «relativista» del conocimiento que no ha podido probarse jamás y que sigue siendo, aún hoy, fuertemente discutida por muchos filósofos. Para Jacques Bouveresse, por ejemplo, «el escepticismo de historiadores como Veyne [...] representa una suerte de cientismo de segundo grado, de base fundamentalmente histórica, al que se podría denominar cientismo del no-saber. No hay verdades, pero ello no impide que el historiador diga verdaderamente la verdad (y según parece la verdad última) sobre las verdades en general». Y añade: «pretender que no hay absolutamente ninguna verdad simplemente porque no hay una verdad definitiva, equivale a la postre a aceptar implícitamente el prejuicio característico de las concepciones fundamentalistas y absolutistas de la verdad que se pretendía denunciar»[41]. Un historiador, cualquiera que sea su talento, no puede ser más que un filósofo ocasional, salvo si renuncia a su oficio de historiador. Siendo así, ¿cómo puede esperar resolver cuestiones sobre las que los filósofos profesionales jamás han logrado ponerse de acuerdo desde que existe la filosofía?

Como veremos en el capítulo siguiente, introduciendo en la reflexión interna de la disciplina estas interminables disputas, los historiadores-epistemólogos no han hecho sino agravar los problemas que querían solventar, acelerando el proceso de atomización de la historia. Pero también han favorecido ampliamente el proceso que ha conducido a muchos historiadores a asumir la imagen desvalorizada de su

[41] J. Bouveresse, *Le philosophe chez les autophages*, Minuit, 1984, págs. 110-114. El autor subraya el carácter «autocontradictorio» de todas las concepciones «relativistas», incapaces de responder a la siguiente cuestión: ¿dónde está el concepto de realidad que nos permite pronunciarnos sobre la existencia de realidades? (Trad. esp.: *El filósofo entre los autófogos*, México, 1989.)

disciplina que han forjado los filósofos. Esto es lo que ilustran perfectamente las polémicas sobre el «positivismo». Este término, que hizo su aparición en la lengua francesa hacia 1830, designa inicialmente el sistema de pensamiento de Auguste Comte y de los partidarios de su «filosofía positiva». Posteriormente continuará siendo utilizado como etiqueta «neutra» para designar ciertas corrientes de pensamiento (como el «positivismo lógico»). No obstante, los adversarios del «comtismo», y especialmente los partidarios de la «hermenéutica», lo emplearán pronto en sentido peyorativo para estigmatizar a quienes creen que los procedimientos propios de las ciencias naturales pueden aplicarse en todos los ámbitos del saber para alcanzar conocimientos objetivos[42]. El término, construido inicialmente en el marco de las luchas internas de la filosofía, fue utilizado inmediatamente por los filósofos contra los historiadores. Aunque todavía no usa peyorativamente el término «positivismo», Dilthey parece haber dado el primer paso en esta dirección, subrayando el carácter «empirista» de la concepción de la historia defendida por Ranke en la célebre frase en la que éste afirma que el objetivo de la historia es «mostrar lo que realmente fue»[43]. Pero es sobre todo a partir de fines de siglo cuando los filósofos neokantianos de la historia comienzan a ensañarse con el padre de la historiografía moderna, al que convierten en el inspirador directo del «positivismo» histórico, en aquel que habría definido el conocimiento del pasado como un «reflejo» de la realidad. Esta tesis es defendida tanto por Collingwood como por Simmel[44]. En Francia, Raymond Aron la recogerá medio siglo después, para servirse de ella en su «filosofía crítica de la historia». En sus *Memorias*, Aron recuerda que su tesis se dirigía contra «los historiadores que alimentan la ilusión de alcanzar la verdad ingenuamente entendida como reproducción de la realidad del pasado, *wie es geschehen ist* (tal como ha ocurrido), según la expresión célebre de Ranke»[45]. Pero más

[42] Acerca de los distintos usos de «positivismo», cfr. C. G. A. Bryant, *Positivism in Social Theory and Research*, Nueva York, St Martin's Press, 1985.

[43] W. Dilthey, *L'édification...*, ed. cit., pág. 58.

[44] R. G. Collingwood, *The Idea of History*, Oxford, Clarendon Press, 1946 (1.ª ed. 1932). (Trad. esp.: *Idea de la Historia*, México, 1986); G. Simmel, *Les problèmes...*, ed. cit.

[45] Citado por S. Mesure, en R. Aron, *Introduction...*, ed. cit., pág. 464 (nota del editor). Introduciendo el verbo alemán «geschehen» en lugar de los términos verdaderamente utilizados por Ranke: «eigentlich gewesen», Aron acentúa el carácter «empirista» de la expresión en beneficio de su propio proyecto. Como observa Felix Gilbert, *History: Politics or Culture?*, ed. cit., págs. 34 y ss., la polisemia del término alemán «eigentlich» y la dificultad de traducirlo al francés (o al inglés) es una de las causas de los múltiples absurdos que ha traído consigo esta célebre frase.

allá de Ranke, es el «positivismo reinante bajo la égida de Langlois y Seignobos» el que es objeto de la crítica de Aron, como subraya Paul Ricoeur[46]. Ésta es la razón por la que Henri-Irénée Marrou se apropia inmediatamente de la «filosofía crítica de la historia» para convertirla en un arma en el debate interno de los historiadores. Ironizando sobre el viejo Seignobos tartamudeante que conoció cuando era estudiante en la Sorbona, Marrou ve en éste el más típico representante de ese «objetivismo estricto» que caracteriza a los «positivistas»: éstos preconizan una «historia hecha con tijeras y un bote de cola», para decirlo con la expresión de Collingwood, una historia que se obstina en «reproducir fielmente la realidad» apartando toda forma de «empatía» y de «comprensión» en relación con los hombres del pasado[47]. En los años 70, la denuncia del «positivismo» se convierte en el *leitmotiv* de todos los historiadores «interdisciplinares». Pero si todos ellos están de acuerdo en centrar sus críticas en Langlois y Seignobos, cada corriente se fabrica el adversario del que tiene necesidad para hacer valer mejor su propio punto de vista. Lo que denuncia Marrou cuando incrimina el «positivismo» de los historiadores «metodicistas» son sus presupuestos «realistas», que les conducen a defender una historia «objetiva» y «científica» que no deja espacio alguno para la «creencia». Puesto que, como hemos visto, los historiadores de *Annales* comparten idénticos presupuestos, también ellos son, a los ojos de Marrou, «positivistas»[48]. Ello no impide que estos últimos, a su vez, denuncien el «positivismo». Los adeptos a la historia económica y social cuantitativa emplean efectivamente este término en otro sentido, para designar las lagunas de lo que François Simiand llamaba, a comienzos de siglo, la historia «acontecimiento» (l'histoire «événementielle»)[49]. Cuando en su lección inaugural en el Colegio de Francia, en 1950, Braudel hace referencia al «agotamiento del estrecho horizonte de la historia positivista», está incriminando a la historia política orientada

---

[46] P. Ricoeur, *Temps et récit*, Seuil, 1991, 3. vols., t. 1, pág. 175 (1.ª ed., 1983). Todas mis referencias proceden de esta edición. (Trad. esp.: *Tiempo y narración*, 2 vols., Madrid, 1987.)

[47] Según Marrou, la sola mención de estos dos términos habría hecho «que nuestros viejos maestros positivistas se sobresaltasen en su tumba», H. I. Marrou, *De la connaissance...*, ed. cit., pág. 92 y pág. 50.

[48] Pese a que en su libro sólo critica directamente a historiadores marxistas como Pierre Vilar (pág. 209).

[49] Trabajando por el establecimiento de una ciencia social «positiva», Simiand nunca utiliza el término «positivismo» para estigmatizar la concepción de la historia defendida por Seignobos.

hacia el «tiempo corto». Cuando François Furet, unos veinte años después, critica el «"hecho" histórico de los positivistas, ilusorio punto de anclaje de la conciencia ingenua en aquello que supuestamente es lo real frente al testimonio»[50], pone en tela de juicio la crítica documental de inspiración hermenéutica, a la que contrapone las técnicas estadísticas de elaboración de datos propias de la historia cuantitativa[51]. La crítica del «positivismo» es también un argumento privilegiado por todos aquellos que abogan por una «descompartimentalización» de la historia. Pero, incluso aquí, las interpretaciones divergen considerablemente. Los partidarios de una historia más teórica, más «conceptualizante», como Veyne o De Certeau, consideran que el habitual discurso espontáneo de los historiadores sobre su práctica es la mejor prueba de sus inclinaciones «positivistas». Ahora bien, este defecto es denunciado igualmente por quienes, a la inversa, abogan por una historia más abierta al gran público, atenta al «sentido común». Los partidarios de una historia militante reprochan a los «positivistas» haber querido separar la ciencia y la política[52]. Los partidarios de la historia «inmediata» les censuran haber descuidado el estudio del mundo contemporáneo, obstaculizando así toda aproximación entre investigación histórica y periodismo. Jean Lacouture, por ejemplo, se alegra de que la «nueva historia» haya roto finalmente con la definición de la «Objetividad» en la que el «positivismo» estaba «inevitablemente confinado», pues ve en ello una prueba de que «la historia y el periodismo se aproximan cada vez más»[53].

Puesta al servicio de las causas más contradictorias, la crítica del «positivismo» se ha convertido con el tiempo en la fórmula vacía preferida en las discusiones sobre la historia. Por añadidura, haciendo suyo el punto de vista de los filósofos «fundamentalistas» sobre su dis-

---

[50] F. Furet, «Le quantitatif...», *op. cit.*, pág. 47.

[51] Idéntico punto de vista comparte el historiador británico E. H. Carr, *Qu'est-ce que l'histoire?*, La Découverte, 1988 (1.ª ed., 1961). Carr considera que «los positivistas se adhirieron enérgicamente [al] culto de los hechos» defendido por Ranke, pues su «wie es eigentlich gewesen» se «proponía, como cualquier palabra mágica, evitarles la penosa obligación de pensar por sí mismos» (pág. 53). (Trad. esp.: *¿Qué es la historia?*, Barcelona, 1991.)

[52] Cfr. en relación con el caso francés, J. Chesneaux, *op. cit.*

[53] J. Lacouture, «L'histoire immédiate», en J. Le Goff (dir.), *La Nouvelle Histoire*, ed. cit., págs. 243-251. El autor prolonga el argumento desarrollado inicialmente por Pierre Nora, quien reprocha a la generación de historiadores «positivistas» haber gravado el estudio del «presente con una petición de principio», cfr. P. Nora, «Le retour de l'événement«, en J. Le Goff y P. Nora (dirs.), *Faire de l'Histoire*, ed. cit., t. 1, pág. 211.

ciplina, los historiadores-epistemólogos han alentado absurdos que no han hecho sino agravar las incomprensiones y los malentendidos. Como hemos visto en el capítulo 2, cuando Ranke pide al historiador que estudie «lo que realmente fue», lo hace principalmente con el objetivo de defender los derechos de una historia empírica, liberada de su dependencia de la filosofía. Ranke no sólo no pretende elaborar una «teoría del conocimiento», sino que su práctica de historiador desmiente las acusaciones de «empirismo» que los filósofos, de Dilthey a Aron pasando por Collingwood, han vertido sobre él. Como ha mostrado Ernst Cassirer, si Ranke se preocupó tanto de la cuestión de «la objetividad», es precisamente porque rechazó la idea de que el conocimiento fuese simplemente una «copia», un «reflejo» de la realidad. Ranke es uno de los primeros pensadores que ha insistido en la importancia de la relación entre «sujeto» y «objeto» en el conocimiento histórico, haciendo hincapié en la idea (que sin duda tomó de Humboldt) de que el historiador interviene activamente en el proceso de escritura de la historia[54]. Pero lo que los filósofos «fundamentalistas» no perdonan a Ranke es haber dañado la supremacía de la filosofía en el campo del saber. Paul Ricoeur subraya que considerando la filosofía hegeliana de la historia como «una concepción sumamente indigna de Dios y de la humanidad», Ranke postula que cada época está inmediatamente ligada a Dios, «para mayor beneficio de una teología de la historia sin filosofía». Además, añade Ricoeur, cuando este mismo Ranke afirma que la historia sólo puede conocer los hechos, es «para mayor beneficio de una historiografía asimismo sin filosofía»[55]. Denunciando como «positivistas» estos infundados deseos de emancipación, en realidad los filósofos pretenden demostrar que el conocimiento no puede progresar sin ellos. En su tesis, Raymond Aron es muy explícito al respecto. Aron precisa que su objetivo es «distinguir los procedimienos rigurosamente objetivos, sometidos exclusivamente a las reglas de la lógica y de la probabilidad, de los procedimientos subjetivos, que expresan una individualidad o una época. Distinción decisiva contra el positivismo, puesto que permite trazar los límites del saber universalmente válido y preservar, más allá de la ciencia, los derechos no de la creencia, sino de la filosofía»[56]. Las críticas al «positivismo» de Charles Seignobos responden a la misma lógica. Bas-

[54] Cfr. sobre este problema, S. Mesure, *Dilthey et la fondation des sciences historiques*, ed. cit., pág. 20.

[55] P. Ricoeur, *op. cit.*, t. 3, pág. 368.

[56] R. Aron, *Introduction...*, ed. cit., págs. 12-13.

ta leer con un poco de atención sus escritos sobre historia para darse cuenta de que estas acusaciones no resisten el análisis. De hecho, Seignobos reproduce, en su torpe lenguaje de historiador no formado en las sutilezas de la reflexión filosófica, los argumentos «relativistas» que Georg Simmel desarrolla contemporáneamente en su «epistemología» de la historia. Lejos de sostener, como le reprocha particularmente Marrou, que los hechos son «datos»[57], Seignobos insiste desde sus primeros artículos en que «los documentos no hablan por sí mismos». Las huellas dejadas por los hombres y las sociedades del pasado son letra muerta si se carece del arte de interpretarlas y se las aproxima a las que dejan ante nosotros hombres y sociedades análogas»[58]. Sus posteriores estudios sobre la metodología de la historia no harán sino ahondar en una perspectiva que es infinitamente más deudora de Humboldt que de Auguste Comte. Lo que verdaderamente preocupa a Seignobos es saber cómo puede el historiador «conocer actos cuyos actores y cuyo escenario ya no son visibles». Es esta preocupación la que le lleva a afirmar que «no hay hechos "históricos" por naturaleza. La historia no puede definirse como la ciencia de los hechos "pasados" respecto a los "actuales" [...]. Ser presente o pasado no es una diferencia de carácter interno, inherente a la naturaleza de un hecho, no es más que una diferencia de posición respecto a una observación determinada». Y añade: «lo que denominamos *hecho*, sea en el lenguaje, sea en la ciencia, es una afirmación, un juicio que reúne varias impresiones afirmando que éstas corresponden a una realidad exterior»[59]. El historiador analiza escritos que «son símbolos, lo único que los hace útiles son los efectos que producen en el espíritu, las imágenes que despiertan. En historia se trabaja siempre con imágenes [...], no se trabaja con objetos reales, sino con representaciones de esos objetos». Por eso, el historiador introduce procedimientos de análisis que difieren radicalmente de los procedimientos de las otras ciencias, pues en lugar de observar directamente los hechos, ha de poner en práctica

[57] En la reedición de su obra, el propio Marrou —que es ciertamente el historiador que ha desempeñado el papel más importante, junto con Lucien Febvre, en el descrédito del que ha sido víctima Seignobos después de la Segunda Guerra Mundial— reconocerá implícitamente el carácter parcialmente injusto de su crítica, cfr. H. I. Marrou, *De la connaissance...*, ed. cit., pág. 294.

[58] C. Seignobos, «L'enseignement de l'histoire dans les Universités allemandes», *Revue Internationale de l'Enseignement*, 1881, reproducido en C. Seignobos, *Études de politique et d'histoire*, PUF, 1934, pág. 92.

[59] C. Seignobos, *La methode historique appliquée aux sciences sociales*, Hachette, 1901, pág. 80 (cursiva en el texto).

«un método *indirecto* por razonamiento»[60]. Los fragmentos proporcionados por los documentos «sólo pueden volverse a unir con el cemento que procura su imaginación»[61]. Así pues, es por analogía con el presente como el historiador puede interpretar el pasado. Ciertamente, puede criticarse la debilidad y las incoherencias de la argumentación de Seignobos. Pero, a mi juicio, acusarle de una «concepción positivista de la historia» es cometer un doble error. Primero porque, como hemos visto, Seignobos retoma argumentos que pertenecen más bien a corrientes de pensamiento contrarias al «positivismo naturalista». Después, y sobre todo, porque sus análisis no pueden considerarse como una verdadera contribución al debate filosófico sobre el conocimiento. Se trata fundamentalmente de declaraciones ocasionales, hechas en respuesta a los ataques a la historia realizados por los durkheimianos y por otros universitarios franceses (como Péguy). Afirmar, como hace Marrou, que a fines del siglo XIX «el positivismo seguía siendo la filosofía oficial de los historiadores», es hacer creer que los historiadores habrían necesitado elaborar una «filosofía oficial» para llevar a cabo sus investigaciones, un poco como si a los físicos que afirman «creer en la realidad» se les reprochase elaborar una «filosofía oficial realista». Tales etiquetas ilustran la propensión de los filósofos a llevar a su propio terreno la multitud de discursos que pueden tener lugar cada día en el mundo. Es ésta una característica que puede hallarse en los estudios que Paul Ricoeur ha dedicado a la historia. Su gran obra *Tiempo y narración* desarrolla una perspectiva filosófica que se sitúa enteramente en el marco de las concepciones «fundamentalistas» del conocimiento. Como afirma explícitamente, el objetivo de su trabajo es sacar a la luz «la intencionalidad del pensamiento histórico estudiando esa relación indirecta de derivación por la que el saber histórico es parte de la comprensión narrativa sin perder nada de su ambición científica» (t. 1, pág. 166). Todo su trabajo constituye una inmensa investigación de la hipótesis formulada por Raymond Aron en su tesis: «No hay historia científica que no conserve ciertos rasgos del relato, ni relato que, por su selección y su racionalización retrospectiva, no tienda a la organización científica»[62]. Ricoeur muestra que la historia más alejada de la forma del relato permanece ligada a la comprensión narrativa por una «relación de derivación». Ésta puede estudiarse mediante un método que él presenta como una «reflexión de segundo

[60] *Ibíd.*, págs. 116 y ss.
[61] *Ibíd.*, pág. 188.
[62] R. Aron, *Introduction...*, ed. cit., pág. 396.

grado sobre las *condiciones últimas de inteligibilidad* (cursiva en el texto) de una disciplina que, en virtud de su ambición científica, tiende a olvidar la relación de derivación que, no obstante, sigue preservando tácitamente su especificidad como ciencia histórica». Y añade: «Si la historia rompiese totalmente la relación con la competencia básica que tenemos para seguir una historia y con las competencias cognitivas de la comprensión narrativa [...], perdería su carácter distintivo en el concierto de las ciencias sociales: dejaría de ser histórica» (t. 1, pág. 165). Corresponde a los filósofos profesionales discutir la argumentación de Ricoeur. Pero antes de asumirla y concederle un lugar entre sus propias preocupaciones, los historiadores han de ser conscientes de que se basa en presupuestos contrarios a los que subyacían al conjunto de la reflexión de Marc Bloch. En nombre de los principios de la *Geschichtlichkeit* heideggeriana, Ricoeur rechaza cualquier reflexión sobre la historia centrada en las cuestiones prácticas de la investigación. A quienes, como Michel de Certeau, recuerdan las determinaciones sociales del conocimiento, les reprocha explícitamente proponer una sociología de la historiografía fundada en una «ontología negativa del pasado», en la que lo que cuenta no es ya ni el objeto ni el método, sino el mismo historiador y su hacer (t. 3, pág. 266). Partiendo del principio de que las disciplinas son discursos, Ricoeur discute los escritos de Ranke, Michelet, Croce, Collingwood, Heidegger, Hempel, Bloch, Braudel y Veyne, como si el discurso de los historiadores sobre su práctica obedeciese a la misma lógica que los escritos de los epistemólogos, ignorando totalmente sus actividades prácticas. Ricoeur puede repartir así elogios y amonestaciones, felicitando a los historiadores por su preocupación metodológica, pero lamentando su escaso interés por «la filosofía crítica de la historia» y por el análisis lógico de la causalidad (cfr. especialmente t. 1, pág. 171). Sin embargo, la forma en que discute estos trabajos muestra perfectamente que no los sitúa al mismo nivel. Es evidente, por ejemplo, que no ha leído con atención las reflexiones de Seignobos. Convencido de que éste define la historia como una «simple reminiscencia del pasado», responde que de hecho «sólo la imaginación puede reconstruir el pasado», ¡sin saber, al parecer, que esta afirmación está ya presente, *en los mismos términos,* en los escritos de Seignobos! Asimismo, cuando afirma que es posible comprender de forma «no positivista» la famosa frase de Ranke, subrayando que en ella el pasado es definido como «lo que yo hubiera visto si hubiese estado allí» (t. 3, pág. 336), Ricoeur retoma una interpretación que, mucho antes que Gadamer, los propios Langlois y Seignobos habían propuesto ya en su ma-

nual[63]. Si bien Paul Ricoeur parece haber leído con mayor atención la *Apología de la historia,* su interpretación filosófica de la obra acaba desfigurando su contenido. Hemos visto que todo el análisis de Marc Bloch responde a la voluntad de justificar la legitimidad social de la historia. Ello le lleva a excluir cualquier reflexión sobre los fundamentos científicos de la disciplina, partiendo del principio de que la verdad histórica es aquello que los historiadores competentes consideran como verdadero. Desde esta perspectiva, la dificultad de la escritura de la historia no se sitúa, principalmente, en el nivel de la «representación» de la realidad, sino en el nivel de la *comunicación* entre científicos. Para Marc Bloch, la diferencia entre la literatura y la ciencia ha de buscarse fundamentalmente en el nivel práctico. Si cada artista ambiciona inventar su propio lenguaje, el historiador sólo puede reivindicar el carácter científico de su trabajo si habla la lengua del grupo profesional al que pertenece. Ricoeur, en cambio, prosigue una reflexión que se sitúa en la estela de la «hermenéutica postheideggeriana». Su propósito es elaborar una perspectiva sobre el tiempo que deje atrás tanto la «teoría nomológica» como la «teoría narrativista», demostrando las «aporías» de la «fenomenología» del tiempo. Para alcanzar sus objetivos, se ve llevado a pensar la relación autor-texto-lector al margen de cualquier referencia a una práctica colectiva. Toda «comunicación» se presenta entonces como un proceso individual «que tiene su punto de partida en el Autor y atraviesa la obra para encontrar su destino en el lector». Es desde el Autor desde donde parte «la estrategia de persuasión» cuya meta es el lector; es a esta estrategia de persuasión a la que responde el lector apropiándose el mundo del texto (t. 3, pág. 288). Desde esta perspectiva, la lectura plantea el problema de la fusión de dos horizontes: el del texto y el del lector. El objetivo del análisis es restituir la intención del autor tras el texto, más que explicitar el movimiento por el que el texto despliega un mundo delante de él (t. 1, pág. 149). En el interior de este marco temporal, la objeción que Ricoeur dirige a Marc Bloch, según la cual éste habría considerado el relato únicamente como un testimonio pero nunca «como la forma literaria de la obra que el historiador escribe» (t. 1, pág. 179), está sin duda

---

[63] C. Seignobos escribe que el historiador ha de construir imágenes con elementos exactos, «de modo que se imagine los hechos como los hubiera visto si hubiese podido observarlos él mismo». Y en una nota precisa que es éste el sentido del famoso «wie es eigentlich gewesen» de Ranke; cfr. C. V. Langlois y C. Seignobos, *Introduction...*, ed. cit., pág. 182 (reedición de 1992).

justificado. Pero es precisamente este tipo de preocupaciones las que Marc Bloch ha decidido obviar, para concentrarse mejor en el análisis de las prácticas en las que reposa la identidad de su comunidad profesional[64].

[64] Esto no significa, hay que precisarlo, que los análisis de Ricoeur sobre el estatuto del relato no puedan ser útiles para los historiadores. Aquí quiero subrayar simplemente que incluso los filósofos que muestran el mayor respeto hacia el «contexto» de producción de un discurso, son inconsecuentes con sus propios principios cuando los textos estudiados ponen en tela de juicio los «fundamentos» de su proyecto.

Capítulo 4
La crisis de los «paradigmas»

> Entre los sociólogos no había nada parecido a la solidaridad de personas ligadas por una misma disciplina. Algunos de ellos elaboraban lenguajes personales que ningún otro comprendía; por regla general, los monólogos tenían como respuesta monólogos. Alemania era un país que no tenía sociología, sino sólo sociólogos, como lamentaba uno de ellos. Como todos querían ser originales, se convirtieron en marginales.
>
> Wolf Lepenies, *Les trois cultures. Entre science et littérature. L'avènement de la sociologie,* 1988.

> La comunidad de quienes sólo tienen en común sus diferencias se enfrenta cotidianamente a un problema sin solución definitiva: ¿cómo lograr que mis iguales me reconozcan oficialmente como alguien sin igual? ¿Cómo imponerme como excepcional en un mundo en el que la excepción es la regla general? No es fácil ser único colectivamente.
>
> Regis Debray, *Le pouvoir intellectuel en France,* 1979.

Hablar hoy de una «crisis de la historia» puede parecer tanto más paradójico, o malintencionado, cuanto que, aparentemente, jamás se ha apoderado de la disciplina tal frenesí de innovación. Ya no pasa un año, ni siquiera un semestre, sin que se anuncie el nacimiento de un

nuevo «paradigma». Desde hace algunos años, los «giros» y las «revoluciones» historiográficos se suceden a un ritmo vertiginoso. Tras el lanzamiento de la «nueva historia» a fines de los años 70[1], se ha anunciado un «giro lingüístico»[2], después un «giro crítico»[3], la llegada de una «nueva historia intelectual»[4], luego la de una «nueva historia cultural»[5], un «nuevo historicismo»[6], una «historia filosófica de las ideas»[7], «otra historia social»[8], «otra historia de lo político»[9], una «historia de lo cotidiano»[10], una «ego-historia»[11] e incluso una «alter-historia»[12]. Sin duda habré olvidado algún nuevo programa. ¡Que sus autores me perdonen! Para quienes piensan todavía que el valor de un programa de investigación reside únicamente en la calidad y en la amplitud de los trabajos empíricos que es capaz de impulsar, tal profusión de proyectos y la rapidez con la que se suceden, no es un signo de riqueza, sino más bien un síntoma de crisis. Los «paradigmas» que no pasan la prueba de la investigación empírica no son más que «profecías autorealizativas». La historia económica y social de *Annales* —hoy tan desprestigiada— fue puesta en práctica antes de que fuese anunciada y movilizó a cientos de investigadores en todo el mundo durante varias décadas. Cualquiera que sea su interés intelectual, muchas veces los «paradigmas» de hoy no vinculan más que a sus autores, y sólo duran

---

[1] J. Le Goff (dir.), *La Nouvelle histoire*, ed. cit.

[2] G. Eley, «De l'histoire sociale au «tournant linguistique» dans l'historiographie anglo-américaine des années 1980», *Geneses*, 7, marzo, 1992, págs. 163-193.

[3] «Histoire et sciences sociales. Un tournant critique?», *Annales E.S.C.*, 2, marzo-abril, 1988.

[4] D. LaCapra, *Rethinking Intellectual History: Texts, Contexts, Language*, Ithaca, Cornell University Press, 1983.

[5] L. Hunt (ed.), *The New Cultural History*, Berkeley University Press, 1989.

[6] H. Aram Veeser, *The New Historicism*, Londres, Routledge, 1989.

[7] F. Azouvi, «Pour une histoire philosophique des idées», *Le Débat*, noviembre-diciembre, 1992.

[8] B. Lepetit (dir.), *Les formes de la expérience. Une autre histoire sociale*, Albin Michel, 1995.

[9] M. Gauchet, «Changement de paradigme en sciences sociales?», *Le Débat*, 50, mayo-agosto, 1988, págs. 165-170. Para el autor, lo que caracteriza este nuevo «paradigma» es el «acceso, a través de lo político, a una nueva clave para la arquitectura de la totalidad».

[10] A. Lüdke (ed.), *Histoire du quotidien*, Ed. Maison des Sciences de l'Homme, 1994 (1.ª ed., 1989).

[11] P. Nora (dir.), *Essais d'ego-histoire*, ed. cit.

[12] D. Milo y A. Boureau (dirs.), *Alter histoire. Essais d'histoire expérimentale*, Les Belles lettres, 1991.

—al menos algunos de ellos— el tiempo que dura un libro, o incluso un coloquio. Esta huida hacia delante es una de las consecuencias del giro «epistemológico» que se ha apoderado de la reflexión de los historiadores sobre su disciplina a comienzos de los años 70. Introduciendo el lobo filosófico en el aprisco de la historia, los historiadores-epistemólogos han favorecido ampliamente la diseminación de una lógica argumentativa tomada de las teorías «fundamentalistas» del conocimiento. Por sí solo este problema habría podido ser el tema de todo un libro. En el marco de este capítulo, me he limitado a analizar los «paradigmas» que se definen como «giros» en la investigación histórica: esencialmente el *linguistic turn* y el «giro crítico». Estos dos ejemplos tienen especial importancia en relación con el problema que aquí nos ocupa, porque se presentan a sí mismos como justificaciones «al cuadrado», como «superparadigmas» que se esfuerzan por agrupar bajo una etiqueta común investigaciones dispersas, con el fin de evitar que la historia se convierta en «la multiplicación indefinida de experiencias individuales aisladas, en las que cada investigador decidiría soberanamente las reglas de su alquimia personal»[13]. Su interés reside también en que ilustran el peso que las constricciones nacionales siguen teniendo, dígase lo que se diga, en la investigación histórica. Mientras que el *linguistic turn* es una receta esencialmente americana, el «giro crítico» es un producto *made in France*, puesto recientemente en circulación por *Annales*[14].

Para evitar malentendidos, insisto en que aquí no se trata de negar el interés o la importancia de las investigaciones empíricas designadas por estas etiquetas. No discutiré los respectivos méritos de los trabajos históricos que confieren prioridad al análisis de los discursos, los significados, las estructuras o las interacciones sociales. El único objetivo de este capítulo es analizar los argumentos aducidos para *justificar* la idea de que estas innovaciones constituyen «giros» en la investigación histórica, e intentar explicar por qué este tipo de razonamiento alimenta las polémicas sobre la «crisis de la historia».

---

[13] Editorial del consejo de redacción de *Annales*, «Histoire et sciences sociales. Un tournant critique?», *op. cit.*

[14] Analizaré también, rápidamente, los argumentos presentados en Alemania por los historiadores de la *Alltagsgeschichte*, que, según me parece, ocupan una posición intermedia entre el *linguistic turn* y el «giro crítico». Estas etiquetas nacionales designan las *tendencias dominantes* en los discursos sobre la innovación desarrollados en cada país. No han de hacer olvidar que en todas partes la diversidad es la regla.

El «linguistic turn»

«La rectificación de los nombres»

La expresión *linguistic turn* (en lo sucesivo LT) es cada vez más frecuente en la pluma de los historiadores deseosos de recordar las transformaciones que ha conocido la investigación histórica americana en los últimos diez años. Pero la discusión de los argumentos aducidos por los partidarios de esta expresión se ve dificultada por el hecho de que, por ahora, no es posible definirla rigurosamente, ni siquiera presentarla de forma sistemática. En estas circunstancias, toda reflexión sobre el tema requiere, como condición previa, que el historiador dé cuenta del método seguido para agrupar bajo una misma «bandera» trabajos que proceden de disciplinas diferentes, publicados por autores diferentes y en momentos diferentes. Si los partidarios del LT no se plantean una cuestión de este tipo, es porque el criterio al que se atienen para constituir su corpus se da por obvio. Como su nombre parece indicar, el «giro lingüístico» engloba todos los trabajos históricos que conceden alguna importancia a la cuestión del lenguaje. En virtud de esta evidencia, los propulsores de la etiqueta reúnen textos y autores que no lo han pedido; lo que les permite, como vamos a ver, engrosar a su voluntad las filas de los «manifestantes» o de las «tropas» que hacen desfilar bajo su bandera. Para evitar este tipo de «forzamiento», me ha parecido más razonable atender solamente a los trabajos que afirman explícitamente su pertenencia al «movimiento». Por esta razón, primero he intentado agrupar únicamente los estudios que recogen en su título la expresión *linguistic turn;* lo que me ha parecido el signo indiscutible de la reivindicación de una filiación. Habiendo constatado que, hasta la fecha, no existe ninguna obra histórica que proclame esta pertenencia, he procedido al análisis de los artículos apoyándome en la información ofrecida por las bases de datos[15]. La investigación ha llegado a los resultados que se presentan en la siguiente tabla. Aunque, dadas las limitaciones de los instrumentos bi-

---

[15] Me he apoyado fundamentalmente en la base *Historical Abstracts*. Ésta concede gran prioridad a los artículos publicados en revistas de lengua inglesa. Por otra parte, no recoge los estudios reunidos en obras colectivas (frecuentemente resultado de coloquios). He suplido estas lagunas siguiendo las «pistas» indicadas en los artículos incluidos en la base.

bliográficos utilizados, no se han tenido en cuenta todos los trabajos que reivindican explícitamente su pertenencia al LT, este corpus basta para permitirnos comprender cómo ha aparecido esta expresión y por qué se ha difundido en la investigación histórica. A partir de los resultados de esta tabla, he seleccionado inmediatamente los estudios más significativos para discutir sus argumentos.

La retórica del LT

La expresión lingüística del «linguistic turn» en historia

Autor	*Título del artículo*	*Título de la revista*	*Fecha*
Jay, Martin	«Should Intellectual History take a LT?»	Cfr. nota[16]	1982
Vann, Richard	«Louis Mink's LT»	*History and Theory*, núm. 1	1987
Toews, John	«Intellectual History after the LT: the autonomy of meaning and the irreductibility of experience» (Review article)	*Amer. Historical Rev.*, núm. 4	1987
Pagden, Anth.	«Rethinking the LT: current anxieties in intellectual History» (Review article)	*Journal of the 1988 History of Ideas*, núm. 3	1988
Appleby, Joyce	«One good turn deserves another: moving beyond the linguistic: a response to David Harlan»	*Amer. Historical Rev.*, núm. 5	1989
Hoshar, Rudy J.	«Playing the cerebral savage: notes on writing German history before the LT»	*Central European History*, núms. 3-4	1989
Berlanstein, Lenard R.	«Working with language: the LT in French laborin movement. A review article»	*Comparative Studies Society and History*, núm. 2	1991

[16] Estudio aparecido en la obra de D. LaCapra y S. Kaplan (eds.), *Modern European Intellectual History. Reappraisals and New Perspectives*, Ithaca y Londres, Cornell University Press, 1982.

COHEN, Sol	«The LT: the absent text of educational historiography»	*Historical Stud. in Education* (Canada), núm. 2	1991
ELEY, Geoff	«De l'histoire sociale au "tournant linguistic" dans l'historiographie anglo-américaine des années 1980»	*Genèses. Histoire et sciences sociales* (France), núm. 7	1992
THORME, Susan	«Class analysis, popular politics and the LT in 19 th English history»	*Consortium on Revolutionary Europe 1750-1850. Proceedings* (GB), núm. 22	1993

La lectura de esta tabla muestra inmediatamente que las investigaciones que se autodefinen en relación con el *linguistic turn* son poco numerosas[17] y que la expresión misma es reciente. Ha aparecido en el lenguaje de los historiadores a comienzos de los años 80, pero no se ha impuesto como objeto de discusión hasta el final de la década siguiente. Esta tabla indica asimismo que la mayoría de los estudios centrados en el LT se presentan en forma de reseñas. Puede observarse también que, de hecho, *todos* los artículos que han tenido un papel decisivo en la popularización de la «etiqueta» son «review articles». En mi opinión, es imposible comprender las razones del éxito que esta expresión ha tenido entre los historiadores, si se olvida el papel esencial que desempeña en la vida intelectual americana la sección «Review article» que tienen todas las grandes revistas históricas. Es ésta una sección muy apreciada por los lectores, pues constituye un precioso instrumento bibliográfico y ofrece puntos de referencia sobre las nuevas orientaciones de la investigación; sección tanto más eficaz cuanto que, tras la neutralidad de la reseña, se expresan juicios de valor sobre lo que es «nuevo», «importante» en historia o, por el contrario, sobre lo que está «superado». Evidentemente, el hecho de que el primer y principal «review article» dedicado al LT[18] haya aparecido en la revista «oficial» de la comunidad profesional de historiadores americanos, la *American Historical Review,* no ha hecho sino facilitar la di-

[17] Incluso si se hubiese incluido los trabajos en los que la expresión *linguistic turn* no aparece en el título, sino en las palabras clave y en el *abstract* (que resume en algunas líneas el contenido de cada estudio), el corpus no hubiera contado con más de una quincena de artículos.

[18] J. E. Toews, «Intellectual History after the Linguistic Turn: The Autonomy of Meaning and the Irreductibility of Experience», *American Historical Review,* 4, 1987, págs. 879-907.

fusión de la etiqueta en la disciplina. Otras dos observaciones se imponen inmediatamente al leer la tabla. Por una parte, llama la atención la rapidez con la que se ha impuesto como una evidencia la idea de que la investigación histórica habría conocido un «giro lingüístico». Mientras que en el estudio de Martin Jay, publicado en 1982[19], el LT es presentado en forma de interrogante, como una posibilidad para el futuro de la investigación histórica, cinco años después se hace referencia a él en pasado, como un hecho que ya ha tenido lugar. Por otra parte, hay que subrayar la amplitud que ha tomado el proceso de universalización de la nueva etiqueta. Se trata, en un principio, de un problema que concierne solamente a la historia intelectual americana. Pero desde fines de los años 80, se apodera de Europa y se extiende a los demás ámbitos de la investigación histórica. El éxito del movimiento lo ilustra el hecho de que sus promotores han logrado convertirlo rápidamente en un objeto de discusión que se impone incluso entre quienes, como vamos a ver, son el blanco principal del LT: los historiadores sociales.

Más allá del interés que ofrecen las investigaciones empíricas reunidas bajo esta etiqueta, puede considerarse que una de las razones esenciales de su rápida difusión es la elección del vocabulario utilizado por sus partidarios. La lectura de los títulos muestra que conceden prioridad a las dos características que los intelectuales sitúan generalmente en la cúspide de su jerarquía de valores: el pensamiento y la innovación. La preeminencia conferida al «pensamiento» la ilustra en primer lugar el hecho de que son las revistas de historia más centradas en la «teoría» *(History and Theory, Journal of the History of Ideas)* las primeras que han hecho los honores al LT. Por otra parte, llama la atención la frecuencia con la que en los títulos, y aún más en los *abstracts*, aparecen palabras como «intellectual», «meaning» o «rethinking». El gran número de expresiones tomadas del léxico del «giro» muestra en qué medida los portavoces del LT se preocupan por presentarse como «innovadores». Al leerlas, resulta evidente que no podemos hallarnos más que «antes» o «después» del *linguistic turn*, pero jamás «en» él; lo que evidentemente no facilita el análisis del «giro» en sí mismo. Los términos «after», «beyond», así como «turn», o igual que las palabras «post» o «new», omnipresentes en el vocabulario de los partidarios de esta corriente («post-structuralism», «post-modernism», «new historicism», etc.), recuerdan sin cesar este anclaje en la «novedad». Situán-

---

[19] M. Jay, «Should Intellectual History Take a Linguistic Turn? Reflections on the Habermas-Gadamer Debate», en D. LaCapra y S. Kaplan (eds.), *op. cit.*, págs. 86-110.

dose a sí mismos «después» del *linguistic turn*, los autores de estos «review articles» refuerzan la eficacia performativa de sus discursos; sobre todo ante los historiadores que ocupan una posición marginal y ante los estudiantes de *Ph D* (que son quienes, desde un punto de vista profesional, tienen mayor necesidad de demostrar sus capacidades de innovación), obsesionados por el temor a «quedarse atrás». Puesto que la misma *American Historical Review*, a través de la pluma de John Toews, presenta el giro lingüístico como un hecho que ya ha tenido lugar, los colaboradores de revistas menos prestigiosas son proclives a considerarlo como una evidencia y a encontrar escandaloso el que los historiadores de su país todavía no hayan realizado este «giro lingüístico» (cfr. los artículos de Rudy Hoshar y de Sol Cohen incluidos en nuestra tabla)[20].

Destronar la historia social

Las primeras indicaciones que procura el examen de esta tabla me han permitido seleccionar los trabajos que corresponden a las tres grandes etapas a través de las que el LT ha podido ampliar su audiencia. La primera coincide con la aparición del volumen colectivo publicado bajo la dirección de Dominick LaCapra y Steven Kaplan. Se trata, como vamos a ver, del momento fundacional del «movimiento». La segunda etapa corresponde a la publicación de los «review articles» de Anthony Pagden y sobre todo de John Toews, que «naturalizan» la etiqueta en la historia intelectual americana[21]. El artículo publicado por Geoff Eley en *Genèses* significa el logro del proceso de universalización del LT, iniciado a finales de los años 80[22].

Los partidarios del LT están de acuerdo en considerar que el coloquio sobre la historia intelectual europea celebrado en Cornell en abril de 1980 y publicado, dos años después, en la obra analizada aquí, constituye el punto de partida del «giro lingüístico» en historia.

---

[20] En el mismo orden de ideas, cfr. T. Childers, «Political sociology and the Linguistic Turn» —*Central European History*, 1989, 22, 3-4, págs. 381-393—, quien lamenta que los historiadores alemanes no hayan realizado su LT. Actualmente puede seguirse la propagación de esta creencia hasta en los manuales de historia destinados a los estudiantes; cfr., por ejemplo, K. Jenkins, *Re-thinking History*, Routledge, 1991. El autor es *Senior Lecturer in History* en el West Sussex Institute of Higher Education and Historical Method.

[21] J. Toews, *op. cit.*, y A. Pagden, «Rethinking the Linguistic Turn: current anxieties in Intellectual History», *Journal of the History of Ideas*, 3, 1988, págs. 519-529.

[22] G. Eley, «De l'histoire sociale au «tournant linguistique» dans l'historiographie anglo-américaine des années 1980», *Genèses*, 7, marzo, 1992.

La primera razón que puede aducirse en apoyo de esta afirmación está relacionada con la coyuntura. A fines de los años 70, muchos consideran que el ámbito de investigación que en Estados Unidos recibe el nombre de «historia intelectual» está en crisis. En 1977 se ha organizado ya un importante coloquio sobre el tema en Racine (Wisconsin). En la introducción de la obra que recoge las principales aportaciones presentadas para la ocasión, John Higham recuerda que este sector de la investigación histórica conoció su época dorada durante los años 50, confiriendo prioridad al análisis de lo que hoy llamaríamos «la identidad nacional americana». A partir de los años 60, esta historia de las ideas fue fuertemente cuestionada por la historia social, que discutía tanto sus métodos como sus objetos[23]. En una década se imponen las problemáticas, las técnicas y las preocupaciones de las ciencias sociales. El prestigioso coloquio de 1977, presidido por Merle Curti —uno de los «padres fundadores» de la historia intelectual americana— que ese año celebraba su 80 aniversario, aparece como una suerte de consagración oficial a los ojos de los partidarios de la historia social. John Higham subraya que los coordinadores del volumen han dado prioridad a las perspectivas desarrolladas por la «generación ascendente», con el fin de convertirlo en un punto de referencia para el conjunto de los historiadores situados en la línea de la historia intelectual. Higham pone de relieve las dos tendencias opuestas que el coloquio ha dado a conocer. Según él, la crítica literaria, que hasta entonces ocupaba un lugar privilegiado en la historia intelectual americana, se precipita en picado. Por el contrario, las investigaciones que dan prioridad al estudio de las prácticas sociales van viento en popa. Bajo la influencia de Thomas Kuhn y de los filósofos pragmatistas, los historiadores de la ciencia se interesan cada vez más por la historia de las comunidades científicas. El impacto de «la escuela de *Annales*» puede apreciarse en la importancia concedida a la historia de las mentalidades. Finalmente, la historia intelectual se abre cada vez más a la antropología. Higham insiste más particularmente en el eco que ha tenido el método de la *thick description* propuesto algunos años antes por Clifford Geertz[24]. En otra obra dedicada al estado de la investigación histórica americana, apare-

[23] Para J. Higham, la fuerza de esta reacción se debe a que el interés por la historia social, nacida a comienzos de siglo, ha sido eclipsado inmediatamente por la historia intelectual triunfante. Sobre todo esto, cfr. J. Higham, «Introducción», en J. Higham y P. K. Conkin (eds.), *New Directions in American Intellectual History*, Johns Hopkins Press, 1979, págs. XI-XIX.

[24] J. Higham presenta a C. Geertz como el «santo patrón» de este coloquio.

cida asimismo a fines de los años 70, también Robert Damton considera que la historia social ejerce ya una influencia determinante sobre la historia intelectual. No obstante, insiste en una dimensión de la «crisis» que John Higham ha silenciado. Damton considera que la introducción de teorías importadas de Europa —y que se traducen en la propagación de toda una serie de «términos incontrolados» como «hermenéutica», «semiótica», «hegemonía», «desconstrucción», «paradigma»— está transformando el paisaje[25]. La mayoría de los historiadores que participan en el coloquio de Cornell en abril de 1980 se apoyan en estas innovaciones, a las que denominan «Teoría Crítica» *(Critical Theory)*. Numerosos indicios apuntan que este acto fue concebido como respuesta a la iniciativa tomada en 1977 por John Higham[26]. La obra resultante de la conferencia reúne a autores considerados (con razón o sin ella) desde esa fecha como las principales figuras del LT en historia intelectual: K. M. Baker, R. Chartier, M. Jay, H. Kellner, D. La Capra, M. Poster, H. White (por orden alfabético). La mayoría de las aportaciones se presentan explícitamente como instrumentos teóricos y metodológicos que posibilitan «repensar» completamente la historia intelectual y que han de llevarse a la práctica en futuras investigaciones. La participación de Hayden White, que fue uno de los primeros en defender la perspectiva textual en el seno de la historia intelectual americana, constituye evidentemente un triunfo fundamental para los partidarios de la «teoría crítica»[27]. Pero la voluntad

---

[25] Cfr. R. Damton, «Intellectual and Cultural History», en M. Kammen (ed.), *The Past Before Us. Contemporary Historical Writing in the United States*, 1979, Ithaca, Cornell U. P., pág. 327. De entre los otros estudios que proponen nuevas vías para la historia intelectual americana partiendo de idénticos principios, cfr. W. J. Bowsma, «Intellectual History in the 1980s: From History of Ideas to History of Meaning», *Journal of Interdisciplinary History*, 12, otoño, 1981; Q. Skinner (ed.), *The Return of Grand Theory in the Human Sciences*, Cambridge U. P., 1985. (Trad. esp.: *El retorno de la gran teoría en las ciencias humanas*, Madrid, 1988.)

[26] No sólo no se invitó al coloquio de Racine a ningún partidario de la *Critical Theory*, sino que sus trabajos ni siquiera se citan en la obra publicada bajo la dirección de J. Higham y P. K. Conkin. (En las notas puede hallarse una sola referencia a Hayden White y otra a David Fischer.)

[27] Cfr. H. White, «Method and Ideology in Intellectual History: the Case of Henri Adams», en D. LaCapra and S. Kaplan (eds.), *op. cit.*, págs. 280-310. De hecho, esta aportación, que fue situada como conclusión de la obra, constituye un comentario, redactado después del coloquio, de las comunicaciones en él presentadas. Quizás porque sus primeros trabajos sobre la cuestión del discurso histórico se publicaron unos diez años antes del lanzamiento del LT, Hayden White aparece más como una figura de referencia (a semejanza de los filósofos «postestructuralistas») que como la «primera figura» del «movimiento»; cfr. H. White, *Metahistory. The historical imagination in 19th century Europe*, Johns Hopkins University Press, 1973.

de hacer de esta obra el texto de referencia de la nueva historia intelectual se trasluce también en la dimensión «militante» que los organizadores del coloquio confieren a su proyecto. «No es exagerado decir», escriben D. LaCapra y S. Kaplan en su prólogo, «que este libro es un manifiesto». Aunque ambos autores precisan que las direcciones del cambio que está teniendo lugar son aún difíciles de determinar[28], la mayoría de los participantes insisten en la necesidad de reforzar los lazos con la filosofía. La primacía concedida a esta disciplina aparece muy claramente en la contribución de Martin Jay (por lo que yo sé, el suyo es el primer estudio histórico que incluye en su título la expresión *linguistic turn*[29]). Esforzándose por mostrar que la misma filosofía ha sido radicalmente transformada por un «giro lingüístico», Jay invita a los historiadores situados en la línea de la historia intelectual, bien es verdad que de una forma aún interrogativa, a sumarse al movimiento. El resto de las intervenciones, en su mayoría, destacan el papel que los filósofos y los teóricos del discurso (Barthes, Derrida, Foucault, Gadamer, etc.) pueden desempeñar en la renovación del trabajo de la historia intelectual. Si bien la filosofía (y, en menor medida, la crítica literaria) son presentadas como las aliadas naturales de la historia intelectual, hay que precisar que no todas las filosofías del lenguaje son tratadas del mismo modo. Llama la atención observar, por ejemplo, que la filosofía analítica, que ha hecho la aportación más importante a la reflexión teórica sobre el lenguaje en el siglo XX, despierta poco interés entre los partidarios del LT. Asimismo, la *Begriffsgeschichte* («la historia de los conceptos»), impulsada desde hace varias décadas por Reinhardt Koselleck y sus colaboradores, no es reivindicada por el «movimiento». Para comprender el interés de los partidarios del LT por la «teoría crítica», hay que recordar las dos razones principales que explican su posición marginal en el seno de la historia intelectual americana. La primera se refiere al hecho de que la mayoría de ellos son especialistas en historia de Europa, en un universo dominado por los «americanistas». Más allá de la «teoría crítica», los partidarios del LT defienden también su competencia como historiadores «europeís-

---

[28] Cfr. D. LaCapra y S. Kaplan (eds.), *op. cit.*, pág. 7. Las matizaciones que introduce este prólogo se deben a que uno de los dos autores, Steven Kaplan, no es partidario del LT. En los trabajos que publicará posteriormente, Kaplan permanecerá fiel a la historia social.

[29] M. Jay, «Should Intellectual History Take a Linguistic Turn?», *op. cit.*, en D. LaCapra y S. Kaplan (eds.), *op. cit.*

tas»[30]. La segunda razón de su posición marginal se debe al hecho de que son especialistas en un enfoque (el análisis del discurso) que, como hemos visto, está perdiendo fuerza en el seno de la historia intelectual. La «teoría crítica» (elaborada a partir de dos corrientes filosóficas: la «hermenéutica» y el «estructuralismo» —que en Francia se opusieron vigorosamente durante los años 50 y 60 a la historia social desarrollada por *Annales*, como se ha subrayado en el capítulo anterior—) les ofrece argumentos para rehabilitar el estudio de los textos, denunciando al mismo tiempo las insuficiencias de las ciencias sociales.

Si la contribución del artífice de este coloquio, Dominick LaCapra[31], es especialmente importante en relación con lo que aquí nos ocupa, es porque no se conforma con poner de relieve la fecundidad heurística de la *Critical Theory* para la historia intelectual. También subraya el interés que ésta ofrece para todos los que quieren poner fin a la hegemonía de la historia social en este sector de la investigación histórica. Insistiendo, más que cualquier otro participante en el coloquio, sobre la dimensión estratégica del LT, Dominick LaCapra nos permite comprender mejor de qué tipo de argumentos han de servirse todos los que quieren conseguir el triunfo de su proyecto intelectual en la competida lucha que enfrenta entre sí a los universitarios.

— En primer lugar, necesitan asegurar la *visibilidad* de su movimiento dándole un nombre. Como han mostrado especialmente los filósofos «postestructuralistas», las cuestiones de lenguaje son también cuestiones de poder. Dominick LaCapra subraya que esta observación también es válida para la historia intelectual[32]. Por esta razón, insiste en la importancia estratégica de lo que él denomina, citando a Confucio, la «rectificación de los nombres», operación indispensable, añade,

---

[30] Esta división se observa no sólo en el ámbito del objeto de investigación, sino también en el de los modelos teóricos de referencia. Los historiadores agrupados en torno a Higham confieren prioridad a los teóricos americanos (los filósofos pragmatistas, T. Kuhn, C. Geertz), mientras que los partidarios de la teoría crítica se apoyan en el pensamiento «continental».

[31] D. LaCapra, «Rethinking Intellectual History and Reading Texts», en D. LaCapra y S. Kaplan (eds.), *op. cit.*, págs. 47-85. Sus análisis se prolongan en las dos obras que publica inmediatamente después del coloquio. Cfr. D. LaCapra, *Rethinking intellectual history: texts, contexts, language*, ed. cit., e *History and Criticism*, Ithaca, Cornell U.P., 1985. Estos textos ocupan el centro de los principales «review articles» dedicados al LT en la historia intelectual americana.

[32] En su texto, LaCapra señala claramente que su objetivo es poner fin a la supremacía de la que, según él, gozan los historiadores sociales en el mercado laboral universitario en perjuicio de los especialistas en el discurso.

para quien quiere transformar la definición misma de la «historia intelectual». Aunque en su texto no aparece la expresión *linguistic turn*, vemos que, desde un principio, la lucha por *la designación* del nuevo «paradigma» se presenta como un objetivo prioritario.

— Para garantizar el reconocimiento simbólico del que todavía carecen, los partidarios del LT procuran asimismo probar su fuerza vinculando a su causa a investigadores que no pertenecen al pequeño mundo de la *Critical Theory*. La relevancia concedida a la contribución de Roger Chartier al coloquio de Cornell es en este sentido muy reveladora[33]. Para ampliar el eco del LT, resulta fundamental mostrar que no se trata de un problema interno de la historia americana y que incluso historiadores ligados a *Annales* admiten que la historia social de la cultura está ya «superada». Ésta es la razón por la que, simbólicamente, la obra resultante de esta conferencia se abre con el texto de Chartier. Posteriormente, los promotores del LT no escatimarán esfuerzos para presentarlo como una contribución al «giro lingüístico». Poco después del coloquio, LaCapra cita el texto para mostrar que el proyecto de una historia total defendido por *Annales* ha sido «rigurosamente cuestionado» por los representantes más jóvenes de la «tradición de *Annales*»[34]. En la obra siguiente, vuelve a la carga citando de nuevo la contribución de Roger Chartier, que, según él, prueba que «la escuela de *Annales*» se ha vuelto menos dogmática, pues entre sus miembros cuenta ya con historiadores más circunspectos y más críticos[35]. En su «review article», John Toews considera la intervención de Chartier como el cuestionamiento más riguroso (junto con el de LaCapra) de la historia sociocultural inspirada en *Annales*. Anthony Pagden insiste finalmente en ello afirmando que la «brillante y a fin de cuentas devastadora contribución» de Roger Chartier rechaza «la preeminencia casi tiránica de la dimensión social» en la historia intelectual. Pero basta leer el texto en cuestión para observar que su tono es muy diferente. Si bien éste defiende nuevas vías de investigación, en modo alguno asume la argumentación de los promotores del LT. En ningún momento afirma la idea de que la historia intelectual habría realizado un «giro lingüístico». Al contrario, el autor insiste en la diversidad de los posibles enfoques en historia cultural, en la importancia de las tradiciones historiográficas nacionales (el término «intellec-

---

[33] R. Chartier, «Intellectual History or Sociocultural History? The French Trajectories», en D. LaCapra y S. Kaplan (eds.), *op. cit.*, págs. 13-46.

[34] D. LaCapra, *Rethinking...*, ed. cit., pág. 329.

[35] D. LaCapra, *History and Criticism*, ed. cit., pág. 118.

tual history» no tiene equivalente en Francia, ni en Alemania). Y sobre todo, la mayoría de las veces sus referencias no proceden de la filosofía, sino de la sociología de la cultura (principalmente de los trabajos de Pierre Bourdieu y sus colaboradores).

— El cuestionamiento de los «presupuestos» y de las «debilidades teóricas» de la historia social constituye el tercer tipo de argumentos que Dominick LaCapra desarrolla para justificar la superioridad de la perspectiva «textualista». Exhortando a sus colegas a despertar de su «sueño dogmático» *(dogmatic slumber)*, no encuentra palabras bastante duras para estigmatizar «el empirismo» de aquéllos a quienes él denomina «practician historians». No sólo critica el esquema explicativo elaborado por Braudel y Labrousse en los años 1950-1960 —cuyo objetivo era dilucidar los fenómenos culturales relacionándolos con su «infraestructura» económica y social—, sino también las nuevas perspectivas desarrolladas por la siguiente generación: la sociohistoria de la cultura impulsada por Daniel Roche, la historia de las mentalidades, etc. Aunque su contribución afirma en repetidas ocasiones que sus propuestas son una posibilidad de innovación entre otras, la caza de «presupuestos» lleva a Dominick LaCapra a abandonar muy rápidamente su prudencia inicial. Su perspectiva se presenta como el único método legítimo, no sólo para la historia intelectual, sino para toda investigación histórica[36]. No es necesario entrar en los detalles de la argumentación, después de todo muy clásica, que desarrolla para convencer a sus lectores. Es el mismo tipo de razonamiento que *Annales* había desarrollado ya en los años 1950-1960 contra la historia llamada «positivista». En vez de afirmar: «toda realidad es social, por lo tanto la historia social es la suma de todas las historias posibles», los teóricos del LT argumentan diciendo: «toda realidad está mediada por el lenguaje y los textos, por lo tanto toda investigación histórica depende de la reflexión sobre el discurso». LaCapra considera que la historia ha de «volver a ser fundamentada» enteramente desde los principios de la *dialogical relationship* (fuertemente inspirados en Heidegger y Derrida) que él defiende y que contrapone al enfoque «documental» practicado por los historiadores corrientes. Según él, en efecto, los historiadores que leen los textos únicamente como «documentos» o

[36] En su comentario, también Hayden White afirma que el problema de la relación entre «texto» y «contexto» es crucial, no sólo para la historia intelectual, sino para el conjunto de la investigación histórica; cfr. H. White, «Method and Ideology...», *op. cit.*, en D. LaCapra y S. Kaplan (eds.), *op. cit.*, pág. 281.

como «entidades formales», «no los leen históricamente, precisamente porque ellos o ellas no los leen como textos» (pág. 53). Dado que todos los historiadores trabajan con «documentos», puede concluirse que sólo podrán leerlos «históricamente» —y se convertirán por tanto en verdaderos historiadores— cuando apliquen la teoría de Dominick LaCapra. Al mismo tiempo, éste considera que el historiador ya no puede conformarse con cumplir su función como universitario. Debe convertirse también en un «intelectual» (en su sentido fuerte, es decir, en el sentido francés del término): en alguien que interviene en la vida cultural y política de su país. A fin de cuentas, «el historiador intelectual», tal como lo entiende Dominick LaCapra, ha reemplazado al filósofo en su papel de Juez supremo que se arroga el derecho de evaluar todas las formas de conocimiento, desde la literatura hasta la historia, pasando por la filosofía y la política.

Así pues, aunque el LT haya sido inicialmente un problema específico de la historia intelectual americana, observamos que, de golpe, sus partidarios han inaugurado su proceso de universalización, que hará su debut algunos años después. El texto publicado por Geoff Eley en *Genèses* ilustra la confluencia que se ha producido entre el núcleo fundador del LT y el otro canal por el que las preocupaciones «epistemológicas» se han extendido en el mundo de los historiadores: la historia social de inspiración marxista. Como lo ilustra la trayectoria de Gareth Stedman Jones, que inaugura, según Geoff Eley, la reflexión de los historiadores sociales británicos sobre la cuestión del lenguaje[37], también en Gran Bretaña es a comienzos de los años 80 cuando la filosofía del discurso empieza a relevar en la argumentación a la filosofía marxista, cuestionando las «ingenuidades empiristas» de los historiadores corrientes. La apertura a la historia social le permite a Eley extender la discusión sobre el «giro lingüístico» prácticamente al conjunto de la investigación histórica apelando a la «interdisciplinaridad». En adelante, basta con que un autor haya manifestado, en un momento u otro, su interés por la cuestión de las «representaciones» del «discurso» o del «lenguaje» para quedar enrolado inmediatamente bajo la bandera del LT. Tras la «neutralidad» de una reseña bibliográfica, Eley nos ofrece en realidad un «palmarés» en el que abundan los juicios de valor sobre la situación actual de la investigación histórica.

[37] G. S. Jones, *Languages of class. Studies in English Working Class History (1832-1982)*, Cambridge University Press, 1983. (Trad. esp.: *Lenguas de clase. Estudio sobre la historia de la clase obrera inglesa (1832-1982)*, Madrid, 1989.)

Para justificar por enésima vez la crítica al «empirismo» de los historiadores, Eley recurre, como si se tratase de verdades absolutas, a los diagnósticos «postmodernos» de Jean-François Lyotard, según el cual «ya no existe un método único para leer la historia», ni «metarrelato» alguno. Esta referencia constituye, por sí sola, una prueba que a Eley le basta para concluir que «las dos últimas décadas han sido testigo de una transformación intelectual vertiginosa». Toda su demostración se basa en esta tautología: puesto que la filosofía «postestructuralista» es, por definición, «una revolución del conocimiento», los trabajos históricos que apelan a ella están en la vanguardia de la innovación y quienes se niegan a seguirla están inevitablemente «superados».

Es desde estos principios, y no al término de una verdadera investigación (por ejemplo, sobre el número de tesis, obras o artículos producidos en cada ámbito de investigación), desde donde Eley afirma: «Retrospectivamente, la triunfal codificación de *Annales* que hay en la *Nueva Historia* adquiere más bien el aspecto de un monumento funerario» (pág. 174). O: «la historia social amorfa y expansiva de los años 70 ha dejado de existir [...]. La «Nueva Historia Cultural» o los *cultural studies* están ocupando su lugar» (pág. 193). Lo más asombroso es que en su artículo Geoff Eley se asombre de que estas palabras puedan suscitar la agresividad de los afectados[38]. Erigiéndose a la vez en juez y parte de la investigación histórica, tacha de un plumazo tantos años de trabajo que los historiadores considerados «superados» han dedicado a su tarea, poniendo a la vez en tela de juicio el sentido mismo de su existencia profesional. En estas circunstancias, ya no puede sorprender que las discusiones sobre el LT no hagan más que agravar las disensiones existentes en el seno de la «comunidad» de historiadores[39].

---

[38] Cfr. especialmente la obra de B. D. Palmer, *Descent into Discourse. The reification of language and the writing of social history*, Temple University Press, 1990.

[39] Cfr., por ejemplo, el reciente «debate» publicado por la revista *Social History;* D. Mayfield and S. Thorne, «Social History and its Discontents: Gareth Stedman Jones and the Politics of Language», *Social History*, vol. 17, 2, mayo, 1992, págs. 165-188 y J. Lawrence and M. Taylor, «The poverty of protest: Gareth Stedman Jones and the politics of language —a reply», *Social History*, vol. 18, 1, enero, 1993, págs. 1-15. Se puede continuar leyendo la respuesta de P. Joyce, «The imaginery discontents of social history: a note of response to Mayfield and Thorne, and Lawrence and Taylor», *Social History*, vol. 18, 1, enero, 1993, págs. 81-84. Y también la respuesta a la respuesta de D. Mayfield and S. Thorne, «Reply to "The poverty of protest" and "the imaginery discontents"», *Social History*, vol. 18, 2, mayo, 1993, págs. 219-233. *And so on...*

En busca de un «giro»

Toda la argumentación de los partidarios del LT se basa en dos grandes afirmaciones sobre las que quisiera volver rápidamente. En primer lugar, éstos justifican la necesidad del *linguistic turn* en historia partiendo de la idea, desarrollada por Martin Jay en el coloquio de Cornell, de que la propia filosofía habría conocido un «giro lingüístico» en el siglo XX. Esta idea ha sido defendida en una obra —la única que, por lo que yo sé, recoge en su título la expresión *linguistic turn*— publicada por Richard Rorty en los años 60. Se trata de una recopilación de textos pertenecientes, esencialmente, a la filosofía analítica (muy alejados, por lo tanto, de las perspectivas de la filosofía «continental» en la que se apoyan principalmente los partidarios del LT). En la reedición de la obra, en 1992, Rorty vuelve sobre esta formulación realizando una autocrítica que parece haber escapado a la sagacidad de los historiadores del LT. Aunque reafirma su interés por la cuestión del lenguaje, Richard Rorty se distancia de la expresión *linguistic turn*, pues ésta da a entender que podría haber «giros» en la historia del conocimiento; igual que en otro tiempo se hablaba de «rupturas epistemológicas» (por lo demás, algunos han pasado directamente de la «ruptura» al «giro»). Rorty considera, no sin humor, que la insistencia con la que él defendía un cuarto de siglo antes la idea de un «giro lingüístico» en filosofía, reflejaba las expectativas de un joven filósofo de 33 años, deseoso de convencerse a sí mismo (y de convencer a los demás) de que había tenido la suerte de nacer en una buena época y de que el ámbito de investigación por él elegido era más que una simple escuela filosófica, más que una simple «tormenta en un vaso de agua»[40].

En segundo lugar, los partidarios del LT justifican su voluntad de hegemonía en la investigación histórica ironizando sobre las «ingenui-

---

[40] Cfr. R. Rorty, *The linguistic turn. Recent essays in philosophical method*, The University of Chicago Press, 1992, pág. 371 (1.ª ed., 1967). (Trad. esp.: *El giro lingüístico: Dificultades metafilosóficas de la filosofía lingüística*, Barcelona, 1990.) Rorty atribuye la paternidad de la expresión *linguistic turn* en filosofía a Gustav Bergmann; cfr. H. J. Saatkamp Jr (ed.), *Rorty and Pragmatism. The Philosopher Responds to His Critics*, Nashville, Vanderbilt University Press, 1995, pág. 53. Ya en 1985, Terence Ball consideraba que Hobbes era el verdadero «padre fundador» del LT; cfr. T. Ball, «Hobbes' linguistic turn», *Polity*, 1985, 42 (4), págs. 739-760. Evidentemente, de este modo podríamos remontarnos hasta los orígenes de la filosofía.

dades» de los historiadores corrientes que todavía creen en la «objetividad», la «verdad» y la «realidad». Señalando que no existe ningún criterio «epistemológico» último que permita diferenciar la realidad histórica de su representación, Hayden White considera que la distinción entre discurso «realista» y discurso de «ficción» se ha vuelto caduca[41]. En consecuencia, la historia no es más que un género literario como cualquier otro, que ha de abordarse concediendo primacía a la crítica textual. Los partidarios del LT están sin duda en su derecho de defender las técnicas de análisis del discurso y es innegable que su aplicación ha contribuido al enriquecimiento de la historia intelectual. Pero esto no significa en absoluto que los enfoques que se apoyan en la historia social hayan sido «superados» o que el estudio del «discurso» sea más importante, por razones «epistemológicas», que el estudio de lo «social». Se trata de preferencias personales imposibles de probar; por más que se convoque, con ayuda de una gran cantidad de citas, a Nietzsche, Heidegger, Derrida o Lyotard. Aunque discuten sobre este tema desde hace veinticinco siglos, los filósofos jamás han podido zanjar el problema de la relación entre la realidad y su representación. El «relativismo» de los teóricos del discurso puede considerarse como una variante de ese «cientismo del no-saber» al que se refería Jacques Bouveresse en relación con las reflexiones «epistemológicas» de Paul Veyne[42] (cfr. capítulo anterior). Asimismo, los argumentos teóricos aducidos para justificar la preeminencia concedida al estudio del «discurso» no resisten el análisis. Como escribe Richard Rorty, «desgraciadamente, hoy hay gente que, como si regresasen de un largo viaje, vienen a informarnos de que «*la filosofía ha demostrado* (cursiva en el texto) que el lenguaje no hacía referencia a una realidad extralingüística, de tal manera que todo lo que podemos hablar consiste en un texto [...]. De la idea de que "no podemos pensar sin conceptos, ni hablar sin palabras", concluyen falsamente que "sólo podemos pensar o hablar de aquello que ha sido creado por nuestro pensamiento o por nuestro discurso"»[43].

En su estudio sobre el LT, Anthony Pagden observa que los historiadores situados en la línea de la historia intelectual viven en una «permanente ansiedad teórica», que según él se debe al hecho de que para ellos el «rethinking» es «casi una cuestión de supervivencia»

---

[41] H. White, *Metahistory*, ed. cit., especialmente pág. 26.

[42] J. Bouveresse, *Le philosophe chez les autophages*, ed. cit.

[43] R. Rorty, *Conséquences du pragmatisme*, Seuil, 1993, pág. 291 (1.ª ed., 1982). (Trad. esp.: *Consecuencias del pragmatismo*, Madrid, 1996.)

(pág. 519). En el coloquio de Comell de 1980, los participantes subrayaban que el objetivo de sus propuestas era poner fin al «malestar» reinante[44]. Los principales portavoces del «movimiento» afirmaban que era necesario pasar por la filosofía para que los historiadores no dependiesen ya de las teorías elaboradas por las ciencias sociales y pudiesen finalmente pensar por sí mismos. De creer a John Toews, a fines de los años 80 este objetivo estaba a punto de ser alcanzado. Los historiadores situados en la línea de la historia intelectual muestran entonces una confianza que contrasta con las dudas de comienzos de la década. Desgraciadamente, hoy todo indica que «la ansiedad teórica» ha regresado. En otro «review article» de reciente aparición, John Zammito señala que hay una cuestión que sigue planteándose obsesivamente en el ambiente de la historia intelectual: «¿nos hemos convertido (por fin) en teóricos?»[45]. Esta inseguridad crónica muestra que, contrariamente a lo que esperaban, los historiadores del LT no han logrado liberarse de los modelos externos a su disciplina. La mayor parte de las referencias que Geoff Eley presenta como pruebas del dinamismo del LT en historia han sido tomadas de la filosofía, de la antropología o de la crítica textual. Si, en efecto, la alianza con las filosofías «fundamentalistas» le ha permitido a la historia intelectual cuestionar la hegemonía de la historia social, los partidarios del LT (aunque sobre este punto guarden un silencio absoluto) han puesto fin a una dependencia para caer en otra. Haciendo suya la disputa filosófica sobre los fundamentos del conocimiento, han contribuido a difundir los argumentos que, como se ha visto anteriormente, los historiadores-epistemólogos fraceses pusieron en circulación en la investigación histórica durante los años 70. Antes, una investigación podía evaluarse en función de los nuevos conocimientos aportados al ámbito correspondiente o de la novedad del punto de vista propuesto. Para los partidarios del LT, en cambio, el elemento esencial sometido a evaluación es la teoría introducida. Así como Dominick LaCapra, al principio, no pudo definir su propia perspectiva más que rechazando todas las demás, del mismo modo sus competidores y sucesores tienen que discutir la teoría de LaCapra para hacer valer su propio pensamiento. Los «review articles» aquí analizados ilustran este proceso. Situándose

[44] Cfr. especialmente H. Kellner: «Triangular Anxieties: The Present State of European Intellectual History», en D. LaCapra and S. Kaplan (eds.), *op. cit.*, págs. 111-136.

[45] Cfr. J. H. Zammito, «Are we being theoretical yet? The new Historicism, the new Philosophy of history and "practicing historians"», *Journal of Modern History*, 4, 1993, págs. 783-814.

siempre *después* del «giro» (o más allá de él), los promotores del LT matan dos pájaros de un tiro. Presentar el *turn* como un acontecimiento pasado equivale a reforzar su evidencia, pero también a subrayar que la innovación tiene ya otro lugar. Tras la neutralidad de la reseña bibliográfica, los autores es esfuerzan por hacer que se escuche su propia música. El simple título del artículo de John Toews pone las cartas boca arriba. El LT ha tenido lugar, pero está «superado» pues, dice Toews, la preocupación fundamental de la «nueva generación» es replantear las relaciones entre «meaning» y «experience» (pág. 906). Asimismo, Anthony Pagden, después de haber subrayado que el LT era «inevitable», observa que hoy ya no parece tan «nuevo» como al principio y que no ha cumplido todas sus promesas. Subraya las aporías a las que conduce la *dialogical relationship* defendida por LaCapra. Si nadie está en posesión de la verdad de una interpretación textual, si es el propio lector el que construye el sentido del texto que él estudia, ¿desde qué «verdades» pueden criticarse los análisis de los otros historiadores? Puesto que la «desconstrucción» prohíbe toda estabilización del sentido, ¿no amenaza «a largo plazo» con reducir al historiador «a un silencio impotente» (págs. 528-529)? El examen de los debates que enfrentan entre sí a los partidarios del LT muestra que, a fin de cuentas, acaban por apropiarse de las viejas disputas de la filosofía. Para John Toews, hoy toda la historia intelectual está atravesada por las controversias que enfrentan a quienes piensan que el lenguaje expresa la realidad vivida y a quienes, por el contrario, consideran que constituye la realidad; o a quienes defienden un enfoque «objetivista» del lenguaje y a quienes proponen un enfoque «subjetivista». Geoff Eley, por su parte, considera que la cuestión fundamental que hoy preocupa a los historiadores del «giro lingüístico» es la siguiente: «si la realidad social sólo puede aprehenderse a través del lenguaje [...] y si lo «social» sólo se constituye mediante el discurso, ¿qué espacio puede quedar para las determinaciones específicamente sociales? Éste es, a mi parecer, el punto al que ha llegado el debate» (pág. 183). Pero este tipo de problema no ofrece, a mi juicio, ningún interés; ni para los filósofos —que verán en él otra prueba de la «ingenuidad» de los historiadores cuando se entrometen en lo que desconocen[46]— ni para los historiadores, a quienes lo que más les gustaría saber es cómo los partidarios del LT *ponen en práctica en sus investigaciones empíricas* las teorías a las que ape-

[46] ¿Cómo es posible rechazar *a la vez*, como hace Eley, «una teoría de la verdad fundada en la correspondencia» y asumir la discusión de la correspondencia entre «realidad social» y «discurso»?

lan. Los principales puntos débiles del LT se sitúan en este nivel. El «programa» de investigación anunciado en el coloquio de Cornell de 1980 nunca ha sido verdaderamente puesto en práctica de forma colectiva. Basta consultar los trabajos publicados durante los últimos quince años por los participantes en este coloquio para constatar que cada uno de ellos ha desarrollado su propio «paradigma». Confiriendo mayor valor al autor que al investigador, el LT ha acentuado considerablemente la atomización de la disciplina histórica. En ello puede verse otra de las razones de la importancia atribuida a las estrategias de etiquetado. La invención de una fórmula vaga y general como «giro lingüístico» permite agrupar, retrospectivamente y en el ámbito del discurso, lo que en la práctica no puede agruparse.

Señalando que «el imperialismo lingüístico» estaba reemplazando a las otras formas de imperialismo que la investigación histórica había conocido en las décadas anteriores, David Hollinger pedía a los partidarios del LT, hace ya unos diez años, que se asegurasen de que su entusiasmo por el «discurso» se debía a razones intelectuales y no a un simple «oportunismo profesional»[47]. Por no haber tenido el valor de afrontar esta cuestión, hoy los defensores de la «teoría crítica» se ven condenados a sobrepasar permanentemente el «new», el «post» y el «rethinking» y a una huida hacia delante, adentrándose en polémicas a la vez inevitables (puesto que un autor sólo puede ser «reconocido» por su medio si ofrece una teoría que invalida las precedentes) y sin solución (pues en última instancia estas disputas se basan en fundamentos filosóficos indemostrables)[48].

Historia feminista y «desconstrucción»

Entre los trabajos que han contribuido fuertemente al éxito del LT, Geoff Eley concede un lugar privilegiado a la obra publicada a mediados de los años 80 por la historiadora feminista Joan Scott, que propone un nuevo enfoque teórico para la «gender history»[49]. La incorpo-

---

[47] D. Hollinger, *In the American Province. Studies in the History and Historiography of Ideas*, Bloomington, Indiana University Press, 1985, pág. 188.

[48] Cfr. entre otros trabajos recientes, además de J. H. Zammito, art. cit., D. Attridge, G. Bennington y R. Young (eds.), *Post-structuralism and the Question of History*, Cambridge U.P., 1987; H. Aram Veeser (ed.), *The New Historicism*, ed. cit., 1989; M. Levinson, M. Butler, J. McGann y P. Hamilton, *Rethinking Historicism*, Blackwell, 1989.

[49] J. W. Scott, *Gender and the politics of history*, Columbia University Press, 1988.

ración de este libro al movimiento lingüístico puede parecer un poco abusiva. A diferencia de los teóricos «textualistas», en este estudio Joan Scott no contrapone el «discurso» a lo «social» como dos entidades irreductibles. No obstante, la obra plantea problemas que convergen con las preocupaciones del LT y que hoy ocupan el centro de los debates que agitan la escena de la historia feminista americana. Por esto hay que detenerse un momento en ella. Prolongando creencias compartidas en los años 70 por un gran número de historiadores/as marxistas, Joan Scott piensa que el renacimiento de la investigación histórica, y especialmente la historia del género *(gender)*, requiere como condición previa la elaboración de lo que ella denomina una «teoría epistemológica» *(epistemological theory*, pág. 9). La autora considera que la posición marginal que ocupa la corriente feminista en historia se debe, en parte, al hecho de que hasta el momento sus impulsoras han sido incapaces de conceptualizar su objeto. «Teorizar» la historia feminista es una necesidad intelectual, pero también política. Joan Scott cree en efecto que una política feminista radical necesita una «epistemología radical». Aun subrayando que la vía que ella propone no es la única posible, Scott piensa que la filosofía «postestructuralista» (en este caso Foucault y Derrida) es la mejor arma para elaborar esta «epistemología radical». Mientras que la historia social estudia los grupos sociales como si fuesen entidades fijas, naturales y eternas, los pensadores «postestructuralistas» han mostrado, en efecto, que las categorías de identidad eran construcciones históricas arbitrarias e inestables, el producto de relaciones de poder fijadas en el lenguaje. Apoyándose en los recursos que ofrece el lenguaje, los dominadores logran hacer pasar por «naturales» estas representaciones arbitrarias. De este modo, los historiadores/as que asumen estas definiciones arbitrarias tomándolas por «naturales», contribuyen a mantener esta dominación, incluso si piensan combatirlas. Los estudios empíricos reunidos en la obra de Joan Scott muestran el interés de esta nueva perspectiva para la historia del «género». En este sentido, la autora tiene toda la razón en subrayar, en uno de los capítulos del libro, que el concepto de «gender» por ella propuesto es «útil» *(useful)*. Pero es precisamente porque Scott se sirve de ciertos elementos de los trabajos de Foucault o de Derrida como «herramientas» de trabajo adaptadas a las necesidades de la investigación histórica, por lo que estos trabajos empíricos no pueden considerarse como una «aplicación» de la «teoría epistemológica» de los filósofos «postestructuralistas». Las palabras mágicas «desconstrucción» o «postestructuralismo» no deben hacernos olvidar que este tipo de preocupaciones no es nuevo en ciencias sociales. La

«desconstrucción» más radical de conceptos y entidades colectivas que ha sido emprendida hasta el momento se debe a Max Weber, quien hizo de esta «descontrucción» el objeto mismo de su sociología comprensiva. Después de todo, se dirá, poco importa que el referente se llame Weber, Derrida o de cualquier otro modo, lo que cuenta es el resultado. Es verdad que las referencias en las que nos apoyamos para alimentar nuestra reflexión pueden ser muy diferentes y sin embargo conducir a conclusiones similares. Llama la atención observar que, por ejemplo, el enfoque lingüístico seguido por Gareth Stedman Jones conduce a análisis que en última instancia están muy próximos a los que en Francia ha desarrollado la sociología y la historia social «constructivistas». Pero considerando la filosofía «postestructuralista» como una «teoría epistemológica» y no simplemente como una «caja de herramientas», Joan Scott ha contribuido a introducir en el campo de la historia feminista un debate sin salida acerca de los «fundamentos» del conocimiento. Una vez más, se invita a los filósofos «postestructuralistas» a hacer de árbitros en las disputas sobre el conocimiento, ¡justamente cuando ellos mismos gritan alto y fuerte (así me lo parece) que ya no quieren hacer las veces de juez o de gendarme! Apoyándose en corrientes filosóficas que surgieron, en gran medida, con el propósito de rechazar los principios básicos sobre los que se edificaron las ciencias sociales (creencia en la posibilidad de conocimientos verificables, prioridad del estudio del mundo social y del trabajo empírico...), los historiadores «postestructuralistas» incurren en una contradicción en la que sería conveniente que reparasen. ¿Cómo es posible llevar a cabo investigaciones empíricas sin dejar en suspenso, al menos provisionalmente, la «desconstrucción»? ¿Cómo puede afirmarse, por un lado, que es imposible estabilizar el sentido de los conceptos y, por otro, proponer definiciones sobre «lo que es», «lo que no es» y «lo que debería ser» la política, el *gender*, etc.?[50]. Puesto que Joan Scott se apoya en la filosofía «postestructuralista» para criticar los «puntos débiles» de las otras corrientes de historia feminista, las historiadoras criticadas no podían menos de reaccionar. De ahí las virulentas polémicas que la obra ha provocado en el mismo seno del movimiento feminista. Podría considerarse que, después de todo, se trata de controversias normales en todo debate científico. Joan Scott defiende con razón la idea de que el conflicto es uno de los motores del progreso del conocimiento y que, por lo tanto, debemos admitir

[50] *Ibid.*, especialmente pág. 5.

la pluralidad de interpretaciones históricas. Pero no es el pluralismo lo que está en tela de juicio (en los Estados democráticos hace ya mucho tiempo que éste es un logro). Lo problemático en este modo de proceder es la completa falta de reflexión sobre la cuestión de la comunicación del saber. Como todos los historiadores-epistemólogos que se aventuran en tierras filosóficas para arbitrar sus disputas históricas, Joan Scott considera que la «teoría epistemológica» que ella propone basta, por sí misma, para validar sus argumentos. Por eso no le preocupa crear las condiciones «comunicativas» que hiciesen posible el establecimiento de un acuerdo sobre sus tesis entre los investigadores competentes. La polémica que la ha enfrentado a la historiadora feminista Laura Downs ilustra esto perfectamente. Para defender un enfoque empírico[51] que considera cuestionado en la obra de Joan Scott, Laura Downs no puede (según la lógica a la que hemos hecho referencia en el capítulo anterior en relación con la disputa entre los historiadores marxistas británicos) sino situarse en el terreno «epistemológico» elegido por Joan Scott[52]. Esto le lleva a contraponer a los nombres mágicos de Derrida y Foucault, los nombres no menos mágicos de Lacan, Habermas, etc. Pero como era de esperar, este debate no nos enseña absolutamente nada acerca de la historia «concreta» («real») de las mujeres y del «género». Como sucede siempre que los historiadores apelan a los grandes filósofos, la polémica acaba focalizándose en las eternas disputas de la filosofía: «objetividad» / «subjetividad», «discurso» / «experiencia», *structure / agency,* «realidad» / «representación», etc. Evidentemente, estas dos historiadoras no pueden alcanzar un acuerdo sobre cuestiones que dividen a los filósofos desde Platón. Joan Scott critica la crítica de Laura Downs, quien, a su vez, critica la crítica de Joan Scott[53]. A fin de cuentas, se constata que el esfuerzo de «teorización» agrava las divisiones existentes en el seno del movimiento feminista y lo debilita, cuando el objetivo inicial era reforzarlo[54]. No se trata, repito, de pronunciarse «en favor» o «en contra» de la uti-

---

[51] Cfr. L. Downs, *Manufacturing inequality: gender division in the French and British metalworking industries 1914-1939,* Ithaca, Cornell U. P., 1995.

[52] L. Downs, «If "woman" is just an empty category, then why am I afraid to walk alone at night? Identity politics meets the postmodern subject», *Comparative Studies in Society and History,* 1993, 35, págs. 414-437.

[53] J. Scott, «"The tip of the Volcano"», *ibid.,* págs. 438-443. L. Downs, «Reply to Joan Scott», *ibid.,* págs. 444-451.

[54] Sobre las divisiones del movimiento feminista americano, cfr. E. Fox-Genovese, *Feminism without Illusions. A Critique of Individualism,* Chapell Hill and London, The University of North Carolina Press, 1991.

la pluralidad de interpretaciones históricas. Pero no es el pluralismo lo que está en tela de juicio (en los Estados democráticos hace ya mucho tiempo que éste es un logro). Lo problemático en este modo de proceder es la completa falta de reflexión sobre la cuestión de la comunicación del saber. Como todos los historiadores-epistemólogos que se aventuran en tierras filosóficas para arbitrar sus disputas históricas, Joan Scott considera que la «teoría epistemológica» que ella propone basta, por sí misma, para validar sus argumentos. Por eso no le preocupa crear las condiciones «comunicativas» que hiciesen posible el establecimiento de un acuerdo sobre sus tesis entre los investigadores competentes. La polémica que la ha enfrentado a la historiadora feminista Laura Downs ilustra esto perfectamente. Para defender un enfoque empírico[51] que considera cuestionado en la obra de Joan Scott, Laura Downs no puede (según la lógica a la que hemos hecho referencia en el capítulo anterior en relación con la disputa entre los historiadores marxistas británicos) sino situarse en el terreno «epistemológico» elegido por Joan Scott[52]. Esto le lleva a contraponer a los nombres mágicos de Derrida y Foucault, los nombres no menos mágicos de Lacan, Habermas, etc. Pero como era de esperar, este debate no nos enseña absolutamente nada acerca de la historia «concreta» («real») de las mujeres y del «género». Como sucede siempre que los historiadores apelan a los grandes filósofos, la polémica acaba focalizándose en las eternas disputas de la filosofía: «objetividad» / «subjetividad», «discurso» / «experiencia», *structure / agency*, «realidad» / «representación», etc. Evidentemente, estas dos historiadoras no pueden alcanzar un acuerdo sobre cuestiones que dividen a los filósofos desde Platón. Joan Scott critica la crítica de Laura Downs, quien, a su vez, critica la crítica de Joan Scott[53]. A fin de cuentas, se constata que el esfuerzo de «teorización» agrava las divisiones existentes en el seno del movimiento feminista y lo debilita, cuando el objetivo inicial era reforzarlo[54]. No se trata, repito, de pronunciarse «en favor» o «en contra» de la uti-

[51] Cfr. L. Downs, *Manufacturing inequality: gender division in the French and British metalworking industries 1914-1939*, Ithaca, Cornell U. P., 1995.

[52] L. Downs, «If "woman" is just an empty category, then why am I afraid to walk alone at night? Identity politics meets the postmodern subject», *Comparative Studies in Society and History*, 1993, 35, págs. 414-437.

[53] J. Scott, «"The tip of the Volcano"», *ibíd.*, págs. 438-443. L. Downs, «Reply to Joan Scott», *ibíd.*, págs. 444-451.

[54] Sobre las divisiones del movimiento feminista americano, cfr. E. Fox-Genovese, *Feminism without Illusions. A Critique of Individualism*, Chapell Hill and London, The University of North Carolina Press, 1991.

lización de «teorías» en historia; para mí esta clase de debate apenas tiene sentido. Lo importante es subrayar que, la mayor parte de las veces, los historiadores que hacen referencia a modelos teóricos (veremos otros ejemplos en este mismo capítulo), consideran —dada la confianza «epistemológica» que depositan en su teoría— que ésta los dispensa de cualquier esfuerzo por obtener una validación colectiva de su trabajo. Si, como subraya Joan Scott, esta polémica con Laura Downs ilustra lo que sucede «cuando no se persigue seriamente la interdisciplinaridad», es una pena que no nos diga qué debería hacerse para que la interdisciplinaridad se «persiga seriamente». Proponer una teoría del *gender* basada en la filosofía «postestructuralista» cuando se es historiador/a, es optar deliberadamente por situarse fuera de las competencias «normales» de su comunidad profesional. Hay en ello un esfuerzo admirable, pero éste debería llevar a un trabajo de explicitación, con el fin de que se pueda saber a qué comunidad de lectores se dirige el autor, en qué círculo de competencias él (ella) se incluye. Trabajo que exigiría también una clarificación del sentido de las palabras empleadas, cuando éstas sean extrañas al lenguaje normal de los historiadores[55]. El historiador-epistemólogo que se niega a efectuar este trabajo no ha de sorprenderse de que sus análisis puedan conducir a las «incomprensiones» lamentadas por Joan Scott[56].

La «Alltagsgeschichte»

La corriente de «la antropología histórica interpretativa» que en Alemania recibe el nombre de *Alltagsgeschichte* («historia de lo cotidiano»), ha sido presentada recientemente al público francés por uno de sus principales portavoces: Hans Medick[57]. Si en algunas ocasiones este ámbito de la investigación histórica se vincula al *linguistic turn*, es porque se inspira en los trabajos del antropólogo Clifford Geertz, cuya tesis fundamental es que el investigador ha de entender la sociedad por él estudiada como un texto[58]. Desde este postulado se deriva

[55] Por ejemplo, para un historiador francés el término «postestructuralista» no quiere decir nada, mientras que en su debate J. Scott y L. Downs proceden como si su sentido fuese evidente.

[56] Cfr. J. Scott, «"The tip of the Volcano"», *op. cit.*, pág. 443.

[57] H. Medick, «"Missionnaires en canot". Les modes de connaissance ethnologique, un défi à l'histoire sociale», *Genèses*, I, septiembre, 1990, págs. 24-26.

[58] Cfr. C. Geertz, «Thick Description: Toward an Interpretative Theory of Culture», en C. Geertz, *The Interpretation of Cultures. Selected Essays*, New York University Press, 1973. (Trad. esp.: *La interpretación de las culturas*, México, 1996.)

el método de análisis que Geertz llama descripción densa *(thick description),* cuyo propósito es reconstruir la coherencia de la cultura estudiada por el investigador. Como subraya Hans Medick, también la historia de lo cotidiano ha salido de las entrañas de la historia social marxista de los años 70, por iniciativa de un grupo de historiadores «alternativos» situados (en esos años) al margen de la universidad alemana. Los portavoces del «paradigma» antropológico establecen una equivalencia entre las luchas sociales de los grupos sociales dominados (mujeres, obreros, inmigrantes, etc.) y su propio combate contra la tendencia dominante de la historia «interdisciplinar»: la historia-ciencia social. Ésta es la razón por la que, desde un principio, también ellos han recurrido al arsenal de argumentos desarrollados por la filosofía contra la historia social. Pero en este caso los principales recursos movilizados no han sido los del pensamiento estructuralista, sino los de la «hermenéutica», que en Francia ya fueron ampliamente utilizados contra *Annales* por Raymond Aron y Henri-Irénée Marrou. Medick insiste en que «la historia de lo cotidiano» pone en práctica un «enfoque hermenéutico renovado» inspirado principalmente por la obra de Hans Gadamer. Según él, sólo este enfoque puede permitir resolver los problemas con los que toparon los partidarios de la historia-ciencia social durante los años 1960-1970. Los reproches que los adeptos a esta antropología histórica dirigen a la «generación estructural-funcionalista» son a la vez de orden político y de orden «epistemológico». Con el pretexto de «objetividad», los historiadores sociales habrían apartado toda reflexión sobre la posición que ocupa el historiador en el mundo social. Su fascinación por los problemas metodológicos y por la administración de conceptos los habrían convertido en «tecnócratas de la investigación», prisioneros de una concepción «etnocéntrica» de la historia. De ahí la consideración «exterior», basada en categorías «preestablecidas», que hacen de su objeto de estudio. La prioridad concedida a la «larga duración» y a las «estructuras» sería la razón por la que estos historiadores han sido «incapaces de dar cuenta del sentido y de la dimensión cultural de las estructuras sociales y de su papel en los procesos históricos, todas ellas cuestiones con las que la historia social se ve confrontada, quiéralo o no» (pág. 26). Medick considera, en efecto, que las relaciones sociales están siempre mediadas por significaciones culturales, que a su vez son producto de las interacciones que relacionan a los individuos entre sí. Así, los factores culturales se presentan como las verdaderas «fuerzas motrices de la historia», cuyo análisis resulta necesario si se quiere llevar a buen término la edificación de esa «historia total del

hombre» que Medick desea. Para emprender tal edificación, hay que aprender a comprender «desde el interior» las sociedades estudiadas, dejándose guiar por ellas, con el fin de que sean ellas mismas las que procuren al investigador los intrumentos de análisis que le han de permitir interpretarlas, en vez de someterlas a marcos interpretativos «etnocéntricos», rígidos y válidos indistintamente para todos los casos. Hay que reconocer que la «antropología histórica interpretativa» ha dado lugar a muchas investigaciones históricas empíricas del mayor interés. Pero en vez de considerar su «paradigma» como un simple punto de vista entre otros posibles, Medick quiere convertirlo en la única palanca capaz de levantar «el continente historia». En lugar de explicarnos cómo los principios de la «hermenéutica postheideggeriana» han permitido renovar en la práctica la antigua historia hermenéutica, su argumentación «epistemológica» se limita, una vez más, a consideraciones generales sobre los «fundamentos» del conocimiento. Los partidarios de la historia-ciencia social justifican su voluntad de hegemonía afirmando que «toda realidad es social». Medick invierte el argumento: la realidad social está mediada por relaciones de sentido, por lo tanto sólo la antropología histórica puede aspirar a elaborar una «historia total». Teniendo idénticas causas idénticos efectos, también en Alemania «la historia interdisciplinar» se ve hoy desestabilizada por muy virulentas polémicas que redundan en beneficio de la vertiente conservadora.

El «giro crítico»

Los dos editoriales de Annales

La expresión «giro crítico» (en lo sucesivo TC) viene siendo utilizada desde hace varios años por algunos historiadores franceses para designar las nuevas tendencias de investigación histórica impulsadas fundamentalmente por *Annales*. Las grandes líneas de este «giro» han sido presentadas en dos editoriales de la revista que me servirán como punto de partida[59]. El «giro crítico» se delimita respecto del *linguistic turn* en varios puntos esenciales. Lo más importante es que *Annales* permanece fiel a lo que constituye el objeto mismo de las ciencias sociales: el estudio de la sociedad. Por eso los partidarios del TC se nie-

[59] «Histoire et sciences sociales. Un tournant critique?», *Annales E.S.C.*, 2, marzo-abril, 1988, e «Histoire et sciences sociales: tentons l'expérience», *Annales E.S.C.*, 6, noviembre-diciembre, 1989, págs. 1.317-1.323.

gan a conferir prioridad al análisis del discurso. Si no comparten la fascinación de sus colegas americanos por los filósofos «postestructuralistas» y/o «postmodernos», es sin duda porque hace ya demasiado tiempo que les son familiares como para que sus obras puedan seguir teniendo el perfume de exotismo y de novedad que han conservado al otro lado del Atlántico[60]. Pero es también porque los historiadores de *Annales* no han olvidado que, más allá del interés por la construcción/desconstrucción de estructuras, los filósofos «estructuralistas» han intentado sobre todo invalidar, como hemos visto, los fundamentos de la investigación empírica en ciencias sociales. Otra razón de estas relaciones distantes es el hecho de que desde el principio (es decir, en los años 1960-1970), los argumentos desarrollados por los filósofos contra las ciencias sociales han sido eficazmente combatidos por otros filósofos convertidos en sociólogos (principalmente Pierre Bourdieu, Jean-Caude Passeron y sus discípulos). Además, en Francia la sociología se ha ocupado inmediatamente de cuestiones (como la construcción y la desconstrucción de categorías, el problema de las clasificaciones sociales, etc.) que los historiadores americanos han descubierto leyendo a los filósofos «postestructuralistas». Otra gran originalidad del TC: se trata de una iniciativa que emana del «centro». Son los investigadores que dirigen la revista más legitimada en la disciplina quienes llaman a su renovación, mientras que el «giro lingüístico» se ha desarrollado inicialmente como un movimiento opuesto a las corrientes historiográficas hegemónicas. Siendo tal vez esto la razón de aquello, los adeptos al TC se esfuerzan por defenderlo evitando cualquier polémica, cualquier confrontación entre ambos proyectos. Ciertamente, volveré sobre ello, también ellos admiten que la historia económica y social de Braudel y Labrousse está «superada». No obstante, en la escena de la historia francesa no hay ningún rastro de los apasionados debates que agitan la disciplina en Estados Unidos, en Alemania y en otros muchos países. Finalmente, hay que subrayar que, a diferencia del «giro lingüístico», el TC no es una denominación retrospectiva. En un principio, en efecto, se trata esencialmente de una «llamada», de una «consigna» destinada a movilizar, colectivamente, a los historiadores deseosos de participar en el proceso de renovación de su disciplina. El primer editorial dedicado al «giro crítico» enlaza con la tradición de «solidaridad» que rodeó el nacimiento de *Annales*. Escrito en

---

[60] Acerca de los usos que se hace de Derrida en las universidades americanas, cfr. M. Lamont, «How to Become A Dominant French Philosopher: the Case of Jacques Derrida», *American Journal of Sociology*, 3, 93, 1987, págs. 584-822.

el lenguaje natural de los historiadores, está considerablemente orientado hacia la acción, llamándolos a reflexionar conjuntamente sobre una «nueva situación». Esta reflexión colectiva ha de permitir «ejercer (mejor) el oficio de historiador el día de mañana» y combatir la atomización de la disciplina, la dispersión de sus objetos de investigación. No obstante, este llamamiento concede también un lugar importante a las preocupaciones «epistemológicas». Determina inmediatamente los dos puntos sobre los que deberá tratar la discusión. En primer lugar, se invita a los lectores a interrogarse acerca de los «nuevos métodos» de investigación histórica. Bajo este término, los autores engloban la reflexión sobre «las escalas de análisis» y sobre «la escritura de la historia». El estatuto de la prueba, la construcción del objeto, los modos de generalización y la articulación de los niveles de observación se presentan como las cuestiones prioritarias. En segundo lugar, se invita a los historiadores a «repensar la interdisciplinaridad», dando su opinión acerca de las nuevas alianzas que la historia puede establecer con las disciplinas vecinas. La mayoría de los estudios publicados, tras este llamamiento, en el número del 60.° aniversario de la revista, se esfuerzan por mostrar la fecundidad y la novedad del ámbito de investigación al que pertenece su autor. Así, «la nueva historia cultural», «la economía histórica», «la historia del derecho», «la historia de las organizaciones», «la nueva historia de las mentalidades» se presentan como otras tantas pruebas de la buena salud de la disciplina. Pero la reflexión sobre las prácticas sociales de investigación que podía esperarse del primer llamamiento ha sido olvidada[61]. El editorial que abre el número ya no se presenta a modo de un interrogante sobre el futuro, sino en forma de un compromiso: «Historia y ciencias sociales. Hagamos el intento.» Tras extraer las conclusiones del «debate», el consejo de redacción esboza las primeras directrices que han de permitir la realización de un «trabajo común». Después de haber considerado, durante mucho tiempo, que el «desmigajamiento» de la historia era la consecuencia lógica de la especialización científica y de la vinculación de los historiadores a programas de investigación interdisciplinares, a la revista le inquieta la disolución de la historia. Si el historiador «abre su territorio a una práctica ecuménica de las ciencias hu-

---

[61] Como subraya Christophe Charle, «el llamamiento a la discusión por parte de la redacción ha desembocado más bien en una yuxtaposición de monólogos»; cfr. C. Charle (dir.), *Histoire sociale, histoire globale,* Ed. de la Maison des Sciences de l'Homme, 1993, pág. 207. Volveré posteriormente sobre la suerte que ha corrido mi aportación a este número.

manas, se corre el riesgo de no hallar en el ámbito histórico más que a antropólogos, economistas y sociólogos del pasado». Por eso el consejo de redacción aboga por una «reafirmación de las identidades disciplinares», considerada como la mejor manera de promover una interdisciplinaridad más controlada. Para lograr este «nuevo centramiento», primero es necesario ponerse de acuerdo acerca de una definición de la historia. Fiel al giro «epistemológico» tomado en los años 70, el editorial define la disciplina a partir de su objeto: la temporalidad. «El tiempo es quizás el único objeto específico de la historia.» Por eso, «la exploración de los mecanismos temporales ha de ser la contribución particular de la historia» al nuevo diálogo interdisciplinar. El consejo de redacción se sitúa en la línea de Fernand Braudel subrayando que gracias a sus reflexiones sobre la «larga duración», los historiadores han sido los primeros en explorar la complejidad del tiempo social. No obstante, los autores insisten también en las distancias que conviene empezar a tomar frente a una concepción de la historia que ha llegado al «agotamiento». Señalando que cada vez son más los investigadores que hoy se alejan del «modelo funcionalista y estructuralista» que subyacía a la reflexión de Braudel sobre el tiempo, se hacen eco de las principales críticas que estos últimos años han sido dirigidas contra la historia social cuantitativa. Según el consejo de redacción de *Annales*, ésta habría cometido el error de presentarse como una historia de lo «colectivo y lo numérico». Habiendo concedido prioridad a las estructuras, habría incurrido en una «reificación de las categorías», que «lógicamente era ya inherente a ese modo de proceder», y en una forma de exposición concebida como «yuxtaposición» de los diferentes aspectos de la realidad histórica. En adelante, el subtítulo de la revista: «Economías-Sociedades-Civilizaciones», ya no ha de entenderse como «apilamiento de niveles estratificados». En efecto, «lo económico es ya cultural, como lo social es ya económico» y «toda sociedad funciona como un sistema generalizado de equivalencias entre estas tres categorías». Partiendo de la afirmación de que el conocimiento histórico no es una «reproducción a escala reducida de lo real», sino un «objeto construido» que sólo adquiere todo su sentido gracias a la participación activa del lector en la producción del mismo, el editorial propone a los historiadores considerar los «objetos sociales» como «conjuntos de interrelaciones cambiantes en el interior de una configuración en constante proceso de adaptación». El intercambio económico supone determinadas «convenciones» entre sus actores, las identidades sociales se constituyen a partir de relaciones interindividuales flexibles, lo político está ligado a la organización de un campo de fuer-

zas en perpetuo movimiento. Puesto que «cada sociedad se halla en un constante proceso de contrucción de sí misma», es necesario abandonar la tautología de las descripciones «en el interior de determinadas categorías». El dinamismo de las relaciones sociales escapa al análisis en cuanto «se las intenta petrificar en un momento particular para extraer sus componentes». Así como hay que dejar a un lado las categorías de análisis demasiado rígidas, del mismo modo hay que abandonar la idea de que la posición de observación del historiador sea un punto fijo en el tiempo. «El saber histórico no progresa por totalización, sino [...] por desplazamiento del objetivo y por variación de la distancia focal.» El editorial esboza así los perfiles de un nuevo «paradigma» cuya puesta en práctica requiere una «redefinición de los medios y de los fines de la interdisciplinaridad», para poner término a una deriva que amenaza con conducir a una «infinita multiplicación de experiencias individuales aisladas, en las que cada investigador decidiría soberanamente las reglas de su alquimia personal».

¿Hacia una «teoría de la acción»?

Puesto que estos textos estaban sometidos a la discusión de todos los historiadores, me propongo comentarlos, incluyendo en este examen las importantísimas prolongaciones que de ellos ha ofrecido recientemente Bernard Lepetit. Creo que la entera reflexión sobre el «giro crítico» es presa de una contradicción de la que están libres los partidarios del «giro lingüístico». Como estos últimos, el consejo de redacción de *Annales* define la historia únicamente en relación con su objeto, reforzando de este modo la idea de que la reflexión sobre el conocimiento puede ahorrarse el estudio de las prácticas sociales, y concentrarse en el análisis de las «prácticas discursivas». Pero, al mismo tiempo, los promotores del «giro crítico» reafirman el anclaje de la historia en las «ciencias sociales»; lo que implica, si las palabras todavía tienen sentido, la necesidad de incluir en la reflexión el punto de vista sociológico. Los análisis desarrollados por Bernard Lepetit en una obra reciente, cuyo objetivo es impulsar el modelo «interaccionista» puesto en práctica por los investigadores que pertenecen a la corriente que, en Francia, recibe el nombre de «la escuela de las convenciones», llevan al paroxismo esta contradicción[62]. Lepetit considera

[62] B. Lepetit, *Les formes de l'expérience*, ed. cit.

que el «giro crítico» ha permitido el surgimiento de un «paradigma pragmatista» que los historiadores han de desarrollar para reconstruir una nueva historia social. Pero, paradójicamente, estos nuevos principios nunca son puestos en práctica cuando se trata de reflexionar sobre el propio saber histórico. La nueva perspectiva que se nos propone choca inmediatamente con una contradicción mayor. O bien afirmamos que los historiadores son los únicos actores del mundo social que pueden sustraerse a la crítica «pragmatista» que ellos realizan con tanta agudeza cuando se trata de «mundos» ajenos al suyo, lo que limita singularmente el alcance del nuevo «paradigma»; o bien se admite que la «razón pragmática» ha de aplicarse también a la disciplina histórica, y entonces ya no es posible, si las palabras todavía tienen sentido, entender la historia únicamente como un objeto de conocimiento. No es necesario ser un especialista en filosofía «pragmatista» para saber que, desde Charles Peirce y William James, ésta define las disciplinas científicas en función de las prácticas sociales que las constituyen. Como subraya Richard Rorty, uno de los principales representantes actuales de la filosofía «pragmatista»: «las demarcaciones entre los diferentes objetos [de investigación] están determinadas en función de los intereses prácticos en curso antes que en función de un estatuto ontológico putativo»[63]. Y Rorty precisa en otro vez que «en lugar de considerar el conocimiento como la búsqueda de una visión exacta de lo real, [el pragmatista] lo considera más bien como la adquisición de hábitos de acción que posibilitan afrontar la realidad»[64]. Ello le lleva a rechazar las estériles oposiciones entre «explicación» y «comprensión», «micro-enfoque» y «macro-enfoque», etc., subrayando que cada perspectiva puede tener su interés en función del problema estudiado[65]. Es verdad que los términos «práctica», «experiencia» y «acción» aparecen constantemente en la pluma de Bernard Lepetit. Pero, como en la obra de Paul Veyne analizada en el capítulo anterior, aquí dichos términos forman parte del vocabulario de la «práctica teórica», designando «operaciones de pensamiento» extremadamente abstractas. Por ejemplo, el «oficio de historiador» es definido como el

---

[63] R. Rorty, *Conséquences...*, ed. cit., pág. 365.

[64] R. Rorty, *Objectivisme, relativisme et vérité*, PUF, 1994, pág. 7 (1.ª ed., 1991). (Trad. esp.: *Objetividad, relativismo, verdad*, Barcelona, 1996.) Rorty «sueña» «con una cultura tan profundamente antiesencialista que se limitaría a una distinción sociologica entre los sociólogos y los físicos, en lugar de una distinción metodológica o filosófica», *ibíd.*, pág. 120.

[65] R. Rorty, *Conséquences...*, ed. cit., pág. 354.

conjunto de «procedimientos probados que constituyen la primera garantía de un discurso coherente»[66]. Pero ¿cuáles son concretamente estos «procedimientos probados», qué «savoir-faire» y «poder-decir» forman parte del ejercicio de este «oficio»? ¿Cómo se adquieren? ¿Cómo se comunican? ¿En qué universo institucional y sociológico se despliegan? No se nos dice. Con la misma lógica «teórica» se presentan los estudios reunidos en la Introducción de la obra dedicada a las «formas de la experiencia». Bernard Lepetit considera que se trata de una «aplicación del programa» expuesto en los dos editoriales de *Annales* anteriormente analizados. «En realidad, este programa es el producto de una elaboración en común: los textos que van a leerse fueron presentados primero oralmente y discutidos ampliamente durante los tres días que duró un coloquio especialmente activo. Así, el programa pone de manifiesto la forma en que un laboratorio de investigación puede hoy contribuir a la evolución de la disciplina. Homólogas a las prácticas de interdisciplinaridad que se acaban de describir, se han hallado allí las nuevas modalidades de un trabajo en equipo. Éste no se basa ya en la coordinación de los esfuerzos y en la distribución jerárquica o igualitaria de las tareas en torno a un trabajo empírico único, sino en la elaboración colectiva a partir de experimentaciones discontinuas (ver en cada uno de los textos que siguen las formas de articulación del modelo y del caso) de un conocimiento común de lo que hace que las sociedades se mantengan unidas»[67]. Los estudios empíricos publicados en la obra son de un gran interés y creo que Bernard Lepetit insiste con razón en la renovación de la investigación en historia social de la que ellos son testimonio. Pero lo que al lector «pragmatista» le hubiese gustado que se le explicase es cómo este proyecto se ha llevado a cabo en la práctica. El pasaje anteriormente citado ilustra, a mi juicio, lo que constituye la superioridad de la perspectiva aquí propuesta en relación con el*linguistic turn:* la preocupación por el trabajo colectivo, la importancia atribuida a la noción de «laboratorio»; preocupaciones que apenas pueden hallarse en un universo tan individualista como el de la investigación histórica americana. Desgraciadamente, este aspecto esencial de la herencia de los fundadores de *Annales* sólo es señalado «de pasada». Pero cuando se conoce la dificultad que entraña hoy la puesta en práctica de un

---

[66] B. Lepetit, «Propositions pour une pratique restreinte de l'interdisciplinarité», *Revue de synthèse*, 3, julio-septiembre, 1990, pág. 335.

[67] B. Lepetit, «Histoire des pratiques, pratique de l'histoire», en B. Lepetit (dir.), *Les formes de l'expérience*, ed. cit., pág. 16.

proyecto científico colectivo, la cantidad de energía, de tareas ingratas y de sacrificios que representa, toda la pericia que hay que desplegar para que investigadores programados para el éxito individual trabajen conjuntamente, no puede menos de lamentarse que los promotores de esta «teoría de la acción» guarden tanto silencio acerca de su propia práctica. Asimismo, es una pena que los principios «teóricos» que subyacen al «programa» no se hagan más explícitos. Un esfuerzo de clarificación de este tipo mostraría, así lo creo, la extrema heterogeneidad de los enfoques utilizados. Algunos de ellos se presentan como «paradigmas» autosuficientes[68]. Otros contradicen la perspectiva «pragmatista»[69] o las directrices presentadas en los dos editoriales de *Annales*[70]. Como en el caso del *linguistic turn* aludido anteriormente, el principal punto en común entre los artículos agrupados bajo la bandera del «giro crítico» es el rechazo, más o menos explícito, de los principios «epistemológicos» que subyacían a la antigua historia social, en nombre de un modelo teórico tomado de otras disciplinas (de la economía y de la sociología en este caso), prolongando de este modo la dependencia de los historiadores con respecto a éstas[71]. El ejercicio teórico que intenta unificar retrospectivamente estas aportaciones me parece contradictorio con la perspectiva «pragmatista», pues ésta parte del principio de que un verdadero acuerdo entre los actores que participan en un mismo proyecto no puede obtenerse sin un trabajo de clarificación de las posiciones que ocupan los diferentes protagonistas. Poner de relieve la especificidad de cada una de estas aportaciones, intentando mostrar cómo se realiza, en cada caso concreto, el proceso de préstamo y de apropiación de los conceptos elaborados por las dis-

[68] Es el caso de Maurizio Gribaudi, quien prosigue aquí el análisis de su modelo «configurativo», *ibíd.*, págs. 187-226.

[69] Alain Boureau, por ejemplo, prolonga una reflexión sobre la noción de «representación» difícilmente conciliable con el punto de vista «antirrepresentacionalista» de los pragmatistas (págs. 23-38). Asimismo, Jean-Yves Grenier propone una nueva historia cuantitativa que se apoya en los trabajos de P. Ricoeur y reanuda la problemática «explicar-comprender» rechazada, como hemos visto, por los filósofos pragmatistas (págs. 227-252).

[70] André Burguière propone una historia del concepto de «cambio social» definiendo la historia, al igual que Marc Bloch, como una «ciencia de las diferencias» (págs. 253-272). Afirma de pasada que «la historia no es la ciencia del tiempo, contrariamente a una definición frecuentemente propuesta», mientras que en 1989 el editorial de *Annales* afirmaba, como hemos visto: «El tiempo es quizás el único objeto específico de la historia.»

[71] Encontramos aquí un proceso habitual: las concepciones filosóficas del conocimiento son utilizadas por las ciencias sociales para elaborar modelos teóricos que los historiadores asumen inmediatamente después.

ciplinas vecinas, sería una forma de proceder mucho más clarificadora y proporcionaría un punto de partida más sólido para discutir acerca de la puesta en marcha de un programa colectivo de investigación. Obligada por sus presupuestos iniciales a defender sus opciones historiográficas con la ayuda de argumentos «epistemológicos», la reflexión sobre el «giro crítico» es testimonio de una huida inevitable y desesperada hacia discusiones cada vez más alejadas de lo que preocupa a la inmensa mayoría de los historiadores. Mientras que en el primer editorial, los miembros del consejo de redacción de *Annales* todavía se esforzaban por «traducir» su punto de vista sobre el estatuto de la disciplina al lenguaje corriente de los historiadores corrientes, las aportaciones posteriores utilizan un vocabulario y unas referencias que estos últimos no pueden comprender. Bernard Lepetit, en lugar de relacionar en la medida de lo posible los elementos teóricos que él desarrolla con referencias familiares a los historiadores corrientes, da preferencia a la estrategia de la máxima distancia. Mi objetivo no es, por supuesto, defender el lenguaje «concreto» del historiador contra la «jerga» de las ciencias sociales. Cada grupo profesional es libre de expresarse como crea conveniente. Pero cuando uno se dirige, como es el caso de Bernard Lepetit, a los «historiadores» en general y cuando se apela a la «comunidad profesional», no se puede ignorar las normas lingüísticas que imperan en el mundo al que se pertenece. En cualquier caso, esto me parece contradictorio con la perspectiva «pragmatista», pues ésta parte del principio de que es necesario hablar el lenguaje de la comunidad a la que uno se dirige, si es que quiere convencerla. Es verdad que toda reflexión sobre la historia que se esfuerza en ir más allá de las declaraciones espontáneas sobre la «práctica» se expone, casi por definición, a este tipo de peligro. Por esta razón, como se verá en el próximo capítulo, la traducción de un sistema de referencia a otro constituye un reto esencial de la «interdisciplinaridad». Pero este peligro es especialmente grande cuando la reflexión de los historiadores se encierra en el debate sobre los fundamentos del conocimiento. Dado que se trata de una disputa sin fin y puesto que se adjudica a la filosofía el papel de árbitro, es muy probable que quienes entran en estas polémicas jamás puedan salir de ellas. Para responder a las críticas engendradas por sus propias críticas, los historiadores se ven en la necesidad de desarrollar nuevos argumentos «epistemológicos», de exhibir nuevas «teorías», de ampararse en otros «pensadores», etc. Así se acaba instaurando en el mismo seno de la disciplina, como puede constatarse ya en Estados Unidos, una división del trabajo entre quienes continúan realizando investigaciones empíricas sin preo-

cuparse por la «teoría» y quienes se dedican a tiempo completo a la reflexión «epistemológica», erigiéndose así en jueces de las investigaciones realizadas por sus colegas, con todos los beneficios ligados a esta posición dominante. En Francia todavía no hemos llegado a esta situación, pero el rumbo que ha tomado últimamente la discusión sobre el «giro crítico» muestra que el riesgo es muy real. Para ilustrarlo, tomaré como ejemplos las dos cuestiones a las que la reflexión de Bernard Lepetit da prioridad: la cuestión de la «reificación de las categorías» y la cuestión de las «escalas». Según él, «en lugar de reificar los grupos (asociaciones, clases, ciudades, tribus, etc.) y de dar por supuesto, sobre la base de un conjunto de criterios esenciales (linaje, posición económica, etc.), la pertenencia de los individuos a estos grupos que los incluyen y los definen, ahora las ciencias sociales invierten la perspectiva»[72]. Es indiscutible que desde hace unos veinte años, los investigadores en ciencias sociales han prestado mucha atención al problema de la construcción de los grupos sociales. También es verdad que muchos de ellos centran su atención en el estudio de las «interacciones». Pero ningún principio «epistemológico» permite afirmar que esto sea más «legítimo» o esté más «fundamentado» que el estudio de las estructuras sociales. Todo depende del problema científico que quiera resolverse. La crítica de la «reificación de las categorías» puede estar justificada en el marco de una discusión sobre una cuestión empírica concreta[73]. Pero cuando se la convierte en un arma polémica global para desacreditar la antigua historia social cuantitativa —en lo que coinciden todos los nuevos «paradigmas»— vuelve a caerse inevitablemente en la insoluble disputa entre «realismo» y «nominalismo» que enfrenta a los filósofos desde la Edad Media[74]; ¡y a los historiadores desde hace al menos un siglo! Es sabido que ya Charles Seignobos afirmaba que el «Estado» y la «Iglesia» sólo existen gracias a sus miembros y que objetaba a Simiand «reificar» las categorías sociales. Este último, desde lo alto de su cultura filosófica, no podía sino ironizar sobre esas «farsas nominalistas». Un historiador que rechazase todas las

---

[72] B. Lepetit, «Histoire des pratiques, pratique de l'histoire», *op. cit.*, pág. 17.

[73] En mis trabajos sobre la inmigración, he intentado mostrar que una de las razones que explican la demora con la que la investigación histórica francesa se ha ocupado de esta cuestión, es que, al haber definido la «nación» como una «persona», los historiadores no habían podido ver que la población francesa era el producto de múltiples aportaciones; cfr. G. Noiriel, *Le Creuset français. Histoire de l'immigration*, Seuil, 1988.

[74] Paul Ricoeur señala que no existe epistemología de la historia que no recupere «penosamente», como los medievales, el vaivén entre realismo y nominalismo, *Temps et récit*, ed. cit., t. 1, pág. 311.

«categorías reificadas» no podría siquiera escribir, pues ya no podría utilizar un solo concepto. Si queremos comunicar, estamos obligados a estabilizar, al menos provisionalmente, el sentido de las palabras que empleamos[75]. Afirmar, con el pretexto de que «cada sociedad se halla en un constante proceso de construcción de sí misma», que es imposible dar cuenta del dinamismo de las relaciones sociales cuando «se las intenta petrificar en un momento particular para extraer sus componentes», como hace el editorial de *Annales* arriba citado, es optar por «presentar lo real bajo su aspecto huidizo y oscuro» y caer en esa «mórbida obsesión por todo lo que es movilidad en las cosas» que ya Durkheim reprochaba a Bergson[76].

El artículo que Bernard Lepetit ha dedicado recientemente al concepto de escala es otro ejemplo de las discusiones sin fin en las que corre el riesgo de caer el «giro crítico» si sus partidarios continúan polemizando sobre los fundamentos del conocimiento[77]. Partiendo de que la micro-historia es incapaz de generalizar los conocimientos obtenidos en investigaciones realizadas a nivel local, Lepetit propone replantear el problema de la generalización a partir de la noción de «escala». Tomada de la cartografía, esta noción se aplica a la historia para definir el conocimiento como un «modelo reducido» de la realidad. Esta perspectiva «realista» sirve para ilustrar un argumento presentado ya en el primer editorial de *Annales* sobre el «giro critico». La forma en que los historiadores observan la realidad varía en función del «ángulo desde el que se mira» o de la «escala» adoptados al inicio de la investigación. En el fondo, el análisis refuerza el punto de vista tradicional de los historiadores sobre el conocimiento (el «relativismo realista» de Seignobos, Marc Bloch y Braudel). Ciertamente, la demostración se apoya aquí en argumentos teóricos ignorados por las anteriores generaciones de historiadores. Pero una concepción del conocimiento no es necesariamente más pertinente porque se la exprese en términos más rigurosos. Puede incluso preguntarse si la riqueza del análisis no es al mismo tiempo su debilidad. En los escritos de los his-

---

[75] Cuando Bernard Lepetit, en el pasaje anteriormente citado, hace referencia a «las ciencias sociales que invierten la perspectiva», él mismo da un excelente ejemplo de «categoría reificada», tratando «las ciencias sociales» como si fueran un «cuasi personaje», un actor de carne y hueso que piensa y actúa. ¿Cómo es posible conciliar esa «reificación» con la perspectiva «pragmatista»?

[76] E. Durkheim, *Pragmatisme et sociologie*, Vrin, 1965 (Curso 1913-1914), pág. 81.

[77] B. Lepetit, «Architecture, géographie, histoire: usages de l'échelle», *Geneses*, 13, otoño, 1993, págs. 118-138. Este estudio es el resultado de un seminario sobre microhistoria organizado por el EHESS (de próxima publicación).

toriadores de las generaciones anteriores, la concepción «relativista realista» del concocimento estaba presente de forma implícita, pues aún no disponían de los medios intelectuales para justificarla. Aquí, en cambio, ocupa el centro de la argumentación. De este modo el artículo tropieza con las tradicionales «aporías» de las filosofías «relativistas». Si todos los puntos de vista son válidos, si, como subraya Bernard Lepetit, «Dios no recrea el mundo cada día, pero en cierto modo los historiadores sí» (pág. 138), ¿qué criterios le permiten hablar del «fracaso» de la historia económica labroussiana o subrayar los «límites» de la micro-historia?[78]. Éstos son los «puntos débiles» que señalan los portavoces de los «paradigmas» puestos en tela de juicio para justificar su propio punto de vista. Por ejemplo, Maurizio Gribaudi defiende su concepción de la «micro-historia» discutiendo la validez de la noción de «escala» y considera que el debate entre enfoques micro y macro-históricos, que Bernard Lepetit juzga esencial, está «superado», pues sigue prisionero de la perspectiva globalizante propia de la historia económica y social «clásica»[79]. Para mostrar las insuficiencias de esta última, Gribaudi compara uno de los elementos más preciosos del período labroussiano, la tesis de Adeline Daumard sobre la burguesía parisiense del siglo XIX, con la obra reciente de Giovanni Levi, uno de los mayores éxitos de la micro-historia[80]. Gribaudi halla en este último libro todos los rasgos definitorios del modelo «configurativo» que él sostiene: la negativa a utilizar categorías explicativas «reificadas», «exteriores» al contexto, la atención a las estrategias desplegadas por los actores y al sentido que éstos dan a sus actos, etc. Considera el libro como el comienzo de un método «inductivo» que no rechaza la generalización, sino que la fundamenta a partir de las constataciones realizadas en el nivel elemental, el de las relaciones entre individuos. Comparado con él, el estudio de Adeline Daumard refleja un enfoque «deductivo» que estaría «superado». Partiendo de una definición de la

---

[78] Afirmar, como hace Bernard Lepetit, que sólo los «procedimientos y los métodos de análisis» pueden evaluarse con los mismos criterios, equivale a suponer que es posible separar el «método» de su aplicación. Esta solución, por lo demás muy poco «pragmatista», se aleja de «la opinión positivista común», de la que quiere delimitarse Lepetit, para restablecer mejor los derechos del «positivismo» del «método».

[79] M. Gribaudi, «Micro et macro, configuration, échelles»; intervención en el seminario del EHESS sobre micro-historia (de próxima publicación).

[80] A. Daumard, *Les Bourgeois à Paris au XIXe siècle*, Flammarion, 1970. El libro está extraído de su tesis, publicada en 1963 por el Centro de Investigaciones Históricas; G. Levi, *Le pouvoir au village. Histoire d'un exorciste dans le Piémont du XVIIe siècle*, Gallimard, 1989 (1.ª ed., 1985).

burguesía tomada de las categorías forjadas por la administración francesa del siglo XIX, la autora sólo habría querido ilustrarla tomando de los archivos los elementos necesarios. Ciertamente, el historiador competente podrá constatar, simplemente tomando contacto con los trabajos empíricos de Gribaudi[81], que el enfoque «configurativo» que él propone contribuye de forma importante a la renovación de nuestros conocimientos sobre los grupos sociales del siglo XIX. Pero, por otra parte, al intentar justificar estas innovaciones con argumentos «epistemológicos», Gribaudi da cabida a polémicas sobre los fundamentos del conocimiento que, a mi juicio, no hacen sino enredar las cosas. Queriendo demostrar a toda costa que su perspectiva es superior «desde un punto de vista lógico» a la de los historiadores sociales de la generación anterior, caricaturiza el trabajo de Adeline Daumard. Una lectura atenta de esta obra muestra que su preocupación por el problema de la construcción de las clases es mucho mayor de lo que Gribaudi dice[82]. Pero sobre todo, el objetivo explícito de la autora es presentar un «retrato» de la burguesía combinando los criterios materiales (renta, estilo de vida, etc.), familiares y socioprofesionales (participación en la vida colectiva). Para Gribaudi, como para la mayoría de los historiadores que intentan desprenderse de los antiguos modelos de la historia económica (o demográfica) cuantitativa, sólo son legítimos los modos de generalización basados en razonamientos hipotético-deductivos[83]. Y es desde éstos desde donde juzga el estudio de Adeline Daumard. Ahora bien, la construcción de un «retrato» responde a otra lógica cuyo valor científico es indiscutible. Como hemos visto en el capítulo anterior, Ernst Cassirer ha mostrado que si la estructura lógica de una ciencia sólo puede comprenderse cuando se percibe claramente de qué forma subsume lo particular en lo general, las formas que adopta este proceso varían considerablemente de una ciencia a otra[84]. La contribución específica de los historiadores al problema de la generalización reside en la elaboración de «construcciones eidéti-

[81] Cfr. especialmente M. Gribaudi y A. Blum, «Micro et macro. Configurations, échelles. Des catégories aux liens individuels: l'analyse statistique de l'espace social», *Annales E.S.C.*, 6, noviembre-diciembre, 1990.

[82] La autora precisa que se ha esforzado por construir su definición de la burguesía combinando las fuentes disponibles y que, incluso si hubiese existido un censo profesional, no le hubiera dado importancia, pues ello «hubiera encerrado la investigación en un marco rígido», A. Daumard, *op. cit.*, pág. 9.

[83] La omnipresencia del término «mecanismo» en el texto de Gribaudi es un síntoma de los presupuestos «positivistas» en los que se basa.

[84] E. Cassirer, *Logique des sciences de la culture*, ed. cit., pág. 157.

cas». Éste es el tipo de generalización que nos ofrece Adeline Daumard cuando pinta el «retrato» del burgués parisiense del siglo XIX, igual que Burckhardt había pintado el del «hombre del Renacimiento». Su trabajo debería haberse evaluado, pues, situándose en el interior de esta lógica. Ciertamente, hoy la investigación histórica ha hecho suyas formas de generalización inspiradas en las modelizaciones desarrolladas por las ciencias sociales. No obstante, no se entiende en nombre de qué fundamento universal esta diversificación de la inteligibilidad de los fenómenos históricos habría de invalidar la forma lógica sobre la que la disciplina ha construido su identidad. No es posible juzgar una investigación desde principios que le son extrínsecos, sobre todo cuando se hace, como es el caso de Maurizio Gribaudi en este texto, desde el plano lógico.

Historia y sociología

Más allá de todo lo que los opone, los principales «paradigmas» que hoy nos presentan los historiadores comparten dos características esenciales heredadas del giro «epistemológico» que ha tomado la reflexión sobre la disciplina en los años 70. En primer lugar, los historiadores no piden a la filosofía aclaraciones, sino «fundamentos», que luego utilizan como armas en sus luchas internas de competencia. En segundo lugar, no piden nada a la sociología. En los historiadores de «vanguardia», la actual reflexión sobre la historia está enteramente construida sobre la negativa a tomar en cuenta seriamente el estudio de las prácticas sociales en las que se basa la investigación. En este sentido, todos estos «paradigmas» son los retoños del *linguistic turn*. Para intentar comprender las razones de esta extraña negativa, hay que decir algo acerca de las relaciones entre la historia y la sociología. En los últimos veinte años, paradójicamente, los historiadores han ignorado casi siempre las herramientas proporcionadas por la sociología a la hora de reflexionar sobre sus propias prácticas, mientras que, al mismo tiempo, se han servido cada vez más de ellas para estudiar los demás universos sociales. Esta contradicción se debe en parte a que los historiadores han sido siempre muy contrarios a los análisis que cuestionan su poder y sus intereses. Pero también se debe a que, la mayoría de las veces, los sociólogos han entendido su «diálogo» con los historiadores como un cuestionamiento de su disciplina, como una discusión de su legitimidad intelectual, lo que ha impedido una verdadera colaboración entre ellos. Esta situación no es exclusiva de

Francia[85], pero es aquí donde ha tomado la forma más conflictiva. Para ilustrar la amplitud y la persistencia del malestar, tomaré como ejemplo el artículo que sobre este tema ha publicado recientemente el más conocido de los sociólogos franceses, Pierre Bourdieu[86]. Según él, a nivel «epistemológico» no existe diferencia alguna entre historia y sociología. Son éstas dos dimensiones de la ciencia social «artificialmente separadas y [que] deberían unificarse». El objetivo de su trabajo científico es hacer de la historia «una sociología histórica del pasado» y de la sociología «una historia social del presente». El postulado de la unidad de la ciencia social justifica el hecho de que, a lo largo de este artículo, Bourdieu pueda juzgar el interés científico de los trabajos realizados por los historiadores. La disciplina es presentada como un campo de fuerzas estructuradas en torno a dos polos: el polo «profesional», cuyos productos están destinados a otros profesionales, y el polo «conmemorativo», cuyas publicaciones se dirigen al «gran público»; polo este que reúne a la vez a historiadores profesionales y «amateurs» (periodistas, políticos, etc.). No obstante, los productos del polo «profesional» no siempre son trabajos «científicos». En los estudios que destinan a sus iguales, incluso los historiadores más próximos a la sociología, como los de *Annales*, practican a menudo lo que Pierre Bourdieu llama la estrategia del «Canada Dry»: quieren «una sociología sin sociología y sobre todo sin sociólogos». Desde hace un siglo, según él, estos historiadores han recurrido masivamente a la sociología para distinguirse de los demás, lo que no les ha impedido criticar constantemente el «dogmatismo» de los sociólogos. Bourdieu considera que el tipo de relación que los historiadores de *Annales* mantienen con su propio trabajo como sociólogos es idéntico al que las generaciones anteriores mantuvieron con el de Durkheim, lo que ilustra la «larga duración de los campos de producción cultural». Además, Bourdieu cree que incluso los historiadores más próximos al «polo científico» tienen una cultura teórica insuficiente; por ello, generalmente hacen un uso «positivista» de los conceptos sociológicos, utilizándolos aisladamente, sin referencia al sistema de relaciones del que son indisociables. Ciertamente, algunos de ellos se ven atraídos cada

[85] W. Lepenies hace referencia a las difíciles relaciones entre las dos disciplinas en el caso de Alemania, *Les trois cultures. Entre science et littérature. L'avènement de la sociologie*, Ed. de la Maison des Sciences de l'Homme, 1990, págs. 223 y ss. (1.ª ed., 1988).

[86] P. Bourdieu, «Sur les rapports entre la sociologie et l'histoire en Allemagne et en France. Entretien avec Lutz Raphael», *Actes de la recherche en sciences sociales*, núm. 106-197, marzo, 1995, págs. 108-122. La entrevista tuvo lugar en octubre de 1989 y «ha sido actualizada en algunos detalles».

vez más por la «epistemología». Pero es porque en ella encuentran argumentos para justificar sus propias pretensiones hegemónicas sobre la disciplina o para ocultar el hecho de que han abandonado por completo la práctica de la investigación empírica. Estas lagunas teóricas explican también la fascinación de los historiadores por las viejas polémicas, como la que enfrenta a los partidarios de las «estructuras» y a los partidarios de la *agency*, polémicas que la teoría sociológica que él mismo ha elaborado (en términos de «campo» y de «habitus») permite dejar atrás. Si esta teoría todavía no ha llegado a imponerse, es porque, como toda verdad científica, choca con los intereses y los hábitos de pensamiento que se han formado en el interior mismo del campo cultural que la teoría toma por objeto. Estos intereses y estos hábitos hacen que, por encima de todo lo que los enfrenta, los actores de los polos en competencia compartan el cuestionamiento de las posiciones científicas más sólidas. Así éstas carecen de apoyo en el espacio social. El sociólogo sólo puede hacer progresar la ciencia social luchando contra la «intrusión de imperativos puramente sociales» (pág. 121) en el mundo científico, sean éstos «internos» (las instituciones universitarias) o «externos» (periodistas, políticos).

Este artículo expresa con toda radicalidad los principios a partir de los cuales la sociología francesa ha desarrollado, desde Durkheim, su propio «paradigma». La ciencia social no es definida como un universo autónomo frente a la sociedad, sino en ruptura y en conflicto permanente con ella; sólo de esta confrontación podría surgir el conocimiento científico. Creo que no es posible negar con seriedad que este planteamiento crítico es necesario para el progreso del conocimiento. Sea en el plano de la actividades prácticas o en el de la reflexión intelectual, un investigador sólo puede verdaderamente innovar si toma distancia frente al «mundo» (sobre todo frente al «gran mundo») y si combate las evidencias del «sentido común». Gracias a esta actitud intelectual, la sociología francesa ha podido ofrecer sus más importantes aportaciones al progreso del conocimiento en el último siglo[87]. Pero las principales incomprensiones entre sociólogos e historiadores (aquí me refiriero sólo a los herederos de Marc Bloch y de Fernand Braudel) no están ahí. Entre estos últimos, muchos estarían dispuestos a admitir los argumentos sociológicos desarrollados por Pierre Bourdieu en su artículo; especialmente cuando éste subraya que la historia es un

---

[87] Hago hincapié en ello tanto más gustosamente cuanto que la historia social que intento poner en práctica en los últimos quince años debe mucho a la sociología desarrollada por Pierre Bourdieu, Jean-Claude Passeron y todos sus colaboradores.

campo de producción cultural autónomo con su propia necesidad, sus propios problemas y sus propias reglas de verdad. Esto puede considerarse, en efecto, una aplicación de las hipótesis que Pierre Bourdieu había formulado unos veinte años antes. «En el campo científico, como en el campo de las relaciones de clases, no hay instancia desde la que legitimar las instancias de legitimidad; la legitimidad de las reivindicaciones de legitimidad procede de la fuerza relativa de los grupos de cuyos intereses éstas son expresión; en la medida en que la definición misma de los criterios de juicio y de los principios de jerarquización es objeto de lucha, nadie es *buen* (cursiva en el texto) juez, porque no hay juez que no sea a la vez juez y parte»[88]. Lo que los historiadores no comprenden es que Pierre Boudieu pueda discutir *al mismo tiempo* la legitimidad de su trabajo, pues ello hace suponer que, pese a todo, existiría un Juez capaz de decir la verdad sobre las producciones de los diferentes grupos en competencia, en nombre de los principios universales de la ciencia. Cuando critican el «dogmatismo» de los sociólogos, lo que los herederos de Marc Bloch ponen en tela de juicio no son tanto los argumentos sociológicos cuanto los presupuestos «epistemológicos» subyacentes. Éstos implican una concepción de la ciencia que ellos entienden como la negación misma de lo que son y de lo que hacen. Sería fácil mostrar que ningún historiador francés, ni siquiera los que Pierre Bourdieu cita a título de ejemplo en su artículo, cumple los criterios que él enumera para definir el trabajo histórico verdaderamente «científico». Por ejemplo, todos los historiadores participan, o estarían dispuestos a hacerlo si se les pidiese, en actividades de difusión del conocimiento histórico (manifestaciones conmemorativas, obras sobre «la historia de Francia», manuales, etc.), pues es ésta una dimensión ineludible de la función que cumple el historiador desde que existe la disciplina. Ciertamente, la mayoría de las veces estas actividades celebran los poderes establecidos. Pero no son sólo eso. El combate contra el totalitarismo, la opresión, el racismo, pasa también por la vía conmemorativa. Se trata de un reto que el historiador, quiéralo o no, halla en su camino. Si se compara la definición de la ciencia histórica en la que se apoya el análisis de Pierre Bourdieu con la desarrollada por Marc Bloch en la *Apología*, se ve perfectamente que en el fondo la divergencia fundamental es la misma que enfrentaba, a fines del siglo pasado, a Gabriel Monod y a Emile

[88] P. Bourdieu, «Le champ scientifique», *Actes de la recherche en sciences sociales*, 2-3, junio, 1976, pág. 92.

Durkheim. Más sociólogos que los mismos sociólogos en su concepción de la ciencia, los historiadores no creen que el conocimiento científico pueda estar libre de los «imperativos puramente sociales». Entienden la autonomía como una modificación de estos imperativos y no como la conquista de un «punto de vista imposible de adoptar». Aunque confusamente, los historiadores se dan cuenta de que el esfuerzo por liberarse de los «imperativos puramente sociales» explica la grandísima fecundidad heurística de la sociología de inspiración durkheimiana. Es por situarse en una posición «imposible» por lo que el sociólogo puede conservar su mirada crítica sobre el mundo social. Pero los historiadores son sensibles sobre todo al reverso de la medalla. La lógica del «punto de vista imposible de adoptar» hace que el sociólogo piense que es la teoría que él ha elaborado y enriquecido progresivamente lo que garantiza el carácter científico de sus descubrimientos, y no el hecho de que éstos sean aceptados como verdaderos por los demás especialistas del ámbito correspondiente. El concepto de «campo», al poner el acento en la polarización de fuerzas, en la lucha feroz que enfrenta a dominadores y dominados, hace totalmente ilusoria (o «ingenua») la idea misma de una «comunidad profesional». Dado que los investigadores no pueden mantener entre sí más que relaciones de competencia, todo esfuerzo por elaborar un «lenguaje común» para el conjunto de los sociólogos (o para una parte significativa de ellos) es una pérdida de tiempo. Ésta es la razón por la que, en sus obras, Pierre Bourdieu se dirige al «público» y no a sus «iguales». Según él, en su escritura el sociólogo está confrontado a los mismos problemas que el escritor. Para intentar hacerse comprender, el sociólogo, al igual que Flaubert o Proust, ha de perfeccionar constantemente su estilo, y esforzarse en inculcar a los lectores una verdadera postura científica, sin por ello hacerse ilusiones sobre los resultados[89].

Sin duda es este pesimismo sobre la posibilidad de una verdadera comunicación científica la razón por la que Pierre Bourdieu nunca ha tomado en serio los argumentos que los historiadores (incluso aquellos que están más próximos a su sociología) han aducido en defensa de su propio punto de vista. A modo de ejemplo, quisiera detenerme

[89] «Mis textos están llenos de indicaciones destinadas a hacer que el lector no pueda deformar ni simplificar. Desgraciadamente, este constante poner sobre aviso o bien pasa desapercibido, o bien complica tanto el discurso que los lectores que leen deprisa no ven ni las pequeñas ni las grandes indicaciones y, como prueban las numerosas objeciones que se me hacen, leen prácticamente lo contrario de lo que yo he querido decir», P. Bourdieu, *Choses dites*, Minuit, 1987, págs. 66-67. (Trad. esp.: *Cosas dichas*, Barcelona, 1993.)

en otra crítica desarrollada en el artículo anteriormente citado. En respuesta a una cuestión referida a los artículos publicados en el número de *Annales* dedicado al «giro crítico», Pierre Bourdieu afirma: «De hecho, la mayoría de las veces los historiadores franceses que más se ocupan de la teoría no hacen sino sustituir una dependencia por otra, y sólo se liberan de teorías o de teóricos que no pertenecen a la disciplina para caer bajo la férula de otras teorías o de otros teóricos. Éste es el caso, por ejemplo, de quienes predican "un enfoque subjetivista de lo social" (lo que no es precisamente signo de una extraordinaria autonomía frente a la *doxa* intelectual, habida cuenta de que al mismo tiempo se anuncia a gritos, en *Le Débat* o en *Esprit*, el "retorno del sujeto"). Semejantes falsas superaciones, que en realidad son regresiones, "retornos" (retorno del relato, del sujeto, de lo político, de lo social, etc.), pero en el sentido de ir hacia atrás —y en los últimos diez años ha habido muchas, tanto en historia como en sociología— no logran imponerse ni un solo instante más que porque los trae el espíritu de la época (o, si se desea ser un poco más preciso, la coyuntura política)»[90]. Como los historiadores a los que este pasaje se refiere no son llamados por su nombre, es difícil saber qué trabajos se pone en tela de juicio. Puesto que la contribución que yo mismo hice a *Annales* fue publicada con el título: «Por un enfoque subjetivista de lo social», evidentemente me siento máximamente afectado por estas duras reflexiones. No obstante, cualquier lector que haga el esfuerzo de leer seriamente mi artículo podrá darse cuenta de que la crítica se dirige solamente al *título*. Constatando las difíciles relaciones que los historiadores y los sociólogos franceses mantienen desde comienzos de siglo, yo proponía que se intentase comprender las razones de esta situación recurriendo a la vez a la sociología del mundo intelectual y a la histoira social de las disciplinas. Si, como piensan los sociólogos, el carácter repetitivo de estas incomprensiones se debe a las posiciones que ambas disciplinas siguen ocupando en el «campo intelectual» y, más genéricamente, en la sociedad francesa, entonces la mejor manera de aproximar los puntos de vista consiste en «traducirlos» de un lenguaje a otro y no en fundirlos en un lenguaje común, como habían querido hacerlo los durkheimianos, con el éxito que ya conocemos. Para contribuir a este esfuerzo de traducción, yo finalizaba con el ejemplo de la cuestión del «retorno del sujeto», mostrando que no era el tema en sí mismo, sino su tratamiento, lo que constituía la manza-

[90] P. Bourdieu, «Sur les rapports...», *op. cit.*, pág. 113.

na de la discordia entre sociólogos e historiadores. Y recordaba cómo, de Max Weber a Maurice Halbwachs y Norbert Elias, la «sociología comprensiva» había logrado integrar la cuestión de la subjetividad entre sus preocupaciones (especialmente con los conceptos de «objetivación» e «interiorización»); lo que autorizaba la puesta en práctica de proyectos sociohistóricos comparables a los trabajos de historia cuantitativa inaugurados por Braudel y Labrousse[91]. Este análisis, que se apoya en la sociología de Pierre Bourdieu sin compartir su punto de vista epistemológico, no ha sido tenido en cuenta en absoluto en su crítica, que sólo se dirige al título del artículo. Ahora bien, como he subrayado en cuanto he tenido la posibilidad[92], *yo no soy el autor de ese título*, elegido por la redacción de *Annales* sin previo aviso. Es éste un perfecto ejemplo de las devastadoras consecuencias que pueden tener los «efectos de título» para la comunicación científica (para recoger una expresión del mismo Pierre Bourdieu).

En lugar de seguir enfrentando la historia y la sociología, ha llegado la hora de ver cómo podrían colaborar y complementarse. En un libro de reciente publicación, Jean-Claude Passeron ha mostrado que las dos disciplinas se habían especializado respectivamente en uno de los dos polos metodológicos de los posibles razonamientos sobre los fenómenos históricos. Los sociólogos pueden ayudar a los historiadores a utilizar y a controlar mejor los conceptos que éstos utilizan. Inversamente, los historiadores están ahí para recordar a los sociólogos que los conceptos más generales que ellos proponen son abstracciones incompletas, referidas siempre a coordenadas espacio-temporales. De esta forma, añade Passeron, los dos modos de proceder no ganarían nada confundiéndose, pues «cualquier manera de hacer tiene sus virtudes»[93]. Prolongando este razonamiento, puede afirmarse que si los sociólogos están ahí para recordar a los historiadores que todo conocimiento necesita distanciarse mínimamente del «sentido común» y de los poderes establecidos, inversamente, los historiadores están en condiciones de recordar a los sociólogos que ninguna ciencia puede zafarse de los «imperativos puramente sociales».

---

[91] G. Noiriel, «Pour une approche subjectiviste du social», *Annales E.S.C.*, noviembre-diciembre 1989, págs. 1.435-1.459. François Dosse, en la generosa lectura que ha ofrecido de mi trabajo, ha puesto de relieve las grandes líneas de la argumentación evocada aquí, aun cuando también él se deja influir un poco por «el efecto de título»; cfr. F. Dosse, *L'empire du sens. L'humanisation des sciences humaines*, La Découverte, 1995, pág. 73.

[92] Cfr. G. Noiriel, «Naissance du métier d'historien», *Geneses*, 1, octubre, 1991, reproducido en el capítulo 6 de este libro.

[93] J. C. Passeron, *Le raisonnement sociologique*, ed. cit., pág. 114.

Capítulo 5

Saber, memoria, poder

Contribución a una reflexión «pragmatista» sobre la historia

> Ocurre a menudo que, bajo la influencia de sólidas y ricas tradiciones, toda una generación atraviesa, sin participar en ellos, los tiempos en que es oportuna una revolución intelectual.
>
> Fernand Braudel, *Écrits sur l'histoire*, 1969.

> Todo cuanto puede desear un filósofo americano es ver realizada la promesa de Andy Warhol de que *todos* nos hagamos célebres por espacio de unos quince minutos cada uno.
>
> Richard Rorty, *La philosophie américaine aujourd'hui*, 1981.

Partiendo de la observación de que «la disciplina histórica entra en la época de la razón pragmática», los impulsores del «giro crítico» promovido por *Annales* han llamado recientemente a los historiadores a participar, con «sus recursos propios, en la formación de una teoría de la acción»[1]. En este capitulo quisiera hacer una aportación a este proyecto colectivo (aun cuando no comparta su formulación), pues efectivamente creo que puede ser capaz —si se lo lleva a término— de

[1] B. Lepetit, *Les formes de l'expérience*, ed. cit., cuarta de cubierta.

constituir una etapa importante en la historia de la renovación de nuestros interrogantes[2]. El interés que, a mi juicio, presenta la perspectiva «pragmatista» no estriba principalmente en la elaboración de un nuevo «paradigma», sino en que nos ofrece la posibilidad de hablar de nuestro «oficio» de historiador de una forma más próxima a lo que hacemos en la práctica. Sólo así podremos restablecer en nuestra disciplina verdaderas discusiones científicas, sin las cuales ésta ya no tiene razón de ser. Para determinar la importancia de este reto, hay que recordar las dos etapas fundamentales que han marcado el desarrollo de la investigación histórica desde el siglo XIX.

— En primer lugar, los «padres fundadores» de la historia universitaria lograron liberarse de la tutela de los filósofos dando el nombre de «ciencia histórica» a las prácticas que concedían prioridad al estudio de los hechos consignados en los archivos, con la ayuda de procedimientos técnicos denominados «método histórico». Con su impulso, la historia se ha convertido en una actividad especializada, basada a la vez en una extrema división del trabajo y en una cooperación de todos los investigadores, única forma de preservar la unidad del discurso histórico. En torno a estas directrices tuvo lugar, a fines del siglo XIX, la institucionalización de las primeras verdaderas comunidades profesionales de historiadores.

— Aun afirmando que el historiador estaba al servicio de su país y de la humanidad entera, los «metodicistas» justificaron su voluntad de autonomía rechazando como intrusiones intolerables todos los interrogantes y las críticas procedentes del «mundo exterior». La siguiente generación, y especialmente los historiadores de *Annales,* quiso resolver esta contradicción poniendo en práctica una «historia-problema» que intentó integrar en sus problemas las preocupaciones que atravesaban las disciplinas vecinas y la sociedad. Este proceso de descompartimentalización fue llevado a término en los años 70 por la nueva vanguardia de la comunidad de historiadores, que pudo saciar su sed de innovación en la «epistemología». Pero el debate actual sobre la «crisis de la historia» muestra que cada vez son más los historiadores a los que hoy les inquieta «la atomización» de la disciplina, consecuencia de la proliferación de «paradigmas» y de la multiplicación de las polémicas sobre la «objetividad» y la «naturaleza» del saber histórico.

Es dando respuesta a estas inquietudes como los historiadores de la nueva generación más preocupados por la innovación podrán apor-

---

[2] Para una primera formulación de las ideas desarrolladas aquí, cfr. G. Noiriel, «Histoire: la perspective pragmatiste», *Espaces-Temps, Le Journal,* núm. 49/50, 1992, págs. 83-85.

tar su contribución al eterno trabajo de renovación de la historia. Si la filosofía «pragmatista» puede ayudarnos a avanzar en esta vía, es porque concibe la «teoría» y la «práctica» como dos dimensiones de un mismo problema. Ella ofrece también la posibilidad de ligar los dos tipos de preocupaciones que han aparecido separadamente en el curso del debate sobre la «crisis de la historia»: las que conceden prioridad a las transformaciones del «oficio» de historiador y las que se interesan por las mutaciones del «discurso» histórico. Participar en la reflexión «pragmatista» es esforzarse por definir la historia teniendo en cuenta el legado de las generaciones anteriores: volver al sentido de comunidad y al ideal de solidaridad que animaron a los «padres fundadores» de nuestra disciplina, aprovechando al mismo tiempo lo que nos han enseñado los historiadores-epistemólogos, a saber: que todo discurso sobre la historia, incluso cuando se escuda en las prerrogativas de la «práctica», es un «metalenguaje» que requiere la adquisición de conocimientos ajenos al «saber normal» del historiador[3]. Precisamente nosotros, que nos situamos en la estela de *Annales*, no podemos olvidar que en historia la vía «pragmatista» ha sido abierta por Marc Bloch, quien nos la ha legado pidiéndonos, hasta ahora sin demasiado éxito, que la hagamos fructífera. En un momento en que este legado es reivindicado por todos, y especialmente por los representantes de las corrientes más tradicionales de la disciplina, me parece muy importante explicar claramente por qué la *Apología de la historia* es el mejor trampolín del que disponen los historiadores deseosos de desarrollar la razón «pragmatista». Ello se debe a que, como ha subrayado Jacques Le Goff[4], toda la reflexión de Marc Bloch desarrolla un «primer principio» que no es de orden «epistemológico», sino de orden «ético». Para él, el historiador debe poder justificar su actividad ante quienes, en una sociedad democrática, tienen derecho a pedirle que rinda cuentas. Desde este punto de vista, el historiador ha de aceptar que los instrumentos críticos que él ha elaborado para clarificar el comportamiento de los mundos sociales analizados, puedan servir también para estudiar su propio universo. Como se verá en este capítulo, sólo

[3] El historiador no puede pretender entrar en las discusiones que hoy enfrentan a los epistemólogos profesionales. De los trabajos de éstos, no hace más que tomar aquellos elementos capaces de alimentar los debates internos de su disciplina. Es como historiador y desde las preocupaciones propias de un historiador desde donde aquí defiendo la perspectiva «pragmatista»; pero carezco de toda competencia para juzgar el interés propiamente filosófico de esta concepción del conocimiento.

[4] J. Le Goff, prólogo a M. Bloch, *Apologie...*, ed. cit., págs. 12-13.

partiendo de este principio se puede esperar hacer progresar la reflexión «pragmatista» sobre la historia.

Las propuestas que aquí ponemos en discusión se dirigen fundamentalmente a los historiadores que han permanecido fieles a la «interdisciplinaridad», a todos aquellos que todavía creen en la posibilidad de una «tercera vía» entre el repliegue conservador y la huida hacia delante teoreticista y que se preocupan por el papel que el historiador desempeña en la vida pública. Para recobrar su credibilidad, los intelectuales ya no pueden conformarse con indicar a los responsables de la gestión de los asuntos del mundo el camino que deberían seguir. También ellos han de dar ejemplo. Por esta razón, el historiador «pragmatista» intenta poner en práctica en su propio universo, allí donde sus posibilidades de acción son reales, los principios de solidaridad, justicia e igualdad que quisiera ver triunfar afuera. Teniendo en cuenta todas estas exigencias, es muy probable que la voz de «la razón pragmatista» permanezca durante mucho tiempo marginal en la oleada de discursos que se presentan como remedios contra la «crisis de la historia». En un mundo en que el arte de administrar los silencios es una constante necesidad estratégica y una «segunda naturaleza», un proyecto que propone simplemente la clarificación de nuestras prácticas cotidianas no puede esperar hallar demasiado eco.

Las tres dimensiones del «oficio de historiador»

El saber y la memoria: vuelta a la Apología de la historia

Sin repetir el análisis ofrecido en el capítulo 2, quisiera recordar brevemente los argumentos desarrollados por Marc Bloch en la *Apología* que pueden servirnos para definir la historia en términos «pragmatistas». Preocupado por demostrar la legitimidad social de su actividad profesional, el principal objetivo de Marc Bloch es explicar «ante todo, cómo y por qué un historiador ejerce su oficio», con el fin de que el lector decida si «este oficio merece ejercerse». Marc Bloch se propone definir la historia en función de esta preocupación práctica. Considerando que este problema no constituye un fin en sí mismo, sino «un auténtico problema de acción» (pág. 81), en lugar de detenerse en el estudio de «el objeto» de la historia y su conformidad con tal o cual aspecto de la realidad, se contenta con tomar la definición más frecuntemente admitida por la comunidad de historiadores desde Wilhelm von Humboldt. La historia es «una ciencia de los hombres

en el tiempo y que incesantemente necesita unir el estudio de los muertos al de los vivos» (pág. 97). Basta esta definición trivial para poner de relieve, a la vez, la contribución específica de los historiadores al conocimiento y los imperativos a los que está sometido su «oficio», que justifican el que la historia se haya convertido en una actividad especializada y que exigen a quienes la practican que se dediquen a ella a tiempo completo. Intentando convencer al público de que este oficio merece existir, Marc Bloch parte del principio de que en el momento en que escribe, el historiador ocupa un punto determinado en el tiempo y en el espacio social. Él mismo forma parte del cuadro que quiere pintar. No podría ejercer su oficio si él mismo no perteneciese también a la humanidad y si las huellas del pasado que quiere conocer no hubiesen llegado hasta él. Pero en esta continuidad reside asimismo toda la dificultad de su profesión. Si estas huellas fueran inmediatamente legibles, y si el mundo que ellas recuerdan fuera enteramente similar a aquél en el que vive el historiador, su función sería inútil. Para comprender a los hombres que estudia, para evitar las faltas profesionales mayores que son el anacronismo y el etnocentrismo, el historiador ha de comenzar por distanciarse doblemente, temporal y socialmente, de su propio universo. Pero después necesita volver a su comunidad, poniendo al servicio de todos los conocimientos que ha adquirido gracias a ese trabajo de distanciamiento, pues una mejor comprensión del pasado puede ayudar a los hombres del presente a «vivir mejor». El oficio de historiador implica, pues, dos facetas que corresponden a dos tipos de competencia muy diferentes. La primera se sitúa en el nivel de la *producción* del saber, es decir, en el nivel de la investigación científica en el sentido estricto del término. Es la comunidad profesional de historiadores la que define las normas de cientificidad propias de la investigación histórica, la que elabora los grandes problemas y las hipótesis capaces de orientar las investigaciones empíricas, los principios metodológicos, el lenguaje común y los criterios de verificación de los conocimientos obtenidos por cada miembro del grupo. La segunda faceta del oficio del historiador es la *difusión* de este saber científico entre el «gran público», mediante un lenguaje y unas formas ajustadas a tal fin. A las actividades de saber se añaden, pues, las actividades de memoria, entre las que prevalecen las tareas docentes. La doble exigencia de autonomía científica y de apertura al mundo exterior explica la importancia que Marc Bloch atribuye al problema de la comunicación. Para él, el historiador es ante todo un «traductor» que pone en comunicación a los vivos con los muertos, a los especialistas en historia con los especialistas en otras disciplinas y con el público.

Ya en la primera página de su obra, hablando de sus maestros y especialmente de Charles Seignobos, Marc Bloch escribe: «Permaneceré pues fiel a sus enseñanzas, criticándolas muy libremente cuando lo crea oportuno, tal como deseo que un día mis alumnos, a su vez, me critiquen a mí» (pág. 69). En este sentido, hacer fructífero el legado de Marc Bloch es también subrayar los límites de su contribución a la reflexión «pragmatista» sobre la historia. El más importante de ellos es la confusión, constante en la *Apología*, entre «práctica» y «método». Aunque afirma que «nuestros problemas serán los mismos problemas que a la historia le impone cotidianamente su materia» (pág. 74), en este libro Marc Bloch no nos ofrece un verdadero análisis de las *actividades* profesionales del historiador. Se dedica fundamentalmente a describir las operaciones técnicas que forman parte de la crítica documental. Su enfoque de la «profesión» del historiador sigue prisionero de la perspectiva sociológica desarrollada en el período de entreguerras por Maurice Halbwachs, que jerarquiza las clases sociales en función de la oposición entre «espíritu» y «materia»[5]. Jugando con el doble sentido del término «materia», Marc Bloch hace del historiador una suerte de artesano confinado en la elaboración de sus materiales archivísticos, por contraposición al filósofo, el ingeniero o el técnico del pensamiento consagrado a la elaboración de conceptos. Ciertamente, puede admitirse que la aplicación del «método histórico» constituye una importante dimensión de la actividad científica del historiador. Pero ésta no es más que un aspecto de su actividad profesional[6]. El propio Marc Bloch subraya la importancia del trabajo de difusión del conocimiento histórico (actividades de memoria), pero no le dedica ninguna atención especial en su libro[7]. Por otra parte, como los demás universitarios, el historiador se ve llevado a dirigir investigaciones, a participar en tribunales examinadores y en comisiones de contratación o de promoción. Es ésta una dimensión del oficio que concierne a lo que en lo sucesivo denominaremos «las actividades de poder», sobre las que Marc Bloch guarda absoluto silencio[8].

---

[5] Cfr. especialmente M. Halbwachs, *Esquisse d'une psychologie des classes sociales*, Marcel Rivière, 1964.

[6] Actividad que Marc Bloch describe en otro lugar en términos extremadamente abstractos. Cfr. en comparación el análisis de Arlette Farge, *Le goût de l'archive*, Seuil, 1989. (Trad. esp.: *La atracción del archivo*, Valencia, 1991.)

[7] Sabemos que había previsto un capítulo sobre la docencia de la historia, que desgraciadamente ya no pudo escribir.

[8] No hace más que una alusión a los «cuerpos académicos, a los que su selección, favorable a la preeminencia de la edad y propicia a los buenos alumnos, no predispone precisamente al espíritu de empresa» (pág. 113).

Este silencio refleja, a mi juicio, una contradicción que él no pudo resolver. Toda la *Apología* puede leerse, ya lo hemos visto, como un inmenso esfuerzo por reforzar la autonomía de la comunidad profesional de historiadores. Aunque Marc Bloch no lo dice explícitamente, es ésta, creo, una respuesta a quienes, en aplicación de las leyes antisemitas del Gobierno de Vichy, lo han cesado en su cargo poco tiempo antes. Reforzar los lazos de solidaridad entre los miembros de la comunidad científica es un modo de resistir a la intrusión del poder político en las actividades científicas. Según Marc Bloch, sólo puede avanzarse en esta vía si los historiadores excluyen de su propio funcionamiento interno el lenguaje, las normas y las prácticas que rigen la vida política. Ésta es la razón fundamental por la que se enfurece con aquellos de sus colegas que confunden su oficio con la función de fiscal y sucumben a la «manía de juzgar». A ello se debe también la diferencia de tono y de preocupaciones existente entre la *Apología* y la otra obra que Marc Bloch redacta en la misma época: *La extraña derrota*[9]. En ésta quien habla es el ciudadano, sirviéndose de todos los recursos del lenguaje político para responsabilizar a quienes han conducido al país a la derrota. Así pues, si en la *Apología* guarda silencio acerca de todas las actividades de poder que forman parte de las tareas prácticas de los historiadores, es porque piensa que abordando estos problemas no haría sino debilitar la cohesión de su comunidad profesional, facilitando de ese modo las intrusiones del poder del Estado. La definición de la historia como actividad práctica topa aquí con una dificultad mayor. Para salvar este obstáculo, hay que acudir a otro gran precursor de la «razón pragmatista» en ciencias sociales: Max Weber.

Max Weber y la cuestión del «poder»

En la famosa conferencia que pronunció al final de su vida, en 1919, sobre «el oficio y la vocación del científico»[10], Max Weber expresa preocupaciones similares a las de Marc Bloch[11]. Su propósito es expli-

---

[9] M. Bloch, *L'étrange défaite* (1946).

[10] M. Weber, «Le métier et la vocation de savant», en *Le Savant et le politique*, Plon, 1959 (1.ª ed., 1919). (Trad. esp.: *El político y el científico*, Madrid, 1969.) El término «científico» puede tomarse aquí como sinónimo de «historiador», en el sentido amplio que Weber daba a esta palabra.

[11] Como ha subrayado Otto Oexle, la concepción de la historia desarrollada por Marc Bloch, aunque expresada en términos muy diferentes, en muchos puntos está muy próxima a la de Max Weber; cfr. O. Oexle, «Marc Bloch et la critique de la raison historique», en H. Atsma y A. Burguière (dirs.), *op. cit.*, págs. 422 y ss.

car a la asamblea de jóvenes estudiantes que aspiran a convertirse en universitarios «cómo es el oficio de científico en el sentido concreto del término». Igual que Marc Bloch, Max Weber hace depender toda su reflexión sobre la ciencia de un «primer principio» que no es de orden científico, sino ético. La honestidad intelectual *(intellektuelle Aufrichtigkeit)* exige que el científico, llegado al final de su carrera, explique a quienes aspiran a sucederle lo que les espera, para que éstos puedan incorporarse a su «oficio» con conocimiento de causa. Pero, a pesar de este punto de partida común, las preocupaciones de Max Weber son muy diferentes de las de Marc Bloch. Weber pone inmediatamente el acento sobre lo que constituye la especificidad de la condición universitaria en el mundo moderno, a saber, su inserción en un «sistema burocrático». Describe la situación que prevalece en Alemania antes de la Guerra del 14 como el fin de una época, justamente de aquélla en la que el científico podía considerarse aún como un «artesano» y creerse independiente, viviendo de la fortuna de su familia o de ayudas procedentes de los mismos estudiantes. La eficacia de la ciencia moderna radica en el hecho de que, igual que los asalariados de las empresas capitalistas, los investigadores están privados de sus «medios de producción» e insertos en un sistema de interdependencias cada vez más amplio. Así pues, la primera característica del «oficio» de historiador es que, como el resto de universitarios, está al servicio del Estado que lo remunera[12]. Como vemos, Weber sitúa en el centro de su definición del «oficio de historiador» el problema que Marc Bloch había evitado en la *Apología:* el papel de las relaciones de poder en la formación de las comunidades científicas. Más exactamente, Weber se preocupa ante todo por clarificar el proceso de *nombramiento* por el que un individuo se convierte en «universitario». Ésta es para él una cuestión crucial, pues se sitúa en la intersección de dos clases de relaciones de poder en las que están insertos los científicos del mundo moderno: el poder del Estado y el poder científico. Son los representantes del Estado quienes deciden, en última instancia, la creación y la supresión de cargos en las universidades. Pero sólo los especialistas de las correspondientes disciplinas disponen de las competencias que les permiten designar para el ejercicio de tales funciones a los investigadores que están en posesión de las cualidades requeridas. Como subraya Weber, cuando el poder político interviene en los

---

[12] De ahí la ironía de Weber hacia aquéllos a quienes él denomina «los pequeños profetas subvencionados por el Estado», que, invadidos por la fiebre revolucionaria del momento, olvidan esta dependencia (pág. 102).

nombramientos «se puede estar seguro de que solamente los mediocres y los arribistas tienen posibilidades de ser nombrados» (pág. 67). También para él la autonomía profesional de las comunidades universitarias es una condición necesaria del desarrollo del conocimiento. De ahí la primera contradicción que surca el oficio de científico (y por tanto, del historiador): por una parte, es el Estado el que lo hace posible, pero por otra, este oficio sólo puede ejercerse verdaderamente al precio de un constante esfuerzo orientado a combatir la invasión del Estado. Si bien admite que «indiscutiblemente son muchos los mediocres que desempeñan un papel considerable en las universidades», Max Weber considera que esto no es sólo responsabilidad de los «personajillos de las facultades o de los ministerios», sino que se debe a dificultades inherentes a la vida científica misma. Concediendo nuevamente prioridad al problema de los nombramientos, Weber señala, por una parte, que «a ningún profesor de universidad le gusta recordar las discusiones que rodearon su nombramiento, pues pocas veces son agradables» y, por otra parte, que estos mismos profesores no suelen sentirse cómodos cuando deben juzgar el trabajo de sus estudiantes o nombrar a sus nuevos colegas. Si a los científicos, por lo general, no les agrada esta faceta de su actividad, es porque ella hace visible la segunda contradicción que mina su práctica. Por un lado, producen conocimientos que consideran «verdaderos» porque los especialistas del ámbito correspondiente pueden verificarlos apoyándose en criterios «objetivos». Pero por otro lado, estos mismos científicos son incapaces de poner en acción tales criterios cuando se trata de evaluar los méritos de sus iguales. Para Weber, si en el mundo universitario las actividades de nombramiento provocan «malestar», es porque la mayoría de las veces los nombramientos tienen como única base el «azar». Y Weber precisa: «no conozco ninguna otra profesión en este mundo en la que éste desempeñe tan gran papel». Según él, esta situación no puede achacarse enteramente a las debilidades humanas, a calculadas estrategias o a luchas de influencia. La mayoría de los «jueces», considera Weber, demuestran tener buena voluntad. Pero topan con dificultades ineludibles. Por una parte, el proceso de nombramiento en el seno de las comunidades científicas se basa en un principio democrático: la elección por parte de los iguales. Apoyándose en los ejemplos históricos de la elección del papa y del presidente de los Estados Unidos, Weber considera que este principio suele conducir a descartar a los mejores candidatos en beneficio de los más mediocres, a los que se cree menos amenazadores. Pero más allá de este factor, expresión de lo que él denomina «las leyes de la acción concertada de los hom-

bres», Weber cree que los jueces, cuando nombran a un universitario, han de evaluar al mismo tiempo dos tipos de actividad: la investigación y la docencia, actividades que no pueden valorarse con los mismos criterios. En estas circunstancias, lo que más debería sorprendernos es, según él, «que a pesar de todo hay un número considerable de nombramientos *justificados*» (cursiva en el texto). A todos esos jóvenes que claman su «vocación de científico», no teniendo las más de las veces sino un conocimiento libresco de la ciencia, Max Weber les pregunta si están dispuestos a aceptar «sin daño ni amargura, que año tras año se prefiera siempre a los mediocres antes que a ellos». Y confiesa que, a lo largo de toda su carrera, sólo ha conocido a muy pocos candidatos que hayan soportado esta situación «sin que se resienta su vida interior».

No se trata aquí de discutir si estas observaciones un tanto desesperadas están bien fundadas, sino de subrayar el principal interés de esta conferencia. Max Weber logra conciliar el ideal de autonomía y de solidaridad profesionales defendido por Marc Bloch, sin por ello silenciar lo que constituye el principal factor de destrucción de esta solidaridad: la cuestión del poder. Weber lo logra llevando hasta sus últimas consecuencias la ética «pragmatista», que consiste, para un autor, en implicarse en su análisis. La mayoría de las veces, son observadores impulsados por motivos «revolucionarios» quienes se interesan por las relaciones de poder. Situándose ellos mismos fuera de su comunidad para juzgarla mejor (y denunciarla), sus explicaciones no pueden ser sino rechazadas por aquéllos a quienes se dirige su denuncia. Weber elude esta dificultad evocando inmediatamente su propia experiencia con el poder, subrayando que su propio nombramiento como profesor ha sido consecuencia del azar, que ha jugado en contra de algunos de sus adversarios cuya obra científica era, según él, superior a la suya. También evoca las dificultades con las que él mismo ha tropezado en el ejercicio de sus propias actividades de juicio, dada la ausencia de criterios compartidos por todos los miembros de su comunidad profesional. Procediendo de este modo, Max Weber nos lleva a considerar la cuestión del poder no ya como la «vergonzosa enfermedad» de la ciencia, sino como el sistema de imperativos que organiza las actividades científicas en el mundo moderno y que hemos de clarificar si queremos mejorarlo.

Elementos para una definición «pragmatista» de la historia

Concediendo prioridad al problema del «nombramiento» en la definición del «oficio de historiador», es decir, al conjunto de actividades de juicio que forman parte del ejercicio de esta actividad profesio-

nal, Max Weber ofrece a los historiadores la posibilidad de prolongar la reflexión de Marc Bloch integrando en ella lo que en la *Apología* es un punto no dilucidado: la cuestión del poder. El interés de esta perspectiva reside también en el hecho de que coincide con las problemáticas «constructivistas» desarrolladas en los últimos veinte años por los historiadores, sociólogos y filósofos que han estudiado los problemas de las identidades sociales[13] y el papel que desempeñan las relaciones de poder en la producción del saber[14]. Apoyándose en todos estos instrumentos, es posible definir la historia como el conjunto de actividades de saber, de memoria y de poder en las que están implicados todos los individuos que ejercen el «oficio» de historiador. Los modernos procedimientos de nombramiento de los universitarios aparecieron en el siglo XIX, en el momento en que se constituían los Estados nacionales y que se redefinía la función del historiador en la sociedad. Varias razones permiten explicar por qué se decide entonces confiar a los funcionarios (al menos en Europa) la tarea de desarrollar el conocimiento histórico. En primer lugar, la acumulación del saber y la creciente especialización de la investigación requieren un largo período de aprendizaje y una práctica de la historia «a tiempo completo». Los principios de universalidad y de objetividad del conocimiento científico impiden que la investigación histórica pueda seguir estando monopolizada por grupos particulares de la sociedad (como el clero) y servir a sus pasiones e intereses. Sólo el Estado puede asegurar a la vez la subsistencia y la autonomía de los científicos en el seno del mundo social. Pero al mismo tiempo, si los ciudadanos aceptan remunerar a una parte de sus miembros para que éstos se dediquen a la investigación histórica, es porque su trabajo tiene una utilidad para ellos, y por encima de ellos, para la humanidad. Difundiendo más allá de los círculos especializados los resultados de sus trabajos, los historiadores contribuyen a enriquecer la «memoria colectiva» de su comunidad nacional y de la comunidad humana. Por ello, la mayoría de las veces, el Estado impone dos tipos de obligaciones a los historiadores a los que da empleo: la primera es la producción de conocimientos científicos (la historia como saber); la segunda, la difusión de estos co-

---

[13] Cfr. especialmente G. S. Jones, *Languages...*, ed. cit.; L. Boltanski, *Les Cadres. La formation d'un groupe social*, Minuit, 1983; J. S. Scott, *Gender...*, ed. cit.

[14] Especialmente, N. Elias, «Scientific Establishments», en N. Elias, H. Martins y R. Whitley (eds.), *Scientific Establishments and Hierarchies*, Boston, D. Reidel, 1982, páginas 3-69; M. Foucault, *Surveiller et Punir*, Gallimard, 1975 (trad. esp.: *Vigilar y castigar*, Madrid, 1978); P. Bourdieu, *Homo Academicus*, ed. cit.

nocimientos (la historia como memoria). Estos dos aspectos del oficio son indisociables y complementarios, pero también, en cierto sentido, contradictorios. Para poder producir conocimientos científicos, el historiador ha de guardar una distancia respecto al mundo social. Ésta es la razón por la que el Estado delega en las comunidades universitarias la tarea de establecer los criterios y las normas que definen la cientificidad de su disciplina. Pero el trabajo científico constituye una actividad práctica cuyos resultados entran en contradicción, muy a menudo, con la «memoria colectiva» de los diferentes grupos sociales y con la misma memoria nacional. Si la tensión saber/memoria puede considerarse como el factor que confiere unidad al oficio de historiador, es porque expresa las posibilidades y los límites de la autonomía de que éste dispone en el ejercicio de su actividad profesional. Para cumplir correctamente la función social que les impone el Estado que los emplea (o la institución que hace el papel de «empleador»), los historiadores han de haber contribuido previamente a la producción de cierto número de conocimientos científicos (pues no hay «divulgación» del saber sin previa producción del saber). La ciencia sólo puede progresar si la comunidad de historiadores es capaz de preservar su autonomía frente al mundo social y político. Lo que exige que los historiadores consoliden su cohesión, es decir, los lazos de solidaridad que los unen. Pero al mismo tiempo, las relaciones de poder existentes en el seno de toda comunidad científica están basadas en la competencia entre científicos, competencia que constituye a la vez el «motor» del desarrollo del conocimiento y el factor que mina esta solidaridad sin embargo indispensable para el progreso científico. Desde este punto de vista, la importancia que adquiere la cuestión de los nombramientos reside en el hecho de que representa la parte más visible, por ser la más «oficial», de las actividades de juicio situadas en el centro de las relaciones de poder del mundo científico. Estas actividades —que desplegamos cada día en nuestras conversaciones, nuestras reseñas y nuestras citas— no sólo ponen en juego nuestras funciones y nuestra reputación, sino también nuestra identidad profesional, precisamente porque nosotros no existimos más que en el espejo que nos ponen delante los demás, por la infinidad de juicios que éstos emiten sobre nosotros. Esta definición es aplicable al conjunto de las disciplinas universitarias. Pero cada comunidad profesional construye su propia identidad en torno al nombre que se ha dado a sí misma, nombre que designa la forma específica de la relación saber/poder que organiza las actividades de sus miembros. Para los historiadores, el hecho de tener un nombre común constituye ya, en sí mismo, un factor

de identidad profesional. Pero su «sentimiento de pertenencia» es reforzado por el hecho de que este nombre común evoca los procedimientos de examen y de juicio, es decir, las formas de sujeción a las que todos han debido someterse para poder ejercer su oficio y a través de las que han interiorizado, a menudo de forma inconsciente, idénticas normas disciplinares[15].

Desde este punto de vista, la unidad de la disciplina reposa en última instancia en lo que la divide: las actividades de juicio. Como toda definición, ésta no tiene interés más que por las cuestiones que permite plantear. Para el historiador que desee profundizar en la perspectiva «pragmatista», ésta tiene la ventaja de poner de relieve el papel primordial de la *comunicación* en el progreso del conocimiento científico. Si definimos la verdad, siguiendo a Peirce, como la opinión sobre la que en última instancia están llamados a ponerse de acuerdo todos los que investigan, entonces resulta evidente que la clarificación del lenguaje utilizado por los científicos es una prioridad del trabajo científico[16]. Pero al mismo tiempo, es ésta una exigencia ética. El progreso científico requiere la democratización de nuestras actividades de investigación, pues nuestros conocimientos serán tanto más «verdaderos» cuanto más «justos» sean nuestros juicios sobre las actividades de nuestros iguales; lo que supone que las reglas y los criterios en los que se basan estos juicios sean conocidos y compartidos por todos. Si la comunicación es especialmente difícil en ciencias sociales es porque estas disciplinas, como recuerda Jean-Claude Passeron, son lenguajes carentes de «gramática». Dado que quienes las practican están en la obligación de emplear el lenguaje natural para hablar del mundo social, sus palabras y los hechos que describen guardan una relación que jamás puede estabilizarse. Esta inestabilidad es la razón de las interminables disputas sobre la cuestión del «sentido» a las que se entregan los investigadores[17]. Jean-Claude Passeron piensa que debemos admitir esta deficiencia comunicativa en vez de fingir no verla, pues sólo con una mayor lucidez sobre los límites de su «ciencia» pueden los especialistas en ciencias sociales aspirar a preservar la contribución espe-

[15] Por ejemplo, desde entonces *todos* los historiadores utilizan el sistema de referencias fijado por sus predecesores «metodicistas» a fines del siglo XIX. Así, por más enfáticamente que rechacen a los «positivistas», en este punto los historiadores de hoy están más próximos a Langlois y Seignobos que a Michelet.

[16] Sobre este problema, cfr. más concretamente, J. Habermas, *Théorie de l'agir communicationnel*, Fayard, 1988, 2 vols. (1.ª ed., 1985). (Trad. esp.: *Teoría de la acción comunicativa*, 2 vols., Madrid, 1987.)

[17] J. C. Passeron, *Le raisonnement sociologique*, ed. cit., pág. 54.

cífica que, pese a todo, aquélla hace al conocimiento. El historiador «pragmatista» no puede menos de subscribir este análisis. No obstante, éste puede parecer demasiado pesimista. Si el hándicap comunicativo de las ciencias sociales radica en su mismo objeto (el mundo social), puede considerarse que quizás sea también ésa su principal ventaja. Dado que las disciplinas que practicamos cotidianamente son capaces de procuramos conocimientos sobre la sociedad, y así, sobre nuestro propio mundo, deberíamos poder aprovechar estos conocimientos para mejorar nuestros resultados científicos. Dicho de otro modo, deberíamos ser capaces de utilizar nuestro saber profesional sobre el mundo social para compensar el hándicap consistente en que ese mismo mundo es nuestro objeto de estudio. Un mejor conocimiento sociológico de la comunidad científica permitiría proponer *acciones* capaces de hacer progresar la comunicación entre los investigadores. Como subraya John Dewey, en efecto, «una auténtica comunidad de lenguaje o de símbolos sólo puede lograrse mediante esfuerzos que hagan nacer una comunidad de actividades en determinadas condiciones»[18]. Éste es el nivel en el que la reflexión sobre el «oficio» de historiador y la reflexión sobre el «saber histórico» pueden converger.

Clarifiquemos nuestros presupuestos

Partiendo del principio de que no existen criterios universales de la ciencia, el historiador «pragmatista» admite al mismo tiempo que sus propios análisis también tienen sus límites. Si es coherente consigo mismo, ha de comenzar por subrayarlos, esperando que gracias a esta puntualización sus lectores dejen de reprocharle no haber dado respuesta a preocupaciones ajenas a su ámbito de competencia. Para explicitar los límites de la concepción «pragmatista» de la historia, lo mejor es considerarla desde la relación conflictiva que siempre ha mantenido con la perspectiva que da prioridad a la reflexión «teórica». El conflicto entre estas dos concepciones del conocimiento constituye desde hace dos siglos una dimensión esencial del debate sobre la historia. Durante mucho tiempo, ha enfrentado fundamentalmente a los historiadores con los filósofos. Pero hoy este conflicto atraviesa las dos disciplinas. Subrayar los límites de estos dos puntos de vista no significa que uno de los dos sea inútil o que pudiese estar «superado».

---

[18] J. Dewey, *Logique. La théorie de l'enquête*, PUF, 1993 (1.ª ed., 1938), pág. 110.

Más bien hay que considerarlos como complementarios e interdependientes, subrayando al mismo tiempo que nadie está en condiciones de ponerlos en práctica simultáneamente.

Los límites del conocimiento «teórico»

La definición más clara y más radical del conocimiento como actividad enteramente «teórica» fue presentada, hace algunos años, en la obra de Gilles Deleuze y Félix Guattari *¿Qué es la filosofía?* Tomaré esta definición como una especie de «tipo ideal» de una concepción que, en formas infinitamente variadas, está presente en todos los que consideran que la historia no es una disciplina verdaderamente científica porque se niega a cualquier esfuerzo explícito de teorización. Recogiendo una cita de Michel Foucault, Deleuze y Guattari recuerdan que el «verdadero filósofo» (al que en lo sucesivo llamaré el «filósofo puro»), «es quien ha pensado de otro modo». Y añaden: «idear, inventar, crear, ésta es la trinidad filosófica»[19]. Desde esta perspectiva, el filósofo no puede pensar más que *contra* los demás, *en ruptura* con el mundo en el que vive. El objetivo de su actividad es esencialmente desconstruir las teorías filosóficas elaboradas por sus predecesores o por sus adversarios, para volver a levantar sobre el montón de ruinas su propia teoría, aun sabiendo que, posteriormente, ésta correrá la misma suerte que las demás. El más grande de los filósofos es aquel que, mediante un inmenso esfuerzo de apropiación del saber filosófico ya constituido, es capaz de construir una obra totalmente nueva que ilumine el mundo con una luz radicalmente diferente de las que hasta entonces se han proyectado sobre él. Si el esfuerzo de creación es un esfuerzo solitario, que supone una ruptura con el mundo en torno, toda discusión con los otros filósofos es, por definición, inútil. «Puesto que los interlocutores nunca hablan de la misma cosa», subrayan Deleuze y Guattari, la «comunicación llega siempre demasiado pronto o demasiado tarde»[20]. Si el filósofo puro no busca convencer, es porque considera que sus «verdades» no pueden ser «verificadas» ni «garantizadas» por quienes lo escuchan y lo leen. Como los otros filósofos se esfuerzan por lo mismo que él, o son sus adversarios (que intentan destruir su pensamiento para construir el suyo propio), o sus

[19] G. Deleuze y F. Guattari, *Qu'est-ce que la philosophie?*, Minuit, 1991, pág. 74 (trad. esp.: *¿Qué es la filosofía?*, Barcelona, 1993).

[20] *Ibid.*, pág. 32.

discípulos (que a menudo han entrado en la filosofía pura identificándose con su maestro, cuyo pensamiento difunden al tiempo que se lo apropian, para, fieles al ideal del maestro, poder destruirlo). Desde esta perspectiva, la idea misma de «comunidad profesional» es absurda. El filósofo puro se dirige directamente al público. Pero, como el artista, no hace sino ofrecer nuevos modos de ver o de percibir el mundo, que cada lector se apropia por su propia cuenta, contribuyendo así a conferir una «verdad» siempre distinta a las palabras del filósofo. En este sentido, el autor y el lector son totalmente soberanos. Nada debe obstaculizar la libertad de creación y de recepción de los conceptos.

A este ideal de un pensamiento puro y libre se debe el papel esencial que la filosofía ha desempeñado en la elaboración de conceptos, teorías y concepciones del mundo que han enriquecido progresivamente nuestras disciplinas. Para determinar la importancia de esta relación con el conocimiento, no es sin duda exagerado subrayar que la mayoría de las teorías aplicadas por las ciencias sociales han tenido en su origen una innovación producida inicialmente en el campo filosófico. En los capítulos anteriores hemos visto que incluso los historiadores más contrarios a la «jerga filosófica», en cuanto han querido hablar acerca de su propia práctica no han hecho sino servirse, a menudo sin saberlo, de argumentos elaborados anteriormente por los filósofos. Pero para ejercer esta considerable influencia, los filósofos puros han debido pagar un precio. Definiendo la filosofía como una actividad que se despliega únicamente en el pensamiento, han apartado deliberadamente cualquier reflexión sobre las prácticas sociales, y por ende, sobre sus propias prácticas. Ésta es la laguna que no han dejado de subrayar quienes no comparten sus ideas, reprochándoles que sus actos contradicen sus palabras. ¿Cómo tomar en serio al filósofo puro que pretende pensar contra la sociedad y contra el poder, cuando él mismo suele ser un funcionario, un asalariado del Estado burgués? ¿Cómo secundar su rechazo de la comunicación, cuando al mismo tiempo él acepta ejercer funciones docentes, escribe libros, habla en la radio o en la televisión, quejándose muy a menudo, por añadidura, de no ser comprendido? Los teóricos de las ciencias sociales, lo hemos visto en el caso de Durkheim, han sido de los primeros en reprochar a los filósofos puros su indiferencia, cuando no su hostilidad, hacia toda reflexión sobre las prácticas sociales. Construyendo modelos teóricos dirigidos a explicar estas prácticas, han creído poder dejar atrás el conflicto que enfrentaba a filósofos e historiadores. Pero para ello, las teorías aplicadas hubieran tenido que ser el resultado de una elaboración colectiva, a fin de que los conocimientos producidos por

un investigador pudieran ser verificados y validados por la comunidad de especialistas del ámbito correspondiente. Sin embargo, es inevitable constatar que en ciencias sociales la teoría no ha seguido este camino; ha permanecido fiel a la lógica individual descrita anteriormente en relación con los filósofos puros. Dos razones pueden explicar este hecho. Por una parte, el pensamiento teórico se basa generalmente en la creencia en la universalidad del sistema conceptual ofrecido; lo que está en contradicción con un modo de proceder colectivo, que supone negociaciones y compromisos. Por otra parte, este individualismo científico se ve reforzado por el hecho de que, generalmente, es la teoría y no los conocimientos empíricos, la que constituye el principal motivo de competencia entre los investigadores. No es casual que, tanto en ciencias sociales como en filosofía, la mayoría de las corrientes teóricas puestas en circulación sean designadas con nombres de autores. El ejemplo de Norbert Elias, a quien sin embargo no puede reprochársele haber sucumbido ni al «teoreticismo» ni al «narcisismo», es significativo. En un escrito de juventud, Elias defiende la idea de una sociología científica basada en un modo de proceder teórico, subrayando que es precisamente la falta de ambición teórica la razón de la escasa autonomía de que dispone la historia frente al mundo social, y en consecuencia, de la escasa acumulación de sus resultados[21]. Según él, es la moda del momento o la personalidad del historiador lo que suele determinar sus opciones, y no una reflexión rigurosa basada en un corpus de hipótesis claramente formuladas. Pero cuando se trata de mostrar qué camino debería tomar la historia para salir de este atolladero, Elias procede como el «filósofo puro». Comienza demoliendo las teorías sociológicas de los «padres fundadores» (Emile Durkheim y Max Weber) subrayando su fracaso ante lo que constituye el objeto mismo de la disciplina: la relación individuo/grupo. Después utiliza los fragmentos de demolición para construir su propio modelo de las «configuraciones sociales». Por una parte, condena el «positivismo» de los historiadores que utilizan conceptos aislados conforme a sus propias necesidades, y por otra, él hace exactamente lo mismo con las teorías de sus predecesores para elaborar la suya. La idea misma de acumulación del saber sociológico sólo puede sostenerse a costa de la creencia de que ese trabajo de demolición/reconstrucción ha llegado a su término y que la nueva teoría ofrece (finalmente) los fundamentos científicos de los que la disciplina carecía; lo que los sociólogos de

---

[21] N. Elias, «Sociologie et histoire», publicado en francés como introducción a *La société de cour*, Flammarion, 1985, págs. XXIX-LXXVII (1.ª ed., 1969).

las siguientes generaciones se apresurarán, evidentemente, a desmentir. Esto no disminuye, antes al contrario, ni el interés ni la riqueza de los conocimientos producidos por quienes adoptan esta concepción del conocimiento. Subrayando los límites con los que ésta topa, sólo queremos recordar a aquellos historiadores a quienes hoy les tienta la aventura teórica que ésta no redunda automáticamente en un progreso científico. Pese a las afirmaciones de Norbert Elias, no hay más remedio que constatar que, hasta la fecha, ni la acumulación ni la autonomía del saber sociológico son superiores a las del saber histórico.

Los límites del «pragmatismo»

Antes de pasar a exponer los límites de la concepción «pragmatista» del conocimiento, es conveniente insistir inmediatamente en que esta concepción no ha de confundirse con el «pragmatismo espontáneo» característico de la relación que los historiadores mantienen tradicionalmente con el conocimiento. Demasiado a menudo la exaltación de las «prácticas», el llamamiento al respeto a la «diversidad de puntos de vista» y el rechazo del «dogmatismo» han operado como pretextos para evitar toda discusión seria con los filósofos. El rechazo de las «especulaciones teóricas» es una solución cómoda para quienes se niegan obstinadamente a reflexionar sobre su propio trabajo. Hemos visto que los progresos de la investigación histórica sólo fueron posibles gracias a que cierto número de historiadores tomaron en serio estas críticas teóricas. La apología de la «comunidad profesional» y de la «comprensión» puede ser también una forma de eludir las injusticias, la arbitrariedad y el «pequeño terrorismo interno» (Georges Duby) que existen también en el mundo de los historiadores. Y es indiscutible que el argumento de la «función social» de la historia suele servir de pretexto a quienes han renunciado a las ingratas exigencias del trabajo científico para centrarse en actividades generalmente más lucrativas y reconocidas.

Este «pragmatismo» primario es lo contrario del esfuerzo de clarificación que está en el centro de la perspectiva que aquí proponemos. No obstante, hemos de considerar estas desvirtualizaciones como síntomas de las dificultades con las que tropieza todo proceder «pragmatista». La primera de ellas se refiere al problema de la implicación del autor en el análisis. La actual diversidad de puntos de vista sobre la situación de la historia se debe, en parte, a las diferentes posiciones ocupadas por quienes los desarrollan. Por encima de los intereses que

unos y otros pueden tener en asumir, o en negar, la realidad de la «crisis de la historia», lo cierto es que cuando a uno le parece que un vaso está medio lleno, mientras que el vecino encuentra ese mismo vaso medio vacío, ello se debe también, como subrayaba Marc Bloch, a diferencias de «personalidad»[22]. El historiador «pragmatista» que desea aplicarse a sí mismo el principio de clarificación de las prácticas que él eleva a regla general, da con la dificultad que, en su propio universo, constituye la separación entre discurso «público» y discurso «privado». Aunque el auto-análisis y la ego-historia, recientemente reconocidos, sean instrumentos capaces de favorecer este trabajo de explicitación, es evidente que es éste un ejercicio extremadamente reglado y rigurosamente controlado. Todo procedimiento «autobiográfico» es percibido como un acto de autoconsagración: a través de él, determinado individuo hace saber al público que tiene una opinión suficientemente elevada de sí mismo para considerar que su experiencia particular es bastante importante y significativa como para interesar a los demás. Se entiende perfectamente por qué este tipo de exposición se reserva, generalmente, para el final de una trayectoria, para la hora de hacer balance[23]. En consecuencia, no puedo detallar aquí los elementos biográficos que permitirían comprender mejor los motivos de las cuestiones sobre el «oficio de historiador» desarrolladas en este libro. Básteme señalar que, como todos los individuos brutalmente transplantados de un universo social a otro, no me ha sido fácil comprender las reglas de juego propias del medio que me ha acogido, ni admitir que el mundo de la ciencia, con el que durante mucho tiempo sólo me había familiarizado a través de los libros, pudiera ser realmente diferente de la imagen que yo tenía de él. Ésta es sin duda la razón de la importancia que este libro concede al problema de la clarificación de las prácticas de investigación.

El investigador deseoso de impulsar la «razón pragmatista» choca con otro obstáculo fundamental. Un historiador, como hemos visto, sólo puede hablar coherentemente sobre su práctica apoyándose en un lenguaje y unas referencias procedentes de las disciplinas especiali-

---

[22] Refiriéndose al problema de la legitimidad de la historia, que Langlois y Seignobos consideraban como una «cuestión ociosa», Marc Bloch escribe: «Sin duda, en este problema ocurre como en casi todos los que conciernen a las razones de ser de nuestros actos y de nuestros pensamientos: a quienes, por naturaleza, les es indiferente o quienes han decidido voluntariamente que así sea, difícilmente pueden comprender que otros lo consideren tema de reflexiones apasionantes», M. Bloch, *Apologie...*, ed. cit., pág. 69.

[23] Ni siquiera intelectuales de la envergadura de Max Weber y Marc Bloch han faltado a esta regla.

zadas en el estudio de la constitución de los saberes; principalmente, la filosofía. Así pues, aun reconociendo la necesidad de hablar el lenguaje de su comunidad profesional para poder ser comprendido, el historiador «pragmatista», para ser tomado en serio, ha de servirse de recursos extraños a las competencias normales de su grupo. En consecuencia, no puede esperar ser leído por aquéllos a quienes se dirige; tampoco por los filósofos, que encontrarán sin interés una «epistemología» de historiador destinada a historiadores. Por otra parte, es muy poco probable que la pequeña franja de historiadores interesados en las discusiones «epistemológicas», y que por tanto podrían formar el público «natural» de los análisis aquí presentados, acepten estos análisis. Como hemos visto, habiendo buscado en la filosofía armas ajustadas a su lucha de competencia antes que instrumentos con los que comprender sus propias prácticas, los historiadores-epistemólogos han forjado su cultura teórica bebiendo en las concepciones «representacionalistas» del conocimiento («positivismo», «hermenéutica», «estructuralismo» y todos los «post» que les acompañan). No se ve cómo ni por qué, todos los que han hecho importantes esfuerzos para adquirir estas competencias, quienes han construido su identidad profesional y conquistado posiciones de poder y de sólida reputación luchando por hacer triunfar esos «fundamentos» del conocimiento, habrían de estar dispuestos a renunciar a ellos[24].

El proyecto «pragmatista», finalmente, corre el riesgo de aparecer como el súmmum del «nihilismo», puesto que la preocupación por la clarificación tiene también como objetivo «desmistificar» a los «desmistificadores» (esos historiadores que ironizan sobre la «ingenuidad» de sus colegas proclamando a gritos que la «realidad» o que lo «social» no existen, que no hay «verdades», sino únicamente «interpretaciones», etc.). Después de todo, si los estudiantes de los historiadores-epistemólogos más sedientos de distinción han adquirido los conocimientos que hoy les permiten criticar a sus predecesores, es por haber creído a los «desmistificadores». Llamando a sus colegas a respetar el lenguaje de su comunidad, el historiador «pragmatista», si no tiene

[24] Sin duda ha sido Max Weber el primero en experimentar esta contradicción. Aun habiendo sido el defensor más radical del empirismo en el trabajo histórico, el hecho de que haya debido justificar su punto de vista con la ayuda de argumentos «epistemológicos» es la razón por la que no ha sido comprendido ni por los historiadores (que le reprochan, al menos en Francia, el carácter demasiado «abstracto» de su pensamiento), ni por los filósofos (que, la mayoría de las veces, se niegan a ver que él rechaza todos los «fundamentos» filosóficos del saber).

cuidado, corre el peligro de pasar por alguien que se niega a realizar cualquier esfuerzo de emulación y de autosuperación, siendo dicho esfuerzo la condición misma del progreso intelectual.

Todo «punto de vista» se apoya en presupuestos

Subrayar los límites de los enfoques «teórico» y «pragmatista» del conocimiento significa abogar por una actitud intelectual de respeto hacia la diversidad de las aportaciones que los investigadores pueden hacer al conocimiento. Es también una forma de proponer que en lugar de agotar su energía en polémicas sobre los «fundamentos» del conocimiento que no conducen a ninguna parte, los historiadores acepten centrar su atención en otros temas de discusión. Sólo así pueden esperar entrar algún día en «la edad de la razón pragmática». La dificultad de la tarea radica en el hecho de que dicha actitud debería adoptarse no sólo en los debates generales sobre el conocimiento, sino cada vez que emitimos juicios sobre los trabajos de los demás. Por ejemplo, cuando un autor intenta poner de manifiesto los nuevos imperativos a los que el desarrollo de los Estados nacionales ha sometido a los individuos y a los grupos sociales, no es aceptable reprocharle defender una concepción «ideológica» de la «democracia» o «denunciar la nación»[25]. Los autores de estas críticas están en su derecho de «defender» las ideas políticas que crean justas. Pero no pueden evaluar, a partir de sus propias preocupaciones, investigaciones que no se plantean este tipo de cuestiones, pues se niegan a confundir el oficio de historiador con el de fiscal. En esta situación toda discusión es inútil, puesto que el autor y sus jueces no hablan de la misma cosa. El mismo argumento puede esgrimirse contra todos aquellos que conciben la crítica científica únicamente como una inmensa caza de los *a priori*. Por definición, siempre puede mostrarse que un autor utiliza «categorías reificadas», que se apoya en «metáforas no controladas», etcétera. Si queremos llevar a buen término una investigación empírica, no podemos menos de poner entre paréntesis una multitud de cuestiones que consideramos obvias. Asimismo, hemos de confiar en todos aquéllos en los que nos apoyamos para sostener nuestra demostra-

[25] Aludo aquí a las críticas dirigidas a mi libro, G. Noiriel, *La Tyrannie du national*, Calmann-Levy, 1991, por parte de P. Reynaud, «Heurs et malheurs du citoyen», *Le Debat*, 75, mayo-agosto, 1993, págs. 124-125, y por D. Schnapper, «La nation et l'étranger», *Philosophie politique*, 3, 1993.

ción, sin poder verificar lo que han escrito. Para entrar en «la edad de la razón pragmatista» sería necesario que los autores hiciesen más explícitos su modo de proceder y los límites de éste, precisando qué problema aborda su análisis. A su vez, esto exigiría unos lectores suficientemente «generosos» para dirigirse hacia el autor y entrar en su universo, y no lo contrario, como hoy es la regla. Tal «revolución» de los hábitos de pensamiento apenas tiene posibilidades de ver la luz si no se produce un enorme esfuerzo de reflexión encaminado a clarificar lo que generalmente recibe el nombre de «punto de vista». Pero no hay que ocultar que este proceder tiene sus límites. Es evidente, en efecto, que si cada autor se acoraza tras la especificidad de su propio «punto de vista» para sustraerse a la crítica, la discusión es imposible. Los historiadores sólo pueden esperar resolver la cuestión del «relativismo» si logran ponerse de acuerdo sobre la definición de los «puntos de vista» (teorías, problemáticas, programas de investigación o simples preferencias) que desean poner en práctica en sus investigaciones. Se trata de un problema de acción colectiva.

Solidaridad, justicia y comunidades de competencia

Al definir la historia como el conjunto de actividades desarrolladas por todos los que ejercen un mismo oficio, no estamos sosteniendo que todos los historiadores formen parte de una sola y única «comunidad». Como Marc Bloch entrevió en la *Apología*, desempeñando sus actividades profesionales los historiadores participan en diferentes comunidades de lenguaje. Identificar estos círculos de competencias y las normas de juicio que de ellos emanan es una tarea fundamental para los historiadores «pragmatistas». Éstos sólo pueden esperar progresar en esta vía si los sociólogos y los filósofos especializados en el estudio de la elaboración de las disciplinas aceptan ayudarles. Las reflexiones que siguen son sólo algunos elementos para iniciar la discusión.

Problemas comunes a todos los historiadores

Desde la perspectiva aquí adoptada, lógicamente sólo es posible hablar de «historia» o de «comunidad de historiadores», en singular, si se es capaz de mostrar que todos los que tienen como profesión la investigación y la docencia de la historia pueden tener temas de conver-

sación que conciernen a todos, y que pueden abordarlos utilizando el mismo lenguaje. Dada la extraordinaria diversificación que la disciplina ha conocido en los últimos cincuenta años, estas competencias comunes ya no se sitúan, si es que alguna vez fue así, en el nivel de las actividades de investigación en sí mismas. Desde este punto de vista, hoy un especialista en historia contemporánea está más próximo a un sociólogo o a un politólogo que a un historiador medievalista. No obstante, la mayoría de las veces el historiador sigue definiéndose como «historiador» y el sociólogo como «sociólogo»[26]. Ésta es la mejor prueba del papel que desempeñan las actividades de nombramiento en la definición de las identidades profesionales universitarias. En consecuencia, es posible pensar que las cuestiones de las que pueden hablar conjuntamente todos los historiadores hay que buscarlas en el nivel de las actividades que envuelven el nombre y la institución de la profesión. La mayor parte de los problemas aludidos en el primer capítulo en relación con las actuales mutaciones del «oficio» de historiador dependen, a mi juicio, de esta competencia común. Sólo podrán solventarse si se abre un amplio debate. La primera cuestión que los historiadores deberían discutir, conjuntamente con sus colegas de otras disciplinas universitarias, es si prefieren afrontar individualmente las radicales transformaciones que hoy sufre su profesión, intentando sacar de ellas el máximo beneficio personal —pero a riesgo de acentuar las divisiones internas que minan su comunidad— o si consideran útil y posible hacerlo colectivamente. Optar por la vía colectiva supone preguntarse por las formas de solidaridad que hoy podemos poner en práctica para ser más eficaces. En este sentido habría que distinguir diferentes niveles de acción posible. En la acepción más amplia del término, preguntarse por la solidaridad es plantear la cuestión de la «función social» de la historia en el mundo actual y de qué modo los conocimientos que producimos pueden ayudar a los «hombres a vivir mejor». Creo que la incipiente respuesta que Marc Bloch ha aportado a esta cuestión, que tanto le preocupaba, sigue siendo para nosotros el mejor punto de partida. No podemos elaborar los te-

[26] Peter Novick subraya que en las universidades americanas, con la extensión de la práctica del «joint appointment», en 1987 más de la mitad de los historiadores pertenecientes al Departamento de Historia de la Universidad de Chicago eran parcialmente remunerados por otras unidades y participaban en programas de investigación interdisciplinares. Sin embargo, en su inmensa mayoría éstos siguen definiéndose, «inequívocamente y sin dudarlo», ante todo como «historiadores»; cfr. P. Novick, *That Noble Dream*, ed. cit., pág. 591. Lo mismo hay que constatar en Francia en relación con los historiadores del EHESS.

mas que despiertan nuestra curiosidad científica sin tener en cuenta las preocupaciones del mundo en que vivimos, pero nuestra actividad profesional sólo tiene sentido si abordamos las preocupaciones del «sentido común» con los instrumentos que nos ha procurado nuestra ciencia, a fin de transformarlas en conocimientos científicos, para después intentar restituirlas al mundo social de donde provienen. La articulación de investigación y docencia, historia y memoria halla aquí su necesidad. La función social más legítima que el historiador puede reivindicar es contribuir al desarrollo de la «memoria colectiva» de la humanidad. Pero sabemos que tal empresa es extremadamente difícil, pues esta memoria universal sólo puede enriquecerse mediante un trabajo crítico que sitúa «en falso» al historiador frente a las múltiples memorias colectivas de los grupos dominantes (clases, Estados, etnias, etc.) que constantemente tienden a erigirse en memoria universal. Este punto de partida abre un gran número de interrogantes. ¿Debemos, por ejemplo, seguir pensando, como nuestros predecesores, que el lenguaje que utilizamos en nuestras relaciones internas ha de ser un lenguaje comprensible para el «gran público», o hay que imitar a las ciencias de la naturaleza y diferenciar más claramente un lenguaje «técnico» y un lenguaje «pedagógico»? Dicho de otro modo, ¿hay que seguir pensando, como Marc Bloch, que la escritura del historiador debe presentar *al mismo tiempo* características literarias (apelando a la «comprensión» y a las «cualidades humanas» de los lectores) y características científicas (apelando a las competencias de los especialistas del ámbito correspondiente)? Esta reflexión sobre la comunicación del saber desemboca en el problema de los soportes de la escritura. ¿Cómo hay que replantear la relación entre las publicaciones especializadas (las revistas científicas, la «literatura gris», la edición electrónica vía Internet) y la publicación de obras que requieren una difusión a través de los circuitos comerciales? El problema de las relaciones de los historiadores con los *mass media* es otra faceta de la relación saber/memoria. Dado que el historiador necesita el apoyo de los periodistas para dar a conocer sus trabajos, ¿cómo articular mejor las competencias de cada uno? Los mismos interrogantes se plantean a propósito de las relaciones entre investigación y docencia. ¿Estamos seguros de que hoy los progresos de la ciencia histórica se reflejan correctamente en los programas y en los manuales escolares? Todas estas cuestiones exigirían la puesta en práctica de investigaciones sobre *la recepción social* de los trabajos que producimos. ¿Qué caminos sigue un conocimiento después de que el historiador lo haya enunciado en un texto? ¿Cuáles de ellos se mantienen; cuáles tienen sólo una existencia efímera? ¿Por qué? ¿Quién decide?

El segundo gran ámbito de reflexión del historiador «pragmatista» deseoso de enlazar con el principio de solidaridad se refiere a las relaciones en el seno de la profesión. Debido a que nuestras comunidades se estructuran todavía fundamentalmente sobre una base nacional, existen desigualdades entre unas y otras. ¿Cómo podemos, nosotros que pertenecemos a las comunidades más favorecidas, manifestar nuestra solidaridad con nuestros colegas de aquellos países en los que las dificultades económicas y la opresión política impiden el libre ejercicio de la profesión? En un universo en el que la mundialización de las relaciones conduce a la primacía, fundamentalmente por razones lingüísticas, de los puntos de vista desarrollados en el país en el que la investigación histórica es la más potente y la más dinámica, Estados Unidos, ¿de qué forma podemos actuar para preservar la diversidad de enfoques y de tradiciones nacionales? Los problemas de solidaridad se plantean también a nivel de cada comunidad profesional nacional. ¿Cómo podemos, en Francia, contrarrestar el proceso que tiende a enfrentar a los historiadores de las universidades, cada vez más sobrecargados de tareas pedagógicas, y a los de las grandes instituciones, que tienden a encerrarse en la torre de marfil de la investigación? ¿Cómo ayudar a nuestros jóvenes colegas, que tienen cada vez más dificultades para desarrollar sus actividades científicas y para encontrar editores que acepten publicar sus trabajos?

De forma más general: habría que abrir un amplio debate para saber sobre qué nuevos principios reposa hoy el «oficio de historiador». La generación de historiadores «metodicistas», a fines del siglo XIX, tuvo al menos el mérito de consignar por escrito, con el manual de Langlois y Seignobos, las reglas fundamentales del famoso «método histórico», que era entonces el «credo» de los historiadores. Hoy ya no creemos que estos criterios puedan constituir la base de nuestros juicios. Pero ¿qué somos capaces de proponer en su lugar? Esta cuestión conlleva inmediatamente otra. ¿Debemos dejar en manos de los representantes del Estado, procedan o no de las filas de la universidad, el monopolio de la evaluación de nuestro trabajo? Si no lo deseamos, ¿podemos seriamente rechazar que nuestras actividades sean sometidas a evaluación, arrogándonos así un privilegio que no posee ningún otro grupo de asalariados? Haciendo esto, ¿no se corre el riesgo de llevar el agua al molino de quienes acusan de irresponsabilidad a los intelectuales? ¿No sería preferible impulsar una discusión lo más amplia posible para proponer nuestros propios criterios? Si los historiadores quieren responder a las críticas externas que ponen en tela de juicio su papel en el plano de la memoria colectiva, deben poder justificar este

aspecto de su actividad profesional y dejar de hacer como si la «tesis» y la «síntesis» debiesen evaluarse con los mismos criterios. De modo más general: si la historia es una combinación de actividades de poder, de saber y de memoria, es necesario que para cada uno de estos ámbitos de competencia se adopten colectivamente criterios que permitan distinguir entre la excelencia y la mediocridad. Todas estas cuestiones conducen al problema de las formas de acción colectiva, es decir, de las organizaciones que podríamos poner en pie para que nuestras ideas tengan mayor posibilidad de triunfar. La delegación escalonada del poder, que actualmente es casi la única forma de expresión de la que disponen los universitarios, no parece adecuarse ya a la realidad y a las exigencias del mundo intelectual de hoy. ¿Somos capaces de imaginar otro tipo de relaciones colectivas, más eficaces, más transparentes, capaces de utilizar mejor las energías? ¿Hay que concebir tales estructuras por ámbitos de investigación, a nivel nacional, internacional?

Los círculos de competencia especializada y la interdisciplinaridad

Si todos los historiadores pueden participar en este tipo de discusión sobre los problemas generales que afectan a su profesión, sus conversaciones científicas se sitúan necesariamente en el marco de círculos de competencia más restringidos. Son los especialistas de cada ámbito organizado del saber histórico los únicos que están en condiciones de definir colectivamente su «lenguaje común», los problemas a los que quieren conceder prioridad en sus estudios, los criterios con los que desean evaluar los trabajos sometidos al juicio de sus iguales. La diversificación, ligada al crecimiento del personal, de los ámbitos de investigación ha provocado un «desmigajamiento» de la historia, considerado por muchos como una prueba de la crisis por la que atraviesa la disciplina. En realidad, la intensificación de la división del trabajo y la multiplicación de los intereses de la investigación son las formas normales de desarrollo de todas las ciencias. Lo importante es que esta extensión del conocimiento pueda ser controlada, de manera que se evite la proliferación anárquica de discursos que no correspondan a ninguna comunidad de competencia identificable y que se sustraigan, por lo tanto, a toda posibilidad de evaluación científica. Para evitar esta deriva, en el último siglo los historiadores han dedicado una parte importante de sus energías a establecer nuevas «fronteras» en el interior de su disciplina. Este esfuerzo les ha permitido «aco-

tar» su horizonte ignorando cada vez más los trabajos desarrollados en los demás sectores de la investigación histórica, con el fin de poder adquirir las competencias técnicas y documentales correspondientes al nuevo ámbito de actividades así delimitado. Como ha mostrado Olivier Dumoulin[27], las luchas de «nombramiento» han tenido un papel decisivo, al menos en Francia, en la constitución de los nuevos sectores de investigación histórica. La mayoría de las veces, la creación de una nueva cátedra es el punto de partida desde el que el titular del cargo amplía progresivamente su territorio. El nombre dado a la cátedra y al territorio constituye la primera etapa del proceso de institucionalización que conduce a la creación de otras plazas, en las que el director del nuevo ámbito sitúa a sus más fieles lugartenientes. Progresivamente se establecen nuevas actividades docentes e investigadoras correspondientes al nuevo sector del saber con el fin de perpetuarlo. Así es como el territorio de la historia ha sido dividido progresivamente en períodos (historia antigua, medieval, moderna, contemporánea) y en unidades demarcadas en función de un área geográfica (historia de África) o de una especialización temática (historia social). La intersección de estos criterios ha dado lugar a una especialización cada vez más extrema. Pero ésta, en teoría, no amenaza la unidad de la disciplina, en la medida en que estos historiadores respeten la articulación saber/poder, es decir, en tanto que los nombres dados a las plazas sacadas a concurso correspondan a una unidad de competencia (y por ende, a criterios de juicio) claramente identificada. Así es como los historiadores han adquirido progresivamente denominaciones complementarias que especifican su campo de actividad (hoy se habla de «medievalista», de «modernista», de «sociohistoriador», etc.)[28].

La cuestión de la interdisciplinaridad puede considerarse con la ayuda de estos mismos instrumentos de análisis. La interdisciplinari-

---

[27] O. Dumoulin, «La tribu des médiévistes», *Genèses*, 21, diciembre, 1995.

[28] Evidentemente, estas delimitaciones del saber histórico son resultado de demarcaciones arbitrarias. Pero todas las divisiones del saber lo son. En consecuencia, la cuestión no es tanto poner de relieve el lado «artificial» de los ámbitos de investigación cuanto comprender sus efectos sobre las prácticas científicas. Si es fácil elaborar nuevos organigramas sobre el papel, llevarlos a la práctica es naturalmente mucho menos sencillo, pues las demarcaciones en las que nosotros mismos estamos insertos tienen la ventaja de existir y de haberse probado a sí mismas, convirtiéndose en categorías productoras de saber. Nuestra identidad profesional, nuestros intereses intelectuales y materiales, están insertos en estas demarcaciones «objetivadas» y solidificadas por la tradición. Toda innovación en este ámbito ha de tener en cuenta necesariamente las demarcaciones existentes y su fuerza.

dad ha comenzado a ponerse en práctica inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, en una época en la que, como hemos visto, muchos investigadores creían en la posibilidad de establecer un lenguaje común al conjunto de las ciencias sociales. Hoy, es inevitable constatar que este objetivo no ha sido alcanzado. En francés no existe un término común para designar lo que Durkheim proponía llamar *la* ciencia social, ni investigadores que la practiquen (que en inglés reciben el nombre de *social scientists).* Dicho de otro modo, los progresos de la «interdisciplinaridad» han producido saberes que no corresponden a ninguna relación de poder capaz de estructurar una esfera de actividad específica. La loable preocupación por «descompartimentalizar» las disciplinas no ha estado acompañada (ni en el plano de la reflexión, ni en el plano práctico) de un trabajo de «recompartimentalización», lo único que nos hubiera permitido acotar nuestro horizonte, de forma que la producción generada en el nuevo espacio científico pudiera evaluarse con los mismos criterios por el conjunto de los especialistas del área. La expresión «ciencias sociales» tiende hoy a convertirse en un «significante vacío» para designar instituciones que acogen los puntos de vista más contradictorios, incluidos los que no creen ni en lo social, ni en la ciencia, ni en el trabajo empírico. Los investigadores que, pese a todo, permanecen fieles a la «interdisciplinaridad», como es mi caso, no pueden permanecer impasibles ante una situación que refuerza las lógicas disciplinares tradicionales. Por ello, habría que reconsiderar urgentemente la cuestión de la «interdisciplinaridad» tomando nota de las realidades institucionales que son las grandes disciplinas (como la historia, la sociología, la economía, etc.) y admitiendo que cada una de ellas posee un lenguaje propio que merece ser defendido. A partir de aquí se podría, creo, actuar en favor de la «interdisciplinaridad» de tres maneras diferentes:

— La primera, preconizada, como hemos visto, por los fundadores de *Annales,* y que aún hoy es la más frecuente, consiste en traducir las innovaciones originadas en una disciplina al lenguaje de otra. Esto significa que todo historiador que se dirija a historiadores, ha de asegurarse de que las palabras que emplea y las referencias de las que se sirve sean conocidas por sus colegas, a fin de que su discurso pueda someterse a la prueba de la validación colectiva. Esto significa también que ha de esforzarse por relacionar las innovaciones procedentes del «mundo exterior» con el lenguaje familiar de los historiadores corrientes y sobre todo que ha de ser capaz de explicar, y de mostrar concretamente, la utilidad práctica de tal o cual préstamo y por qué éste constituye un instrumento que puede hacer avanzar la investigación

colectiva. Ésta es, a mi juicio, la mejor manera de convencer a los historiadores del interés de la interdisciplinaridad.

— La segunda posibilidad, alentada asimismo por Lucien Febvre y Marc Bloch, se refiere a la puesta en práctica de programas de investigación —que reúnan a especialistas con suficientes puntos en común para poder trabajar conjuntamente— en torno a proyectos científicos definidos colectivamente. Cada disciplina se apropiaría inmediatamente, en función de sus propias necesidades, de los resultados de los trabajos empíricos realizados en el marco del proyecto, hasta agotar el programa. Son objetivos de este tipo los que están al alcance, creo, de las instituciones dedicadas a la investigación en ciencias sociales.

— La última gran vía para hacer progresar la «interdisciplinaridad» consiste en crear nuevas comunidades de competencia institucionalizadas, cuyos miembros se pongan de acuerdo sobre el lenguaje común que desean emplear, los objetivos científicos que se proponen, etc. Tal perspectiva supone que quienes se consagren a ellas puedan controlar toda la cadena de las relaciones saber/poder. Han de estar en condiciones de delimitar institucionalmente la nueva comunidad de actividades de la que forman parte, de darle un nombre oficial. También es necesario que controlen el sistema de formación especializada y de asignación de plazas que le corresponde. Las nuevas disciplinas científicas se han constituido siguiendo un proceso de este tipo (en algunas ocasiones designado con el término de «hibridación»). Un segmento de una disciplina más antigua se autonomiza y se liga a un segmento de otra disciplina para formar un nuevo ámbito institucionalizado del saber[29].

Democratizar el «tribunal» de la ciencia histórica

De entre estos ámbitos especializados, hay uno que tiene especial importancia: el de la reflexión sobre la historia. A este respecto, es conveniente distinguir dos campos de interés. El primero se refiere a lo que se denomina «la historia de la historia» y se interesa fundamentalmente por las mutaciones de las diferentes configuraciones del saber histórico a lo largo del tiempo. El segundo, aunque se apoya en

[29] La bioquímica es un buen ejemplo de este proceso en ciencias naturales. En Francia, las ciencias políticas se han estructurado de acuerdo con las modalidades más próximas, tomando a la vez como referencia el derecho, la historia y la sociología.

los conocimientos producidos por el primero, se distingue de él por orientarse deliberadamente hacia la acción. Reúne a los historiadores que intentan comprender y clarificar su actividad profesional, con el objetivo de mejorarla. Todos los estudios dedicados a la «crisis de la historia», incluido este libro, caen dentro de este ámbito de reflexión. Si resulta de una importancia estratégica capital, es porque constituye lo que podríamos llamar el «tribunal supremo» de nuestra disciplina, el lugar en el que se determina aquello que en historia consideramos «importante», «nuevo» o, por el contrario, «superado». Si renunciamos a buscar los fundamentos de nuestros conocimientos fuera de nuestras propias prácticas, es evidente la necesidad de este «tribunal». Esforzándonos por hacer progresar la justicia en el seno de nuestra comunidad, podremos contribuir más eficazmente al progreso de nuestros conocimientos científicos. Ello supone que, también aquí, seamos capaces de promover un lenguaje común, para hacer que este «tribunal» no sólo se componga de «jueces» cuyo objetivo sea básicamente defender su propia causa. Tal propósito exige que los historiadores adquieran suficiente «sabiduría» para poder controlar, al menos parcialmente, las relaciones de competencia en las que están insertos. Esto supone analizar estas relaciones, de modo que se clarifiquen las obligaciones de justificación que se nos imponen por el simple hecho de participar en el juego; obligaciones que minan el ideal de justicia y de solidaridad que quisiéramos impulsar.

Las investigaciones que convendría realizar sobre esta cuestión deberían partir, a mi juicio, de la contradicción central que a todos nos afecta. Por una parte, para obtener nuestro nombramiento profesional como «historiador», estamos obligados a aceptar la división del trabajo establecida por nuestros predecesores, y producir los conocimientos especializados que nuestros jueces esperan de nosotros, pero que no interesan más que al muy reducido número de especialistas de nuestro ámbito de investigación. Pero por otra parte, todos nosotros queremos obtener un reconocimiento que sobrepase los límites de nuestro pequeño círculo de competencia y ampliar nuestra reputación, extendiéndola al conjunto de los historiadores, incluso al conjunto del público culto. De este modo, nos vemos llevados a desplegar estrategias de generalización que, la mayoría de las veces, van en contra del ideal de especialización científica que defendíamos al comienzo de nuestra carrera. En los estudios empíricos reunidos en la segunda parte de este libro, veremos que estas exigencias contradictorias explican las mutaciones, a menudo brutales, de los «paradigmas» desarrollados por los historiadores. Como no tenemos el valor de admitir

que estos cambios de rumbo se deben a nuestro deseo de ampliar nuestra reputación, tendemos a justificarlos mediante consideraciones de orden «científico», aduciendo la «importancia» de las cuestiones abordadas en nuestros libros. Durante mucho tiempo, los «discursos de importancia» elaborados por los historiadores han apelado esencialmente a los intereses del «sentido común». Ésta es, aún hoy, la forma de justificación más habitual. El lugar fundamental que ocupa la historia política (cualquiera que sea la forma, tradicional o «new look», en que se nos presente) en todos los países del mundo, no se debe principalmente a razones de orden «epistemológico», a los estragos del «positivismo». Se debe simplemente al hecho de que toca problemas que interesan al «gran público». Según Judit Shulevitz, hoy, quienes deciden en Estados Unidos cuáles son los temas sobre los que los universitarios deben escribir «son los clientes de *Barnes and Noble*». Y éstos piden a los servicios de publicación de las universidades libros sobre los problemas de las mujeres, los homosexuales, las comunidades étnicas, «por no hablar de la inevitable troica editorial: los nazis, los perros y la Guerra civil»[30]. Como vemos, excepción hecha de los perros, todos los temas «de interés» tocan cuestiones políticas que hoy ocupan el centro de la actualidad americana. La sobrerrepresentación de los estudios políticos en historia contemporánea (cfr. capítulo 9) ilustra la misma realidad en el caso de Francia. En sí mismo, el hecho de que las preocupaciones del «gran público» puedan desempeñar un gran papel en la orientación de la investigación histórica no me parece algo escandaloso. Pero es evidente que esta dependencia pone en peligro la autonomía de la disciplina, y así, su legitimidad. La prioridad concedida a las cuestiones de actualidad penaliza otros sectores de la investigación histórica. Si la historiografía francesa sigue siendo fundamentalmente nacional, mientras que la mayoría de los historiadores ya no son nacionalistas, es porque el público al que éstos se dirigen se compone de lectores franceses, interesados por problemas franceses. Y lo mismo puede decirse de Estados Unidos, Alemania, etcétera. Otra consecuencia negativa de la dependencia del mercado editorial comercial es la pérdida de fuerza de los problemas que generalmente plantea la historia política. Se ha subrayado a menudo que, desde hace un siglo, la historia contemporánea es el sector de la disciplina que menos ha contribuido a la renovación de problemáticas y perspectivas. Obviamente, el reconocimiento público que obtienen

[30] J. Shulevitz, «Keepers...», *op. cit.*, pág. 47. *Barnes and Noble* es la cadena de supermercados del libro más famosa en Estados Unidos.

los historiadores que consideran «importantes» los problemas que la gente «importante» cree «importantes», no les lleva a plantear cuestiones «teóricas». Tanto más cuanto que la «función social» de la historia exige que los historiadores respondan a las cuestiones que preocupan a la opinión pública. «¿Era estalinista el PCF?» «¿Es el Gobierno de Vichy directamente responsable de la persecución de los judíos?» ¿Quién podría negar que son éstos problemas ineludibles de la investigación histórica? Pero encerrándose demasiado en este tipo de problemas, nuestra disciplina renuncia progresivamente a lo que constituye su especificidad, a saber: la *comprensión* de los mundos pasados. Abordando los problemas políticos del mismo modo que lo hacen los actores de la escena política, es harto probable que el historiador sucumba a la «manía de juzgar» que deploraba Marc Bloch[31]. Son las reglas del mundo político las que se imponen y no los criterios científicos elaborados por los mismos historiadores. Ciertamente, puede negarse la legitimidad de estos criterios afirmando que «todo es política». Pero en ese caso, hay que admitir la inutilidad social del oficio que ejercen los historiadores. Contrariamente a lo que aún hoy afirman algunos de ellos, la familiaridad con los archivos y la aplicación escrupulosa del «método histórico» no bastan para definir la especificidad de su competencia profesional. Los mejores periodistas del «tiempo presente» dominan generalmente este «savoir-faire» técnico. Lo que los diferencia de los historiadores es que su función les lleva a realizar investigaciones históricas que tienen como objetivo descubrir la mentira, desenmascarar a los traidores, denunciar a los culpables. El historiador, en cambio, debe esforzarse por *explicar* las razones del obrar de los actores de los mundos pasados, lo cual requiere la elaboración de problemas en correspondencia con el nivel científico alcanzado por las ciencias sociales. Si las polémicas entre los historiadores del mundo político contemporáneo son tan frecuentes, si sus relaciones con los periodistas son tan difíciles, es fundamentalmente porque el papel de cada uno no está claramente definido. No se puede ganar en los dos campos a la vez.

En los últimos veinte años, como hemos visto en los capítulos anteriores, los historiadores «interdisciplinares» han introducido nuevos argumentos para justificar la importancia de su contribución al desa-

---

[31] Cfr. el parágrafo «¿Juzgar o comprender?», en M. Bloch, *Apologie...*, ed. cit., páginas 156-159. Para un análisis más detallado de esta cuestión, cfr. G. Noiriel, «Une histoire sociale du politique est-elle possible?», *Vingtième siècle, Revue d'histoire*, octubre, 1989, págs. 81-96.

rrollo del conocimiento. En este caso, lo que se valora no es el objeto de estudio, sino la potencia de los medios intelectuales que el historiador pone en práctica en su investigación. La competencia enfrenta aquí a adversarios que consideran que el modelo de análisis por ellos defendido es superior a los demás por tocar un aspecto fundamental de la realidad (lo «social», el «discurso», el «sentido», el «poder», etc.), al que deben subordinarse las demás dimensiones. No es el reconocimiento del «gran público» lo que se busca directamente, sino el de los profesionales. En el mercado nacional, el historiador-epistemólogo no puede esperar alcanzar una audiencia comparable a la del historiador tradicional. Pero puede compensar este hándicap apuntando al mercado mundial del pensamiento que se anuncia como novedad. Su público ideal lo constituyen los estudiantes y los jóvenes historiadores situados en el escalón inferior de la competencia disciplinar, quienes necesariamente han de proveerse de novedades para demostrar que se hallan en la vanguardia del progreso científico. Como ha subrayado Charles Tilly —mostrando que este tipo de estrategia promocional se practicaba ya en los años 60 (especialmente con la «nueva historia urbana»)— cualesquiera sean los esfuerzos desplegados por los historiadores reconocidos para «acreditar» o «desacreditar» los nuevos «paradigmas» elaborados por sus colegas, a fin de cuentas son los estudiantes quienes deciden, pues éstos «miran al futuro»[32]. Pero en los capítulos anteriores hemos visto que los discursos sobre la innovación, por sí mismos, no siempre son innovadores. Como señalaba hace algunos años Eric Hobsbawm, «para ser citado en los índices, lo mejor es introducir una idea nueva que los colegas refutarán sea cual sea su grado de absurdez. Cuanto más crece la profesión, más se profesionaliza y más rentable resulta decir: "hasta ayer todos decían que Napoleón era un gran hombre, yo voy a mostrar que era un hombre insignificante". Es ésta una forma de reescritura que se introduce en nuestra profesión y ante la cual deberíamos ponernos en guardia»[33]. Extender la vigilancia colectiva en relación con todos estos intentos de «reescritura» es una tarea en la que deberían participar todos aquellos que desean contribuir a la democratización de la historia; todos los que quieren trabajar por el desarrollo de la «razón pragmática».

---

[32] C. Tilly, «The Old New Social History and the New Old Social History», *Review*, 3, invierno, 1984, págs. 372-373.

[33] E. Hobsbawm, en R. Rémond (dir.), *op. cit.*, pág. 342.

SEGUNDA PARTE

Contribución a la clarificación de las prácticas

Cuatro estudios sobre los historiadores franceses

Capítulo 6

Nacimiento del oficio de historiador

El júbilo conquistador de los primeros descubridores se ha perdido para siempre, pues hoy sólo podemos transitar caminos ya trazados.

Charles-Victor Langlois, «L'histoire au XIXe siècle», *La Revue Bleue*, 1900.

Los recientes estudios dedicados a la «crisis de la historia» suelen alegar la disolución del objeto propio de la disciplina en la nebulosa de las ciencias sociales, la atomización de sus centros de interés, la posición avasalladora de filósofos o de escritores que se presentan como «historiadores»[1]. La idea de que hoy es necesario defender el «oficio» de historiador tiende a propagarse[2], pero, paradójicamente, apenas se pregunta por el contenido de esta práctica

[1] Este capítulo recoge el artículo aparecido en *Genèses*, 1, septiembre, 1990, págs. 58-95. He introducido algunas modificaciones para armonizarlo con las otras partes del libro y para evitar algunas repeticiones. He modificado también algunas fórmulas que me parecían contrarias al sentido del proceder «comprensivo» que hoy me esfuerzo por seguir.

[2] «También yo hubiese querido que *Annales* se convirtiera en una revista para la defensa de los historiadores [...]. Cuando era el único que decidía, la noción de profesión me parecía vichysta, reaccionaria; en aquel momento me hubiera parecido lamentable, mientras que hoy me parece una idea central», M. Ferro, «Au nom du père», *Espaces-Temps*, núms. 34-35, 1986, pág. 10.

profesional[3]. Partiendo del principio de que un «historiador», en el setido actual del término, es un «profesional» de la historia, es decir, un individuo que ejerce la investigación histórica como el «oficio» para el que ha sido formado[4], quisiera clarificar la génesis de esta práctica profesional, mostrando que la mayor parte de las normas, reglas y hábitos que aún hoy rigen la profesión, fueron ideados a finales del siglo XIX, momento en que en Francia se consituye verdaderamente la Universidad literaria y científica.

La prehistoria de la historia

Para comprender las condiciones en las que nace la historia universitaria a fines del siglo XIX, hay que recordar algunas de las características de la historiografía en el período anterior. Hay que subrayar dos elementos fundamentales: por una parte, hasta la década de 1880, la historia es una disciplina sin una autonomía real, dominada por la literatura y la filosofía, subordinada a los intereses de la lucha política. Por otra parte, la investigación histórica «científica» está acaparada por los eruditos tradicionales contrarios a la República. Si la autonomía de la reflexión histórica sigue siendo débil hasta el Segundo Imperio, es ante todo porque hasta entonces la investigación científica universitaria es totalmente marginal. El decreto de 1808 que restablece las facultades de letras y de ciencias, hace de la enseñanza superior un simple apéndice de la enseñanza secundaria y no el motor de una verdadera práctica científica, como era el caso en Alemania en aquel momento. En provincias, cada facultad de letras cuenta con cinco profesores, encargados cada uno de ellos de impartir el conjunto de una disciplina (humanidades clásicas, historia, filosofía, etc.)[5]. Pero lo más importan-

---

[3] Por lo demás, este hecho no ocurre sólo en historia: «Si preguntamos a un investigador sobre lo que hace, ¿quién nos responde? La mayoría de las veces es el epistemólogo, es la filosofía de la ciencia la que le sopla la respuesta», B. Latour y S. Woolgar, *La vie de laboratoire, la production des faits scientifiques*, La Découverte, 1988, pág. 26 (1.ª ed., 1979).

[4] No entro aquí en los problemas que plantea la utilización del término «profesionalización» en relación con las actividades intelectuales no reglamentadas oficialmente; cfr. a este respecto (para la sociología), H. S. Becker, «The nature of a profession», en H. S. Becker (ed.), *Sociological Work, Method and Substance*, Chicago, Aldine, 1970.

[5] En 1830, no hay todavía más que 38 puestos docentes en el conjunto de las facultades francesas de letras; cfr. V. Karady, «Lettres et sciences: effets de structure dans la sélection et la carrière des professeurs de faculté (1810-1914)», en C. Charle y R. Ferré (dirs.), *Le personnel de l'enseignement supérieur en France aux XIXe et XXe siècles*, CNRS, 1985, pág. 34.

te es que estas universidades carecen de «verdaderos» estudiantes. Su papel fundamental es examinar (sobre todo a nivel de Bachillerato) y dar cursos generales para el gran público. En el sistema napoleónico, en efecto, las encargadas de la «formación profesional» de los estudiantes son las grandes escuelas, de ahí el monopolio que ejerce la Escuela Normal en la preparación de los candidatos a la agregación. Pero incluso aquí, donde se ha formado la mayoría del personal universitario literario y científico, no hay docencia especializada en historia[6]. Por otra parte, la escasez numérica de universitarios impide la constitución de un verdadero grupo social con sentimiento de pertenencia a un mismo cuerpo. En provincias, el historiador universitario se incorpora, cuando es aceptado, a las sociedades culturales dirigidas por los hombres ilustres del lugar. En París, gracias al éxito de los cursos «mundanos» impartidos en la Sorbona, el historiador forma parte de los «letrados», frecuenta los salones y los partidos políticos, se presenta a sí mismo como escritor o filósofo. La falta de formación en investigación histórica es la razón de la gran heterogeneidad de las normas de la práctica científica; impera el laxismo, sea en el uso de las notas o en la aplicación de las reglas metodológicas. Por lo demás, ningún elemento objetivo viene a sancionar el valor científico de los trabajos. Hasta fines del siglo XIX las publicaciones ni siquiera son reconocidas como un criterio en el nombramiento y en la promoción de los candidatos. Como observa Victor Karady, «durante mucho tiempo incluso el doctorado, que permite el nombramiento como catedrático universitario, es sólo un trámite que prácticamente no exige esfuerzo científico alguno»[7]. Antes de 1840, en letras, el 83% de las tesis no superan las 80 páginas; ¡la de Michelet, dedicada al «examen de las vidas de los hombres ilustres de Plutarco», tiene tan sólo 26! Es inevitable subscribir la observación de Gabriel Monod, quien, en el primer número de la *Revue Historique*, escribe a propósito de sus ilustres predecesores: «casi todos son autodidactas; no han tenido maestros y no tienen alumnos»[8]. Además, hasta el final del Segundo Imperio, la historia permanece enteramente subordinada a los intereses políticos del

[6] En 1827, Michelet es nombrado a la vez profesor de historia y profesor de filosofía en la Escuela Normal. En 1829, cuando se separa la docencia de estas dos materias, Michelet solicita quedarse con la filosofía, pero se le obliga a enseñar historia antigua; cfr. G. Monod, *Les maîtres de l'histoire: Renan, Taine, Michelet*, Calmann-Lévy, 1894, páginas 193-194.

[7] V. Karady, «Les professeurs de la République», *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 47, junio, 1983.

[8] G. Monod, «Du progrès des études historiques en France», *op. cit.*

momento. Bajo la Restauración, «la historia volvió a nacer —afirma Camille Jullian—, pero no del apacible trabajo de gabinete, sino de la lucha de los partidos»[9]. Tanto en Augustin Thierry como en Michelet, en los documentos históricos se busca «municiones» con las que defender el Tercer Estado, rehabilitar la Revolución francesa, etc. Pero contrariamente a lo que hoy podría creerse, esta historia partisana está entonces ampliamente dominada por las corrientes católicas conservadoras firmemente enfrentadas a los republicanos. De las 150.000 a las 200.000 páginas de «historia» que aparecen cada año al comienzo de la Tercera República, casi todas ellas son publicadas por «historiadores» amateurs (sólo el 2% de las obras son de universitarios). Dos tipos de elite dominan entonces la escritura de la historia. En las ciudades, antes que los universitarios, son las profesiones liberales (fundamentalmente los abogados) las que dan el mayor número de «historiadores». En el mundo rural dominan los cuadros de la sociedad tradicional: miembros de la Iglesia o de la nobleza. Para los nobles, observa Charles-Olivier Carbonnel, «la historiografía es un ritual particular del que se sirven para rendir culto a los antepasados»[10], pero también es un instrumento de lucha política. Tras la Revolución de Julio, muchos aristócratas tienen que poner fin a su carrera pública. «Apartados del servicio activo, se comprometen con la historiografía como lo hacen con los movimientos de acción católica.» Para ellos, este apoyo en la historia es tanto más importante cuanto que los amateurs que cultivan el género son muy numerosos y están muy bien organizados, por lo que pueden ser movilizados como otras tantas tropas al servicio de la causa tradicionalista. Las sociedades culturales consagradas a la historia, muy numerosas (alrededor de 250 hacia 1880), están subvencionadas por el Comité de Trabajos Históricos y por la Sociedad de Historia de Francia fundada por Guizot. La historia es valorada asimismo por las más venerables instancias de la cultura francesa que son la *Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*[*] y la Academia Francesa, especialmente mediante todos los premios que conceden a los «mejores» libros de historia. Las grandes revistas

---

[9] C. Jullian, *Notes sur l'histoire de France;* seguido de *Extraits des historiens français au XIXe siècle,* Slatkine, 1979, pág. XIV (1.ª ed., 1897).

[10] C. O. Carbonnel, *Histoire et historiens, une mutation idéologique des historiens français, 1865-1885,* ed. cit., pág. 236.

[*] Fundada en 1663 por Colbert y consagrada a los estudios históricos, arqueológicos y filológicos. *[N. del T.]*

mundanas, *La Revue des Deux Mondes, Le Correspondant* y *La Nouvelle Revue* dedican la cuarta parte, incluso un tercio de sus columnas, a estos trabajos. Pero la mayoría de estas instituciones están controladas por la nobleza o fuertemente influidas por ella. Asimismo, el único lugar donde se enseña realmente a los alumnos las técnicas del trabajo histórico, la *École des chartes* (Escuela Nacional de Archiveros paleógrafos) —fundada bajo la Restauración para formar a los archiveros-paleógrafos— está poblada de aristócratas. «Echar un vistazo a la lista de los archiveros en ejercicio en 1870, es en cierta forma hojear el *Gotha* francés»[11]. En este clima tan favorable, no es sorprendente que en la década de 1860 la historia sea el frente principal sobre el que los católicos legitimistas lanzan su ofensiva. La primera gran revista histórica de carácter científico, la *Revue des Questions Historiques,* es fundada en 1866 por jóvenes archiveros-paleógrafos (todos tienen menos de 40 años) con el objetivo expreso de llevar a cabo un «gran trabajo de revisión histórica» a partir de un estudio científico de las fuentes, para así acabar con las «faltas a la verdad» sobre la historia de la monarquía y de la Iglesia. Paralelamente, el movimiento católico lanza nuevas colecciones de historia, crea en 1867 la Sociedad de Bibliografía para parar a la Liga de la enseñanza... Así pues, la notoriedad de Michelet no ha de ocultar la realidad. Hasta el comienzo de la Tercera República, quienes gozan del protagonismo en la producción historiográfica francesa no son los profesores proletarios «de izquierdas», sino los aristócratas amateurs «de derechas».

La conquista de una autonomía profesional

Hasta el comienzo de la Tercera República, en el mundo universitario la historia es una disciplina subordinada a la filosofía y a la literatura. Sin verdadera autonomía, constituye un instrumento de acción política eficaz que sirve fundamentalmente a intereses conservadores. Para comprender las condiciones concretas en las que tiene lugar la profesionalización de los historiadores franceses, es necesario tener en mente este contexto. El puesto de la historia en la sociedad, las reglas y las prácticas del «oficio», son determinadas en ese momento por el poder republicano, en un inmenso esfuerzo colectivo por acabar con el antiguo orden de cosas. Dada la utilización política de la historia por parte de los conservadores, desde su llegada al poder los

---

[11] *Ibid.*, pág. 240. Muchos frecuentan la institución como «oyentes libres».

partidarios de la República se preocupan de hacerse con el control de las instancias de producción de la memoria colectiva del país. Para alcanzar este objetivo, sólo pueden apoyarse en el grupo de intelectuales que hasta el momento les ha sido más favorable: los profesores de universidad que han pasado por la Escuela Normal. Pero, contradictoriamente, para gozar de la confianza de éstos, la República debe aceptar su aspiración a la autonomía profesional, enérgicamente acentuada bajo el Segundo Imperio con el entusiasmo por la «ciencia» que suscitan los descubrimientos de Pasteur y de Claude Bernard. Este contexto explica, a mi juicio, las principales características de la profesionalización de los historiadores franceses a fines del siglo XIX.

— La fortísima institucionalización de la universidad literaria y científica a lo largo de este período[12] demuestra la voluntad de los sucesivos gobiernos republicanos de reforzar el control del Estado sobre la enseñanza superior en un momento en que se multiplican los proyectos de universidades católicas. Ésta es la razón por la que en Francia casi todos los historiadores son *funcionarios,* es decir, asalariados del Estado, de nacionalidad francesa, sometidos a la «obligación de reserva» y, debido a la centralización parisiense, a las mismas reglas de contratación y de promoción en todo el territorio nacional. Para atraer más a este nuevo grupo de intelectuales, la República fomenta la movilidad social mediante un sistema de becas, que asimismo ofrece la ventaja de transformar profundamente la naturaleza del público de las universidades. Cada vez son más los estudiantes de origen plebeyo que acuden a ellas para obtener diplomas que les han de permitir ganarse la vida inmediatamente. En este mismo sentido pueden interpretarse las reformas introducidas con el objetivo de desarrollar la carrera universitaria. La creación en 1877 de varios cientos de plazas de profesores de conferencias, destinadas inicialmente a ayudar a los jóvenes profesores de instituto con más méritos, es seguida por otras innovaciones del mismo tipo. De modo que a fines de siglo se establece toda una pirámide jerárquica: profesores de conferencias, encargados de curso, profesores adjuntos y catedráticos; a su vez, cada grado está dividido en dos niveles: provincias/París[13]. De este modo están

[12] Entre 1870 y 1914, el número de universitarios se cuadruplica, fundamentalmente gracias al esfuerzo de las facultades de letras y de ciencias; cfr. V. Karady, «Les professeurs de la République...», *op. cit.,* y los trabajos de Christophe Charle, especialmente *Les Élites de la République, 1880-1900,* Fayard, 1987, y *Naissance des «intellectuels»,* Minuit, 1990.

[13] Los cargos son más prestigiosos en la capital, donde los salarios son dos veces mayores que en provincias.

presentes ya las condiciones materiales para que el historiador-universitario canalice todas sus energías intelectuales en el interior de un universo controlado por el Estado. Una cátedra en la Sorbona se convierte en la consagración suprema, a la que muchos son los llamados pero pocos los elegidos.

— Que la historia es un objetivo decisivo de la nueva política universitaria introducida por la Tercera República lo demuestra desde fines de la década de 1870 el papel que desempeñan los historiadores en estas reformas y las ventajas que de ello extrae la disciplina. La fulgurante promoción de la nueva generación de historiadores normalistas, los tradicionales rivales de los archiveros-paleógrafos, tiene aquí su profunda razón política. Alfred Rambaud, condiscípulo de Gabriel Monod en la Escuela Normal, es el consejero de confianza de Jules Ferry. A él se debe la creación de las becas de agregación y una primera transformación de los exámenes. Ernest Lavisse, director de Enseñanza Superior, es el impulsor de la reforma de la agregación; Charles Seignobos es el cerebro de los programas escolares adoptados en 1902[14]. Es en historia donde se crea el mayor número de puestos universitarios. Entre 1870 y 1900, en la Sorbona el número de cátedras de historia se ha duplicado (de 57 a 74 entre 1895-1896 y 1904-1905). A fines de siglo, en París hay 1.000 estudiantes de historia y otros tantos en provincias. Durante el período de 1880-1899, los autores de la tercera parte de las tesis doctorales defendidas en la Sorbona son historiadores. Este entusiasmo por la disciplina no carece de relación con las perspectivas profesionales que ofrece. En el caso de los normalistas, entre 1870 y 1914, «las posibilidades de hacer carrera que tienen los historiadores-geógrafos están en constante alza» y acaban por superar «las de todas las demás categorías de agregados»[15].

---

[14] Waddington, filólogo y numismático —que da clases en la Escuela Práctica de Altos Estudios junto a Monod y Rambaud—, convertido en ministro de Instrucción pública, es el autor de las reformas de 1877 (que crean la función del profesor de conferencias y las becas de licenciatura). Más allá de estos cuantos nombres, habría que subrayar la eficacia de los grupos de presión dirigidos por los historiadores, especialmente la Sociedad de Enseñanza Superior fundada en 1890 por Lavisse y Monod, que edita la *Revue Internationale de l'Enseignement*, en la que, durante veinte años, se presentarán y discutirán los proyectos de reforma. Sobre todo esto, cfr. W. R. Keylor, *Academy and Community, The Formation of the French Historical Profession*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 1975.

[15] V. Karady, «Stratégie de réussite et modes de faire-valoir de la sociologie chez les durkheimiens», *Revue Française de Sociologie*, 1979, 1, enero-marzo, 1979, págs. 49-82. Entre 1871 y 1914, los agregados de historia tienen el doble de posibilidades de acceder a la enseñanza superior que los agregados de filosofía.

— Estas ventajas concedidas a la disciplina permiten comprender por qué, desde esta época, la mayoría de los nuevos historiadores son celosos militantes de la causa republicana. Pero en adelante la historia ya no puede ser un simple instrumento al servicio de las luchas políticas. En efecto, la constitución de una «comunidad» de historiadores profesionales supone su autonomización respecto al mundo político y al resto de las disciplinas literarias a las que hasta entonces había estado subordinada. En el plano de la enseñanza, estas nuevas exigencias se traducen en la voluntad de romper con el eclecticismo de la formación anterior. Es el objetivo de la reforma de la licenciatura: «Mientras que anteriormente la licenciatura era un examen puramente literario, hoy se divide en licenciatura literaria, licenciatura filosófica y licenciatura histórica», constata Gabriel Monod en 1889[16]. En el plano de la investigación, la «profesionalización» de la historia se materializa con la introducción en la Universidad republicana de los principios de la «ciencia histórica», monopolizados hasta entonces por los «eruditos» de la Escuela Nacional de Archiveros paleógrafos. Esta operación se lleva a cabo en tres tiempos. En primer lugar, la agregación se adapta hasta convertirla en un instrumento de iniciación a la investigación científica (1894). A partir de entonces, todo candidato que se presente a un concurso debe estar en posesión de su «Diploma de estudios superiores»*, para así verificar sus aptitudes «para hacer algo nuevo», según la expresión de Lavisse, el padre de una reforma que se extendió inmediatamente a otras agregaciones, y que en sus grandes líneas ya no se modificará hasta hoy. El segundo aspecto consiste en transferir a la universidad las técnicas de la ciencia histórica desarrolladas fuera de ella. Se inaugura así un curso de «metodología» centrado en la crítica de textos (filología, diplomática, etc.), que conducirá a la creación de una cátedra de «ciencias auxiliares» de la historia. Se llama a la Sorbona a algunos archiveros-paleógrafos, como Charles-Victor Langlois (primer titular de la cátedra en cuestión), para que enseñen en la Universidad las técnicas que han aprendido en su institución de origen. La tercera etapa consiste en anexionar a la Sorbona los centros especializados en la investigación que son la Escuela Nacional de Archiveros paleógrafos y la Escuela Práctica de Altos Es-

---

[16] G. Monod, «Les études historiques en France», *Revue Internationale de l'Enseignement*, 1889, pág. 588.

* Se trata del antiguo «Diplôme d'études supérieures» (DES), actualmente reemplazado por los diplomas de tercer ciclo, como el DEA («Diplôme d'études approfondies») y el DESS («Diplôme d'études supérieures spécialisées»). *[N. del T.]*

tudios (en 1896). Ahora, como señala Monod no sin cierto orgullo, «las facultades que antes de 1870 sólo desempeñaban un papel muy secundario en la vida intelectual del país se han convertido en focos de actividad científica y han reunido en torno a sus cátedras a una juventud numerosa y apasionada»[17]. Esta fuerte voluntad de ruptura con el mundo exterior se materializa en la creación de nuevos espacios de actividad intelectual. Las conferencias dirigidas al «gran público» de la antigua Sorbona, en las que, como en los mítines políticos, el valor del orador se medía por el número de oyentes, son remplazadas progresivamente por seminarios que reúnen, conforme al modelo alemán ya experimentado en el EPHE, a un número reducido de jóvenes especialistas que colaboran estrechamente con la actividad científica del maestro. Se introduce la práctica de cursos reservados a los oyentes matriculados oficialmente en la Universidad. Y en la entrada se comprueban, cada vez con mayor frecuencia, los carnés de los estudiantes y se les obliga a firmar un registro de asistencia[18]. Este «encerramiento», condición de una verdadera especialización, se traduce asimismo en el acondicionamiento de espacios de trabajo. La construcción de la nueva Sorbona (inaugurada en 1889) y de numerosas universidades en provincias, permite la multiplicación de pequeñas salas de seminarios, bibliotecas especializadas (el «laboratorio del historiador», decía Langlois), los lugares de encuentro entre profesores y estudiantes. En esta nueva lógica, la tesis, que anteriormente no era más que un simple ejercicio académico, se convierte en el reto fundamental para todo aspirante a la carrera universitaria. Victor Karady señala que en todas las disciplinas las tesis se hacen más amplias, los estudiantes comienzan a trabajar en ellas a una edad más temprana, pero, como consecuencia de la prolongación del tiempo de preparación, las defienden más tarde. En adelante, afirma Seignobos, «el acto de defensa, incluso abreviado y menos solemne, es una verdadera discusión científica que permite apreciar cómo razona el candidato». A fines de siglo, revistas especializadas empiezan a publicar reseñas de los actos de defensa de tesis, reforzando así la oficialización del jucio de los iguales. La lista de publicaciones, el impulso de revistas especializadas, etc., se convierten en otros tantos criterios de valor científico. A partir

---

[17] *Ibíd.*, pág. 598. Este texto fue escrito antes de la votación de las reformas decisivas de la década de 1890, para presentar al público alemán la evolución de la investigación histórica francesa.

[18] Se cuenta que Lavisse cerraba con llave la puerta al inicio del seminario para desanimar a los curiosos; cfr. W. R. Keylor, *Academy*..., ed. cit., pág. 71.

de 1890, la introducción del sistema alemán de designación de universitarios, por cooptación, refuerza aún más la autonomía de juicio de la que el medio dispone.

La redefinición del saber histórico

En unos veinte años, la función del «historiador» se ha visto radicalmente transformada por la imposición de las normas de un universo profesionalizado[19]. Esta mutación sociológica provoca una revisión completa de la definición de «lo histórico» y de los medios de aprehenderlo. La investigación se basa ya en un *método*. Para justificar la superioridad de los profesionales sobre los amateurs, es necesario —esto es válido en todos los ámbitos— demostrar la necesidad de una técnica codificada en un cuerpo de leyes, accesible sólo tras una larga formación científica. No es una casualidad que los instrumentos fundamentales que definen el nuevo ideal profesional hayan sido importados de Alemania, es decir, del país donde la ruptura que conlleva la profesionalización se ha producido medio siglo antes que en Francia. La pasión de los historiadores «positivistas» por el «método crítico» se debe a esta voluntad de romper totalmente con los historiadores amateurs. De ahí, paradójicamente, el papel esencial atribuido a las «ciencias auxiliares» como fundamento de la nueva historia. La diplomática, la paleografía y sobre todo la filología, son instrumentos de trabajo —perfeccionados ya mucho antes en Alemania, y luego en la Escuela Práctica de Altos Estudios—, tanto más reivindicados cuanto que han demostrado su valor y cuanto que permiten imponer normas científicas indiscutibles[20]. Estas técnicas ocupan un lugar central en la nueva práctica de la historia defendida por Langlois y Seignobos en su célebre obra *Introducción a los estudios históricos*[21]. Este libro, que se convertirá en la «biblia» de varias generaciones de historiadores, divide la nueva práctica profesional en dos momentos muy distintos: el análi-

---

[19] Lo que no significa que en adelante toda la investigación histórica la produzcan los universitarios. De hecho, aún hoy las cuatro quintas partes de los trabajos históricos son producto de «amateurs»; pero la «profesionalización» de la disciplina ha convertido en marginal la actividad de las sociedades culturales.

[20] La Escuela Práctica de Altos Estudios fue fundada por Victor Duruy al final del Segundo Imperio para potenciar la investigación científica en Francia. En ella, G. Monod es nombrado repetidor a la edad de 23 años, y director de estudios, a los 32.

[21] C. V. Langlois y C. Seignobos, *Introduction aux études historiques*, ed. cit. Esta obra es la publicación de un curso impartido durante varios años en la Sorbona.

sis y la síntesis, pero concede prioridad al momento del análisis, entendido como la combinación de los procedimientos críticos aplicados a un documento: crítica «externa», crítica «interna», crítica de «interpretación», etc. Al mismo tiempo, los autores ofrecen un gran número de consejos a los estudiantes de historia: la elección del tema no ha de hacerse al azar, sino en función de la cantidad y la calidad de los documentos. Por eso el marco monográfico se considera como la mejor protección contra el riesgo de «perderse» en las fuentes. Los autores proponen también algunas formas concretas de trabajar. Tomar notas, por ejemplo, no es una tarea tan sencilla como pudiera creerse. Langlois y Seignobos afirman que cuando se trata de la historia científica, ningún historiador digno de este nombre puede ya utilizar los procedimientos «artesanales» de las generaciones anteriores, que se fiaban únicamente de su memoria y no de las notas escritas. «Resultado de ello, la mayoría de sus citas y de sus referencias son inexactas.» Todavía se suele ser muy torpe a la hora de tomar notas. Hay que abandonar el procedimiento, empleado por los «novatos», de acumular notas «una tras otra» en simples cuadernos. «Todo el mundo admite hoy que es conveniente registrar los documentos en fichas. Cada texto se anota en una hoja separada, suelta, provista de indicaciones de procedencia lo más exactas posible.» En efecto, este procedimiento permite reunir fácilmente las fichas y completarlas llegado el caso, con tal de que se las ordene en carpetas para evitar pérdidas. Inmediatamente después, los documentos analizados han de reagruparse en un esfuerzo de síntesis. Para ello la obra de Langlois y Seignobos propone también algunas reglas. Cuando trata de ordenar sus documentos, el historiador elabora un marco de exposición, pero la mayoría de las veces lo hace de forma inconsciente. De ahí la necesidad de elaborar, incluso antes de consultar los documentos, una «cuadrícula» suficientemente amplia para estar seguro de no olvidar nada, y que bastará con empezar a cumplimentar inmediatamente después. Se trata del cuestionario universal, verdadero «andamiaje de la construcción histórica»[22]. Los autores insisten no obstante en la idea de que estos consejos metodológicos no han de hacer olvidar que es ante todo mediante la *práctica del oficio* como el método puede progresar. Sólo los historiadores que se han familiarizado verdaderamente con los documentos «po-

[22] Los elementos detallados de este cuestionario los ofrece C. Seignobos en *La Méthode historique appliquée aux sciences sociales*, ed. cit. Comprenden el estudio de las condiciones materiales, los hábitos intelectuales, las instituciones sociales y públicas y las relaciones entre grupos sociales.

seen nociones intransmisibles que generalmente les posibilitan criticar mejor los nuevos documentos».

La elaboración del nuevo saber histórico ha de apoyarse asimismo en *instrumentos de trabajo*. Entre 1880 y 1914 se realiza una inmensa labor colectiva que permite la puesta a punto de un gran número de instrumentos indispensables para ejercer el oficio de historiador. Victor-Charles Langlois desempeña un papel decisivo en la elaboración de los instrumentos bibliográficos (ámbito en el que Francia llevaba un retraso considerable en relación con Alemania) y de los inventarios de archivos (nacionales, provinciales, municipales, etc.). A ello se añade la multiplicación de las publicaciones de documentos originales, la edición de catálogos, índices y manuales científicos que cubren todos los ámbitos de la historia (y no sólo la Edad Media, como ocurría en el período anterior)[23]. Aparte de estos instrumentos, que se refieren fundamentalmente a la fase preparatoria del trabajo del historiador, se impone entonces definitivamente una nueva herramienta: la revista científica. Al parecer, es al final del Segundo Imperio, con la publicación de la *Revue Critique d'Histoire et de Littérature*, cuando la investigación histórica francesa adopta los primeros rasgos esenciales de las revistas modernas, particularmente la costumbre de publicar reseñas críticas de obras. Para hacer frente a la *Revue des Questions Historiques*, que también adopta las nuevas normas, la *Revue Historique* de Gabriel Monod sistematiza las reglas de la publicación científica, recogiendo el modelo alemán de la *Historische Zeitschrift* (fundada en 1859). La revista se convierte en un instrumento fundamental para la nueva comunidad profesional. En ella pueden encontrarse estudios originales (que ponen en práctica los criterios científicos adoptados por la disciplina) y referencias bibliográficas. La *Revue Historique* garantiza también la relación entre los historiadores dispersos en todo el país (especialmente mediante la difusión de numerosas informaciones sobre la vida de la comunidad). La proliferación de estas revistas históricas de «nuevo estilo» a fines del siglo XIX, demuestra el éxito de esta fórmula[24]. Cuan-

---

[23] Cfr. C. V. Langlois, *Les Archives de l'histoire de France*, Picard, 1891-1892, 2 vols.; del mismo autor, *Manuel de bibliographie historique*, Hachette, 1901-1904; cfr. también, P. Caron, *Répertoire bibliographique de l'histoire de France*, Picard, 1923-1934, 5 vols.

[24] Cada nuevo ámbito de investigación conlleva el surgimiento de una publicación específica. Limitándonos a la historia moderna y contemporánea, citaremos, además de la revista del mismo nombre fundada en 1899, la *Revue du XVIe siècle*, los *Annales révolutionnaires*, el *Bulletin économique de la Révolution française*, la *Revue d'histoire de la Révolution française*, la *Revue de la Révolution de 1848*, la *Revue Bossuet*, la *Revue des études napoléoniennes* y la *Revue d'histoire des doctrines économiques et sociales*.

do se lanza la *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine,* Pierre Caron y Philippe Sagnac discuten explícitamente el modelo de publicaciones defendido por las sociedades culturales, pues, según ellos, una revista debe ser «un instrumento de información y de crítica». Ahora bien, «para que una revista científica pueda tener y conservar un valor real, es necesario que la dirección goce de total libertad en la elección de los artículos y que pueda introducir las modificaciones cuya conveniencia crea demostrada. Éste es difícilmente el caso en el seno de aquellas sociedades en las que ordinariamente sus miembros se creen investidos con un derecho de dirección y de control de las publicaciones y en las que constantemente son necesarias las más lamentables concesiones para evitar susceptibilidades»[25]. La ciencia nueva impone también el establecimiento de una verdadera *organización del trabajo.* Ésta se ha hecho necesaria, en primer lugar, por la multiplicación de los cargos que origina la incesante extensión del campo del saber histórico. Mientras que entre los años 1870-1880 la historia medieval gozaba de primacía, se asiste ahora a un progresivo equilibrio en favor de los otros períodos hoy consagrados: historia «antigua», «moderna» y «contemporánea». Anteriormente, el profesor de universidad era un «generalista» que enseñaba toda la historia, «desde los orígenes hasta nuestros días». En adelante, cada vez está más especializado en un período o en un ámbito reducido. A partir de esta época, la historia política tradicional es vencida por los nuevos temas de investigación que atraen a la juventud, especialmente la historia económica y las «ciencias sociales», que los historiadores tienden a incorporar a su disciplina. En 1914, Louis Halphen afirma que «el campo de los estudios históricos se ha vuelto casi ilimitado [...]. Cada región de la historia se ha provisto de una organización autónoma con su sociedad, sus revistas y su grupo más o menos compacto de científicos especializados»[26]. Si

---

[25] P. Caron y P. Sagnac, *L'état actuel des études d'histoire moderne en France,* ed. cit.

[26] L. Halphen, *L'histoire en France depuis 100 ans,* Armand Colin, 1914, pág. 171. Dado el papel político que desempeñan los historiadores en esta época, tenemos aquí un momento privilegiado para entender la relación entre el trabajo de definición de los nuevos ámbitos de la historia y su traducción institucional en forma de creación de nuevas cátedras, revistas, colecciones, etc. Considerando el reducido número de cátedras de historia creadas en la Sorbona, y el hecho de que sus titulares las ocupan «vitaliciamente», cualquier nueva demarcación del saber histórico que comporta nuevas plazas supone para el especialista del correspondiente ámbito una oportunidad inesperada de acelerar su carrera. La estratégica evolución de Seignobos, que, después de realizar una tesis de historia medieval, se orienta hacia el «método histórico», y que luego intenta anexionar a la historia las «ciencias sociales» para acabar ocupando la cátedra de histo-

a todo ello se añade la importancia que comienza a concederse a toda la fase de preparación del trabajo histórico (publicación de instrumentos de trabajo, profundización de las «ciencias auxiliares», etc.), «el territorio del historiador» se presenta [ya] como un mundo extraordinariamente «desmigajado». Tanto más cuanto que, haciendo de la crítica de archivos el fundamento de su práctica científica, los historiadores se fuerzan a restringir su campo de análisis a minúsculas partes del «territorio». De ahí la importancia atribuida a «la organización de los estudios históricos». Señalando que ésta «todavía se halla en casi todas partes en la infancia», Caron y Sagnac abogan, como ya lo había hecho con fuerza Gabriel Monod un cuarto de siglo antes, por el desarrollo de una verdadera cooperación entre todos los historiadores de un mismo ámbito[27]. Como se ha visto en el capítulo 2, la profesionalización de los historiadores universitarios está acompañada asimismo por la aparición de un nuevo sistema de normas y de valores colectivos que refleja claramente el ideal de ruptura con el mundo de los legos que anima a la nueva comunidad científica. La lectura de las reseñas de tesis defendidas en esta época muestra que el «método histórico» se ha convertido muy rápidamente en el criterio central para evaluar el trabajo de los iguales. En relación con una tesis sobre los «Intendentes bajo el reinado de Luis XIV», la *Revue d'Histoire Moderne et Cotemporaine* escribe: «El acto de defensa ha sido bastante mediocre. El Sr. Lavisse ha objetado al candidato diversos errores de método: el Sr. Godard no ha utilizado un sistema de anotaciones uniformes; sus indicaciones bibliográficas son incompletas o inexactas, a veces las llamadas son erróneas [...]. El Sr. Seignobos cree que el tema, por lo demás muy interesante, era demasiado amplio y que hubiese sido mejor restringirlo.» En algunos puntos, la tesis carece de «suficiente precisión y espíritu crítico». El autor sólo obtiene la calificación de «honorable»[28]*.

---

ria contemporánea, es muy significativa. Como es sabido, algunas cátedras son inicialmente puras creaciones políticas: la cátedra de historia moderna y contemporánea es creada por Rambaud en 1884; la cátedra de Revolución francesa es creada por Aulard en 1886.

[27] P. Caron y P. Sagnac, *L'état actuel...*, ed. cit.

[28] *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, 1901-1902, pág. 702. Tras esta búsqueda de criterios indiscutibles se siente aflorar la angustia de una generación que ya no puede apoyarse en la «tradición» para fundamentar su autoridad. «Desde que ya no existe vulgata escolar alguna de la historia universal, se ha hecho muy difícil decir exactamente qué es conocer la historia y distinguir a quienes la conocen. De ahí la confusión en la que nos encontramos», C. V. Langlois, «Avertissements aux candidats à l'agrégation d'histoire» (alocución de 1901), en *Questions d'histoire et d'enseignement*, Hachette, 1902, págs. 183-184.

* «Reçu sans mention», «Honorable» y «Tres Honorable» son calificaciones empleadas exclusivamente en la evaluación de la tesis de doctorado; podrían corresponder a un «Aprobado», a un «Notable» y a un «Sobresaliente», respectivamente. *[N. del T.]*

Según esta lógica, «trabajar» en historia es asistir a la «producción» de los hechos, estar en contacto directo con «la materia prima». Por el contrario, como señalan también Langlois y Seignobos, «los malos trabajadores, buscando un público menos exigente que el público erudito, se refugian habitualmente en la exposición histórica. Aquí las reglas del método son menos claras, o mejor dicho, menos conocidas». En este terreno todavía hay «buenas oportunidades de impunidad». No podría decirse más claramente que la síntesis, los «trabajos de segunda mano», en una palabra, todo lo que aleja al historiador de sus materiales no elaborados, es sospechoso. En efecto, los divulgadores se conforman con generalizaciones, porque «normalmente esos trabajos son lucrativos». Pero limitándose a resumir «para los demás lo que ellos mismos no se han esforzado en aprender», se ven obligados a proceder deshonestamente multiplicando las «apropiaciones inconfesadas», las «referencias inexactas», las «citas incompletas»[29], etc. El mismo calificativo de «trabajador» connota otra norma esencial del oficio de historiador: *la modestia*. Caron y Sagnac, tras recordar que la historia objetiva no aparece hasta la década de 1870, precisan que a principios de siglo todavía hay muchos historiadores «subjetivos», que consideran «la historia más como un arte que como una ciencia» y que se entregan presuntuosamente a generalizaciones superficiales. «Los historiadores objetivos», en cambio, «ya no intentan levantar inmediatamente amplias síntesis siguiendo la lamentable costumbre de sus antecesores [...] y cuando ofrecen síntesis parciales, es sólo después de numerosos estudios de detalle, y subrayando toda la provisionalidad de su trabajo; las síntesis muy generales sólo se realizan en equipo»[30]. Significativamente, «la objetividad» se considera aquí como una prueba de humildad científica, que implica en sí misma la solidaridad del conjunto de la comunidad de científicos. Es la misma modestia que defienden Langlois y Seignobos cuando expresan su desprecio por «la retórica y el oropel» y se sublevan contra los «microbios literarios» que pululan, demasiado a menudo para su gusto, en los libros de historia. El empleo de la primera persona del plural se impone entonces como una regla que pocas tesis han transgredido hasta hoy, testimoniando el juramento de lealtad que todo historiador debe prestar a la comunidad pasada y presente, si quiere hacerse un lugar en ella. La redefinición del saber histórico a fines del siglo XIX afecta también a *«la epistemología» de la historia*. Las mutaciones de la Universidad francesa han

---

[29] C. V. Langlois y C. Seignobos, *Introduction...*, ed. cit., págs. 115 y 272.
[30] P. Caron y P. Sagnac, *L'état actuel...*, ed. cit.

sido beneficiosas para los historiadores, pero han perjudicado a las disciplinas académicas antes dominantes; especialmente a las letras y a la filosofía. Esta modificación de las relaciones de fuerza en el interior del campo literario provoca muy fuertes polémicas que se exacerban a principios de siglo y que convergen en el cuestionamiento de las pretensiones de cientificidad de la historia. Las críticas «de derechas», orquestadas por los profesores de letras y continuadas por Charles Péguy[31], le reprochan a la nueva historia su culto a la ciencia, su obsesión por la crítica, en detrimento de la calidad estética y de la sensibilidad. Por el contrario, la crítica de «izquierdas», desarrollada por los filósofos-sociólogos, insiste en «el empirismo» de la nueva historia y en la inconsistencia de su argumentación teórica. Desde ese momento, el historiador profesional tiene una nueva tarea que cumplir: defender su corporación justificando su práctica en el nivel «epistemológico»[32]. Será Charles Seignobos quien garantice esta misión en escritos en los que hay que detenerse un poco, pues después se los ha caricaturizado. En una conferencia que tuvo lugar en la *Sociedad francesa de filosofía,* su respuesta a las críticas de Simiand —el más virulento representante de la «epistemología» positivista «naturalista» en la que se apoyan los durkheimianos— muestra inmediatamente que él se sitúa en el nuevo contexto institucional. En una época en la que la universidad forma especialistas, señala Seignobos, una disputa sobre el objeto de la historia no puede ser más «que una diferencia entre dos profesiones: el desacuerdo normal entre un filósofo y un historiador». E inmediatamente subraya la contradicción que en adelante debe afrontar el representante de una disciplina empírica, sin formación filosófica, para elaborar él mismo su «epistemología»: «quiero mantenerme en el terreno práctico, en la medida en que una discusión teórica lo permita, indicando cómo se plantean los problemas prácticos del trabajo histórico, pues son estas condiciones prácticas las que Simiand no ha tenido en cuenta». En la totalidad de la obra sobre las relaciones entre la historia y las ciencias sociales que Seignobos publica en 1901, subyace esta voluntad de determinar las reglas de una «epistemología» práctica de la historia[33]. En primer lugar, hay que subrayar que Seigno-

---

[31] Cfr., por ejemplo, C. Péguy, «Langlois tel qu'on le parle», en *Oeuvres Complètes en prose,* ed. cit., págs. 828-847.

[32] Esta afirmación ha de matizarse. En el capítulo 2 hemos visto que, desde comienzos del siglo XIX, Ranke se había visto en la obligación de defender la investigación histórica empírica contra la filosofía de la historia.

[33] C. Seignobos, *La Méthode historique...,* ed. cit. Ésta es la primera tentativa seria de definir el campo propio de la historia social.

bos no define la disciplina en un sentido estrictamente «positivista». Para él, la historia no es una ciencia, pues, a diferencia de la biología o de la física, no puede establecer leyes. Por otra parte, contrariamente a lo que se ha escrito tan a menudo, Seignobos no trata los hechos como datos. Al contrario, la historia es para él un «conocimiento por huellas». El historiador sólo puede alcanzar los hechos del pasado mediante un «método indirecto por razonamiento», mientras que el especialista de las ciencias exactas trabaja directamente con materiales que tiene ante sí. Para Seignobos, los «hechos» son resultado de una construcción social que el historiador ha de esclarecer mediante sus procedimientos de crítica[34]. Los escritos de los que se ocupa son *símbolos*. «Lo único que los hace útiles son los efectos que producen en el espíritu, las imágenes que despiertan.» Los archivos nos ofrecen únicamente fragmentos de la realidad pasada que «sólo pueden volverse a unir mediante el cemento que procura la imaginación». De ahí que, según él, sea absolutamente necesario comprender las intenciones de los actores de una época determinada. Si se suprimiese esta subjetividad, como pretenden los sociólogos, «la explicación histórica quedaría privada del carácter particular y localizado que le es indispensable para ser histórica». La concepción de la historia desarrollada por Seignobos está enteramente atravesada por la oposición entre lo «visto» (es decir, lo que para él es lo «concreto») y lo «no visto» (es decir, lo «abstracto»), así como por la necesidad de tomar familiares, mediante las «imágenes», las nociones «invisibles» que forman parte cada vez más de la vida cotidiana de todos los ciudadanos: «un Estado, un gobierno, una ley, una institución, nada de esto se ve, son cosas invisibles, «abstracciones», como se dice vulgarmente [...]. La mayoría de los hombres —y con más razón los niños— sólo comprenden verdaderamente lo que ven»[35]. Los progresos de la historia cuantitativa han

[34] Por eso la definición de la historia social como «ciencia auxiliar» de la historia que propone Seignobos —comparable a la función de la filología en relación con los textos antiguos—, no es absurda. En efecto, la crítica de documentos de historia contemporánea depende menos de procedimientos filológicos que de un esclarecimiento de sus condiciones sociológicas de producción; algo que sigue siendo hoy una de las exigencias fundamentales del trabajo histórico. «Todo documento escrito por un funcionario en las formas consagradas adquiere un carácter semimágico; se convierte en documento auténtico» (pág. 35). ¿Cuántos historiadores actuales han reflexionado verdaderamente sobre esta advertencia contra la «magia» del archivo?

[35] «L'enseignement de l'histoire comme instrument d'éducation politique» (1907), reproducido en C. Seignobos, *Études de politique et d'histoire*, ed. cit., pág. 117. Con la «nacionalización» de la sociedad francesa a fines del siglo XIX, la vida social se inscribe

demostrado posteriormente que la «epistemología subjetivista» del acontecimiento singular no podía en ningún caso ser toda la investigación histórica. Pero al mismo tiempo, sus partidarios han caricaturizado la argumentación que Seignobos había esgrimido contra la concepción monista de la «ciencia» de los sociólogos durkheimianos. Ésta es la razón de que en esta argumentación no se haya visto un esbozo de reflexión «epistemológica» conforme a la práctica profesional de los historiadores de esta época. Sin poder insistir sobre este punto, se observará que, en sus estudios sobre la historia, Ernst Cassirer prolonga la argumentación de Seignobos. También él defiende la idea de que la historia es un conocimiento por huellas que tiene necesidad del «procedimiento complicado» que representa la crítica de fuentes. El historiador trabaja con símbolos que «tienen un carácter mucho más inestable e inconsistente que los objetos naturales», pues su sentido se debilita con el tiempo y con la sucesión de generaciones. La tarea fundamental del historiador es, pues, aprender a leer estos símbolos mediante todo un trabajo de interpretación cuyo objetivo es recobrar su sentido inicial. Inmediatamente después ha de esforzarse por «fusionar estos *disjecta membra,* los elementos dispersos del pasado, por sintetizarlos y darles una forma nueva». Por eso, el saber histórico se sitúa «en el campo de la hermenéutica, no en el de la ciencia natural»[36].

---

en un espacio que deja atrás el marco del universo local de las comunidades de antaño. Las relaciones entre individuos dependen cada vez más de lazos indirectos y anónimos, mediados por el derecho. Ésta es la razón fundamental de la irrupción de nociones «abstractas» en la vida cotidiana de todos los ciudadanos, que los republicanos se esfuerzan entonces en hacer concretas por todos los medios, y especialmente mediante la enseñanza de la historia. Esto explica la entera concepción de la historia «acontecimiento» defendida por Seignobos. Los acontecimientos son para él un medio pedagógico para tornar «representables nociones abstractas». Como en gramática, «son ejemplos que permiten ver el funcionamiento del mecanismo general de una sociedad» *(ibid.,* página 112). Si nos cuesta entender los esfuerzos de la primera generación de historiadores republicanos, es porque los datos que en su época eran considerados «abstractos» se nos han vuelto familiares.

[36] Este rasgo fundamental del saber histórico, subraya Cassirer, es enteramente descuidado en las discusiones modernas sobre la historia, demasiado preocupadas por reducirla a la lógica formal de la ciencia «pura». Resumo aquí los análisis de E. Cassirer, en *An Essay on Man,* New Haven, Yale University Press, 1944, págs. 171-206, y del mismo autor, *L'Idée d'histoire, les inédits de Yale et autres écrits d'exil,* Cerf, 1989, sobre todo págs. 51-87.

Una «profesionalización» incompleta

La institucionalización de la historia, la conquista de un objeto y un método específicos, la elaboración de un sistema de valores colectivos, contribuyen poderosamente a crear, por vez primera entre los historiadores, un sentimiento de pertenencia a una misma «comunidad» profesional. El cambio de siglo es ciertamente el momento en el que el consenso sobre las normas del oficio conoce entre ellos su apogeo. Muchos son los esfuerzos que se despliegan entonces para consolidar la sociabilidad, formal o informal[37], del grupo, con el objetivo de seguir reforzando su integración y de ayudarle a hacer frente a sus adversarios. La unidad de la elite de los historiadores franceses se ve favorecida por la homogeneidad de la contratación (debida a la intensificación de la centralización parisiense) vía Escuela Normal, la agregación de historia y la tesis de doctorado (generalmente defendida en la Sorbona)[38]. Los tribunales de concursos, de tesis, y las comisiones de contratación son otras tantas ocasiones para encontrarse, para consolidar las relaciones. Las revistas y las sociedades profesionales constituyen otro factor de integración. En los comités patrocinadores y en las presidencias de honor se encuentran siempre los mismos nombres, el mismo ritual de celebración de las ventajas de las nuevas reformas, pero también críticas más o menos explícitas a sus adversarios. Muy a menudo estas estructuras también son, en efecto, instrumentos de lucha contra las organizaciones académicas, antaño dominantes, pero que paulatinamente han quedado al margen. La *Sociedad de historia moderna*, creada en 1901, se presenta explícitamente como un organismo rival de la *Sociedad de historia contemporánea*, fundada unos diez años antes por los historiadores conservadores. Desde un comienzo, justifica la seriedad de sus intenciones apelando a la calidad de sus miembros fundadores, de los que más de la mitad son universitarios (86 de 159). Hemos de señalar que estos esfuerzos de integración sólo

---

[37] Sobre las vacaciones de verano que reúnen en Arcouest (Côtes-du-Nord) a un gran número de intelectuales en torno al «capitán» Seignobos, cfr. C. Charle, *Les Élites...*, ed. cit., pág. 390.

[38] La intensificación de la centralización universitaria, en un momento en que en otros países de Europa existe más bien una tendencia a la regionalización, es también una consecuencia de la lucha republicana contra los conservadores, más influyentes en provincias. Es éste un importante factor de homogeneidad de la elite de historiadores que no está presente ni en Estados Unidos ni en Alemania.

se dirigen al mundo universitario, pero se extienden a los profesores de instituto (llamados a participar masivamente en las nuevas revistas científicas y en las asociaciones profesionales) y a los estudiantes. Para estos últimos, Lavisse introduce en la Sorbona un ritual que se impondrá posteriormente en el conjunto de las universidades del país: el discurso solemne de apertura de curso, en el que se recuerdan las normas colectivas de la corporación. Es necesario, proclama Lavisse ante la primera promoción de estudiantes especializados en historia, no sólo manifestar deferencia hacia los «maestros», sino también dar prueba de espíritu «corporativo», pues «nosotros formamos» —añade solemnemente— «una verdadera comunidad intelectual»[39]. La creación de la primera asociación de estudiantes de la nueva Universidad es otro elemento que contribuye a esta solidaridad colectiva. Unidos bajo su bandera, conmemorando sus aniversarios en un gran banquete siempre honrado con la presencia paternal de Lavisse, profesores y estudiantes «comulgan en el sentimiento de fundar una línea de enseñanza, de inaugurar una tradición»[40]. Los instrumentos de integración de la comunidad de historiadores forjados por la generación de los «padres fundadores» operan asimismo como potentes factores de su reproducción. Para establecer sólidamente una ciencia nueva no basta, en efecto, con definir su objeto, su método y su organización, también es necesario asentarla en una tradición de investigación propia que pueda ser transmitida de generación en generación. Aparentemente, la «tradición» de la ciencia histórica constituida a fines del siglo XIX no ha resistido la prueba del tiempo. Muy pocos historiadores apelan hoy explícitamente a los principios de aquellos a quienes a menudo se les llama, de forma peyorativa, «historiadores historizantes», «sorbonnards*», «positivistas»... Y sin embargo, tan pronto como se prescinde de la historia de las ideas y se atiende a la historia de las prácticas, se constata inmediatamente que incluso quienes invocan alto y claro a Michelet, siguen escribiendo como lo han prescrito Seignobos y los suyos. Pese a la considerable ampliación de los temas de investigación y de las instituciones donde se practica la disciplina, los criterios esenciales que definen la pertenencia a la «comunidad de historiadores» son los mismos que a fines del siglo XIX: la agregación, el trabajo de archivo y la tesis. La forma de tomar notas (cfr. las sacrosantas «fichas»), el sistema de referencias, la exposición de las fuentes con-

---

[39] W. R. Keylor, *Academy...*, ed. cit., pág. 70.

[40] A. Prost, *Histoire de l'enseignement*, Armand Colin, 1968, pág. 232.

* «Sorbonnards», alumos y profesores de la Sorbona. *[N. del T.]*

sultadas, en una palabra, todo lo que constituye la especificidad de la escritura del historiador, es trivializado desde principios de siglo. Pero léase la tesis del primero que repudió oficialmente el modelo de los padres fundadores: Lucien Febvre. Esta tesis se adecua ya perfectamente a los principios que todo doctorado de historia sigue respetando hoy. Inscrita en un marco monográfico y cronológico riguroso («el Franco Condado bajo el reinado de Felipe II»), la tesis principal comprende 780 páginas, de las que 40 están dedicadas exclusivamente a las fuentes. Éstas son clasificadas según los criterios modernos: una primera parte se refiere a los documentos manuscritos y señala la extensa lista de los archivos consultados (Archivos regionales, municipales, manuscritos de la Biblioteca Nacional, etc.). Contiene ordenadamente la fastidiosa lista de todas las signaturas de las carpetas analizadas. La segunda parte, como debe ser, está dedicada a los impresos y comprende más de 430 referencias bibliográficas[41]. En la misma introducción de su trabajo, Febvre precisa: «en lo que se refiere a nuestras abreviaturas, hemos adoptado siempre que ha sido posible aquellas a las que el *Répertoire méthodique de l'histoire moderne et contemporaine* ha acostumbrado ya a los trabajadores». Añade que las referencias corresponden a la paginación de las revistas o de los repertorios y no a la de las reproducciones. Nos hallamos desde un comienzo en el universo de un «profesional» que ha asimilado perfectamente las lecciones de su maestro Gabriel Monod, al que por lo demás dedica la tesis. El acto de defensa es objeto de numerosas críticas, pero ninguna de ellas se refiere a cuestiones de método[42]. La referencia de Febvre al *Répertoire méthodique* —que debe mucho a la labor realizada por Pierre Caron— ilustra perfectamente el papel que en historia han desempeñado los «instrumentos de trabajo» en la transmisión de la tradición científica. Como ha mostrado Emile Durkheim, la importancia de los inicios en la institucionalización de toda vida social reside en el hecho de que la materia inerte, hasta entonces no organizada, es estructurada, «objetivada», en formas que se convierten inmediatamente en marcos «naturales» de pensamiento para las siguientes

---

[41] La tesis de Seignobos presenta, paradójicamente, un aspecto menos «positivista» que la de Febvre. Defendida a principios de la década de 1880, refleja una época en que las normas del método crítico todavía no están fijadas. Las referencias son aproximativas, la bibliografía es pobre, las fuentes están llenas de lagunas y se las menciona sin someterlas a una verdadera clasificación.

[42] Cfr. L. Febvre, *Philippe II et la Franche-Comté*, H. Champion, 1911, y la reseña aparecida en la *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, noviembre de 1911.

generaciones[43]. El inmenso esfuerzo colectivo de codificación, nomenclatura, clasificación, demarcación de la materia de la historia realizado por la generación «positivista», constituye para los historiadores posteriores un legado asimilado desde las primeras etapas de su aprendizaje, como lo prueba el ejemplo de Lucien Febvre. La misma forma en que se clasifican los archivos en los repertorios habituales es ya una manera de orientar el trabajo histórico. Asimismo, la delimitación de los «ámbitos» o «períodos» de la historia provoca las luchas políticas e intelectuales de fines de siglo, e institucionalizada a través de la creación de las cátedras, determinará la elección misma de los temas de las tesis de muchísimos historiadores posteriores. El control ejercido por la generación de Lavisse y Seignobos sobre el conjunto del mundo escolar, redefiniendo todos los programas, desde los de la escuela primaria hasta los de la agregación, dirigiendo la edición de los manuales y de las grandes colecciones de divulgación, es otro de los elementos esenciales que contribuye a la inculcación de «programas de pensamiento» desde la más temprana edad. Criticando el lado escolar de la agregación, el propio Lucien Febvre dirá más tarde: «tanto los iniciadores como los iniciados sufren necesariamente, en la orientación de su pensamiento, la influencia de los métodos de transmisión a los que han de plegarse»[44]. La segunda gran vía por la que se efectúa la reproducción de las reglas del oficio de historiador es la transmisión del saber a través de la relación maestro-alumno. La generación «positivista» logró controlar el conjunto de las cátedras de historia en la Sorbona. Dada la longevidad de las carreras y la centralización de la vida intelectual francesa, fueron cientos de estudiantes los que durante décadas se formaron en su escuela. La introducción de pequeños seminarios cerrados a fines del siglo XIX constituye un mecanismo esencial en la transmisión de la tradición de la historia. El estudiante ha de frecuentar asiduamente el seminario de su director de tesis. A cambio, se supone que éste ha de ayudar a su discípulo en su carrera. Al mismo tiempo que un saber técnico, el estudiante que aspira a ser aceptado en la comunidad universitaria ha de asimilar rápidamente toda una estrategia, una orientación y un conjunto de normas. Elegir un tema «de interés», saber citar con deferencia a quienes toman las decisiones en

---

[43] Cfr. especialmente E. Durkheim, *Les formes élémentaires de la vie religieuse*, Paris, Alcan, 1912 (Trad. esp.: *Las formas elementales de la vida religiosa*, Buenos Aires, 1968.)

[44] Citado por A. Gérard, «À l'origine du combat des *Annales:* Positivisme historique et système universitaire», en C. O. Carbonnel y G. Livet (dirs.), *Au berceau des Annales*, Instituto de Estudios Políticos de Toulouse, 1983.

las comisiones, programar juiciosamente las etapas de su carrera (primero dar prueba de sus aptitudes en la tesis especializada, luego pasar a obras de síntesis o de «epistemología»), mostrar sutilmente que se «está haciendo cosas nuevas» sin parecer «presuntuoso» discutiendo el saber de los maestros, ser capaz de distinguir entre lo que se puede escribir y lo que sólo se dice en los pasillos, todo esto forma parte del saber indispensable para hacer una carrera rápida. La existencia de marcos de pensamiento y de instrumentos de trabajo que no deben ponerse en cuestión, la necesidad de prestar juramento de lealtad a la comunidad de la que se quiere formar parte, todo esto explica la aparición, desde la «segunda generación», de una rutina que constituye en sí misma un poderoso factor de cohesión del mundo del historiador. La frase de Langlois que hemos introducido a modo de exergo en este capítulo muestra que, desde comienzos de siglo, la generación «metodicista» considera que el paradigma de la «ciencia normal» de la historia está ya en vigor y que en adelante sólo hay que enriquecerlo[45]. Treinta años después, con ocasión del cincuentenario de la *Revue Historique,* Christian Pfister, miembro del Instituto y decano de la Universidad de Estrasburgo, hace la misma observación: «no tenemos ningún programa nuevo que formular»[46]. Antes de sublevarse contra ella, hay que subrayar que esta «rutina» es la condición del progreso científico. Si nuestro conocimiento de la Revolución francesa ha progresado tanto entre 1880 y 1930, es gracias a la división del trabajo impuesta por Alphonse Aulard, quien ha posibilitado la aparición de un gran número de tesis especializadas que han vuelto caducas las precipitadas generalizaciones de un Michelet o de un Taine[47]. Pese a todos los elementos que han contribuido a la constitución de una verdadera co-

---

[45] Esta estabilización del «paradigma» de la «ciencia normal» explica el desarraigo de quienes, en el seno de la nueva generación, están más preocupados por la innovación. Refiriéndose a esta época, Lucien Febvre, que entonces era alumno de la Escuela Normal, evoca «un desencanto, una desilusión total; el amargo sentimiento de que hacer historia, leer historia, [era] ya perder el tiempo», L. Febvre, «Vivre l'histoire», conferencia pronunciada en la Escuela Normal en 1941, reproducida en *Combats pour l'histoire,* ed. cit., pág. 25.

[46] C. Pfister, «Le Cinquantenaire de la *Revue Historique*», en *Histoire et historiens depuis 50 ans,* Alcan, 1927, pág. XVI. Al final de su vida, en una carta dirigida a Ferdinand Lot, también Seignobos considera que en lo que respecta a la reflexión sobre la historia no ha sucedido nada nuevo desde sus tiempos de juventud; cfr. C. Seignobos, «Dernière lettre à Ferdinand Lot», *Revue Historique,* 1953 (la carta está fechada en junio de 1941).

[47] En *La vie de laboratoire,* ed. cit., B. Latour y S. Wooglar han mostrado la importancia de la actividad rutinaria para la propia investigación científica (especialmente pág. 118 y ss.).

munidad profesional de historiadores, hay que señalar que, desde finales del siglo XIX, ésta ha sido debilitada por las profundas contradicciones inherentes a la posición del historiador en el seno del campo intelectual; contradicciones que explican por qué hasta hoy la lucha por la autonomía de la disciplina ha sido un combate incesantemente renovado. Si se toma como referencia el modelo de las «ciencias exactas», la lógica de ruptura arriba descrita hubiera debido conducir a los maestros de la historia «positivista» a consolidar progresivamente un universo científico cada vez más autónomo, es decir, un universo en el que los productores no pueden tener otros clientes más que el resto de los productores con los que compiten, precisamente porque en un universo enteramente «profesionalizado» hay que ser especialista para comprender[48]. En cambio, desde las primeras etapas de la constitución de la «ciencia histórica», es evidente que la voluntad de los historiadores de romper con el público lego está contrabalanceada por aspiraciones de signo contrario[49]. Como observa Alain Corbin, al proyecto historiográfico introducido por Monod en la *Revue Historique* le preocupa la idea de tender «puentes» entre las generaciones, entre las instituciones, entre los individuos[50]. Pese a sus rivalidades con los historiadores conservadores católicos, Monod no duda en rendirles homenaje: «Las Universidades son la más elevada expresión de la ciencia francesa», afirma en 1889[51]. La función social de la historia obliga efectivamente a los historiadores a tomar a su cargo la memoria colectiva del país. Éste era, como hemos visto, el precio del apoyo del poder republicano al proyecto «positivista». No es pues una casualidad que el «manifiesto» de Monod de 1876 concluya con un párrafo que exalta el papel de la historia como instrumento de reconciliación nacional y de movilización patriótica. Investida con una misión educadora sobre el conjunto de los ciudadanos, la historia no puede encerrarse en el mundo de los especialistas. A ello se añade el peso de los compromisos que los reformadores de la Universidad han debido aceptar en la década de 1890. El proyecto de creación, conforme al modelo alemán, de seis o siete grandes universidades, altas esferas del trabajo científico, es modificado a iniciativa del Senado para dar ori-

---

[48] P. Bourdieu, «Le champ scientifique», *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, ed. cit.

[49] La historia no es el único ejemplo que ilustra esta contradicción; cfr. en relación con la filosofía, J. L. Fabiani, *Les philosophes de la République*, Minuit, 1988.

[50] A. Corbin, en C. O. Carbonnel y G. Livet (dirs.), *Au berceau des Annales*, ed. cit., págs. 105 y ss.

[51] G. Monod, «Les études...», *op. cit.*

gen a una quincena de pequeñas facultades (una por distrito universitario). Además, pese a la amplitud de las reformas, el cordón umbilical entre enseñanza secundaria y universidad, legado napoleónico, no se ha roto verdaderamente, como lo demuestra el mantenimiento de la agregación, incluso si ésta ha sido transformada. Todo esto explica por qué las universidades francesas se convirtieron rápidamente en institutos pedagógicos superiores de «profesionalización-profesoralización» de los historiadores[52]. A partir de 1890, las obras publicadas por los historiadores «metodicistas» son cada vez más obras de divulgación (a menudo fruto de los cursos de agregación), libros escolares e historias generales comercialmente rentables, pero contrarias al ideal proclamado anteriormente. Además, si el hecho de que la República reconozca a sus historiadores acrecienta considerablemente el prestigio de su función, este reconocimiento público «se traduce en dinero» básicamente fuera del campo de la disciplina. El estatuto de funcionario y la uniformidad de un sistema universitario estático limitan las perspectivas de carrera (tanto en aspecto de salario como de reconocimiento social), y por ende, el atractivo de la competición y de la emulación dentro del mundo científico. Después de la cátedra de la Sorbona, las perspectivas de éxito social y de satisfacción narcisista se sitúan fuera de la comunidad de historiadores. Como muestra Christophe Charle, la autonomización del campo universitario hace que por lo general, aunque haya excepciones, el historiador ya no ejerza una función pública directamente como político, sino como experto o consejero en los ministerios (cfr. Ernest Lavisse). Asimismo, en algunas ocasiones el prestigio social que a partir de entonces adquiere el historiador, le permite consagrarse posteriormente como escritor. Como en 1889 observa Gabriel Monod a propósito de la Real Acedemia Francesa, ésta «elige a los historiadores por escritores, no por historiadores»[53]. Así, esos mismos que no encontraban palabras lo suficientemente duras para denunciar los trabajos de «segunda mano» y a los «simples escritores» son los primeros en transgredir las reglas que establecieron en su juventud. Sintomáticamente, en sus obras los tér-

[52] A. Gérard, «À l'origine...», *op. cit.* Los universitarios de la época consideran que sólo la preparación de la agregación les exige más de cuatro meses de trabajo por año. Para Seignobos, el mantenimiento de los concursos (se refiere fundamentalmente a la Escuela Normal) es una lamentable concesión al pasado, pues originan «un hábito de trabajo apresurado y superficial, perjudicial para el aprendizaje del trabajo científico», cfr. C. Seignobos, «Le régime de l'enseignement...», *op. cit.*, pág. 149.

[53] G. Monod, «Les études...», *op. cit.*, pág. 590.

minos «trabajadores», «laboratorio», así como las referencias a la «ciencia», son cada vez más escasas. La «síntesis», los trabajos de «generalistas», el «buen estilo» son rehabilitados discretamente[54]. El ideal igualitario defendido al inicio se desmorona rápidamente y lo que a primera vista se presentaba como una opción «científica» —la división del trabajo análisis/síntesis— se convierte desde finales de siglo en una norma de desarrollo cronológico de la carrera y en un principio de dominación en el seno de la disciplina. El tiempo del «análisis» es la «condena de la tesis», esos largos años de trabajo ingrato pasados examinando minuciosamente cientos, incluso miles, de documentos en el anonimato y en la soledad del investigador de fondo. Habiendo pagado así su tributo a la comunidad, a continuación «el historiador-doctor» puede esperar entrar en el estadio de las «síntesis», de la «segunda mano» y de la «divulgación». Tras la división técnica del trabajo se esconde así una división cronológica de las carreras. Pero la mayoría sólo puede aceptarla si existe una movilidad profesional regular que garantice que los «discípulos» reemplazarán a los «maestros». Ahora bien, a los buenos tiempos de finales de siglo en los que se creaban plazas, les sucede una fase de estabilización institucional que durará más de medio siglo. En consecuencia, los nuevos puestos de trabajo universitarios se hacen cada vez más escasos, mientras que los titulares de las cátedras creadas entre 1880 y 1900 las ocupan durante mucho tiempo y el número de candidatos aumenta considerablemente. De este modo, los recién llegados son confinados en los escalones inferiores de la jerarquía, mientras que los «maestros» acumulan honores y responsabilidades en nombre de una «ciencia» que ya no practican. Los elementos de la «crisis» de entreguerras, que darán origen a *Annales*, están ya presentes[55].

[54] Cfr., por ejemplo, L. Halphen, «Le Cinquantenaire de la *Revue Historique*», en *Histoire et historiens...*, ed. cit., pág. 165.

[55] Esta crisis ha sido analizada muy profundamente por O. Dumoulin, *Profession historien, 1919-1939*, Tesis de 3er ciclo, EHESS, 1984 (mecanografiada). Cfr. también G. Noiriel, «Pour une approche subjectiviste du social», *Annales E.S.C.*, 6, diciembre, 1989, págs. 1.435-1.459 (del desafortunado título de este artículo es enteramente responsable la redacción de la revista).

Capítulo 7

El juicio de los iguales

El acto de defensa de tesis en el cambio de siglo

Escrito para una tesis

El candidato lee elocuentemente su tesis
Los codos sobre la mesa, donde vibra un vaso verde,
Dice: "De mis documentos, Señores, se sigue..."
El juez le responde: "Conjeturas, tonterías..."

¡Qué aburrimiento, Dios! ¡Señor, qué aburrimiento!
¡Si, para divertirnos, yo abriese *Combat*,
Si con el dedo cargase de tabaco mi pipa,
Si interrumpiese a Fliche a mitad de una frase!

Pero no, seguiré siendo desesperadamente prudente
Y todo se resolverá muy honorablemente
Pues, aunque sepamos que la calificación miente
Llegaremos hasta el final, según la costumbre.

Marc Bloch, *Soutenance de thèse*, mayo de 1942[1].

La tesis de doctorado es ciertamente el principal instrumento mediante el que la universidad republicana de finales del siglo pasado ha transmitido a las siguientes generaciones las normas y los valores que

[1] Citado por C. Fink, *Marc Bloch, A Life in History*, Cambridge, Canto, 1991, página 283. Este capítulo apareció inicialmente, en forma de artículo, en la sección «Savoir-faire» de la revista *Genèses*, 5, septiembre, 1991, págs. 132-147.

rigen todavía hoy las actividades de investigación en ciencias sociales. Con la creación de un verdadero cuerpo de profesores de universidad, jerarquizado y autónomo, el doctorado se convierte en el título obligatorio para acceder al mundo científico y el acto de defensa, el ritual que hace oficial el «juicio de los iguales», en el momento decisivo en el que la comunidad científica designa por cooptación a quienes considera dignos de ser admitidos en sus filas. El nuevo papel adjudicado al tribunal (compuesto al menos por seis especialistas del área estudiada por el candidato) simboliza la autonomía a la que aspira este nuevo grupo de intelectuales y la confianza que deposita en un nuevo tipo de juicio, el juicio científico, basado en criterios objetivos, independientes de los intereses sociales y políticos. Examinando los informes sobre las tesis defendidas a fines del siglo XIX, determinaremos en primer lugar los criterios que definen en ese momento la excelencia científica. Analizaremos después las contradicciones que, desde esta época, minan el ideal proclamado, intentando distinguir entre los factores coyunturales (estrategia de control del mundo intelectual por parte del poder republicano) y los factores estructurales (el lugar de las ciencias sociales en el campo del saber). Los materiales aquí utilizados son los informes de más de 120 tesis defendidas en las facultades de letras (la mayoría en la Sorbona) entre 1890 y 1901 y conservadas, al parecer un poco al azar, en los Archivos nacionales[2]. En el cambio de siglo, el doctorado todavía no tiene la forma actual. Cada candidato debe preparar dos tesis, una de ellas en latín. El acto de defensa es objeto de dos informes dirigidos al rector del distrito universitario. Uno de ellos, que sintetiza la opinión de los miembros del tribunal, es redactado por el decano de la facultad. El otro incumbe al inspector de enseñanza del distrito universitario donde ha tenido lugar el acto de defensa. La centralización parisiense y la limitación numérica del cuerpo docente hacen que en los tribunales figuren siempre los mismos nombres: Espinas, Janet y Boutroux, en filosofía; Seignobos, Langlois, Lemonnier y Aulard, en historia. Conforme al ritual fijado ya a fines de siglo, el acto de defensa comienza a mediodía con el examen de la tesis latina. Tras media hora de pausa, empieza la lectura de la tesis francesa (generalmente hacia las 15.00 h). Por término medio el ejercicio dura aproximadamente seis horas. Los informes redactados por los inspectores muestran la creciente importancia que el doctorado ha adquirido en la carrera de los docentes de la República. A principios de la década de 1890, todo parece indicar que la posesión de

[2] Archivos nacionales, carpeta F 17 13 249.

este diploma todavía no es un elemento determinante. En uno de sus informes, el inspector elogia incluso el «desinterés» de los candidatos pues, dice, «seguramente saben que el llamado capelo (de doctor) no siempre les sirve de mucho para su carrera. Uno que lo ha llevado en su cabeza es el subordinado de otro que jamás ha aspirado a él, que es más joven y que ha prestado menos servicios que él. Pero éstas son las vicisitudes de la carrera. A menudo parecen lamentables; a veces son inevitables y lo mejor que puede hacerse es que el daño causado, si lo hubiere, sea reparado lo más rápida y lo más completamente posible». Posteriormente este tipo de reflexión se hace menos frecuente y los inspectores concluyen cada vez más asiduamente sus informes, o transmitiendo al rector los «deseos» de los candidatos, o dando su opinión acerca del tipo de cargo que más les convendría[3]. Estos comentarios muestran en qué medida la lógica del sistema escolar napoleónico sigue presente en la política republicana. Lejos de limitarse a servir para la contratación de universitarios, la tesis puede ponerse al servicio, indiferentemente, de las estrategias de promoción en la enseñanza secundaria o superior. La verdadera división sigue siendo la que opone a los centros de provincias a los de la capital[4], como testimonian, por ejemplo, estos comentarios referidos al acto de defensa de un agregado de letras, profesor en Nancy: «sus cualidades, más serias que seductoras, lo clasifican en un buen lugar, pero quizás no en el primero entre los profesores de provincias que tienen la posibilidad de llegar pronto a París. En todo caso, el indiscutible éxito de sus dos tesis no podrá menos de ayudarle en la realización de su deseo». Paulatinamente, sin embargo, se percibe cómo crece la importancia de los puestos universitarios[5]. Tras el acto de defensa de un profesor de historia en Mans, el informe oficial señala que «no tiene el espíritu nece-

---

[3] Por ejemplo: «No se sabe qué desea el Sr. Masson. Nos parece que lo que le convendría sería una cátedra de historia comercial o de historia de Marsella en Marsella, en la Facultad de letras municipal que está en proyecto.» Estos comentarios suelen estar subrayados con lápiz azul por una mano ministerial anónima, lo que demuestra que los informes son consultados cuando se procede a los nombramientos.

[4] A un candidato al que se juzga «oscuro» se lo recomienda para un cargo universitario, con el pretexto de que éste «es un defecto menos grave en una facultad que en un instituto». Inversamente, en relación con un candidato cuyo acto de defensa ha sido brillante, el inspector anota: «aspira a un gran instituto parisiense». Señalemos también que un reducido número de candidatos realiza el doctorado únicamente para poder llegar a ser rector.

[5] Lo que corroboran los trabajos de historia social dedicados a este problema; cfr. especialmente C. Charle, *Naissance des «intellectuels»*, ed. cit., y J. L. Fabiani, *Les philosophes de la République*, ed. cit.

sario para que se le confíe la tarea de formar historiadores o geógrafos en las universidades». Por el contrario, los decanos consideran cada vez más frecuentemente a los candidatos más brillantes como futuros universitarios: «creemos que el Sr. Bréhier puede ser recomendado con seguridad a los directores de la universidad para una cátedra en la enseñanza superior»; «será un excelente reclutamiento para la enseñanza superior» (refiriéndose al historiador Robert Parisot); «parece destinado a la enseñanza superior» (refiriéndose a Philippe Sagnac).

Los fundamentos de la autonomía de juicio

La amalgama, tradicional en Francia, de docencia e investigación es la razón de que la tesis y el acto de defensa tengan como objetivo discernir cualidades de dos órdenes muy diferentes: las que hacen al científico y las que hacen al profesor. Por eso, no puede imaginarse mayor halago que este comentario sobre el acto de defensa de Alfred Baudrillart en 1890: «hay en él un científico y un profesor [...]. Si el científico es casi impecable, el profesor es del todo excelente». Es fundamentalmente en los juicios sobre los trabajos escritos donde se disciernen los criterios que definen, a los ojos del tribunal, las cualidades de un científico. Para ser doctor, ante todo es necesario haber realizado un trabajo de *especialista* que se distancie de los escritos diletantes de los «letrados» de la época anterior. A esto se debe, a mi juicio, la aparición de nuevas normas referidas a la duración de la preparación del doctorado. El hecho de haber redactado apresuradamente la tesis suele considerarse como una prueba de «arribismo» poco compatible con el *éthos* del verdadero científico, necesariamente «desinteresado», «apasionado»... La mayoría de las veces son los normalistas (que generalmente defienden su tesis a una edad más temprana que los demás) quienes se granjean este tipo de reproche. Samuel Chabert, número uno en la agregación de gramática en 1892, profesor del liceo de Clermont-Ferrand y profesor de conferencias en la facultad de letras de la misma ciudad, presenta su tesis a la edad de 29 años, en 1897[6]. Pero, hecho rarísimo en un antiguo alumno de la calle de Ulm, Chabert obtiene sólo un aprobado; lo que se debe, según el inspector, a que ha

[6] En estos informes no siempre se indica la edad y el origen geográfico y social. Así pues, no es posible elaborar estadísticas fiables a partir de esta única fuente. No obstante, parece que en la última década del siglo, por término medio los candidatos defendían su tesis a los 35 años.

hecho su trabajo deprisa y corriendo. «En el doctorado sólo ha visto un medio de llegar a ocupar más rápidamente un cargo en la facultad de Grenoble o en alguna otra. Sólo hace cinco años que es agregado. Tras su concurso ha debido tomarse un tiempo para respirar, para buscar y encontrar sus temas de tesis y lograr su admisión, luego para profundizar en ellos, para ordenar sus notas, para organizar el conjunto, para escribir, para reorganizarlo y para reescribir, pues ha tenido faena[7]; finalmente, para imprimir y esperar su turno. ¡Todo ello en cinco años!» El año siguiente se le reprocha a otro candidato, diplomado en la Escuela Práctica de Altos Estudios, haber defendido su tesis tan sólo tres años después de egresar de la Escuela Normal, cuando «como Luis el Grande, tenía antes fama de alumno laborioso que de distinguido». Para el inspector, ello prueba que «tiene prisa, demasiada prisa por llegar». Los informes subrayan que este comportamiento tiende a generalizarse a fines de siglo: «hoy, muchos candidatos trabajan deprisa, más interesados por conseguir diplomas y por sus posibles consecuencias para su carrera que por ofrecer a la ciencia un trabajo acabado capaz de honrar el nombre del autor». No obstante, la tesis tampoco debe requerir un tiempo de preparación demasiado prolongado; tendencia que se observa fundamentalmente en los becarios y en los provincianos, como en el caso de este agregado de letras, encargado de curso de la Universidad de Poitiers, que emplea más de diez años para redactar su tesis. «Esta prolongada espera», señala el inspector del distrito universitario, «tiene sus riesgos y algunos candidatos han salido tan perjudicados por haber incubado durante tanto tiempo su tesis como los que la han hecho deprisa y corriendo». En opinión de los jueces, uno de los riesgos de una defensa tardía reside en el hecho de que el candidato, superando el promedio de edad, suele ocupar cargos oficiales más importantes. Ahora bien, inevitablemente la universidad juzga tanto el cargo como al candidato. De ahí el riesgo que corre el poder republicano de ver desacreditadas las instituciones que entonces está esforzándose por legitimar. La tesis de un agregado de historia, que procede a su defensa siendo ya inspector y vicerrector en Córcega, es objeto de numerosas críticas. El tribunal considera que en materia de historia el candidato sólo posee «ideas pobres, banales, vagas e incluso falsas». Por sus títulos y por el cargo que ocupa, «al menos debería tener, creemos, un conocimiento general de la historia; pero parece haberle faltado». De ahí el dilema en el que se hallan los

[7] Puesto que el tribunal juzgó insuficiente la primera redacción de la tesis, efectivamente el candidato tuvo que rehacerla en su mayor parte.

miembros del tribunal: o dicen la verdad y desacreditan a la inspección, o mienten y desacreditan a la facultad: «aunque aporte elementos de circunspección a la discusión, es totalmente necesario que la facultad diga lo malo que hay que decir, si es que no quiere ver comprometida su autoridad ante los científicos o incluso ante la gente instruida y de buen gusto»[8]. En nombre de la especialización, el tribunal condena asimismo los temas «demasiado generales» que recuerdan a las disertaciones de la universidad napoleónica[9] y fustiga a los candidatos «toca-todo», como ese geógrafo, autor de una tesis regional, al que se le trata de «doctorcillo» (aprobado), porque en lugar de limitarse a una investigación puramente geográfica, «hace a la vez de geólogo, zoólogo, antropólogo...» careciendo de competencias específicas. En los historiadores, la noción de trabajo especializado está estrechamente relacionada con las exigencias del «método científico». En casi todos los actos de defensa, a los estudiantes se les recuerda sentenciosamente los preceptos del breviario de Langlois y Seignobos[10]. Se pone de relieve la exigencia de «objetividad» que ha de acatar este nuevo científico que es el historiador. Los audaces de la Sorbona llegarán entonces incluso a alentar el espíritu crítico. Así, en relación con un candidato juzgado excesivamente temeroso, el decano señala: «Finalmente parecía como si tuviese demasiado miedo a ofender las doctrinas que él suponía eran las de la Facultad. Pero la Sorbona no conoce más que una sola ortodoxia, la del método científico. Tal como ha dicho el Sr. Lavisse, la historia no debe a nadie, ni siquiera a Colbert, más que la verdad, y el Sr. Masson no ha osado expresar con suficiente franqueza su opinión definitiva sobre el gran ministro.» Cuando los candidatos son clérigos, las reglas del método se aplican con la mayor severidad. El abad Marin, profesor en el colegio de Malgrange (Meurthe-et-Moselle), en uno de los pocos actos de defensa celebrados en la Fa-

[8] Y el autor precisa después: «la facultad debía aprobarlo en razón de su posición. Por ello ha debido tratarlo con mucha prudencia en la sesión pública. En la sala de deliberaciones pudo desahogarse. Decía que la tesis latina sólo había sido aceptada a la tercera. El Sr. Decano se arriesgaba incluso a decir que las tesis y el autor eran de una mediocridad indignante».

[9] En relación con una tesis filosófica titulada «Naturaleza y moralidad», el informante señala: «este título me parece muy vago y muy mal escogido. Me recuerda a cierta tesis defendida en la Sorbona en tiempos antediluvianos, cuando yo era alumno de la Escuela Normal: "Vida y poesía." Entre camaradas preparados ya para una mayor precisión, provocó la burla. Presentíamos la transformación que debían sufrir la ciencia francesa y el doctorado para ganarse el respeto en el extranjero y entre nosotros mismos».

[10] C. V. Langlois y C. Seignobos, *Introduction...*, ed. cit.

cultad de Nancy sólo obtiene la calificación de honorable, pues ha atentado contra el método: «el verdadero método histórico está ausente y también la personalidad», escribe el decano. «El Sr. Marin apenas ha ido más allá de las obras de segunda mano», y añade después: «el juez, Sr. Pariset, que se ha dedicado especialmente a verificar las citas, las llamadas y las referencias, ha observado demasiadas inexactitudes y negligencias». Como vemos, dar prueba de «método» consiste sobre todo en reunir materiales de primera mano. Los candidatos que han descubierto y utilizado una documentación inédita (a menudo gracias a estancias en bibliotecas o en archivos extranjeros) son objeto de los más vivos elogios. La calidad, juzgada excepcional, de la tesis de Alfred Baudrillart se debe al hecho de que ha descubierto en España unas cartas de Felipe V desconocidas hasta entonces. Dominar el método significa también saber realizar la crítica interna y externa de los documentos utilizados. La lectura de los informes de los actos de defensa de tesis y de las reseñas aparecidas en publicaciones como la joven *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, confirma que los criterios metodológicos constituyen el principal fundamento de la «ciencia histórica normal» de esta época, el elemento esencial a partir del que se evalúa la obra del candidato. Pero, contrariamente a lo que en ocasiones se ha dicho sobre el «empirismo» de los historiadores de la Sorbona, el culto al método no significa que el tribunal haga apología del detalle. Al contrario, muy a menudo se critica la tendencia de los candidatos a abundar en hechos insignificantes en detrimento de la comprensión de conjunto. La tesis de Paul Meuriot sobre «las aglomeraciones urbanas en la Europa contemporánea» (1898) es elogiada porque «es la primera vez que en la Sorbona se defiende una tesis de estadística». No obstante, antes de su publicación, el tribunal ha obligado al candidato a suprimir muchas cosas para reducir el volumen de su trabajo, y el día del acto de defensa se le objeta haber incurrido en una yuxtaposición de datos, por lo que «las conclusiones generales no se siguen». Funck-Brentano corre la misma suerte. También él ha debido suprimir numerosos pasajes considerados superfluos. A pesar de ello, el libro (que cuenta 741 páginas) «todavía tiene el defecto capital de ser demasiado largo, denso y lleno de cosas inútiles»; ello le cuesta finalmente la calificación de «muy honorable». Desde esta época, ya no son las tesis más voluminosas las que procuran el mayor reconocimiento. Ciertamente, un historiador de provincias que se ha pasado nueve años con su trabajo es felicitado por su entusiasmo en la labor, pero se le considera más un «escrupuloso trabajador del archivo» que un verdadero científico: «es un erudito antes que un historiador, un

investigador hábil y afortunado cuyos hallazgos sabrán aprovechar sobre todo quienes los apliquen más hábilmente». Tanto como la utilización y la crítica de fuentes de primera mano, la elección del tema y la capacidad para renovar un aspecto del saber histórico se consideran cualidades esenciales. El acto de defensa, en octubre de 1898, de Philippe Sagnac (normalista, agregado de historia y licenciado en derecho) se presenta en este sentido como una especie de apoteosis. No sólo el tema es nuevo —«la legislación civil de la Revolución francesa»—, también el modo de tratarlo se juzga muy innovador[11]. Es un «ensayo de historia social de la Revolución. Era un gran proyecto, nuevo y difícil a la vez: nuevo, porque los esbozos de historia del derecho civil de la Revolución anteriores al Sr. Sagnac carecían de valor histórico; difícil, porque la materia era inmensa y compleja [...]. Es un muy buen ejemplo de aplicación del método histórico a una cuestión que hasta ahora había sido excluida de la historia de Francia». A ello se añade un perfecto dominio del método. «La investigación y la selección de los documentos (salvo una o dos omisiones) se han considerado irreprochables. La crítica externa e interna de las fuentes se ha realizado si no de forma totalmente exitosa, sí al menos con inteligencia y celo»; en una palabra, como vuelve a subrayar el decano Croiset, «el método es perfectamente histórico y los resultados son nuevos, útiles. En adelante ya no se podrá tratar ningún aspecto de la historia social de la Revolución sin recurrir al libro del Sr. Sagnac, que hará época y marcará un progreso en esta historia».

Si la tesis escrita da a conocer al científico, el acto de defensa ha de dar a conocer al profesor. Los juicios de los inspectores intervienen sobre todo en este plano. El dominio de la lengua francesa es aquí un elemento determinante. De este modo, se nos da a conocer que existe una forma de hablar propia de los grandes científicos; un «tono científico y objetivo», como apunta la reseña de un acto de defensa de

[11] El criterio de originalidad del tema o el de renovación de un problema es aún más importante en disciplinas como la filosofía, donde las exigencias de «método» no son tan claras. En la tesis de Henri Berr el tribunal admira sus «análisis personales y originales» y en la de Adolphe Landry, de 1901, «la valiosa e inhabitual familiaridad con los trabajos económicos extranjeros más recientes, sobre todo alemanes». No obstante, esta preocupación por la novedad no sobrepasa ciertos límites. Así, el tribunal se irrita con Léo Claretie, «tan entusiasmado por lo moderno que su lugar sería el periodismo antes que una cátedra». Asimismo, la única objeción elevada contra Sagnac, como contra toda esta generación de historiadores normalistas influidos por el marxismo, se refiere a sus «discutibles y queridas teorías».

tesis. A los autores de las tesis más comentadas se les felicita casi siempre por su elocuencia. En relación con Edmond Goblot, el inspector señala: «si bien se expresaba un poco lentamente, en esta misma lentitud se percibía un esfuerzo de reflexión que confería a su palabra una gran autoridad [...]. La elegancia y la claridad de su palabra han contribuido considerablemente a la calificación de Muy Honorable». Asimismo en el caso de Célestin Bouglé, el informe precisa que está dotado de una «muy segura y sólida competencia en materia de sociología y de un verdadero talento para la exposición filosófica [...]. Tiene mucha facilidad de palabra, que es también muy original, rica en elocuentes imágenes familiares». En el acto de defensa de tesis, Philippe Sagnac «ha probado sus excepcionales cualidades como profesor; su elocución es fácil, su expresión es clara, precisa, justa, segura».

El retorno de lo político

Al leer estos informes, se derrumba inmediatamente el ideal republicano de una ciencia objetiva y neutra, de una ciencia producida por una comunidad de científicos que elabora con total independencia los criterios de lo verdadero y de la excelencia profesional, precisamente porque la Tercera República no ha logrado desprenderse enteramente del legado napoleónico y porque en el acto de defensa de tesis, al mismo tiempo que se evalúa al científico, debe evaluarse también al profesor. Pero las interferencias docencia/investigación están lejos de ser el único factor que mina el ideal de autonomía del mundo científico. Puesta en la calle por la comunidad científica, la política vuelve a colarse por la ventana. Para el nuevo poder, cada acto de defensa representa una ocasión para demostrar la superioridad de la República sobre sus enemigos, muy especialmente cuando los candidatos son clérigos. Los informes sobre la tesis del abad de Gallery de la Servière, defendida en Poitiers en 1900, prueban a la vez el prestigio que el nuevo doctorado ha adquirido entre el público, incluso en provincias, y la importancia de los intereses políticos que lo rodean: «como usted mismo ha podido juzgar», escribe el inspector al rector, «el examen de doctorado ha apasionado al público de estudiantes y de aficionados al estudio de nuestra ciudad. Sin duda una de las causas es la rareza misma de la prueba. Desde 1846, es tan sólo la segunda vez que a la Facultad se le ha encomendado dar el título de doctor y

el último acto de defensa se remonta al mes de diciembre de 1886. Pero lo que aumenta el interés del acto del 28 de abril es que el candidato es un jesuita que se presenta con dos tesis cuyos protagonistas pertenecen a su orden y que plantean problemas de historia y de pedagogía que son más actuales que nunca: el de las relaciones entre Iglesia y Estado; el de los métodos de enseñanza y educación favorecidos bajo el Antiguo Régimen [...]. Los 300 oyentes que han asistido a esta competición entre los universitarios y un distinguido representante de la Compañía de Jesús se han llevado la mejor impresión». Esta cita demuestra el prestigio del nuevo título en toda Francia, siendo la mejor prueba del triunfo de la universidad republicana el que un número cada vez mayor de clérigos sean candidatos al doctorado. Obligados a jugar en «terreno contrario», los representantes de la Iglesia no tienen ninguna posibilidad de hacer un buen tanteo. Si bien los dirigentes republicanos se ven forzados, casi siempre a regañadientes, a otorgarles el título de doctor, aprovechan ampliamente el acto de defensa para desacreditarlos. Por lo general, se los describe quitándoles mérito, como en el caso del abad Laffay, ex alumno del Instituto Católico de Toulouse, quien, según el inspector, «responde con la vivacidad del sectario contenido por la prudencia del candidato». Es entre ellos entre quienes se cuenta, y con mucho, el mayor número de aprobados, lo que para los informantes es prueba de su inferioridad. No obstante, este ensañamiento delata el miedo a que la Republica pueda perder prestigio en público. El impacto político de algunos actos de defensa preocupa vivamente a las más altas instancias del gobierno. En las escasas ocasiones en que la República no ha salido favorecida, es el propio ministro de Instrucción pública el que exige un informe. Es el caso del acto de defensa del abad Bertrin, agregado de letras, profesor en el Instituto Católico de París, que en 1900 presenta una tesis sobre «la sinceridad religiosa en Chateaubriand». El informe del inspector es de una extensión inhabitual (6 páginas en lugar de una y media). La descripción de los abundantes incidentes que han rodeado el acto ilustra el papel que representa el público en estas circunstancias. La «relativa gravedad [de estos incidentes] se debe a la presencia de un gran número de sacerdotes, jóvenes en su mayoría, que no disimulaban sus impresiones». Cuando un miembro del tribunal sale en defensa de Sainte-Beuve, la sala lo reprueba entre murmullos; pero cuando su colega sale en defensa del candidato se produce una explosión de «gozo triunfante». Los esfuerzos del inspector por minimizar el incidente confirman el impacto del acontecimiento. Si el abad Bertrin «a veces ha *parecido* (cursiva en el texto) superior, esto no era más que

apariencia, a la que su habilidad y su aplomo daban visos de realidad»[12].

La política sale también a la palestra de la Universidad en los actos de defensa de candidatos socialistas. El mejor ejemplo es el de Charles Andler, entonces profesor de conferencias en la Escuela Normal, que a la edad de 31 años defiende su tesis sobre «los orígenes del socialismo en Alemania» (junio de 1897). Como en el caso de los actos de defensa de clérigos, la cuestión del público es un dato fundamental: «Se sabía desde el comienzo que era día de un gran acto de defensa. La sala estaba llena incluso en la lectura de la tesis latina, aunque el tema estuviese lejos de ser seductor. En la sala se podía ver al portavoz del socialismo parlamentario, el Sr. Jaurès. Alrededor del tribunal se apiñaban los profesores no convocados y otras personalidades de fuera. Como en el caso del Sr. Izoulet, el auditorio estaba compuesto de amigos que con sus aplausos —inmediatamente reprimidos por el Sr. Decano— aclamaban cualquier declaración de tinte socialista. Al hacerse público el resultado (la calificación de Muy Honorable), triple salva de aplausos que el Sr. Decano ya no encontró forma de parar.» La prensa refuerza el impacto del acontecimiento. El expediente Andler incluye así recortes del *Journal des Débats,* del *Soleil* e incluso del *Temps,* que dedican varias columnas al acto de defensa. Aunque los informantes oficiales, como buenos representantes de la República moderada, sean contrarios a las tesis defendidas por el candidato, aquí el intento de descrédito es mucho más difícil que en el caso de los clérigos. En efecto, los estudiantes socialistas son el producto mismo del modelo republicano, alumnos de la Escuela Normal, estudiantes de la nueva Sorbona. Además defienden sus ideas en nombre de la «ciencia», es decir, en nombre de los ideales de los que la propia República se ha servido para asegurarse su legitimidad. De ahí la mezcla de halagos y de críticas veladas que emanan de los informes oficiales. Según el inspector, Andler forma parte de «esa escuela de jóvenes críticos a la que pertenecen el Sr. Salomon Reinach, el Sr. Lucien Herr y muchos otros, que guillotinan a un hombre en un dos por tres». Y añade: «sus ideas heteróclitas le han impedido ser agregado de filosofía»; por eso

[12] El problema de la tesis latina tiene también como telón de fondo esta oposición entre laicos y clérigos. Los informes muestran que éste es el único ámbito en el que sobresalen los clérigos, mientras que para los candidatos salidos de la escuela republicana, redactar su primera tesis en latín es una «faena», a menudo hecha deprisa y corriendo. Desde antes de la reforma de 1902, la tesis francesa constituye el principal objetivo del acto de defensa.

ocupa ahora «un cargo que seguramente no está a la altura de sus capacidades». Si bien admite que «el Sr. Andler —después del Sr. Basch, del Sr. René Worms y del Sr. Durckheim *(sic)*— ha presentado muy brillantemente y con mucho talento, en un debate científico, la ciencia nueva de la que nuestros padres se habrían sorprendido tanto como Luis XIV ante los ferrocarriles y los automóviles», se apresura a añadir que «el Sr. Boutroux ha señalado magistralmente la villanía del socialismo moderno» y que el debate no ha podido conducirse hasta el final, puesto que la simple palabra «socialismo» provocaba vivas en la sala «y si se hubiese dicho que los socialistas de hoy son unos canallas, nos hubiéramos expuesto al abucheo».

Si no restringimos la definición de lo «político» a las justas que enfrentan a los representantes de los partidos en liza y la entendemos en su sentido más amplio, como relación de poder, de las reseñas oficiales sobre los actos de defensa de tesis pueden extraerse otras informaciones importantes. Tras los criterios aducidos en los juicios, se oculta toda una serie de normas cuyo objetivo es inculcar a la elite del mundo universitario la docilidad que la República espera de aquéllos a quienes paga. A este respecto he podido distinguir dos tipos de comentarios: los que se refieren a las «maneras» y los referidos al «carácter» de los candidatos. Los comentarios sobre las «maneras» —centrados generalmente en la *héxis* corporal y en la palabra— muestran que el acto de defensa de tesis constituye efectivamente un instrumento eficaz de integración nacional en manos de la República[13]. El buen candidato es aquel que tiene buenas maneras; como este agregado de filosofía, «hombre honesto, convencido, sincero y serio que dice con franqueza lo que piensa y sin afectación», o aquel profesor de conferencias llegado de Toulouse que, sin necesidad de apelar «ni a la Escuela Normal, ni a la Sorbona», es una persona «bien educada, lo que no es tan frecuente, y ha mostrado tener tacto». De este modo, resulta evidente que lo que se juzga es el origen nacional, geográfico y social del candidato. Alfred Baudrillart, parisiense, francés de pura cepa e hijo de académico tiene «facilidad de palabra, que es segura, viva; argumenta con habilidad, tiene sangre fría y decisión». Obtiene la calificación de «muy honorable por unanimidad del tribunal». Los hijos de las clases populares, que la República pretende promover, son casi siempre desacreditados debido a su origen social. Así, un hijo de un agricultor-propietario es descrito como «un buen muchacho nada dis-

[13] Es decir, un instrumento de asimilación de las normas y de los valores de la burguesía parisiense que controla el Estado nacional.

tinguido, al que sería muy fácil confundir con un suboficial alemán». De las 21 tesis defendidas ese año, la suya es la única que sólo merece un aprobado. Lo mismo sucede en el caso de los provincianos: a un agregado de letras llegado de Lille se le atribuye una «palabra vacilante, confusa, [que] en algunos momentos ha producido un efecto lamentable» (subrayado en azul por una mano anónima del ministerio). En el caso del hijo de un tendero del Norte se insiste en lo mismo: «su voz desentona ya un poco con su agradable exterior: es común, quizás debido a su acento regional». Lo mismo se dice de un candidato del Sudoeste, que encima es abad: «su fisonomía es poco agraciada, su palabra, medio tosca». El igualitarismo republicano sirve también de tapadera para todos los prejuicios sobre los «temperamentos» provincianos. Según el inspector, cierto agregado de historia, hijo de un subinspector de correos, «aqueja su origen gascón. Es vivo, de palabra fácil y animada; pero es descarado, quita la palabra a sus jueces, les habla de igual a igual [...]. La cortesía de un gascón no puede ser la de un flamenco o la de un oriundo del Franco Condado». En el caso de los alsacianos, los prejuicios nacionalistas se añaden al desprecio parisiense por la provincia. Dada la reputación intelectual de la que ya goza, Charles Andler no puede sino estar dotado, según el inspector, de una palabra «fácil». No obstante, comparado con los comentarios ditirámbicos con los que se obsequia a sus compañeros de la Escuela Normal, este cumplido resulta un tanto amargo: su palabra se considera «nerviosa, desigual, apagándose a veces al final de las frases [...]. Aunque alsaciano, del acento germánico de la región no tiene más que un detalle sin importancia: pronuncia las e mudas al modo alemán, dándoles ese valor exagerado contrario al acento francés». En relación con Funck-Brentano, de origen luxemburgués, archivero-paleógrafo, lo que agrava su caso, el informe es más severo: se le acusa de «una retórica hoy fuera de uso», que el decano califica incluso irónicamente de «retórica belga». Muchos informes reflejan también un sexismo que se exhibe entonces con toda sinceridad: «en vano son las tesis y las defensas de gramática tremendamente áridas, pues siguen teniendo su público, sin duda menos numeroso que otros, pero selecto, a juzgar por la apariencia. Hemos contado trece señoras, algunas de las cuales ni siquera tenían la excusa de ser feas y viejas. Era un placer ver esas caras lozanas con sus vestidos claros y flamantes; ¿pero qué pintaban aquí? Tiene un pase en el caso de Fedra, ¡pero cuando se trata del uso del modo optativo en griego! Y sin embargo esas caras lozanas han aguantado hasta el final. ¿Es que no tenían en sus casas ningún calcetín que zurcir, ningún cacharro que

poner al fuego o ninguna galletita que comer en *chez Colombin* a las *five o'clock?*»[14].

Prácticamente todos los informes oficiales contienen comentarios referidos a la «modestia» de los candidatos. Esta obsesión puede considerarse como un reflejo de la coyuntura política. Muchos de los republicanos llegados recientemente al poder pertenecen a esas «nuevas capas» caras a Gambetta que conservan el recuerdo del desprecio en el que las sumían las familias ilustres. Por otra parte, en un momento en el que hay que empezar a formar desde cero el nuevo cuerpo de los universitarios asalariados de la República, cultivar el ideal de la «modestia» es también una forma de inculcar a los futuros profesores el sentido del respeto a la autoridad, quizás para calmar por adelantado la impaciencia profesional de los recién ascendidos, evitándoles así la angustia del desencanto propensa a la sublevación. Para desacreditar a los clérigos se utiliza este argumento: «el candidado no es nada tímido; quizás ni siquiera lo bastante modesto». Inversamente, una mala tesis puede subsanarse con una actitud humilde en el ejercicio oral: el escrupuloso trabajador del archivo provincial mencionado anteriormente, al que se considera «un erudito antes que un historiador», obtiene sin embargo la calificación de «honorable», pues «su modestia, su absoluta falta de pretensión, le han granjeado las simpatías de sus jueces». El criterio de modestia interviene para juzgar el estilo (escrito y oral) del candidato. Se denuncia a quienes «abusan de ciertos términos pedantes, que gozan de demasiada consideración entre nuestros colegas vecinos», o a quienes tienen «hábitos lingüísticos que hacen insoportable la palabra de tantas personas y, en particular, de varios miembros de la Facultad»[15]. Inversamente, se felicita a los candidatos que tienen el buen gusto de elegir temas que no están por encima de sus posibilidades, pues de ese modo reconocen los límites que les ha impuesto la sociedad y «la naturaleza». Mientras que las tesis preparadas con demasiada prisa revelan candidatos presuntuosos que creen

---

[14] Estos informes oficiales no son antisemitas, pero evocan el antisemitismo de una parte del cuerpo universitario. Así, en relación con el acto de defensa de tesis de un agregado de letras, profesor del liceo Carlomagno, el inspector escribe: «es un letrado sutil y espiritual. Esto no agradará al clan ortodoxo de antisemitas; se dice que está circuncidado y ha dedicado su tesis francesa "al poeta Eugène Manuel"».

[15] Esta crítica, hecha por un inspector formado en la vieja Sorbona, es como un eco de las luchas que enfrentan entonces a los «antiguos» y a los «modernos» en el seno mismo de la Universidad. En ello puede verse también un elemento estructural de división interna entre los representantes de las disciplinas «teóricas», partidarios del lenguaje «abstracto», y los de las disciplinas «empíricas», partidarios del lenguaje «concreto».

saber antes de haber aprendido y a los que por tanto, como se dice, hay que «poner en su lugar», cierto candidato es elogiado por su «modesta paciencia, verdaderamente digna de un historiador, con la que ha aguardado treinta años hasta que su obra, prácticamente la obra de toda una vida, fuese completa, definitiva, en la medida en que pueda serlo una obra histórica». Hay otro juicio de valor recurrente en los informes oficiales: la preocupación por la «sinceridad». Más que una concesión coyuntural al psicologismo reinante, esta preocupación refleja los imperativos sociales de este período en el que se forma la primera generación de funcionarios republicanos. En su mayoría, éstos son recién llegados que todavía no han interiorizado las normas y las obligaciones de la nueva función pública. Detectar su sinceridad es una forma de comprobar su lealtad al nuevo régimen. En términos más generales, este «subjetivismo» es un legado de la mentalidad preburocrática de la época en la que imperaban las relaciones «cara a cara», basadas en el conocimiento directo entre los individuos, en las relaciones de persona a persona, en la reputación. Puesto que la objetivación de las identidades personales (vía documentos de identidad o «expedientes» administrativos) todavía es débil, el tribunal y los informantes atribuyen gran importancia a todos aquellos elementos del comportamiento que pueden interpretarse como un «signo». Un siglo después de Lavater, siguen siendo categorías «fisonómicas» las que sirven como principio de identificación de los individuos. En este sentido, la «sinceridad» de un candidato reside en la coherencia general entre su aspecto físico y su «carácter». Esto es lo que explica, a mi juicio, el lugar desmesurado (para la consideración actual) que estos informes conceden a las descripciones de las rasgos físicos de los candidatos. Así se nos dice que cierto agregado, «nacido en Bélgica en 1862, por su tez moruna parece un mestizo español»; que tal otro «tiene un cuerpo bastante hermoso aunque poca inteligencia, y una voz nasalizada que recuerda a la de la capilla Sixtina». Otro candidato, «con su larga y abundante barba, con su cuerpo rudo, tiene el aspecto de un yanqui. Lo caracterizan dos ojos que miran fijamente y que sin embargo se mueven constantemente». En los buenos candidatos, el físico armoniza con el resto. Si, como hemos visto, un científico se reconoce por el timbre de voz, también llama la atención por su físico. A cierto agregado de letras, profesor del liceo Carlomagno, se le atribuye una «cabeza de científico, calvo y con gafas, con buena voz, gruesa y nítida, y una palabra de profesor experimentado». Paulin Malapert, profesor de filosofía en el colegio Rollin, se caracteriza por la «fisonomía honesta, la actitud modesta pero sin timidez, el tono simple y jus-

to [que] inspiran aprecio; su evidente sinceridad toca». Asimismo, su colega, agregado de historia, «habla con una elegancia natural, distinguida, en perfecta armonía con su delicada fisonomía». La misma lógica de pensamiento está presente, invertida, en las descripciones cuyo objetivo es desacreditar a los candidatos eclesiásticos: «Las frases, las expresiones impropias de la tesis, [...] éstos son precisamente los defectos que podían adivinarse por su aspecto externo», subraya el inspector en relación con uno de ellos. Asimismo, el abad Bertrin, mencionado anteriormente, «no es uno más. Su fisonomía es la de un hombre aún más enérgico que inteligente y tan astuto como enérgico. Tiene una actitud tan elegante, una voz tan acariciadora que lograría engañar, si no fuese porque a veces un gesto, una entonación más dura, delatan un espíritu intransigente y un carácter apasionado». A esta misma lógica de identificación por conocimiento directo de los individuos se debe el lugar que ocupa en los informes la cuestión de las «reputaciones» y de las «relaciones sociales». Los informes del inspector del distrito universitario de París están plagados de anécdotas que muestran que conoce personalmente a un gran número de candidatos: Léo Claretie «es primo del Sr. Jules Claretie, su colega de la Academia Francesa», escribe al rector. Cierto candidato cuyo acto de defensa ha sido mediocre, «en la Escuela Normal, como Luis el Grande, tenía antes fama de alumno laborioso que de distinguido», etc.

La indefendible defensa

La imposibilidad de alcanzar el proclamado ideal de un juicio científico «objetivo» se manifiesta en las polémicas sobre la atribución de calificaciones, que durante todo el período estudiado reaparece como un *leitmotiv*. Para discernir entre los buenos y los no tan buenos «científicos», el fallo del tribunal ha sido jerarquizado: desde el nivel más bajo (aprobado) hasta el nivel más elevado (calificación de muy honorable), pasando por el escalón intermedio (honorable). Pero estos principios nunca se aplicarán verdaderamente. La inspección no deja de recriminar la culpable indulgencia que demuestra la Facultad. En efecto, en la práctica sólo se dan dos calificaciones: «honorable» y «muy honorable». En junio de 1897 por ejemplo, de unos veinte actos de defensa celebrados desde octubre en la Sorbona, sólo un candidato obtiene un aprobado. Cuando el tribunal da «prueba de heroísmo», según la expresión misma del inspector, denegando la nota, el candidato lo toma como una «injuria casi suprema». Asimismo, quie-

nes sólo obtienen la calificación de «honorable» suelen considerarse infravalorados. «El candidato ha confesado a uno de sus jueces que se sentía humillado por no haber obtenido la calificación de Muy Honorable.» Para la inspección académica, la clemencia del tribunal es una forma de cobardía de los universitarios: «es verdaderamente lamentable ver a un gran cuerpo como la Facultad de Letras equivocarse en este punto y obstinadamente». Así, la jerarquía de las valoraciones se deja de lado y el tribunal que quiere manifestar su particular aprecio hacia un candidato se ve obligado a idear nuevas formas de distinción. En el acto de defensa de Baudrillart, «la facultad ha encontrado un medio de dar a los candidatos de los que se siente extraordinariamente satisfecha más que la calificación tan imprecisa de la unanimidad de sus votos, concediéndole «Muy Honorable "por aclamación"» (lo que significa que la calificación se da por unanimidad y sin deliberación). Distinción inusual, según el inspector, que hasta entonces sólo han obtenido Pierre Janet, Lyon y Bergson. Finalmente, la inspección académica acaba aconsejando al ministerio que abandone el sistema de calificaciones, considerado «artificial y que conduce a verdaderas injusticias».

La razón fundamental de este fracaso de la universidad republicana a la hora de imponer normas estrictas de juicio científico reside, creo, en el doble sistema de conferir carácter oficial al título de doctor introducido en esta época. Todo candidato debe superar dos obstáculos para satisfacer las exigencias de la prueba. En primer lugar, tiene que obtener de la facultad un permiso especial. Éste le permite presentarse inmediatamente al acto de defensa, pero también imprimir su tesis, que así pasa de ser una obra «privada» (el manuscrito) a una obra publicada. Al concederle la impresión, la facultad se pronuncia ya sobre el trabajo del candidato. No obstante, el título sólo puede otorgarse tras el acto público de defensa. Hemos visto las razones políticas que, para el poder republicano, hacían necesaria la intervención del público. Los informes demuestran perfectamente que cuantos más espectadores asisten, más personas ilustres hay entre ellos y más importancia adquiere el acto de defensa; estos elementos constituyen incluso un signo de la valía del candidato[16]. Mientras que la política universitaria de la República se ha construido sobre la idea de la objetividad de la ciencia, es decir, de una ruptura con el mundo de los legos, esta

[16] En relación con un acto de defensa calificado de «brillante», una reseña afirma que se ha desarrollado «en medio de un público cuya afluencia ha estado justificada por el interés del tema y por el talento del candidato», cfr. *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, 3, 1901-1902, pág. 703.

misma República convierte al público en el juez supremo de la entera actividad del mundo científico. De hecho, el permiso previo de la facultad opera como una censura: su objetivo es evitar que el día del acto de defensa se produzca cualquier «resbalón» contrario a los intereses de la República. En estas circunstancias, se entiende la razón fundamental de la clemencia del tribunal cuando está frente al público. Ese día, en efecto, la institución se juzga antes a sí misma que al candidato. Cuando un candidato es objeto de vivas críticas, el inspector nunca desaprovecha la ocasión de enfrentarse con la facultad. En relación con un acto de defensa que ha puesto de manifiesto la mala elección de un tema, por ejemplo, el inspector pregunta por qué la facultad ha permitido que el candidato elija de ese modo y por qué ha dado su acuerdo para la celebración del acto de defensa. Efectivamente, el permiso de la facultad es, «al menos a los ojos del público, una especie de garantía y de aprobación si no de todos los detalles, sí al menos del fondo. El doctorado, creo, no es un examen como los demás: el simple hecho de que haya habido una lectura previa de la tesis supone que se ha dado y se ha seguido unos consejos». Más allá de la institución, quienes ese día se sientan en el banquillo son los que la dirigen. Evaluar los méritos de un candidato es siempre hacer una valoración de su profesor o de su «maestro»[17]. Según los inspectores, una de las razones de la tendencia a evaluar alto reside en la composición del tribunal, en el que prevalecen los especialistas: «ellos hacen la ley. Ahora bien, o son muy severos, lo que es rarísimo, o muy indulgentes, muy favorables, lo que sucede ordinariamente. ¿Cómo no iba a ser así? Tienen ante sí a un hombre que cultiva su ciencia con evidente buena voluntad y eso los halaga». En efecto, dado el reducido número de doctorandos y la división del trabajo científico, generalmente los especialistas conocen a los candidatos, que prácticamente han sido alumnos suyos, lo que refuerza la propensión a la indulgencia. En este período fundacional, el día del acto de defensa se juzga también la eficacia de la nueva Sorbona. En 1901, en uno de sus informes, el decano Croiset —uno de los pilares de la institución republicana— deja traslucir su satisfacción por la obra realizada: «de la tesis francesa del Sr. Paul Mantouchet sobre el Convencional Philippeaux* puede

[17] En este fin de siglo, cuando todavía no existe la figura del director oficial de tesis, es la dedicatoria al «maestro» la que confiere carácter oficial tanto al juramento de lealtad como al apoyo con el que se ha contado.

* «Les conventionnels» es el nombre que reciben los miembros de la *Convention nationale* (1792-1795).

decirse, quizás con mayor razón que de ninguna otra tesis, que es verdaderamente un trabajo de estudiante de Universidad. El autor seguía nuestras clases prácticas cuando eligió libremente este tema para ejercitarse en la aplicación del método histórico». Tras su «Diploma de estudios», «sin seguimiento ni tutela, desarrolla completamente su trabajo en forma de tesis de Doctorado; y cuando le di el permiso de impresión, no tuve que pedirle ninguna corrección, como tampoco había tenido que darle ningún consejo durante el proceso de elaboración de la tesis. Su autor había aprendido entre nosotros, en la Sorbona, el método histórico y, al marcharse, ha aplicado este método a la biografía del Convencional Philippeaux con total libertad de iniciativa y con plena espontaneidad de trabajo».

Los informes de los actos de defensa analizados aquí reflejan la coyuntura en la que fueron escritos. Sin lugar a dudas, si se los comparase con materiales del mismo tipo de la época actual, podría ilustrarse el proceso de diferenciación y de autonomización del mundo universitario que ha tenido lugar a lo largo del siglo XX. Hoy, en el acto de defensa de tesis se busca sobre todo al «científico» y no al profesor. Ésta es la razón por la que los informes de la inspección académica han desaparecido. Salvo excepción, el acto de defensa ya no es un acontecimiento político de primera magnitud. La República ha triunfado; ya no necesita ni de esa tribuna ni de ese instrumento de inculcación de normas sociales que los funcionarios han interiorizado hace ya mucho tiempo. Los informes de los inspectores reflejaban todavía «la era de la correspondencia», una época en la que los documentos oficiales todavía guardaban afinidad con las cartas de carácter «privado», manuscritas[18], de tono familiar, llenas de anécdotas «personales». Los informes de los actos de defensa de hoy están en consonancia con un universo dominado por relaciones sociales «objetivadas», es decir, mediatizadas por instrumentos materiales (reglamentos, expedientes, etcétera). Están escritos a máquina y con el tono neutro y objetivo propio de la ciencia. Estos informes oficiales ya no se interesan por los datos «subjetivos» referidos a las «caras bonitas», «la tez moruna», las actitudes «modestas» y «sinceras». Si a fines del siglo XIX, en los criterios de juicio de la universidad seguía trasluciéndose constantemente la preocupación por identificar a las personas, hoy la división del tra-

[18] Cuando se lee estos certificados, llama la atención la indiferencia que demuestran los inspectores hacia los aspectos formales de sus propios informes. Su escritura suele situarse en el límite de lo legible, presenta numerosas manchas de tinta y tachaduras.

bajo en el seno del Estado hace que esta preocupación dependa de procedimientos burocráticos basados en las nuevas técnicas de identificación. ¿Pero puede decirse que el juicio científico ha alcanzado la objetividad y la independencia a las que aspiraba la Tercera República? Al menos dos argumentos llevan a responder negativamente:

— En primer lugar, hay que subrayar que la desaparición de los juicios de valor se refiere aquí a los informes *escritos.* Y quizás sea el desplazamiento de la frontera entre lo que se puede decir y lo que se puede escribir la transformación fundamental acaecida entre finales de siglo XIX y hoy. Los comentarios sobre la «personalidad» del candidato (es «simpático» o «presuntuoso», etc.), sobre la calidad del público asistente al acto de defensa, siguen desempeñando un papel en los juicios sobre los candidatos; pero principalmente en lo que se denomina conversaciones «privadas», algo que no se refleja en los informes oficiales pero que contribuye igualmente a hacer (o deshacer) reputaciones.

— Por otra parte, en las ciencias sociales la relación con el público continúa siendo problemática. La contradicción, aparentemente insoluble, entre las aspiraciones a la autonomía del juicio científico (basado en la búsqueda de criterios objetivos de evaluación de los rendimientos individuales) y la preocupación por captar los favores del público lego es parte de la herencia que hemos recibido de los fundadores de la Tercera República. La diferencia está en que hoy ya no es el acto de defensa de tesis lo que mejor revela esta contradicción, sino el sistema de publicaciones. Mientras que en las ciencias «exactas», bajo el aguijón del mercado, el artículo en una revista especializada es la norma, en las ciencias sociales la publicación de obras destinadas, por definición, a un público más amplio que el compuesto únicamente por los especialistas, sigue siendo un objetivo estratégico fundamental.

Capítulo 8

Annales, la «disconformidad» y el mito de la eterna juventud

En el origen de todo logro científico está la disconformidad. Los progresos de la Ciencia son fruto de la discordia. Del mismo modo que es la herejía lo que alimenta y hace desarrollarse a las religiones. *Oportet haereses esse.*

Lucien Febvre, «Lección inaugural en el Colegio de Francia», 13 de diciembre de 1933.

De todos los movimientos historiográficos que se han sucedido desde principios de siglo, la corriente de *Annales* es sin duda la que ha suscitado, al menos en el curso de las últimas décadas, el mayor número de reflexiones, estudios y polémicas. Por esta razón, el historiador que hoy desee comprender mejor su medio profesional, sobre todo cuando él mismo se siente en parte «el heredero» del movimiento, no puede evitar «dar un rodeo» por *Annales*. Quienes queremos justificar nuestro oficio ante el gran público insistiendo en que el conocimiento histórico puede «ayudar a los hombres a vivir mejor», según la feliz expresión de Marc Bloch, hemos de dar ejemplo. La historia de la historia no es sólo un ámbito nuevo anexionado al territorio del historiador. Es también un ámbito de reflexión capaz de ayudarnos, si no a «vivir mejor», sí al menos a conducir nuestras actividades de la manera más lúcida. El análisis que aquí presentamos ha nacido de la interrogación acerca del modo en que la historia de *Annales* ha sido enten-

dida en los últimos quince años por los historiadores que pueden considerarse, en tanto que miembros del actual consejo de redacción de la revista, como los sucesores «directos» de sus fundadores. A mi juicio, los artículos publicados por *Annales* con motivo de su 50° aniversario[1] ilustraban una forma nueva, para un movimiento intelectual, de considerar su propio pasado. Rompiendo deliberadamente con las formas directas o indirectas de celebración, estos estudios ofrecían instrumentos de análisis crítico destinados a alimentar una reflexión científica sobre la historia de su propia tradición de pensamiento. La idea central esbozada en estos textos era que, más allá de sus méritos propiamente intelectuales, el éxito de la revista no podía explicarse sin hacer referencia a las estrategias de poder[2] y a las formas de justificación desarrolladas por sus promotores[3]. Tal enfoque suponía que se daba prioridad al estudio de las prácticas de los historiadores embarcados en la aventura de *Annales*, poniendo en marcha un programa de investigaciones sociológicas, en lugar de seguir interpretando su discurso[4]. Si se examinan los artículos publicados diez años después con motivo del 60° aniversario de la revista[5], es inevitable constatar que este programa ya no está a la orden del día. La sociología histórica de *Annales* ha cedido su lugar a una «epistemología» que da prioridad a la reflexión

[1] A. Burguière, «Histoire d'une histoire: la naissance des *Annales*», *Annales E.S.C.*, noviembre-diciembre, 1979, págs. 1.344-1.359 y J. Revel, «Histoire et sciences sociales: les paradigmes des *Annales*», *ibíd.*, págs. 1.360-1.375.

[2] «En realidad, todo proyecto científico es inseparable de un proyecto de poder», A. Burguière, art. cit., pág. 1.353. En estos estudios se percibe la influencia de las tesis de Michel Foucault, y aún más de las reflexiones sobre la historia desarrolladas algunos años antes por Michel de Certeau, *L'écriture de l'histoire*, ed. cit.

[3] «Como toda corriente de pensamiento que debe justificar sus opciones y sus puntos de inflexión refiriéndolos a una doctrina fundacional, hoy "la escuela" de *Annales* tiene su propia tradición escritural», A. Burguière, art. cit., pág. 1.347. El autor añade: «Ahora bien, está claro que la originalidad del movimiento cuyos iniciadores son Marc Bloch y Lucien Febvre radica más en la forma de presentar su programa que en el programa mismo», *ibíd.*, pág. 1.350. Evocando las palabras de Fernand Braudel con ocasión del 40° aniversario de la revista, Jacques Revel subraya las contradicciones de una argumentación constantemente dirigida a recordar los méritos de los padres fundadores celebrando al mismo tiempo, en cada aniversario, la llegada de los «nuevos, nuevos *Annales*», art. cit., pág. 1.361.

[4] Jacques Revel precisa que el objetivo de su estudio es «reflexionar sobre las condiciones prácticas del trabajo del historiador», y subraya que sólo una investigación sistemática permitirá (el uso del futuro indica la dimensión programática del artículo) llevar a buen término el indispensable análisis sociológico del movimiento, *ibíd.*, pág. 1.362.

[5] Cfr. los editoriales «Histoire et sciences sociales. Un tournant critique?», *op. cit.*, e «Histoire et sciences sociales; tentons l'expérience», *op. cit.*

sobre los «regímenes de historicidad», y los análisis críticos sobre la relación de la revista con su pasado han sido sustituidos por compromisos para el futuro. El editorial «Hagamos el intento» anuncia la llegada de los «nuevos, nuevos, nuevos *Annales*», enlazando así con la tradición de los discursos de aniversario sobre la que sin embargo los lectores habían sido invitados a interrogarse diez años antes. Si bien los historiadores que han colaborado en la revista han contribuido ampliamente al surgimiento de las numerosas investigaciones sobre la historia de *Annales*[6] que han visto la luz en los últimos quince años, parece que hayan tropezado con un obstáculo que ya había sido claramente identificado en los artículos del cincuentenario. Los «padres fundadores» del movimiento pedían a sus sucesores conciliar dos dimensiones contradictorias del legado. Por una parte, había que preservar «el espíritu de *Annales*», defendiendo la idea de que la ciencia sólo progresa gracias a la iniciativa de pensadores «marginales» y «anticonformistas» que cultivan la polémica, para «acabar con el manto de prudencia universitaria que [ahoga] el debate de ideas y [hace] prácticamente imposible, por inconveniente, una verdadera discusión de la producción científica»[7]. Pero por otra parte, los herederos debían asumir también el éxito de la revista. Después de todo, ¿los fundadores y los primeros continuadores del movimiento, no han luchado durante toda su vida para que su concepción de la historia deje de ser marginal, para que conquiste posiciones institucionales y el reconocimiento público, objetivos que *Annales*, a medida que envejecía, alcanzó más allá de cualquier expectativa? Pero ¿cómo justificar la posición central que desde entonces ocupa la revista haciendo al mismo tiempo apología de la «marginalidad creativa»? ¿Cómo conciliar los consensos y los compromisos inherentes a toda posición de poder con la afirmación de que no hay posibilidad de discusión científica sin polémicas y cuestionamientos? ¿Cómo explicar la continuidad por la ruptura, la madurez por la juventud, la centralidad por la marginalidad, la tradición por la innovación? En una palabra, y para decirlo de otro modo: ¿cómo es posible la autocrítica y el auto-análisis cuando se ocupa una posición hegemónica? Esta cuestión no sólo concierne, evidentemente, a *Annales*. Hay que entenderla como una interrogación válida para todas las disciplinas. Si se plantea ante todo en relación con *Annales*, es porque los propios fundadores y los herederos del movimiento nos han alentado

---

[6] Cfr. especialmente los trabajos de Olivier Dumoulin y de Bertrand Müller a los que, como se verá, debe mucho el presente estudio.

[7] A. Burguière, art. cit., pág. 1.350.

a ocuparnos de esta cuestión; lo que ninguna otra corriente importante de investigación en ciencias sociales ha osado hacer hasta ahora. El presente estudio analiza especialmente el papel representado por Lucien Febvre en la elaboración de la «tradición escritural» propia del movimiento historiográfico que él contribuyó a fundar.

La regla del juego

Una de las principales razones por las que a *Annales* le sigue costando, aún hoy, asumir completamente su legado, radica en el hecho de que los fundadores del movimiento, y más concretamente Lucien Febvre, presentaron retrospectivamente su proyecto en forma de un relato «heroico» destinado a persuadir a sus lectores, sucesores y admiradores, de que su contribución al conocimiento histórico sólo había sido posible mediante el rechazo de las «reglas del juego» académico elaboradas por sus predecesores. En el prefacio redactado en 1952 para presentar la selección de artículos publicada bajo el significativo título de *Combates por la historia,* Lucien Febvre bosqueja un retrato de sí mismo que ilustra claramente la forma en que él concibe el progreso científico. El verdadero científico no pone toda su energía al servicio de sus propios intereses, sino para defender su causa (la historia). «Jamás he luchado ni por mí, ni contra éste o aquél, en tanto que personas. *Combates por la historia,* sí. Por ella he luchado toda mi vida.» El verdadero científico debe combatir sin tregua por imponer sus ideas en un mundo hostil e incapaz de comprenderle. Cuando todavía no era más que un estudiante (entre 1895 y 1902), «reaccioné de modo instintivo y sin contar prácticamente con ningún apoyo en el campo de los historiadores» contra la «prudencia temblorosa» de una historia dominada por el «laborioso, pero intelectualmente perezoso culto» al «hecho» —añade Lucien Febvre. «Solo en la plaza, hice cuanto pude.» Desgraciadamente, «la suerte del pionero es decepcionante: o bien su generación le da casi inmediatamente la razón y absorbe en un gran esfuerzo colectivo su aislado esfuerzo de investigador; o bien se resiste y deja al cuidado de la siguiente generación la tarea de hacer germinar la semilla prematuramente esparcida en los surcos»[8]. No se trata

[8] L. Febvre, *Combats pour l'histoire,* ed. cit., págs. V-VIII (todas mis referencias han sido tomadas de esta edición). Evocando a Proudhon, Febvre añade: «nosotros, gentes del Franco Condado, no somos unos conformistas», precisando al mismo tiempo que otra de las características de las gentes de esta región es «que desde muy temprano han sabido dos cosas: cómo hacer las cosas y cuándo parar».

aquí ni de negar los méritos de Lucien Febvre ni de subestimar las oposiciones que las nuevas ideas sobre la historia por él desarrolladas encontraron en la profesión. Pero para comprender cómo estas ideas pudieron hacerse un lugar, hay que abandonar la concepción «idealista» del conocimiento de la que estas palabras son testimonio, resituando su obra en el marco de las prácticas que regían la disciplina a comienzos de siglo. Esto es tanto más necesario en el caso de Lucien Febvre cuanto que pertenece a la primera generación de historiadores enteramente «profesionalizados», es decir, aquellos que han aprendido las reglas del oficio desde el primer estadio de su formación[9].

Desde fines del siglo XIX, todo individuo deseoso de ejercer la profesión de historiador, debe someterse a un proceso de nombramiento que comprende, en el caso francés, tres procedimientos de evaluación: la agregación, el doctorado y la asignación de un cargo. Estos tres momentos importantes en las relaciones de poder que definen la disciplina tienen como objetivo evaluar, conforme a modalidades variables, competencias referidas a la vez a la investigación (saber científico) y a la docencia (memoria).

— La reforma del concurso de agregación, impulsada por Ernest Lavisse, ha desempeñado un papel fundamental en la consolidación de las particularidades del sistema universitario francés. Determinando que en adelante todo candidato a la agregación debía ser titular de un diploma de investigación, Lavisse refuerza las relaciones establecidas desde el Primer Imperio entre la enseñanza secundaria y la enseñanza superior, y hace de esta prueba una verdadera pasarela entre los dos medios. Aunque se trata de un concurso destinado a contratar profesores de secundaria, en la práctica el éxito en la agregación es una condición prácticamente ineludible para el que (o la que) aspira a ser contratado algún día en la universidad. La mayoría de los historiadores han comenzado su carrera en la enseñanza secundaria. Inversamente, puesto que todos los agregados de secundaria tienen experiencia en la investigación histórica, ellos son los interlocutores privilegiados de los historiadores universitarios. Gracias a este tipo de relación, la minúscula comunidad de historiadores profesionales (unas cien personas hasta 1939) mantiene una relación constante con el grupo mucho más nutrido de profesores de historia de enseñanza secundaria. Es posible pensar que si la obra especializada de los historiadores profesionales ha podido llegar a un público más amplio que en muchos

[9] Los historiadores «metodicistas» han «inventado» estas reglas de juego, pero, por definición, ellos mismos no las han aprendido.

otros países, ha sido fundamentalmente a través de aquéllos. En el plano de la investigación, esta relación se ha materizalizado gracias a las colaboraciones establecidas entre los historiadores de oficio y el gran número de docentes agrupados en las sociedades culturales. Tratándose de un concurso centralizado que consta de dos pruebas comunes a todos los candidatos sobre un programa que cubre la totalidad del saber histórico (todas las épocas y, en principio, todos los países), la agregación desempeña un papel fundamental en la unificación de la comunidad profesional. Antes de ser dispersados y de verse distribuidos en función de las épocas, los ámbitos y las áreas geográficas investigados, los historiadores comienzan por adquirir una visión común del saber histórico tal y como éste se constituye oficialmente, año tras año, a través de los temas que son objeto de examen. Por esta razón, el programa de agregación y la bibliografía oficial que lo acompaña son decisivos para la disciplina. Es el principal medio del que dispone la comunidad de historiadores para validar el saber histórico, al que se considera «adquirido» y que, por ello, constituye la «ciencia normal» de la historia que merece impartirse en todos los niveles del sistema educativo. Una innovación en la investigación histórica francesa sólo puede considerarse como verdaderamente admitida si, de una u otra forma, ha sido integrada en el programa de agregación[10]. Si este concurso tiene un papel fundamental en la «agrupación» de la comunidad profesional de historiadores, es también en razón de las actividades a las que su preparación da lugar. En todas las universidades francesas, es éste un objetivo capital. El dinamismo, incluso la valía, de los docentes-investigadores de un departamento de historia se medirán muy a menudo por la tasa de éxito en la agregación. Dada la importancia del concurso y su carácter selectivo, es éste un momento realmente privilegiado para la lectura, no sólo para los estudiantes, sino también para los profesores encargados de preparar los cursos. La agregación permite así una recepción de los «productos» de la ciencia histórica mucho más «profesional» que la que, más distanciada, domina entre el «gran público». Esta consumición de la investigación científica es el medio esencial gracias al cual la comunidad de historiadores franceses ha logrado conservar una relativa unidad, sin tener necesidad de estructurarse en forma de asociación profesional como en muchos otros países. Pero, al mismo tiempo, el peso de esta carga pedagógica ha sido siempre tan grande que ha obstaculizado constantemente el de-

[10] Acerca de la importancia de los programas y los manuales en las ciencias exactas, cfr. N. Elias, «Scientific Establishments», *op. cit.*

sarrollo de la propia investigación científica. Por una parte, desde fines del siglo XIX, la preparación de la agregación exige una parte considerable de la energía de los universitarios en detrimento de sus propios trabajos. Por otra, muy a menudo el mercado lucrativo de las obras pedagógicas desvía de la investigación científica a los historiadores[11], en favor de productos de divulgación que contribuyen a perpetuar esa «historia de profesores» personificada por Charles Seignobos.

— Si la agregación tiene fundamentalmente como objetivo evaluar «las actividades de memoria» del futuro historiador, la segunda prueba que éste ha de superar imperativamente, la tesis, sirve para valorar sus competencias científicas. Ésta es la razón por la que la evaluación se confía a un tribunal especializado en el área de estudios elegida por el candidato. No obstante, como se ha visto en los capítulos precedentes, esta prueba tiene también como objetivo, al menos a principios de siglo, verificar sus aptitudes «pedagógicas» y, más allá de esto, su respeto a las normas que rigen la profesión.

— Con la tercera etapa, el futuro historiador entra en la fase de contratación propiamente dicha. Sin duda es en este nivel donde más se manifiestan los juegos de poder. Por una parte, la creación de una plaza universitaria implica siempre la intervención de la administración central (la asignación de plazas está subordinada a su publicación en el *Boletín Oficial* por el Ministerio Nacional de Educación). Por otra, muy a menudo las operaciones de contratación originan conflictos entre los profesores deseosos de colocar a sus pupilos, de ampliar su esfera de influencia, etc.[12]. El nombramiento a un cargo universitario no es más que el primer estadio de esta tercera etapa. La jerarquía de funciones establecida por la Tercera República ha multiplicado el número de peldaños que el historiador debe subir para lograr llegar hasta la cima de la carrera, es decir —en la época de Lucien Febvre y de Marc Bloch—, hasta una cátedra en la Sorbona.

— Finalmente, hay que mencionar una cuarta etapa en la carrera de los historiadores franceses desde fines del siglo pasado, aun cuando ésta no afecte más que a un reducido número de ellos. Después de haber empleado toda su energía para mejorar su posición en el inte-

---

[11] Como la docencia de la historia tiene también como objetivo mantener la memoria colectiva nacional, la «demanda pedagógica» incita a los historiadores a centrar preferentemente su investigación en la historia de Francia.

[12] No vale la pena entrar aquí en los detalles de estos conflictos que enfrentan también, frecuentemente, a las instancias locales de contratación (a nivel de centro) y a las instancias nacionales.

rior de la profesión, el historiador ha de esforzarse por salir de ella, para aspirar a una consagración más amplia, la que procura la entrada en las instituciones más prestigiosas de la nación, especialmente la Academia Francesa. En este nivel, como señalaba Gabriel Monod, la República no quiere honrar tanto al investigador cuanto al escritor que hay en él. Más que su competencia científica, es su contribución a la cultura y a la memoria nacionales lo que los jueces que componen estas ilustres asambleas (personalidades del mundo de la política, de las letras, periodistas) tienen como función evaluar.

Definiendo las grandes líneas de la «regla del juego» que todo historiador debe respetar si quiere representar su papel hasta el final, la Tercera República acuñó las características nacionales de la profesión, tal y como ésta se practica en Francia desde hace un siglo. La imbricación, mucho más importante que en cualquier otra parte, de las actividades de saber y de memoria, la fortísima centralización y la estatalización de las relaciones de poder, son la razón de que, pese a la diversificación y al desarrollo de la disciplina, la comunidad[13] de historiadores franceses haya conservado una unidad y una homogeneidad que no existe ni en los demás ámbitos del saber universitario ni entre los historiadores de los países vecinos.

La negativa a los compromisos

Hoy, los estudios y los materiales acumulados por los especialistas de la investigación historiográfica nos permiten mostrar que, contrariamente a la imagen «heroica» de sí mismo que Lucien Febvre nos ofrece en sus *Combates por la historia*, los fundadores de *Annales* sólo pudieron innovar por haberse sometido a las reglas de juego fijadas precisamente por aquéllos a quienes intentaron superar. Estos brillan-

[13] Recordando las publicaciones colectivas que ha dirigido desde los años 70, Pierre Nora escribe: «Existe una comunidad de historiadores, una «koiné» que une la corporación por encima de sus diferencias. En ninguna otra disciplina hubiera sido posible agrupar a los historiadores de distinta orientación, pues no existía un mínimo de consenso», P. Nora, *Essais d'égo-histoire*, ed. cit., pág. 363. Aunque se muestra un poco más crítico sobre este consenso, Jean-Claude Passeron confirma esta idea señalando que en los historiadores «el control mutuo en y por el grupo de iguales dispone de suficientes índices de profesionalidad admitidos por todos para que pueda establecerse un consenso mínimo y para atenuar diplomáticamente los conflictos derivados de la evaluación y del "reconocimiento entre escuelas"», J. C. Passeron, *Le raisonnement sociologique*, ed. cit., pág. 67.

tes alumnos salvaron con facilidad los primeros obstáculos que jalonaban el camino de la excelencia profesional (concurso de la Escuela Normal, agregación de historia). Comenzaron su carrera en la enseñanza secundaria[14], antes de acceder, tras defender su tesis, a los primeros peldaños de la carrera universitaria en una ciudad de provincias. Algunos años después, son titulares de una cátedra en Estrasburgo, la universidad francesa más prestigiosa después de la Sorbona[15]. Recordando sus éxitos iniciales, Lucien Febvre precisa en el prefacio de sus *Combates:* «ni mi audacia ni mi tenacidad pudieron volver contra mí tanto buen corazón que me quería bien y que, en cada ocasión, me lo demostraba [...]. La elite universitaria de aquella época, una aristocracia del corazón cuando menos. Y entre los grandes, una benevolencia efectiva, una fraternidad»[16]. En realidad, si los «padres fundadores» de la historia «metodicista» son tan benévolos con sus alumnos (Febvre hizo su tesis bajo la dirección de Gabriel Monod y Marc Bloch con Charles Seignobos), es porque tienen todas las razones para estar orgullosos de ellos. Se los admira porque dominan perfectamente las reglas del «método histórico»[17]. No obstante, tal vez porque éste se ha convertido en el «bien común» de todos los historiadores de su generación y porque, por lo tanto, ya no puede ponerse al servicio de estrategias de distinción, los jóvenes más deseosos de sobresalir buscarán fuera de la historia los elementos que les permitan cultivar su diferencia. Ésta es una de las razones que puede explicar el precoz interés de Febvre y Bloch por las disciplinas vecinas: la geografía, la sociología, la lingüística y su colaboración en la *Revue de synthèse*, publicación que en esa época no es demasiado apreciada por la corporación de los historiadores. Pero si logran ampliar sus centros de interés sin perder la simpatía de sus mentores, seguramente es porque poseen una cuali-

---

[14] Siempre mantendrán estrechas relaciones con las sociedades culturales que agrupan a muchos docentes de secundaria. Las primeras investigaciones colectivas de *Annales* se apoyarán ampliamente en ellas.

[15] Lucien Febvre gana la cátedra de historia moderna en 1919 y Marc Bloch la de historia medieval en 1927. Puesto que el primero nació en 1878 y el segundo en 1886, ocupan los mismos cargos a la misma edad. Incorporándose a los 33 años a la enseñanza superior, acceden a la cima de la pirámide provincial a los 41 años.

[16] L. Febvre, *op. cit.*, pág. VIII.

[17] En el capítulo anterior hemos visto que la tesis de Lucien Febvre era una perfecta aplicación del «método histórico». La conferencia pronunciada por Marc Bloch en 1914, «Critique historique et critique de témoignage», publicada por *Annales E.S.C.*, 5, 1950, págs. 1-18, muestra que en esta época éste todavía comparte, en lo esencial, la concepción de la historia desarrollada por Langlois y Seignobos.

dad sobre la que uno y otro siempre guardarán silencio: *el arte del compromiso,* el arte de saber hasta dónde se puede llegar sin sobrepasar los límites de la libertad vigilada que la comunidad concede a cada uno de sus miembros[18].

Si la primera parte de su carrera se desarrolla sin mayor dificultad, la segunda se mostrará mucho más complicada. Como ha mostrado Olivier Dumoulin, cuando Lucien Febvre y Marc Bloch alcanzan la edad en la que la cátedra en la Sorbona es ya una aspiración legítima para los historiadores más brillantes de su generación, la coyuntura es especialmente desfavorable. A partir de los años 20, y sobre todo a comienzos de los años 30, la creación de plazas universitarias se estanca, la posición de la historia retrocede ante el avance de las disciplinas literarias; la generación que se ha beneficiado de la creación de numerosas plazas a comienzos de siglo tarda en dejar su lugar, aprovechando la tardía edad de jubilación[19]. Esta situación no puede sino favorecer a los candidatos más dóciles, los más próximos al «centro de gravedad» de la disciplina. Los múltiples vagabundeos «interdisciplinares» de Marc Bloch y Lucien Febvre en la Universidad de Estrasburgo, sus críticas a los manuales escolares y al programa de agregación, se convierten en hándicaps insuperables. Lucien Febvre empieza a sufrir sus consecuencias en 1926, cuando se presenta a la cátedra de Seignobos y es duramente vencido por un candidato al que sin embargo aventaja infinitamente en notoriedad y en número de publicaciones (¿quién conoce hoy a Raymond Guyot?). Dada la extrema centralización del poder académico que entonces caracteriza a la universidad francesa, basta desagradar a algunos de los que dominan la institución para ver desvanecerse toda esperanza de promoción profesional. Lucien Febvre y Marc Bloch no tienen otra alternativa sino dirigirse a los centros del saber situados al margen de la universidad y más orientados a la investigación, la interdisciplinaridad y la innovación científica: principalmente el Colegio de Francia y la Escuela Práctica de Altos Estudios. La correspondencia entre Lucien Febvre y Marc Bloch, re-

---

[18] Esta es la razón por la que seguirán colaborando regularmente en la *Revue Historique.*

[19] En promedio, la edad de los historiadores pasa de 44 a 51 años entre 1920 y 1934. En 1920, existen 12 cátedras de historia en París (el 30,8% del total); en 1939: 13 (22,4%). Cfr. O. Dumoulin, «Changer l'histoire. Marché universitaire et innovation intellectuelle à l'époque de Marc Bloch», en H. Atsma y A. Burguière (dirs.), *Marc Bloch aujourd'hui,* ed. cit., pág. 94 y pág. 92; cfr. también la tesis citada de O. Dumoulin, *Profession historien, 1919-1939.*

cientemente editada y comentada por Bertrand Müller[20], esclarece a la vez la importancia de dicho objetivo (en ese momento para desarrollar cualquier proyecto intelectual ambicioso es necesario ocupar un cargo en París) y la imposibilidad, para quienes quieren jugar el juego, de sustraerse a las reglas que le dan sentido. Evitando la fortaleza de la Sorbona par entrar en el Colegio de Francia, se libran de una lógica de poder para entrar en otra. El funcionamiento de este tipo de instituciones reposa en el ideal de «autogobierno» de los científicos. El principio de la redefinición periódica de las cátedras en función de la evolución del conocimiento, pretende evitar la esclerosis de los saberes rutinizados que sólo sobreviven a costa de la eternización de las instituciones que los sostienen. El principio de elección de nuevos miembros por la asamblea de iguales se basa en la idea de que, más allá de su especialidad disciplinar, los científicos que forman parte de ella pueden hablar un lenguaje común porque los anima el mismo espíritu científico; lo que hace posible una lógica de contratación basada en criterios puramente cognoscitivos. Max Weber, como hemos visto, había insistido en el carácter utópico de tal perspectiva. Su puesta en práctica es todavía más difícil en las instituciones que reúnen a investigadores con competencias extremadamente diferentes (desde las ciencias físicas hasta las disciplinas literarias, pasando por las ciencias humanas). La correspondencia que Lucien Febvre y Marc Bloch mantienen sobre este asunto muestra ejemplarmente la importancia decisiva que los elementos externos al debate científico tienen en estas designaciones; ello obliga al candidato a emprender una «campaña electoral» con el objetivo de reunir, cueste lo que cueste, la mayoría de votos. Imponiéndose inevitablemente la lógica política sobre la lógica científica, resulta comprensible que, como en el caso de los ejemplos citados por Weber (la elección del papa y la elección del presidente de los Estados Unidos), la mayor parte de las veces sean los candidatos «de segunda» quienes ganen. Si la innovación científica atenta contra los poderes establecidos es porque pone en tela de juicio lo que la generación anterior, precisamente la de los jueces, ha intentado construir pacientemente. En estas condiciones, sobre todo en los períodos en que las plazas son muy escasas, evidentemente son los candidatos

[20] *M. Bloch, L. Febvre et les Annales d'Histoire économique et sociale, Correspondance, tome premier. 1928-1933*, edición presentada y anotada por Bertrand Müller, Fayard, 1994. Cfr. también C. Charle y C. Delangle, «La campagne électorale de Lucien Febvre au Collège de France, 1929-1932: lettres à Edmond Faral», *Histoire de l'Éducation*, 34, mayo, 1987, págs. 49-69.

menos «subversivos», los que se sitúan en el «centro», quienes tienen mayores posibilidades de acumular votos, como sucede en política. Ciertamente, las circunstancias y las cualidades personales de los jueces pueden hacer que esta regla tenga excepciones. Pero éstas suponen que el candidato sepa adaptarse al juego que se le impone; ello le obliga a cercenar en muchísimas ocasiones el ideal de la «ciencia pura» que sin embargo ha de defender en sus discursos. En general, el ideal de solidaridad profesional no resiste ante la ferocidad de la competencia, que la mayoría de las veces enfrenta a «amigos de treinta años» (o incluso de cuarenta años) que han frecuentado las mismas instituciones y que están en posesión de los mismos títulos. Como señala Lucien Febvre: «todas las elecciones en el *Colegio*, o casi todas, [plantean] cuestiones de camaradería». Por eso en estas ocasiones la amistad «se destruye por sí misma»[21]. Por su parte, el ideal de franqueza (de «sinceridad») se derrumba ante la necesidad de adaptarse al ritual de la «visita». Para acrecentar sus posibilidades, el candidato debe encontrarse con cada uno de los electores. Las cartas en las que Lucien Febvre evoca este ritual muestran perfectamente que no es el contenido científico del programa lo que prima, sino otras consideraciones. El postulante debe darse a conocer «fisicamente», hacer que su conducta y su conversación amables den garantías de su personalidad, pues la comunidad científica quiere asegurarse de que quien quizás mañana sea uno de los colegas no va a perturbar, con un comportamiento o con propósitos desconsiderados (o incontrolables), la vida colectiva de la institución. Los antiguos alumnos brillantes, que generalmente tienden a creer que su éxito depende de sus méritos, sólo pueden sentir malestar frente a una lógica de nombramiento en la que los elementos «objetivos» de apreciación de su valor intelectual son relegados a un segundo plano. Las confidencias de Lucien Febvre a Marc Bloch son en este sentido muy reveladoras. Refiriéndose a los miembros de la ilustre asamblea a quienes solicita su voto, Lucien Febvre escribe: «Sólo me queda por visitar a la mitad de ellos. Seis por día, es lo máximo, ¡y son 45! [...] ¡Vaya trabajo y qué nervios!» Sin duda, es para poder soportar esta situación insoportable por lo que, a la salida de las visitas, no puede evitar juzgar él mismo a sus jueces, haciendo de ellos corrosivas descripciones que ilustran la consideración que

[21] *Correspondance*, ed. cit., pág. 384. Lucien Febvre refiere aquí sus palabras a Fernand Grenier, candidato que compite con Marc Bloch. Como es sabido, esta competencia desestabilizará la amistad entre Febvre y Bloch.

le merece la institución en la que, sin embargo, quiere desesperadamente integrarse[22].

El ideal del científico valiente y «anticonformista» tampoco se tiene en pie ante la obligación de llegar a compromisos con los jueces para obtener la mayor cantidad posible de votos. Una de las razones del éxito de Lucien Febvre (al tercer intento) y del fracaso de Marc Bloch en el Colegio de Francia[23] es que se han servido de estrategias diferentes para defender su candidatura. El título del proyecto científico presentado por el postulante ante la asamblea de iguales es de una importancia decisiva pues, como todo programa electoral, constituye un poderoso instrumento para acumular votos. Titulando su proyecto «historia de la civilización moderna» y no «historia general y método histórico» (que correspondía al verdadero contenido de su programa docente, como él mismo subrayará en su lección inaugural), Lucien Febvre acepta un compromiso gracias al cual puede presentarse como el continuador de Michelet, es decir, como el defensor de la tradición de la historia moderna francesa; la referencia a la «civilización» permite captar los votos de los electores pertenecientes a las disciplinas literarias y a las «humanidades». Marc Bloch, por el contrario, se niega a este tipo de compromisos. Defiende un proyecto de «historia comparada de las sociedades europeas» que hace estallar a la vez los marcos cronológicos y nacionales y, pese a que sus amigos le aconsejan sustituir la palabra «europeas» por «medievales», Bloch persiste en su elección. «No son de mi agrado», escribe, «los cambios de etiqueta, ni las etiquetas hábiles o que creen serlo»[24]. Si esta testarudez es suicida, es porque la misma identidad de buena parte de los jueces es el resultado de la previa institucionalización de estas demarcaciones, que, en algunas ocasiones, ellos mismos han contribuido a imponer; lo que explica que se definan a sí mismos como «medievalistas», «moder-

---

[22] *Correspondance*, ed. cit., pág. 307. También habría que estudiar más detalladamente el peso de los «rumores» sobre la «valía de los candidatos» en estas relaciones de poder. Refiriéndose a un miembro de la Asamblea «que no comprende en absoluto cómo un mediocre de junio se ha convertido en un genio de octubre», Febvre comenta: «ya ve usted que todavía no tiene el espíritu Colegio de Francia» (pág. 320).

[23] Lucien Febvre es elegido en 1932. Marc Bloch fracasa en dos ocasiones. Accede a la Sorbona en 1936.

[24] Sobre este punto, cfr. O. Dumoulin, «Changer l'histoire», en H. Atsma y A. Burguière (dirs.), *op. cit.*, pág. 96. Este rigor no impide que el mismo Marc Bloch admita la necesidad de ciertos compromisos. Refiriéndose a las páginas un tanto críticas que ha redactado para *Annales* sobre los trabajos de François Simiand (entonces miembro del Colegio de Francia), escribe: «de todos modos, si soy candidato habrán de dormir durante algún tiempo», *Correspondance*, ed. cit., pág. 359.

nistas», etc. Abrir las demarcaciones no sólo supone enfrentarse a quienes se identifican con ellas (y que no pueden menos de poner en tela de juicio la «pretensión» del candidato), sino también renunciar a movilizar en su favor las redes (los «paquetes de votos») estructurados por estos cuadros institucionales[25]. El ejemplo de los fundadores de *Annales* ilustra también que el lado absurdo y doloroso de las luchas de nombramiento no impide que los historiadores, incluso los menos «conformistas», prefieran perseverar a lo largo de toda su carrera en sus actividades de poder. Después de su elección al Colegio de Francia, Lucien Febvre será candidato a la Academia de Ciencias Morales y Políticas. En cuanto a Marc Bloch, apenas elegido en la Sorbona está ya listo para lanzarse a un nuevo combate por dirigir la Escuela Normal, enfrentándose directamente a su amigo Maurice Halbwachs, apoyado por Lucien Febvre[26].

El mito del pensamiento libre

Definiendo la ciencia como un trabajo puramente intelectual, Lucien Febvre ha contribuido a mantener la división entre discurso público y discurso privado que prevalece, aún hoy, en la reflexión sobre las actividades de saber. Cultivando el mito de la «Resistencia del pensamiento», él mismo les ha puesto las cosas fáciles a todos aquellos que posteriormente, sacando a la luz el lado oculto de sus palabras, intentarán desacreditar a *Annales*, subrayando las contradicciones existentes entre lo que se escribe y lo que se hace, entre la teoría y la práctica, y viendo en esta admirable aventura intelectual únicamente el elemento sobre el que sus fundadores han guardado silencio deliberadamente: las relaciones de poder. Para responder a esta «desmitificación», Lucien Febvre no encontró otra solución más que esa huida ha-

---

[25] La importancia de estas entidades colectivas salta a la vista cuando se lee la correspondencia entre los fundadores de *Annales*. Por ejemplo, Lucien Febvre alerta a Marc Bloch contra una ofensiva de los «literarios» (pág. 357), y escribe: «Albertini votará a favor de "la Antigüedad" y no contra usted» (pág. 459). Si Febvre ha logrado ser elegido, no es sólo porque ha conseguido movilizar en su favor esos cuadros disciplinares, sino también porque se ha apoyado en las redes constituidas a partir de otro tipo de afiliaciones: religiosas, políticas, etc. Para poder captar los votos de los científicos, ha prescindido de dirigir sus esfuerzos hacia los círculos a los que, en una carta, él mismo denomina la «izquierda» y los «derechos del hombre» (pág. 320).

[26] Cfr. sobre este tema, C. Fink, *Marc Bloch*, ed. cit., pág. 201.

cia delante que son sus discursos de autojustificación. A costa de un inmenso trabajo de «reacomodación», debe entonces borrar las huellas de sus propios pasos, eliminar todos los indicios que muestran que el hombre no ha estado a la altura del héroe, disimulando las debilidades, las lagunas, las contradicciones, los «no sé» y los «me he equivocado». *Combates por la historia* constituye un buen ejemplo de este tipo de tarea. Tal vez para ser justo con Marc Bloch —que en el campo de batalla ha ganado sus galones de héroe de la historia vivida—, en este libro Lucien Febvre se esfuerza por presentarse como el héroe de la historia aprendida[27]. Una vez más, hemos de subrayar que no pretendemos discutir el valor de los argumentos desarrollados en la obra[28]. Lo que aquí se cuestiona son las técnicas de reescritura que Febvre se ve obligado a emplear para adaptarse al personaje que él ha creído necesario crear. Ciertamente, todas las obras que se presentan en forma de selecciones de artículos, por el simple hecho de reunir en un mismo espacio material estudios publicados en lugares y momentos diferentes, son producto de un trabajo de reescritura[29]. Pero en este caso este trabajo adquiere una importancia verdaderamente excepcional. En una advertencia, Lucien Febvre precisa que ha introducido «algunas modificaciones de forma» (aligeramientos, rectificaciones de títulos, complementos bibliográficos), «para destacar mejor el espíritu» de sus artículos. Comparando sistemáticamente los artículos originales y los artículos reproducidos[30], podría evaluarse con mayor precisión la magnitud de estas transformaciones. No obstante, una visión

---

[27] El prefacio subraya discretamente que sus ideas innovadoras son anteriores a las de Marc Bloch: «un joven historiador vino a ayudarme fraternalmente, a proseguir y prolongar mi esfuerzo en su ámbito de medievalista» (pág. VIII). He de precisar que estos comentarios no se proponen alimentar las polémicas que actualmente tienden a contraponer el «bueno» de Marc Bloch al «malo» de Lucien Febvre, polémicas que, a mi juicio, no son más que un avatar de la «heroización» que aquí cuestionamos.

[28] Para un análisis más profundo del interés que, a mi juicio, ofrece la concepción de la historia propuesta por Lucien Febvre, cfr. G. Noiriel, «Pour une approche...», *Annales E.S.C.*, ed. cit.

[29] Jean-Claude Chamboredon ha mostrado toda la importancia de este punto en relación con los comentarios suscitados por la obra de Durkheim; cfr. J. C. Chamboredon, «Emile Durkheim; le social objet de science», *Critique*, junio-julio, 1984, págs. 460-531.

[30] Tal investigación habría requerido comparar también los artículos seleccionados en *Combates* con el conjunto de los trabajos publicados por Febvre. Este tipo de investigación es hoy posible gracias a los instrumentos de trabajo elaborados recientemente por los especialistas en historia de la historia; cfr. fundamentalmente B. Müller, *Bibliographie des travaux de Lucien Febvre*, Colin, 1990.

de conjunto bastará para comprender su objetivo. La mayoría de los estudios agrupados en la segunda parte del libro, titulada significativamente «los pro y los contra», se presentan como «manifiestos»: «por la síntesis contra la historia-cuadro» (pág. 70), «contra la historia diplomática en sí» (pág. 61), «contra el vano torneo de ideas» (pág. 75), que contrastan con los títulos originales, mucho menos ofensivos. Por ejemplo, el artículo titulado inicialmente «entre la historia de tesis y la historia-manual. Dos esbozos recientes de historia de Francia: Sr. Benda y Sr. Seignobos», publicado en la *Revue de synthèse,* pasa a titularse: «Ni historia de tesis, ni historia-manual. Entre Benda y Seignobos» (pág. 80). Suprimiendo los signos de deferencia (Sr.) y reemplazando la palabra «entre» por «ni, ni», Febvre pone a punto la imagen que sus herederos se encargarán de mantener. La otra técnica de reescritura consiste en introducir confusión en la cronología de las publicaciones. El orden de presentación de los artículos y la clasificación «temática» utilizados perfilan una trayectoria intelectual que comienza con una «profesión de fe al principio» (primera parte) y que acaba con «esperanzas al final» (sexta parte). Pero esta trayectoria responde únicamente al pensamiento de Febvre, y no a su carrera real. Todos los estudios que él agrupa en su «profesión de fe al principio» son posteriores a su elección al Colegio de Francia en 1932. Corresponden a la última etapa de las carreras más exitosas, cuando el historiador, habiendo alcanzado la cima de la institución, debe distanciarse un poco de ella, si es que quiere seguir respetando la «regla del juego». Así, los trabajos cronológicamente anteriores, presentados en las siguientes partes del libro, se presentan como una especie de aplicación de una concepción de la historia que «siempre estuvo ahí». Pero basta restablecer el orden cronológico de los textos reunidos en este libro para descubrir una realidad muy diferente. Los compromisos con el poder que también Febvre ha debido aceptar para ocupar posiciones de poder, organizan toda su obra. Tomemos como ejemplo sus críticas a Charles Seignobos. Las primeras críticas aparecen en 1933, y se renuevan en 1934, 1935 y 1939; pero ninguna de ellas es anterior a su elección al Colegio de Francia. En estas críticas, Febvre sigue la misma lógica que ha adoptado para valorizar su propia trayectoria; ahora invierte simplemente su signo. «Con toda simplicidad y sin ninguna segunda intención», escribe, «en este libro no me enfrento a un historiador, sino a cierta concepción de la historia; una concepción a la que el Sr. Seignobos, gracias a su cargo, a su influencia personal y a sus escritos, ha podido servir durante años con potentes medios, una concepción que yo rechazo con todo mi ser y a la que me inclinaría a ha-

cer parcialmente responsable de ese descrédito, a la vez injusto y justificado, que la historia padece demasiado a menudo entre los "legos"». Y la sentencia se pronuncia implacablemente: «este libro es tradicional de cabo a cabo» (pág. 97)[31]. En lugar de realizar un análisis de la trayectoria de Seignobos teniendo en cuenta el conjunto de su obra, Febvre se limita a considerar un «ensayo» escrito por un anciano de 78 años. La «leyenda negra» de Seignobos, historiador «conservador» y «positivista», se presenta como contrapunto a la «leyenda dorada» de *Annales*[32]. Pero a medida que los avances en historia de la historia demuestran su ausencia de fundamento, esta leyenda se vuelve hoy contra *Annales*. Si verdaderamente Febvre hubiera querido convencernos de que sus críticas no tenían como objetivo un ajuste de cuentas personal (principalmente en relación con su fracaso de 1926 en la cátedra de Seignobos en la Sorbona), habría evitado esas críticas caricaturescas que, como subraya Antoine Prost, Marc Bloch no compartía[33]. Y ello tanto más cuanto que la severidad de estos juicios contrasta con los compromisos que Lucien Febvre establece en ese mismo momento con otros autores, con el fin de hacer salir a *Annales* de su marginalidad estrasburguesa. Habiendo logrado, tras muchos esfuerzos, atraer a André Siegfried al consejo de redacción de la revista, Lucien Febvre no podía sino elogiar las obras publicadas por éste, a quien llama «el observador de talento de los Estados Unidos de hoy» (pág. 239). Febvre elogia sus análisis sobre la «psicología y la fisiología nacionales» —que hoy los historiadores consideran como «elucubraciones» no «totalmente exentas de racismo»[34]— por su «tono perfectamente apropiado, [su] juicio siempre moderado» (pág. 241).

---

[31] La reseña se ocupa del libro de C. Seignobos, *Histoire sincère de la nation française, essai d'une évolution du peuple français*, Rieder, 1932.

[32] La «leyenda negra» de Seignobos no se impondrá hasta después de la guerra. En su última obra, *Études de politique et d'histoire*, ed. cit. (que recoge sus principales artículos), puede hallarse una lista de subscriptores que reúne prácticamente a toda la izquierda intelectual del país, y especialmente a V. Basch, P. Sagnac, C. Bouglé, P. Fauconnet, L. Lévy-Bruhl, el Sr. y la Sra. Joliot-Curie, F. Simiand, M. Mauss y M. Bloch, pero no a Lucien Febvre.

[33] A. Prost, *Seignobos revisité*, ed. cit. En la *Apología*, Marc Bloch recuerda su deuda con su maestro y hace suya la idea de una historia «sincera» defendida por Seignobos; idea que Febvre intenta ridiculizar en su reseña. Para una «rehabilitación» de Seignobos, cfr. también el prólogo de M. Rébérioux a C. V. Langlois y C. Seignobos, *Introduction...*, ed. cit.

[34] J. Le Goff, prólogo a M. Bloch, *Apologie...*, ed. cit., pág. 31.

Justificando sus «combates por la historia» de una forma a la postre muy tradicional, Lucien Febvre no ha puesto en manos de sus herederos los medios que les hubieran permitido entender las obras como actividades sociales. Aún hoy, por lo general, la contribución que un investigador ha hecho a su disciplina sigue evaluándose aislando, de entre sus publicaciones, aquellas que supuestamente son las más importantes. Definiendo la historia como la combinación de actividades de poder, de saber y de memoria, el historiador «pragmatista» puede considerar las cosas de otro modo. Desde esta perspectiva, ya no se toma como objeto de reflexión un reducido número de textos (o incluso de citas) tenidos por «novedosos» o por «tradicionales», sino *el conjunto* de los escritos profesionales producidos por un autor. El objeto de análisis es entonces un corpus que reúne a la vez lo que podría llamarse los «escritos de poder» (generalmente no publicados y relacionados con las funciones de dirección, gestión y peritaje asumidas por el historiador a lo largo de su vida profesional), los «escritos de saber» («escritos científicos») referidos a los trabajos de «primera mano» (tesis, informes de investigación, artículos para las revistas científicas, reseñas, trabajos de investigación) y, finalmente, los «escritos de memoria», compuestos de todos los textos de divulgación, divididos a su vez en escritos pedagógicos (manuales escolares) y escritos dirigidos al «gran público» (obras de síntesis, artículos en periódicos, entrevistas, etc.). Tal método permite poner de relieve la diversidad de «perfiles» de carrera posibles, pues toda escritura es también la huella de un conjunto de actividades. Este método posibilita establecer una tipología de trayectorias profesionales basada en argumentos tangibles, allí donde demasiado a menudo reina la polémica y las malas intenciones. Desde esta perspectiva, es la combinación de los escritos de «saber», de «memoria» y de «poder» la que constituye la originalidad del «perfil» de cada historiador. Si por lo general los textos de «saber» se publican fundamentalmente en la primera parte de la carrera y los textos de «memoria» y de «poder» en la segunda, la combinación de estas actividades varía considerablemente según los individuos; variación que se produce en función de su concepción de la ciencia y de la contribución que consideran poder hacer a ella, pero también de las oportunidades que se les ofrece. Considerando las cosas desde este ángulo, Lucien Febvre habría podido criticar a Seignobos sirviéndose de

argumentos irrefutables. Si Febvre ha sido un verdadero «científico» es porque sus textos reflejan fundamentalmente actividades de «saber»: una voluminosa tesis, varios trabajos de investigación y, sobre todo, un número increíble de artículos y de reseñas en las revistas profesionales (y ante todo en *Annales*). Por el contrario, Charles Seignobos se limitó básicamente a publicar escritos de «memoria» (manuales escolares y obras para el gran público), sin apenas poner en práctica el famoso «método histórico» que él impuso a los demás. No obstante, la escasez de escritos de divulgación en la obra de Lucien Febvre y de Marc Bloch parece deberse, antes que a una elección deliberada, a una coyuntura especialmente desfavorable para este género de publicaciones. Lucien Febvre aceptará con entusiasmo la dirección de la *Enciclopedia Francesa*, en la que centrará durante varios años buena parte de sus esfuerzos. Y si finalmente no publicó su «Historia de Francia», acarició este proyecto durante mucho tiempo. Favorecida por el nuevo desarrollo de la edición escolar y comercial, la siguiente generación vendrá a confirmar, por si hacía falta, que todos los historiadores aplican la misma regla de juego. Braudel fue un «hombre de ciencia» fundamentalmente por su gran tesis sobre el Mediterráneo, pero también fue un «hombre de poder», pues fue presidente de la sección VI del EPHE y de la *Maison des Sciences de l'Homme* (MSH), y un «hombre de memoria» que trabajó por la transformación del programa de agregación y que dirigió la publicación de manuales escolares, sin descuidar ni los artículos de prensa ni las obras de síntesis.

El otro inconveniente mayor que presenta la concepción «idealista» del conocimiento histórico que Lucien Febvre ha contribuido a propagar, es que ésta no nos permite comprender cómo se producen, en la práctica, las innovaciones. En sus *Combates*, Febvre completa la imagen del héroe «anticonformista» que a él (como a todos nosotros) le hubiera gustado ser con la del genio «omnisciente» capaz de ser al mismo tiempo, por la sola gracia de su espíritu, filósofo, psicólogo, lingüista, politólogo, geógrafo, sociólogo, etc. Ciertamente, a diferencia de los historiadores-epistemólogos de los años 70, Lucien Febvre, y más aún Marc Bloch, han considerado sus relaciones con las demás disciplinas o como un proceso de intercambios recíprocos, o como una colaboración entre especialidades diferentes. Sin embargo, negándose a entender la «interdisciplinaridad» desde el punto de vista de las relaciones de poder en el seno de la universidad, han permitido, sobre todo Lucien Febvre, la ulterior fuga al discurso «epistemológico». Si se denomina «interdisciplinaridad» al simple hecho de que un historiador se sirva en su propio trabajo de las novedades aparecidas en los demás ámbitos del saber, es evidente que la historia siempre ha sido «in-

terdisciplinar». El «método histórico», fijado en sus grandes líneas por Niebuhr a comienzos del siglo XIX, combina las aportaciones de la hermenéutica, la gramática comparada y la filología. Posteriormente, los historiadores no han dejado de esforzarse por integrar las innovaciones exteriores, transformándolas en instrumentos al servicio de su disciplina. Como hemos visto, Seignobos entendía la sociología como ciencia auxiliar de la historia precisamente en este sentido. El problema con el que se enfrentarán los fundadores de *Annales*, y aún más sus sucesores, es el de la progresiva institucionalización del resto de las disciplinas orientadas al conocimiento empírico de las sociedades humanas. El ejemplo de la sociología muestra que estos nuevos ámbitos del saber universitario sólo han podido adquirir su propia identidad oponiéndose a la historia, así como la historia se autonomizó anteriormente oponiéndose a la filosofía. Es contra los historiadores contra quienes los sociólogos crearán su propio lenguaje disciplinar, es decir, un estilo, un universo de referencias y de temas de conversación que ningún individuo que se defina como «sociólogo profesional» puede (normalmente) ignorar. Por eso la oposición entre historia y sociología es, ante todo, una cuestión de lenguaje que enfrenta a quienes hablan como todo el mundo y se interesan por los acontecimientos «singulares» (enfoque monográfico) y a quienes hacen uso de un lenguaje teórico con el fin de determinar relaciones universales. A estas diferencias se debe el que, aunque los fundadores de *Annales* quisieron proseguir el proyecto intelectual lanzado por los durkheimianos antes de 1914, su perspectiva fuese radicalmente diferente. Como ha subrayado Jacques Revel, *Annales* se presenta desde un principio básicamente como «una actividad en el fondo poco preocupada por las definiciones teóricas»[35]. Esto permite que sus fundadores sigan convirtiendo en «auxiliares» las disciplinas vecinas, una práctica cara a los historiadores; los durkheimianos, en cambio, concebían *la* ciencia social como la aplicación de una teoría sociológica que integraba el conjunto de los saberes constituidos. Esta oposición radical de concepciones del conocimiento permite comprender por qué, cuando *Annales* intenta vincular a François Simiand a su proyecto de investigación económica, éste se niega categóricamente, pues ve en las propuestas de Febvre ese mismo enfoque «monográfico» que él no ha dejado de combatir[36]. Inversamente, los

[35] J. Revel, «Histoire et sciences sociales», *Annales...*, ed. cit., pág. 1.361.

[36] Cfr. «Une correspondance entre Lucien Febvre et François Simiand à l'aube des *Annales*», *Vingtième siècle, revue d'histoire*, 24, 1989, págs. 109-110. Para un análisis más detallado de esta cuestión, cfr. G. Noiriel, «Foucault...», *Journal of Modern History*, ed. cit.

historiadores nunca aceptarán los análisis de Simiand, pese a su carácter histórico y al lugar que concede al estudio de los archivos. El estilo de Simiand les parecerá siempre «demasiado abstracto», sus preocupaciones demasiado «filosóficas», sus análisis demasiado «desencarnados». Para comprender cómo el propio Simiand, unos treinta años después, pudo convertirse en una de las principales referencias expresas de *Annales,* hasta el punto de que en 1960 la revista reedita su feroz crítica a Seignobos[37], es necesario dar cuenta del inmenso trabajo realizado por los historiadores situados en la vanguardia de la innovación para «traducir» los hallazgos sociológicos de Simiand al lenguaje normal de los historiadores y para darle, de ese modo, un nuevo sentido y un nuevo valor heurístico. La mayoría de las veces, los historiadores interdisciplinares sólo hacen explícito un aspecto de sus propios méritos, haciendo referencia a las disciplinas, a los autores y a las «teorías» en que se han apoyado para constituir su saber. Pero casi siempre olvidan explicarnos cómo se las han arreglado para que sus colegas historiadores hayan acabado por aceptar estas extrañezas y hayan dejado de rechazarlas escudándose en el aplastante argumento: «eso no es historia». Para esclarecer este proceso, «es fundamental comprender por qué un conjunto de cuestiones adquiere paulatinamente sentido y valor en el mercado de las ideas, y cómo un colectivo de intelectuales se apropia estas cuestiones y estos problemas convirtiéndolos en la trama misma de su vida», pues es «así [como] se constituye una comunidad científica en determinadas circunstancias y ocasiones»[38]. Para analizar desde esta perspectiva el éxito de *Annales,* hay que partir de un hecho fundamental: el triunfo de la corriente designada con la etiqueta «historia económica y social» sólo ha sido posible gracias a una poderosa renovación generacional. Es la jubilación simultánea, entre 1935 y 1937, de una importante fracción de historiadores de la Sorbona que comenzaron su carrera a fines del siglo XIX, lo que permite la aparición de nuevas fuerzas, ilustradas por el acceso de Marc Bloch a la cátedra de historia económica. Apenas instalado, éste logra crear un diploma de historia económica para los estudiantes de licenciatura, así como fundar el Instituto de Historia Económica y Social[39]. La historia económica se convierte así, repentinamente, en uno de los centros de interés de la investigación científica y de la docencia universitaria.

---

[37] F. Simiand, «Méthode historique et science sociales», *Annales E.S.C.,* 1, 1960.

[38] D. Roche, «De l'histoire sociale à l'histoire des cultures: le métier que je fais», en *Les Républicains des Lettres. Gens de culture et Lumières au XVIIIe siècle,* Fayard, 1988, pág. 9.

[39] O. Dumoulin, «Changer l'histoire», *op. cit.*

Tras la muerte de Marc Bloch, Ernest Labrousse ocupa su cátedra en 1945, en la que se mantendrá hasta 1967. El papel excepcional que Labrousse ha representado en el desarrollo de esta nueva perspectiva histórica se debe a dos razones fundamentales. En primer lugar, Labrousse dispone de medios incomparablemente superiores a los que existían en el período de entreguerras. Además de ocupar una posición central en la institución, puede apoyarse en los recursos humanos y materiales que ofrecen el CNRS (creado en 1936) y la sección VI («económica y social») del EPHE. La historia económica y social es fomentada también por revistas como *Annales* o *Le Mouvement Social* (fundada por Labrousse), y por coloquios e investigaciones de carácter internacional. Pero Labrousse se beneficia también de una coyuntura única, pues accede a los cargos dirigentes en una época en la que el número de «maestros» es todavía reducido, mientras que la ola de plazas, y por ende de discípulos, no deja de crecer. Subrayar que la historia económica y social se ha beneficiado del extraordinario crecimiento institucional que las universidades conocieron en las décadas de posguerra, no significa en absoluto quitarle méritos. Su actividad como director de tesis bastó ya a Labrousse para aplicar ampliamente, gracias a las investigaciones empíricas de sus estudiantes, la nueva perspectiva histórica que él contribuyó a elaborar. Pero Labrousse ocupa una lugar excepcional por otra razón. No es, en efecto, un simple producto de la institución de la disciplina histórica. En un principio, Labrousse siguió y asimiló como economista la enseñanza de Simiand en el EPHE y en el Colegio de Francia. Los historiadores sólo lo han reconocido como uno de ellos gracias a los esfuerzos realizados por los colaboradores de *Annales,* y sobre todo por Georges Lefebvre[40]. Esta integración ha requerido una verdadera «traducción» del pensamiento de Simiand para hacerlo compatible con las «reglas de juego» de la disciplina histórica. Sin poder extendernos demasiado en este ejemplo, señalaremos los elementos más importantes de este esfuerzo. En primer lugar, Labrousse abandona el lenguaje «esotérico» de Simiand para adaptarse a las normas lingüísticas del medio histórico. Después, en lugar de intentar determinar relaciones universales, como pretendían los durkheimianos, restablece la perspectiva monográfica, el *Zusammenhang,* tan querido por los historiadores de todas las épocas. Progresivamente, la historia económica y social defendida por La-

---

[40] Acerca de esta cuestión, cfr. J. Y. Grenier y B. Lepetit, «L'expérience historique: à propos de C. E. Labrousse», *Annales E.S.C.,* 6, 1989, págs. 1.337-1.360.

brousse se presentará como una historia «total», articulada en torno a una matriz: «economía-sociedad-civilización», el famoso subtítulo de *Annales*, suficientemente flexible para satisfacer las necesidades de todos los combates que ha de llevar a cabo el historiador deseoso de luchar hasta el final por las ideas en las que cree. Esta matriz es capaz de integrar sin dificultad tanto los estudios técnicos (particularmente las tesis) como las obras de divulgación. Gracias a ella, la nueva generación de historiadores puede oponerse punto por punto al «paradigma» histórico hasta entonces hegemónico. No es la política el factor decisivo, sino la economía. No son los «grandes hombres» los que han hecho la historia, sino las «masas»; los métodos verdaderamente científicos no son los «hermenéuticos», sino los métodos «cuantitativos». Tal enfoque no podía menos de seducir a la nueva generación de historiadores deseosa de marcar su diferencia y de probar su inteligencia. Gracias a este nuevo «paradigma», y respetando siempre las reglas del oficio (trabajo de archivo, tesis monográfica, etc.), los recién reclutados innovan tanto por las técnicas utilizadas como por las explicaciones aportadas y los ámbitos estudiados. Además, la inspiración marxista de esta historia económica y social —Labrousse jamás hizo un misterio de su compromiso con la izquierda—, le permite conectar con el clima político que reina entonces en una parte del mundo intelectual francés. Retraducidos al lenguaje de la profesión, los argumentos «progresistas» puestos en manos de los jóvenes historiadores situados «en la parte inferior del escalafón» constituyen otras tantas armas que éstos utilizan contra la historia «positivista» defendida por los herederos de Seignobos, que todavía gozan del mayor reconocimiento. Conforme va elaborándose, esta historia se hace también su propio mercado, luchando no sólo en el plano de la investigación científica, sino en todos los niveles del discurso histórico: Labrousse y Braudel combaten por modificar los programas de agregación, publican manuales y obras dirigidas al gran público. Es innegable que la precocidad de la apertura interdisciplinar de la historiografía francesa (encarnada por *Annales*) es una consecuencia de la centralización del poder universitario, pues quienes deseaban desarrollar nuevas perspectivas se vieron obligados a buscar una alternativa a la «fortaleza», apoyándose en las disciplinas vecinas y en instituciones marginales. Pero estas nuevas formas de considerar el pasado sólo lograron convertirse en corrientes legítimas e importantes en historia mediante un inmenso esfuerzo de «aclimatación» o, mejor dicho, de «traducción». Gracias a este trabajo, las críticas de los filósofos y de los sociólogos se han transformado en argumentos adaptados a los menesteres y las necesidades de la investiga-

ción histórica. De ese modo las oposiciones que anteriormente reflejaban divisiones disciplinares (singular/general, cualitativo/cuantitativo, práctica/teoría, reformismo/revolución), se han convertido en las cuestiones que estructuran los principales debates internos de la historia.

Estudiar la cuestión de la innovación concediendo prioridad al análisis de las prácticas de investigación, permite también comprender por qué los «paradigmas» históricos envejecen y desaparecen. Los jóvenes historiadores que, en el curso de su tesis, deben demostrar sus capacidades de innovación, ya no pueden hallar en una corriente que, por su implantación, se ha convertido en una componente de la «ciencia normal» de la historia, los recursos que han de permitirles mostrar su diferencia. Como subraya Daniel Roche recordando su propia experiencia, «generalmente, se trataba de hacer otra cosa a la vez que se permanecía fiel a las motivaciones originales». Por eso, siguiendo además los consejos que el propio Labrousse le había prodigado, Roche abandona los senderos perfectamente señalizados de la historia económica y social para transitar los nuevos caminos de la historia social de la cultura[41]. Este proceso es reforzado por los mismos que han contribuido a la implantación del antiguo «paradigma» aplicándolo en sus propias investigaciones. En efecto, tras la defensa de la tesis y la obtención de una cátedra, libres ya de la dependencia de su «maestro», los historiadores aspiran a ampliar sus horizontes. Como explica Maurice Agulhon, si el proyecto labroussiano de un conocimiento integral de la historia de Francia mediante la multiplicación de trabajos monográficos ha fracasado, es porque después de haber acabado su tesis, los historiadores más ambiciosos no podían contentarse con que se les considerara los mejores especialistas mundiales en la historia del Loir-et-Cher o del Var[42]. Debían hacerse «visibles» nacional e internacionalmente abordando «grandes temas», colaborando en «historias de Francia», ofreciendo al gran público puntos de vista originales sobre la historia, proponiendo a los estudiantes «nuevas perspectivas» muy diferentes, a menudo incluso radicalmente opuestas, a la historia económica y social con la que tanto se habían familiarizado en su juventud.

[41] D. Roche, *Les Républicains...*, ed. cit., pág. 12.

[42] M. Agulhon, «Vu des coulisses», en P. Nora (dir.), *op. cit.*

CAPÍTULO 9

«Universo Histórico»

Una colección de historia a través de su paratexto (1970-1993)

El análisis de los problemas planteados por la edición de obras históricas es esencial en una reflexión sobre la historia entendida como actividad práctica[1]. Gracias a la institución editorial, en efecto, el «pensamiento puro» se materializa, se imprime y se difunde; operaciones sin las que no podría llegar al público al que está dirigido[2]. No obstante, no podemos menos de constatar que, por lo que respecta a esta cuestión concreta, la investigación todavía se halla en estado balbuciente. Las pocas obras que estos últimos años han intentado determinar las relaciones actuales entre la edición y la historia, adoptan la mayoría de las veces una perspectiva denunciadora. La corriente de *Annales* ha sido la principal víctima de este ánimo crítico: «Los "Analistas" —escribe por ejemplo François Dosse— han tomado todas las plazas fuertes de la sociedad mediática. El nuevo historiador se ha hecho comerciante al mismo tiempo que científico, agente, publicista y gestor para controlar a todos los niveles las redes de difusión de los trabajos históricos»[3]. Si bien este tipo de declaraciones tiene el mérito

[1] Este capítulo apareció inicialmente en la sección «Fenêtre» de la revista *Genèses*, 19, enero, 1995, págs. 110-131.

[2] «Las obras sólo existen desde el momento en que se convierten en realidades físicas», R. Chartier, *L'Ordre des livres*, Alinéa, 1992, pág. 9. (Trad. esp.: *El orden de los libros*, Barcelona, 1994.)

[3] F. Dosse, *L'Histoire en miette*, ed. cit., pág. 7. Estas críticas son recogidas complacientemente en el «Que sais-je?» de G. Thuillier y J. Tulard, *Les Écoles historiques*, ed. cit.

de expresar en voz alta y públicamente lo que muchos universitarios sólo murmuran en los pasillos de su facultad, la experiencia demuestra que no es con panfletos como se puede hacer progresar la reflexión colectiva sobre estos problemas. Por una parte, el lenguaje de la denuncia obliga a quienes se señala (explícita o implícitamente) como «responsables», o como «culpables», a refugiarse en un silencio condescendiente o a responder con el mismo tono, desacreditando a quien se erige en juez. De este modo la voluntad de perjudicar relega a un segundo plano a la voluntad de saber. Por otra parte, la argumentación denunciadora conduce al uso incontrolado de metáforas militares en términos de «estrategia», de «guerra de trincheras» o de «fortaleza», ocultando completamente el sistema de imperativos a los que obedece hoy la edición de la historia científica. Convencido de que sólo una reflexión colectiva sobre estos imperativos puede permitir la evolución de las relaciones entre investigación científica y edición, me he esforzado aquí por abordarlos sin sucumbir a esa «manía de juzgar» que Marc Bloch deploraba ya en los historiadores de su tiempo.

En este sentido, recordar algunas de las características esenciales del oficio de historiador, tal como ha sido institucionalizado a fines del siglo XIX, creo que es un buen punto de partida. Como se ha visto en los capítulos precedentes, la Tercera República impuso dos objetivos fundamentales (que aún hoy definen la disciplina tal y como se practica en Francia) al nuevo cuerpo de historiadores profesionales por ella establecido en la década de 1880. En primer lugar, el historiador debe producir conocimientos de carácter científico; lo que supone que aquél haya adquirido previamente una formación como investigador certificada por un diploma (la tesis de doctorado) que sólo los especialistas del área correspondiente están autorizados a otorgar, apoyándose en los criterios en los que se fundamenta la cientificidad de su práctica. A fines del siglo XIX, es *el método* —es decir, el tratamiento del archivo (amplitud de los materiales de primera mano consultados y calidad de la crítica de fuentes)— lo que define la ciencia de la historia. A partir de los años 30, los fundadores de *Annales* añaden un elemento fundamental: la pertinencia del *cuestionario* (toda investigación histórica ha de esforzarse por resolver un problema que la comunidad científica considera importante para el progreso del conocimiento). Pero, en segundo lugar, el historiador también debe asumir responsabilidades cívicas contribuyendo al enriquecimiento de la memoria colectiva del (o de los) grupo(s) al (a los) que pertenece. En este plano se le exige fundamentalmente un esfuerzo de divulgación. Esfuerzo que se juzgará en función de criterios básicamente «pedagógi

cos»: por ejemplo, su capacidad de interesar al «gran público» (evitando temas demasiado «técnicos» o demasiado alejados de las preocupaciones del «sentido común») y hacerse comprender por los no especialistas (hablando un lenguaje sencillo y claro, evitando la acumulación de notas a pie de página, etc.)[4]. Las exigencias, en buena medida contradictorias, que imponen la «tesis» y la «síntesis» reflejan la posición «centrista» de la historia, desgarrada entre el mundo científico y el mundo literario. Examinando los problemas que plantea a la disciplina la *recepción* de los trabajos dirigidos a estos dos tipos de público, puede tomarse perfectamente el pulso de estas contradicciones. En efecto, si toda actividad científica necesita que los resultados de la investigación sean publicados, como lo muestra el ejemplo de las ciencias de la naturaleza, la comunicación entre científicos no se produce principalmente a través de los libros, sino a través de la «literatura gris» y de los artículos en revistas especializadas[5]. Así pues, por definición, el historiador que decide publicar una obra acepta dirigirse a un público más amplio que el grupo profesional del que forma parte. Al hacerlo, está en la obligación de satisfacer las normas «pedagógicas» arriba mencionadas. Pero, al mismo tiempo, ante la opinión pública la legitimidad del historiador depende de su imagen como especialista, como titular de competencias que garantizan la verdad de las ideas que desarrolla en sus escritos. En consecuencia, en su esfuerzo de divulgación el historiador no puede ir más allá de los límites que podrían hacerle caer en la literatura: en la «pequeña historia» o en la «novela histórica» que cultiva, lucrativamente, un gran número de historiadores «amateurs». La escritura de un libro de historia (en el sentido universitario del término) se desarrolla en un espacio intermedio entre la escritura científica y la escritura literaria. No puede cumplir las exigencias de la una ni de la otra, y sin embargo debe satisfacer las dos.

Para intentar comprender mejor cómo los historiadores hacen frente concretamente a esta contradicción —de la que los recurrentes debates sobre «la escritura de la historia» son uno de los síntomas más visibles—, me he interesado por la forma en que presentan su trabajo en sus libros. Ello me ha llevado a emprender una investigación sirviéndome de los instrumentos elaborados por Gérard Genette en el

---

[4] A esta tensión entre las dos «misiones» contradictorias asignadas al historiador ha aludido recientemente R. Rémond, «Situation de l'histoire en France», en R. Rémond (dir.), *Être historien aujourd'hui*, ed. cit., pág. 245.

[5] Acerca de esta forma particular de libro que es una selección de artículos, cfr. D. Roche, *Les Républicains...*, ed. cit., pág. 7-22.

profundo estudio que ha dedicado recientemente a los «paratextos», es decir, a los escritos que transforman un texto en libro en el momento de su publicación (título, comunicado a la crítica, prólogo, reseñas, entrevistas, etc.)[6]. Para resolver del modo más sencillo el problema de la constitución del corpus, he decidido estudiar las obras aparecidas en una sola colección: «Universo Histórico», editada en Seuil[7]. Limitándose al análisis del «discurso» editorial, este estudio sólo aborda un único aspecto de la función paratextual en los libros de historia. Una investigación exhaustiva exigiría un trabajo mucho más profundo, analizando los archivos del editor, la documentación impresa referida a la colección (especialmente en la prensa), y completándolo con conversaciones con sus directores, sus autores y su público.

La construcción de un nuevo espacio editorial

Un contexto muy favorable

El primer libro de la colección «Universo Histórico» fue publicado a finales del año 1970. Veintitrés años después (finales de 1993), la colección tenía en su haber alrededor de ochenta volúmenes[8]; lo que representa una media de tres o cuatro obras por año. El lanzamiento del proyecto tuvo lugar en una coyuntura extremadamente favorable, en el curso de la cual la mayoría de los editores franceses crearon nuevas colecciones de historia y de ciencias humanas, o reorganizaron profundamente las antiguas. Sin entrar en detalles, puede decirse que

---

[6] G. Genette, *Seuils*, Seuil, 1987. Me he limitado a examinar los elementos paratextuales que forman parte del libro (a los que Genette llama «peritexto»), sin ocuparme de los «epitextos» (declaraciones sobre el texto publicadas independientemente de él, como las entrevistas, la correspondencia, el «diario» del autor, etc.).

[7] Puesto que, en sí misma, una colección forma parte de la estrategia editorial de presentación de los textos, para el investigador constituye un corpus ideal, pues está definido a partir de criterios que dependen del objeto de estudio. He elegido la colección «Universo Histórico» no sólo por la importancia que en los últimos veinte años viene teniendo para la disciplina, sino también porque su director, Michel Winock, me ha acogido generosamente en ella. Me ha parecido que, para romper completamente con la lógica de la denuncia a la que arriba me he referido, uno mismo debía estar implicado en el análisis.

[8] Pero muchos menos títulos, pues la mayoría de las grandes obras colectivas publicadas en la colección (como la *Histoire de la France rurale*, la *Histoire de la France urbaine*, etcétera) constan de varios volúmenes. En el Anexo figura la lista completa de los títulos aparecidos en la colección «Universo Histórico» entre 1970 y 1993.

el nuevo dinamismo de la edición científica se debe en gran medida a las transformaciones de la sociedad francesa en las décadas de la posguerra, pues éstas modificaron las condiciones de la recepción social de la investigación histórica. A partir de los años 50, el aumento general del nivel de vida provocó un importante desarrollo del mercado de la industria cultural, ampliando al mismo tiempo el público capaz de leer obras históricas. Paralelamente, la considerable extensión de la enseñanza secundaria y superior y el creciente protagonismo de la «nueva clase media» (compuesta de docentes, ejecutivos, miembros de profesiones liberales) en el seno de la población activa, contribuyó de forma importante a crear un público de potenciales lectores de las obras fruto de la investigación universitaria. El propio campo de estudios históricos también se vio afectado por estos cambios. Las décadas de posguerra dieron lugar a radicales transformaciones institucionales sin parangón desde fines del siglo XIX. En algunos años, se multiplicó la creación de plazas en la enseñanza superior, así como los centros de investigación (en el CNRS y en la universidad). La irrupción en la escena universitaria de una nueva generación de historiadores —en su mayoría ocupados en la redacción de una tesis— y el aumento de los medios puestos a su disposición, hicieron que la productividad del trabajo científico se elevase considerablemente. Ésta se benefició también de las nuevas direcciones de investigación que, a partir de los años 30, impulsó la corriente de *Annales;* desde ese momento sus promotores disponen ya —a través de la sección VI de la Escuela Práctica de Altos Estudios— de un apoyo institucional gracias al cual las anteriores innovaciones han podido aplicarse a gran escala: historia económica y social, historia de las mentalidades, historia de los movimientos sociales, etc. Estos nuevos objetos de estudio tuvieron tanta mejor recepción por parte del público culto cuanto que coincidían con los grandes problemas sociales que el movimiento de mayo del 68 había puesto en el primer plano de la vida pública. Añadamos para terminar que, desde un punto de vista editorial, el «yacimiento» descubierto por *Annales* prácticamente no se explotó hasta los años 60. Esta situación puede explicarse recordando los comentarios hechos más arriba sobre las constantes oscilaciones de la disciplina histórica entre el mundo científico y el mundo literario. Si a comienzos de siglo la elite de la comunidad de historiadores (Lavisse y Seignobos especialmente) mantenía estrechas relaciones con el mundo editorial, después de la Primera Guerra Mundial, el prestigio del que la universidad gozaba entre el gran público empieza a declinar; de ese modo, la edición científica pasa a un segundo plano. La crisis de los años 30

no hace sino agravar la situación. La serie de síntesis históricas lanzada por Aubier es un fracaso. La colección «Pueblos y Civilizaciones», dirigida por Halphen y Sagnac en la casa Felix Alcan, no logra ni frenar el declive de la editorial, ni resolver las «dificultades que van a amenazar su autonomía»[9]. Esta crisis de la demanda se conjuga con una crisis de la oferta. Deseosos de devolver a la disciplina la autonomía que la generación anterior le había hecho perder a causa de un compromiso demasiado fuerte con la edición comercial, los fundadores de *Annales* arremeten vehementemente contra la divulgación histórica de los manuales, proclamando las virtudes de la historia-ciencia practicada en «laboratorio». Pero a su vez, desde finales de los años 50, este ensimismamiento de la comunidad de historiadores es objeto de críticas cada vez más vivas. Henri-Irénée Marrou, en el balance historiográfico que redacta en ese momento, señala que los adeptos a «la historia científica» han vencido completamente a los partidarios del «género literario». Pero añade: «la historia está demasiado confinada en las manos de los especialistas, no sale de los talleres de fabricación [...] Lo que hoy corre peligro es la presencia de la historia en el seno de la cultura contemporánea, el papel que debería desempeñar en la vida»[10]. Estos comentarios anuncian el retorno del péndulo de la historia hacia el polo «literario»; movimiento que las nuevas colecciones de los años 1960-1970 van a acelerar.

La creación de una «imagen de marca»

Si bien es innegable que las mutaciones de la sociedad francesa durante las décadas que siguieron a la Segunda Guerra Mundial han perfilado los contornos de un público más amplio capaz de leer la prosa de los historiadores profesionales, no por eso los imperativos a los que se ha hecho alusión en la Introducción han desaparecido. Para

---

[9] En el período de entreguerras, las tiradas de las obras universitarias son del orden de los 2.000 a 3.000 ejemplares. Sólo historiadores conservadores como Bainville y Gaxotte pueden aspirar a ventas que oscilan entre los 15.000 y los 40.000 ejemplares, como en el caso de los grandes estudios históricos aparecidos en Fayard a partir de 1924; cfr. I. de Conihout, «La conjoncture de l'édition», y V. Tesnière, «Traditions et forces neuves dans l'édition universitaire», en H. J. Martin, R. Chartier y J. P. Vivet (dirs.), *Histoire de l'édition. T.4. Le livre concurrencé,* Promodis, 1986, pág. 87 y págs. 285-287.

[10] H. I. Marrou, «Comment comprendre le métier d'historien», en Ch. Samaran (dir.), *L'histoire et ses méthodes,* ed. cit., págs. 1.533 y ss.

alcanzar credibilidad en el plano intelectual y ser a la vez viable en el plano económico, la edición histórica científica debía ocupar un espacio situado a medio camino entre las publicaciones especializadas (como las tesis) y los libros de divulgación para uso de las clases populares. La función principal de las nuevas colecciones como «Universo Histórico» (en lo sucesivo UH), fue ocupar ese espacio unificando y logrando la fidelidad del público de lectores al que podía interesar[11]. El lanzamiento de una colección puede considerarse, en efecto, como un acto de clasificación social mediante el que la editorial traza una línea que, en el inmenso tejido de las publicaciones de carácter histórico, demarca un pequeño círculo, dotándolo así de cierta particularidad. En el caudal de productos que la industria del libro vierte cada día en las librerías y en los supermercados, el público no especializado debe poder identificar a primera vista las obras que forman parte de ese círculo; de ahí la importancia que han adquirido los aspectos simbólicos que facilitan esa identificación. El ejemplo de la colección UH muestra que el propio nombre de la colección es objeto de una intensa utilización por parte del editor. En cada uno de los volúmenes, dicho nombre figura con todas sus letras en la primera página de cubierta; debajo de las siglas UH, impresas igualmente en grandes caracteres y reproducidas en el lomo de la cubierta. En las primeras páginas hay otras referencias a este nombre, generalmente en la página 6 y al final de cada libro (donde figura la lista de los otros autores y títulos ya publicados en la colección). El color de la cubierta es otro elemento esencial de identificación. En el caso de la colección UH, el editor optó inicialmente por un fondo verde grisáceo, sobre el que destaca —en la primera página de cubierta— una viñeta (suele tratarse de la reproducción de una pintura) que varía de una obra a otra en función del contenido del libro. Gracias a la estabilización de estos elementos formales, la imagen de la colección se ha impuesto progresivamente entre el público; lo que posteriormente ha permitido que el editor juegue con estos elementos para adaptar esta imagen a las necesidades del momento. A mediados de los años 80, el color de la cu-

---

[11] Hay que recordar que esta colección es sólo uno de los elementos del proyecto desarrollado en ese momento por el editor en lo que respecta a la historia. Publicando obras científicas, la colección UH sólo podía llegar a un público relativamente limitado. Pero el prestigio así alcanzado benefició a la imagen de marca de la editorial en su conjunto. Por otra parte, la colección de bolsillo «Points Histoire» (en la que se reeditó una parte nada despreciable de las obras de la colección UH) y la revista *L'Histoire*, de amplia difusión, permitieron ampliar el círculo inicial de lectores de obras científicas.

bierta pasa del verde al blanco, lo que indica una voluntad de «rejuvenecimiento» de la colección, sin por ello amenazar su identidad. De vez en cuando, en el caso de obras capaces de atraer a un público mayor que el de los lectores habituales, los signos de identidad son atenuados: unas veces se cambia el formato o la tipografía; otras, las siglas UH quedan disimuladas (Le Roy Ladurie, 1980 y 1983; Delort, 1984). Todos los esfuerzos realizados por la editorial para crear la identidad formal de la colección sólo tienen sentido si ésta se legitima rápidamente en el mundo intelectual. Es ésta una condición imperiosa para que el público al que se dirige compre las obras publicadas bajo su etiqueta. Si, a largo plazo, los autores pueden beneficiarse de esta imagen de marca, hay que subrayar que en el período de lanzamiento, por el contrario, sólo la reputación de los autores puede asegurar la notoriedad de la colección. Sin entrar por el momento en el estudio detallado del perfil sociológico de los colaboradores de la colección UH, echando un vistazo a la lista de los autores reproducida en el Anexo es posible constatar que, desde los primeros años, su imagen de gran colección de historia ha sido creada movilizando a historiadores pertenecientes a las instituciones más prestigiosas de la vida intelectual del país: Sorbona, Colegio de Francia, Instituto, etc. Pero sobre todo, esta lista ilustra uno de los principios fundamentales en los que se basa toda la credibilidad del proyecto: la colección UH está reservada a los historiadores «profesionales» (la mayoría de las veces pertenecientes a la universidad). La colección excluye sistemáticamente a los historiadores «amateurs» (periodistas, escritores, eruditos locales, etcétera), que sin embargo, año tras año, son mayoría entre los autores que publican obras de carácter histórico. Por sus autores, pues, la colección UH aparece a los ojos del público como una colección muy estrechamente ligada al mundo científico. Por su contenido, en cambio, parece estar mucho más próxima al polo de la divulgación. El catálogo de la colección muestra el importante lugar que en ella ocupan las obras de síntesis (como las numerosas monografías sobre la historia de Francia aparecidas en los últimos veinte años) y los manuales universitarios (Dvornik, 1970; Petit, 1974). En cambio, las tesis son bastante escasas y todas ellas han debido ser profundamente modificadas (recortadas, simplificadas, reescritas) antes de ser aceptadas como libros[12]. En términos generales, la elección de los títulos refleja

[12] De hecho, algunas de las obras extraídas de estas tesis (por ejemplo las de Marrou, 1971; Agulhon, 1979; Perrot, 1984) son reediciones.

una voluntad de atenuar (o incluso de ocultar) la especialización, en favor de formulaciones vagas: «El Tribunal de la impotencia» (Darmon, 1979), «El sexo y Occidente» (Flandrin, 1981), «El cuerpo y el alma» (Arnold, 1984). Para saber exactamente cuál es el tema del libro, el lector se ve obligado a consultar el subtítulo (que figura en caracteres más pequeños). El éxito de la colección UH parece deberse, pues, a un compromiso entre las tendencias divergentes que atraviesan la disciplina de la historia. Ha logrado conciliar las exigencias científicas (cfr. la lista de autores), sin las que la colección no habría podido legitimarse intelectualmente, con los imperativos del mercado editorial, que exigen atraer a un público mayor que el del círculo de profesionales (cfr. la lista de títulos). Pero este éxito sólo ha podido obtenerse mediante un enorme trabajo de justificación que ahora pasamos a examinar.

UN NUEVO OBJETIVO EDITORIAL: LA CUARTA DE CUBIERTA

Como señala Gérard Genette en relación con la literatura, la costumbre de hacer figurar el «comunicado a la crítica» en la última página de cubierta no se generalizó hasta los años 60 —con el *nouveau roman.* Hasta entrados los años 50, al menos en lo que respecta a las obras de historia, esta página se utilizaba para recordar los otros títulos de la colección o para reproducir extractos del catálogo general del editor. Las nuevas colecciones lanzadas en los años 70 transforman radicalmente las estrategias de ocupación de este espacio vital reservándolo exclusivamente a la presentación del autor y del texto. La ventaja respecto a la situación anterior es que en adelante el comunicado a la crítica forma ya parte del libro, lo que hace diez veces mayor su poder de convicción, pues el tiempo que pasa entre el momento en que el lector tiene conocimiento del mensaje que valoriza la obra y el momento en que puede comprarla se reduce al mínimo. Es cierto que la creciente importancia de la cuarta de cubierta es resultado de la exacerbación de la competencia entre los editores, que les ha llevado a servirse cada vez más de técnicas publicitarias para defender sus productos. Pero también puede explicarse por la necesidad de explicitar y justificar un proyecto editorial que intenta atraer a un público mucho más extenso que el de los lectores eruditos de antes de la guerra. Esto es lo que muestra el análisis de las presentaciones del autor y del texto en la cuarta de cubierta.

Un estudio estadístico permitiría sin duda trazar dos ejes; el primero en función del lugar ocupado por la presentación del autor en la cubierta (número de líneas), el segundo en función de la importancia atribuida a los elementos objetivos (información que contiene por ejemplo un *curriculum vitae)* en comparación con los elementos «valorativos» (que ponen de relieve el talento del autor). De este modo, podría contraponerse, por una parte, las presentaciones breves (que en ocasiones se reducen simplemente al nombre) a las presentaciones extensas y, por otra, las presentaciones «neutras» a las presentaciones «elogiosas»[13]. Combinando estos elementos, podría distinguirse dos tipos de perfil: el tipo A (presentaciones breves y neutras) en contraposición al tipo B (presentaciones extensas y elogiosas). En términos generales, son los autores más consagrados por las autoridades académicas quienes obtienen comentarios más breves y neutros, mientras que los autores que gozan de una legitimación menor por parte de las instituciones nacionales tienen derecho a presentaciones más valorizadoras. El caso extremo es el de Emmanuel Le Roy Ladurie (1980), profesor en el Colegio de Francia, a quien se presenta únicamente con su apellido (sin el nombre) acompañado, hecho rarísimo en la colección UH, de una fotografía. La presentación de Jean-Baptiste Duroselle (1976) es igualmente muy breve; su pertenencia a la Sorbona y al Instituto vale más que extensos discursos. El tipo B lo ilustran sobre todo las presentaciones de autores extranjeros, que muy a menudo pertenecen a prestigiosas instituciones, pero poco conocidas entre el público francés. En este caso el editor ha de compensar este hándicap con insistentes elogios. Así, Francis Dvornik (1970) es presentado como un «gran historiador, profesor en Harvard»; a Eric Hobsbawm (1977) se le atribuye una «agudeza de espíritu que despierta inevitablemente el interés» y Marc Raef (1982) aparece como «uno de los mejores representantes de la escuela eslavística americana». De todas las situaciones intermedias, las más significativas son las presentaciones relativamente extensas y «neutras» (tipo C). Se refieren principalmente a jóvenes autores

[13] Ciertamente, esta contraposición es relativa. Fundamentalmente refleja diferentes formas de valorizar a un autor. En un caso, se pone de relieve cualidades ya reconocidas en los títulos oficiales, mientras que en el otro, es el propio editor quien elige las calificaciones.

que no han alcanzado (todavía) la cima de la consagración académica, pero que gozan de una fuerte legitimación institucional en razón de su formación anterior. La presentación de Jean-Noël Jeanneney (1976) es, a este respecto, la más significativa: «Es normalista, agregado de historia y doctor en letras. Beca de viaje Singer-Polignac en 1966-1967. Ha publicado en las Ediciones Seuil *Le Riz et le Rouge; cinq mois en Extrême-Orient* (1969). En 1972 ha editado el *Journal politique de Jules Jeanneney (1930-1942);* es autor de filmes históricos para la televisión *(Léon Blum ou la Fidélité,* 1973; *Eamon de Valera,* 1975). Actualmente es ayudante en la Universidad de París X-Nanterre y profesor de conferencias en el Instituto de Estudios Políticos.»

Además de los cargos y los diplomas (la agregación de historia aparece aquí como el título básico), el objetivo de los elementos de valorización más frecuentes es poner de relieve las competencias profesionales del autor: docencia en universidades extranjeras (Cameron, 1971; Duroselle, 1976); colaboración en revistas especializadas (Veyne, 1971; Mandrou, 1980; Valensi, 1992). Cuando hay posibilidad, el editor destaca también el éxito editorial. E. Le Roy Ladurie (1980) es presentado fundamentalmente como «el autor de *Montaillou* y de *Carnaval de Romans*»; Alain Corbin (Parent-Duchâtelet, 1981) como el historiador que «se dio a conocer entre el gran público por sus *Filles de noce* (Aubier)». En el caso de Nathalie Davis (1988), el editor precisa que en Francia es conocida sobre todo desde 1982, gracias a *Retour de Martin Guerre,* «personificado en la pantalla por Gérard Depardieu». Evidentemente, estas presentaciones resultan instructivas tanto por lo que callan como por lo que ponen de relieve. Cuando el cargo universitario del autor no se considera suficientemente relevante, se le presenta simplemente como «profesor» o «enseñante»[14]. Asimismo, el paso por una Escuela Normal Superior sólo se menciona cuando se trata de la escuela de la calle de Ulm. Teniendo lo sagrado esa capacidad de contagiar cuanto toca —como nos ha enseñado Durkheim—, en algunas ocasiones el hecho de que ciertos autores hayan estado en contacto con instituciones prestigiosas es utilizado como elemento valorizador. Por ejemplo, el editor subraya que Giovanna Procacci (1993), «investigadora en la Facultad de Ciencias políticas de Milán», ha seguido los seminarios de Foucault en el Colegio de Francia. Del mismo modo, en el caso de Philippe Ariès (1973) se aduce el hecho de que ha conti-

[14] Yo mismo he preferido esta calificación a ser presentado como «repetidor» (Noiriel, 1988).

nuado «sus estudios de historia en la Sorbona». Vale la pena detenerse un momento en el caso de Aries, pues nos permite comprender, mejor que ningún otro, cómo funcionan los principios de legitimación en el mundo intelectual. Aries es el único historiador no profesional que ha sido acogido en la colección «Universo Histórico». Cuando se publica su primer libro en esta colección (1973), Aries trabaja como especialista en técnicas de agricultura tropical. Su presentación en la cuarta de cubierta corresponde perfectamente al tipo B anteriormente mencionado. Tiene derecho a un comentario extenso y elogioso, en el que se insiste en que «se ha impuesto gracias a algunas obras convertidas en clásicos de lo que se denomina historia de las mentalidades». Pero el comentario silencia completamente sus actividades profesionales. A comienzos de los años 70, sin embargo, Aries está lejos de ser un marginal. Próximo a Raoul Girardet, ha dirigido una colección en Plon en la que se ha publicado la tesis de Michel Foucault. Además, el editor ha tomado sus precauciones antes de abrirle las puertas de la colección UH. Como los riesgos comerciales son menores en el caso de los libros de bolsillo, Aries ha recibido primero los honores de la colección «Points-Histoire»[15], lo que ha contribuido a promocionar sus trabajos entre el gran público. También hay que señalar que *El niño y la vida familiar* es sólo la reedición de un libro publicado en Plon en 1960 y cuya traducción inglesa (1962) ha tenido un «éxito inesperado», según las propias palabras de Aries. Él mismo considera que la «elite» de los historiadores ha empezado a interesarse por sus trabajos a partir de esa fecha, a raíz de una reseña de Jean-Louis Flandrin publicada en *Annales*. Pese a esa incipiente notoriedad, el hecho de que toda la legitimidad de la colección se apoye en la pertenencia de sus autores al mundo universitario, constituye un serio hándicap para Aries. Y ello tanto más cuanto que él no es agregado de historia; ha fracasado dos veces en el concurso (en 1939 y en 1941). Con la ayuda del éxito, sin embargo, esa mancha va a convertirse en un elemento valorizador. En una primera etapa, ilustrada perfectamente por la cuarta de cubierta de la segunda obra de Aries publicada en la colección UH (1977), se menciona por fin su actividad profesional, pero para precisar inmediatamente que ésta no le ha impedido «hacer un trabajo de historiador e incluso situarse a la cabeza de su especialidad. Se le deben algunas contribuciones capitales a la renovación de la historiografía francesa». La falta de consagración institucional es «com-

[15] P. Aries, *Histoire des populations françaises*, Seuil, col. «Points», 1971 (1.ª ed., 1948).

pensada» con una presentación extremadamente elogiosa, hasta el punto de que esta cuarta de cubierta es una de las más ditirámbicas de toda la colección: «es una *suma*[16] —de paciencia, de erudición y de trabajo. Es un *monumento* [...]. Es una *revelación* [...]. Al mismo tiempo se elucidan algunos de los grandes misterios que gobiernan nuestro destino». La etapa siguiente se abre con el libro autobiográfico escrito en colaboración con Michel Winock. Como muestra el mismo título de la obra: «Un historiador amateur» (1980), lo que se consideraba un hándicap se convierte ahora en un factor de legitimidad. El lector descubre que por no formar parte de la «elite», Ariès se ha convertido en un pensador «a contracorriente», en un pionero silitario, durante mucho tiempo incomprendido. Y naturalmente, esta gloria repercute en el editor, que ha apoyado su obra en un momento en el que «la historia de las mentalidades todavía no estaba de moda»[17]. Así, con el tiempo Philippe Ariès se convierte en el autor emblemático de la colección. Con cuatro obras (dos de ellas a título póstumo)[18], Ariès es, hasta la fecha, el historiador que más ha publicado en la colección UH.

La valorización del tema

Más que los retratos de autor, el objetivo estratégico número uno del editor son las líneas referidas al contenido del libro. Ante la multiplicación de los productos de la industria del libro, es necesario que el potencial lector, en un abrir y cerrar de ojos, pueda hacerse una idea de la mercancía que se le propone comprar. Además, puesto que la colección se dirige a un público más amplio que el constituido por el restringido círculo de los entendidos, necesita apoyarse en ciertos intermediarios: los periodistas, cuyas reseñas en prensa, radio o televisión decidirán en buena parte el destino de la obra. Generalmente estos intermediarios no son especialistas. Pero incluso cuando lo son, no pueden leer con la debida atención la multitud de escritos con que los editores los abrevan diariamente. En estas circunstancias, el «co-

---

[16] Cursiva en el texto.

[17] M. Winock, «Introducción» a P. Ariès, *Un historien du dimanche*, Seuil, 1980, página 9. Todos los elementos biográficos mencionados han sido extraídos de esta obra.

[18] A las que hay que añadir la *Histoire de la vie privée*, proyecto colectivo en cinco volúmenes que dirigió con Georges Duby. (Trad. esp.: *Historia de la vida privada*, Madrid, 1987.)

municado a la crítica» que figura en la cuarta de cubierta adquiere una importancia decisiva. Gracias a él, ya no sólo resulta innecesario leer un libro para poder hablar de él, sino que incluso se puede prescindir de abrirlo. En la colección UH, las presentaciones del texto obedecen a las mismas reglas fundamentales mencionadas en relación con los autores. Los comentarios del tipo A (breves y neutros) se contraponen a los comentarios del tipo B (extensos y valorizadores), en función de la posición de los autores en la jerarquía académica: cuanto más elevada es su posición, más cerca se está del polo A, y viceversa. Sin embargo, la legitimidad del tema tratado en el libro tiene también su papel en la lógica de las presentaciones. Si el problema abordado es de una importancia evidente para el gran público, no requiere justificación en la cuarta de cubierta. La aplicación de estos principios hace que un autor consagrado que escribe sobre un tema de actualidad apenas tiene necesidad del «comunicado a la crítica». La obra de Jean-Baptiste Duroselle (1976) sobre las relaciones franco-americanas ilustra perfectamente este caso. La brevedad de la presentación del autor sólo es comparable al resumen lapidario del contenido de la obra, descrita como «la historia viva de una pareja de pueblos que, desde hace dos siglos, no cesan de enfadarse sin decidirse nunca a romper». Inversamente, cuando se trata de un autor poco conocido que aborda un tema «técnico», el editor ha de intentar convencer al público de la importancia del libro. Para conferir mayor peso a sus argumentos, suele incluir en el «comunicado a la crítica» una cita elogiosa de un especialista situado en lo alto la jerarquía académica. Por ejemplo, el libro de Suzanne Berger (1975), además de contener un prólogo de E. Le Roy Ladurie, reproduce en la cuarta de cubierta las palabras de Henri Mendras, quien lo califica de «importante contribución a la comprensión de la sociedad francesa, a la teoría del campesinado y a la ciencia política», y pronostica incluso que el estudio se convertirá rápidamente en un «clásico»[19]. No obstante, en las presentaciones de los contenidos la

[19] A diferencia de los servicios de publicación universitarios americanos, en la cuarta de cubierta los editores franceses no suelen servirse de los comentarios elogiosos realizados por colegas del autor. Es verdad que cuanto más elevada es la posición que éste ocupa en la jerarquía, menos frecuentes son los medios simbólicos de consagración. Cuando no es anónimo, el elogio sólo puede cumplir su función valorizadora si procede de una autoridad aún más consagrada que el autor. Si éste se halla ya en la cima, no queda más que la autoconsagración. El editor reproduce entonces en la cuarta de cubierta una cita del mismo autor (Agulhon, 1979). El hecho de que en la tercera obra de Ariès (1986) publicada en la colección UH, la cuarta de cubierta reproduzca un texto suyo, es sin duda una de las mejores pruebas de su consagración.

contraposición entre presentación «objetiva» y presentación «valorizadora» es mucho menos tajante que en el caso de los autores. La paleta de argumentos que pueden aducirse para poner de relieve el interés de un texto es, en efecto, extremadamente variada. Ofrece numerosos recursos que permiten conciliar los dos sistemas de normas entre los que oscila la disciplina histórica (especialización científica frente a gusto del público). En la colección UH, las presentaciones de obras delatan el interés central del editor: convencer al público de que la obra está próxima a sus preocupaciones. El principio de generalización (poner de relieve el interés general de un estudio particular) se utiliza frecuentemente en este sentido. Un estudio monográfico sobre la vida de las religiosas en el siglo XIX se justifica afirmando que «tiene un alcance general que arroja luz sobre los fundamentos no sólo de la sociedad religiosa, sino de nuestra sociedad en el sentido amplio del término» (Arnold, 1984). Asimismo, el interés de un estudio histórico sobre las fábricas Renault reside en el hecho de que «cuando Renault se resfría, Francia estornuda» (Fridenson, 1972). Para persuadir al público de que las obras de la colección UH tocan temas que son de su interés, muy a menudo el editor intenta también reducir la distancia (en el espacio y en el tiempo) que separa el mundo estudiado del universo en que se mueve el potencial lector. Como su público es básicamente francés, hay que convencerlo de que la historia de los países extranjeros no está tan alejada de «nuestra historia» como pudiera creerse. Así, el mundo eslavo es presentado como «un universo muy próximo y muy complejo» (Dvornik, 1970). Asimismo, la historia de Gran Bretaña es descrita como «nuestra a fin de cuentas», pues el declive de este país «nos fascina hoy tanto como su gloria de ayer» (Hobsbawm, 1977). Como el público vive en el presente, también es necesario que el pasado estudiado en los libros pueda ponerse en relación con el mundo actual. Los archivos del siglo XVI utilizados por Nathalie Davis (1988) se convierten en «documentos registrados por los notarios, como los diversos hechos de hoy son registrados por los periodistas sensacionalistas [...]. Toda una galería de personajes llenos de fuerza y de vida resucitan aquí en su contexto dramático de pasión y muerte». La mayor parte de las veces esta relación entre el pasado y el presente es justificada mediante el criterio de la utilidad social de la historia. La investigación histórica no sólo permitiría comprender mejor el mundo en que vivimos, sino que sería capaz de resolver nuestros problemas, incluidos los asuntos aparentemente más alejados de su campo de acción. Incluso en el plano sexual, «la historia podría tener una función terapéutica», pues nos permite «reconsiderar nuestro

sistema de valores y de este modo superar las dificultades presentes» (Flandrin, 1981).

Paradójicamente, en la colección UH las presentaciones de obras se sirven también de criterios procedentes del mundo científico: ruptura con el sentido común, innovación, amplitud de la documentación utilizada, etc. Así, muchas obras se describen como «desmitificadoras» (De Crisenoy, 1978) o como obras que «combaten las ideas dadas por verdaderas» (Fridenson, 1972). Otras presentan las aportaciones metodológicas: ofrecen un «punto de vista muy novedoso» [Azéma y Rioux (dirs.), 1986]; un «tratado metodológico» que determina «los múltiples factores que estructuran profundamente el imaginario social» (Laborie, 1990); una «nueva historia social» [Perrot (dir.), 1980]. En algunas ocasiones tienen como objetivo expreso «suscitar nuevas vocaciones que estimulen, hagan avanzar e innoven» [Rémond (dir.), 1988]. El argumento de la innovación también puede referirse o bien al mismo objeto: «este importantísimo fenómeno [la inmigración] ha sido ignorado por los historiadores» (Noiriel, 1988); «en el corazón de las pasiones partisanas, [el Estado] ha suscitado muy pocos estudios» (Rosanvallon, 1990); o bien al modo de interpretar el pasado: «De hecho la obra de Raoul Girardet nos invita a una nueva lectura de la historia ideológica de la Francia contemporánea» (Girardet, 1986). La valorización por referencia al archivo también es muy frecuente. La obra de François Fejtö (1976) sobre el «golpe de Praga» es presentada como una «vasta investigación basada en numerosos documentos inéditos». En otros casos, el editor insiste en «el rico corpus de fuentes originales» (Arnold, 1984) o en el hecho de que el autor se ocupa del tema desde hace quince años (Laget, 1982). Los «comunicados a la crítica» más eficaces acumulan el mayor número de elementos valorizadores en un mínimo espacio. Es el caso, por ejemplo, del libro de Schrader (1992), cuya presentación combina los argumentos del interés del tema, la amplitud de la documentación consultada y la renovación metodológica: «Este libro no es solamente un estudio nuevo y muy completo del método y el pensamiento original de Augustin Cochin a través de archivos familiares riquísimos; constituye también una nueva perspectiva de la historia social e intelectual de la Tercera República antes de la Guerra del 14.» Cuando se trata de una síntesis o de una reedición, no es posible aducir la cualidad innovadora. En ese caso se recurre al argumento de la «tradición». La publicación en la colección UH de una obra de Annie Kriegel (1985) editada ya en cuatro ocasiones, se justifica por haberse convertido en un «clásico». Según el editor, la obra propone un «marco interpretativo y un aparato concep-

mayoría de los libros de la colección tienen uno, es porque los prólogos cumplen tres grandes funciones ineludibles para los historiadores. Intentan informar al lector, valorizar el texto y justificar a quien lo ha escrito. Estos tres objetivos determinan los principales tipos de prólogo que pueden leerse en la colección UH[24].

Muy a menudo el prólogo es para un autor la ocasión de expresar públicamente su deuda hacia las personas que le han ayudado a llevar a término su trabajo. Así, en ellos se expresa el agradecimiento al (o a la) secretario(a) que ha puesto a punto la obra (Veyne, 1971; Sternhell, 1978); al traductor (Cameron, 1971); a los bibliotecarios, archiveros e instituciones que han contribuido a la gestación de la obra (Davis, 1988; Ariès, 1977). También suele rendirse homenaje a los estudiantes ante quienes primero se expuso las tesis presentadas en el libro (Chartier, 1990; Valensi, 1992); a los colegas que aceptaron discutirlas antes de la publicación (Shorter, 1977); sin olvidar al responsable de la colección (Perrot, 1984; Prochasson, 1993); a quien ha dirigido la investigación (Burrin, 1986), o incluso al tribunal de tesis de la que se ha extraído la obra (Prochasson, 1993). A menudo estos agradecimientos ofrecen al lector la oportunidad de entrar por un instante en la intimidad del autor. En las dedicatorias se rinde homenaje a las personas allegadas, sobre todo a la familia: a los abuelos (Shorter, 1977), a los padres y a los padres políticos (Ariès, 1973), a la esposa y a los hijos (Martin, 1987). Los autores también suelen aportar información biográfica que aclara las razones de su interés por el tema (Winock, 1975; Valensi, 1992)[25]. La función informativa predomina también en los prólogos redactados para textos que ya han sido anteriormente editados. Cuando se trata de una traducción, el editor puede pedir a un prologuista francés que presente el libro y la obra del autor al público francés (a Besançon en el caso de Raef, 1982). Cuando la obra se compone de un conjunto de artículos que han sido publicados durante un

---

autores llaman «prólogo», «advertencia» o «prefacio» es en otros una «introducción» que forma parte del texto mismo. Para simplificar, utilizo el término «prólogo» en su sentido amplio, abarcando todos los elementos que contribuyen a la presentación del libro, incluidos los agradecimientos y las dedicatorias.

[24] Puesto que una información siempre puede considerarse como un elemento de valorización, incluso de justificación, evidentemente resulta difícil separar estas tres dimensiones. Esta tipología se ha esbozado según la función dominante en cada caso.

[25] Pocos son, sin embargo, los autores que llevan tan lejos la alusión a su intimidad y con tanto humor como Nathalie Davis (1988): «Escucha un momento esto, acostumbraba a decirle a mi marido mientras él preparaba el desayuno y yo leía el *New York Times*.»

espacio de tiempo bastante prolongado y en lugares muy diferentes, la función esencial del prólogo es recordar la coherencia del conjunto y la génesis de los textos (Chartier, 1987).

Como subraya Gérard Genette, en un prólogo incluso las informaciones más «objetivas» constituyen una «forma indirecta de valorización». Aunque no se mencione con este fin, una extensa lista de agradecimientos ilustra la amplitud del círculo científico en el que se sitúa quien la ha redactado: «un autor que tiene tantos amigos y compañeros no puede ser malo»[26]. Dentro de la categoría de las «valorizaciones indirectas», puede citarse también los prólogos que justifican la necesidad de reeditar la obra apelando a la «inesperada rapidez» con la que se han agotado las ediciones anteriores (Rihs, 1973). Los lectores —sobre todo los malintencionados— interpretarán en el mismo sentido una advertencia final que recuerde que la edición anterior de la obra ha recibido el «Gran Premio Gobert de Historia otorgado por la Academia Francesa» (Bercé, 1988).

Pero la mayoría de las veces, el propósito del prólogo es fundamentalmente poner de relieve el interés del texto. Da la impresión de que el autor, en este espacio prologal sobre el que tiene mayor dominio que sobre la cuarta de cubierta, intenta recuperar los objetivos científicos que han debido quedar un tanto ocultos en el comunicado a la crítica. Esto podría explicar la frecuencia con la que los prólogos se presentan como «manifiestos»: «Para una historia de la sexualidad» (Flandrin, 1981); «Para una introducción al imaginario político» (Girardet, 1986); «Para una historia política» [Rémond (dir.), 1988], etc. Muchos son también los prólogos que argumentan sobre la importancia teórica del trabajo presentado. Es necesario reconsiderar «el gran tema de las relaciones entre la literatura y la historia, entre la ficción y los hechos» (Le Roy Ladurie, 1980); es necesario «pensar el Estado» (Rosanvallon, 1990). Éste es también el lugar en el que se expresan las controversias que apenas podían hacerse valer en la cuarta de cubierta. En los «prólogos, preliminares y notas previas» de Robert Paxton, Pierre Laborie (1990) denuncia las simplificaciones propias de las obras dirigidas al gran público y las generalizaciones precipitadas. El colectivo de historiadores dirigidos por René Rémond (1988), aun precisando que la ampliación de la historia preconizada por los fundadores de *Annales* ha supuesto «un beneficio para la ciencia histórica en

---

[26] G. Genette, *op. cit.*, pág. 197. La lista de las «otras obras del mismo autor», que generalmente figura en la página 4 de los libros de la colección, también forma parte de estos elementos informativos que refuerzan la legitimidad científica del autor.

su totalidad», critica a los «diadocos y a los epígonos [a quienes] les ha complacido seguir combatiendo, según un ritual cada vez más indolente, una historia política que les resultaba cómodo imaginar inmóvil, cuando no paralizada, comparada incluso con los clásicos de antes de la Primera Guerra Mundial». De este modo afirman su voluntad de «acabar con estos engaños»[27]. Los únicos prólogos que ponen de relieve específicamente las cualidades del texto y de su autor están escritos por terceros. Una vez más se observa que el esfuerzo de valorización es inversamente proporcional a la notoriedad del autor. El editor recurre a los prologuistas básicamente en el caso de jóvenes autores y tesis. Pero como aquéllos ponen en juego su nombre, por lo general su presentación resulta mucho menos ditirámbica que el comunicado a la crítica. El «talento» del autor nunca se pone de relieve directamente. En ocasiones se subraya «la originalidad de la obra» (Madeleine Rébérioux, en Prochasson, 1993), la «gran cantidad de lecturas y [la] intensa reflexión» que la han hecho posible (Michelle Perrot en Procacci, 1993). Pero otras veces el prologuista se conforma con un simple comentario del texto, o se remite a la crítica (E. Le Roy Ladurie en Berger, 1975, y P. Ariès en Laget, 1982).

Cuando las obras de la colección son reediciones, los elementos de información contenidos en los prólogos suelen ser ejercicios de justificación. El autor puede aprovechar la ocasión que se le brinda para responder a las críticas que ha provocado la primera edición del libro (Rihs, 1973), o para reconocer los puntos débiles de su trabajo inicial: «hoy no la escribiríamos de la misma forma», confiesa por ejemplo Maurice Agulhon (1979) refiriéndose a su tesis. A veces en el prólogo se trasluce cuán difícil le ha resultado al autor admitir las «mutilaciones» exigidas por el editor para que su trabajo científico adquiera forma de un libro que llegue a un público mayor que el constituido por el restringido círculo de especialistas. Estas «confesiones» tienen lugar sobre todo cuando la obra en cuestión es fruto de una tesis. «Las exigencias de una edición abreviada me han obligado a reducir el conjunto a más de la mitad. Así que he tenido que resignarme, con el imaginable pesar, a hacer desaparecer casi toda la primera parte titulada "Coyuntura"», escribe por ejemplo Yves-Marie Bercé (1986). Cuando

[27] Negándose a presentarse como «una escuela», los autores quieren dar testimonio de la «existencia concreta de un grupo de historiadores», ligados a René Rémond y a los centros en los que éste ejerce su actividad: la Universidad de París X, el Instituto de Estudios Políticos y la Fundación Nacional de Ciencias Políticas.

la obra es la reedición de un trabajo antiguo, a veces el autor siente la necesidad de excusarse (o al menos de justificarse) por presentar al público un estudio que no tiene aspecto de nuevo. Así, Henri-Irénée Marrou (1971) expresa sus reticencias hacia el procedimiento consistente en reimprimir un texto escrito veinte años atrás acompañándolo de una presentación nueva. Si la lógica del «rejuvenecimiento» resulta comprensible tratándose de un manual, explica Marrou, no está justificada en el caso de un «verdadero libro», marcado siempre por el contexto en el que ha sido escrito[28]. En el mismo orden de ideas, cuando se reedita su tesis en la colección UH, Michelle Perrot (1988) confiesa una «falta de entusiasmo un tanto escéptica acerca de la utilidad de tal trabajo».

El paratexto y la crisis de la historia

El examen del peritexto de las obras de la colección UH permite pensar que si su importancia no ha dejado de crecer en los últimos veinticinco años, es porque desempeña un papel decisivo en los esfuerzos que han de realizar los editores de obras históricas para conciliar los dos sistemas de normas (tesis/síntesis) que rigen la disciplina. La colección publica obras científicas que interesan al gran público. Éste es el mensaje principal que el paratexto ha de transmitir. Si los historiadores han visto ampliarse de forma considerable el círculo de sus lectores, se lo deben en gran medida al hecho de que este trabajo editorial se ha visto coronado con el éxito. Gracias a estos esfuerzos, en Francia la investigación histórica está menos ensimismada que en otros países, como por ejemplo Estados Unidos. Un estudio más diacrónico de nuestro corpus habría mostrado que esta pericia sólo se ha adquirido progresivamente. Los primeros años se presentan como una fase de innovación en la que se elaboran, por ensayo-error, las nuevas técnicas editoriales. Se observa, por ejemplo, que una de las reglas esenciales que hemos puesto de relieve —a saber, que cuanto más consagrado está el autor por las instituciones académicas, menos necesidad tiene el editor de alabar sus méritos— sólo se impone paulatina-

[28] El colmo de este prólogo que lamenta las estrategias de «rejuvenecimiento» de las que se sirven las reediciones, así como su efecto descontextualizador —que conlleva la posibilidad de incurrir en anacronismos de lectura—, es que fue escrito para una edición publicada siete años antes, y recogido tal cual en la colección UH.

mente. El peritexto de las primeras obras de la colección suele ser torpe. Tomemos como ejemplo el comunicado a la crítica que figura en la cuarta de cubierta del libro de Marrou (1971). La presentación habla del «verdadero talento» del autor y de su «inclinación bastante inhabitual por los grandes problemas históricos». Como si estos elogios no bastasen, el comentador añade: «ningún estereotipo. Muchas son las grandes cuestiones abordadas y, si no resueltas, sí al menos discutidas con agudeza. Ninguna pedantería». Esta valorización de un profesor de la Sorbona y miembro del Instituto, cuyo libro Lucien Febvre consideró ya en 1948 como una «obra monumental, magistral en todos los sentidos del término», no sólo resulta superflua, sino incluso improcedente. El lector no puede evitar preguntarse de quién es esa voz anónima que reparte de ese modo los elogios a los científicos más prestigiosos del país. Con el tiempo, el estilo del comentario se ha ido ajustando a la posición del autor. Más fundamentalmente, el reparto de tareas entre el comunicado a la crítica, el prólogo y los elementos del paratexto que no forman parte del libro (reseñas, entrevistas, etc.) ha sido «racionalizado». Las presentaciones en cuarta de cubierta se han vuelto más «neutras», aproximándose al lenguaje prologal. De ese modo, el trabajo de persuasión dirigido a convencer al público del talento del autor y del interés de su obra, ha ido desplazándose fuera del libro: a las salas de redacción y a los platós de televisión especialmente.

Pese a su indiscutible éxito, un proyecto editorial como la colección UH sigue siendo muy frágil. La razón fundamental es que el paso de la tesis a la síntesis, del laboratorio a la editorial constituye también un motivo de lucha entre los historiadores. Si cada uno de ellos debe satisfacer absolutamente las normas de la tesis (o de su equivalente) para que se le reconozca oficialmente como historiador profesional, acceder a la síntesis (o a su equivalente) es una necesidad para quien aspira a los derechos de autor, a la notoriedad e incluso a la consagración académica. Ahora bien, no todos los investigadores, independientemente de sus cualidades profesionales, compiten en igualdad de condiciones en esta carrera hacia el reconocimiento público. Como se desprende incluso de un rápido análisis de las características sociales de los autores que han publicado en la colección UH, su posición institucional y el interés del gran público por el tema abordado condicionan en gran medida el acceso a la colección. Si se hace excepción de las obras de «larga duración», más de la mitad de los libros tienen que ver con la época contemporánea y la historia política predomina con mucho. De los ochenta autores, sólo una decena son muje-

res; y sólo hay una pequeña minoría de jóvenes investigadores, de provincianos y de extranjeros. En una palabra, a nivel sociológico «el universo histórico» que refleja la colección es el reverso de la comunidad de historiadores realmente existente. Temiendo el déficit, los editores se ven obligados a rechazar un número importante de manuscritos procedentes de autores poco conocidos, que se ocupan de temas considerados «demasiado monográficos» o «demasiado técnicos». Apartados en razón de hándicaps que en el plano científico suelen ser «cualidades», estos autores no pueden menos de sublevarse contra quienes, en su opinión, acumulan los «privilegios» (cfr. las críticas que suelen oírse contra los historiadores «que pasan el tiempo escribiendo manuales», que no han «puesto los pies en los archivos desde que hicieron su tesis», etc.). Estas críticas, por lo general, no van más allá de la confidencia. Pero su poder de descrédito es potencialmente inmenso, debido a que se basan en las normas más legítimas de la disciplina, las que definen su cientificidad. Basta que traspasen la barrera de la intimidad, que se las exprese por escrito y públicamente, para que las reputaciones más sólidas se vean amenazadas. Como hemos visto, fue con argumentos de este tipo como, a partir de los años 30, los fundadores de *Annales* —y más concretamente Lucien Febvre— lograron desacreditar a historiadores como Charles Seignobos, situados sin embargo en la cúspide de la pirámide académica. Después de la Segunda Guerra Mundial, toda la generación partidaria de la nueva historia no verá en Seignobos más que el retrato caricaturesco que Febvre había hecho de él en las décadas anteriores, cuando denunciaba al autor de manuales esclerosados, al «positivista» pusilánime, etc. La coyuntura favorable de las últimas décadas ha tenido como efecto neutralizar este tipo de conflictos[29]. Por una parte, las colecciones de historia se han multiplicado, ampliando así las perspectivas de mercado. Por otra parte, el dinamismo de las grandes colecciones de historia ha operado indiscutiblemente como un factor de integración de las distintas componentes de la comunidad de historiadores; lo que se ha visto facilitado por el hecho de que en Francia, a diferencia de lo que ocurre en Estados Unidos, no existe una asociación profesional. Una de las razones del éxito de proyectos editoriales como la colección UH es que ésta se ha basado, desde un comienzo, en el principio de solidaridad

[29] En el plano de las relaciones sociales, durante todo este período los directores de las grandes colecciones también han adquirido una gran pericia, que ha servido para evitar las desavenencias y las rivalidades entre autores cuya susceptibilidad no era su menor defecto.

entre los autores. El editor puede arriesgarse a publicar la tesis de un joven desconocido porque los historiadores más consagrados participan en la colección dirigiendo las grandes síntesis que sí son económicamente rentables[30]. Así el editor prepara al mismo tiempo el futuro de la colección, puesto que de los jóvenes de hoy saldrán las celebridades académicas del mañana[31].

Lubricando los engranajes, la coyuntura favorable a la que nos hemos referido más arriba ha permitido mantener durante dos décadas el relativo equilibrio entre los dos polos de la tesis y la síntesis. Gracias a las contrataciones efectuadas durante los años 1950-1960, ha visto la luz un gran número de «grandes tesis». Gracias al dinamismo de la edición, éstas pudieron convertirse sin dificultad en libros, procurando de este modo la materia prima indispensable para la elaboración de nuevas síntesis. Desde hace algunos años —esto ya no es un secreto para nadie— este «círculo virtuoso» ha cedido su lugar a una situación mucho más difícil. La crisis de contratación —perceptible desde mediados de los años 70, pero cuyas consecuencias sobre la investigación han sido posteriores— ha tenido como resultado una considerable reducción del número de estudios «de primera mano». La mala racha que atraviesa la edición desde 1990-1991 (a menudo atribuida a la «guerra del Golfo») sólo ha agravado la situación, haciendo que los editores se concentren en los «valores seguros». En lo que respecta a la colección UH, mientras que durante los diez primeros años los trabajos de síntesis representaban alrededor de un 20% del total de las obras publicadas, esta proporción ha superado la mitad (8 de los 15 volúmenes) en el período 1991-1993. Consecuencia lógica de ello, por término medio la edad y la posición institucional de los autores tiende a elevarse en detrimento de los jóvenes[32]. En esta difícil coyuntura,

---

[30] Estos grandes proyectos colectivos constituyen en sí mismos focos de integración, puesto que generalmente integran a historiadores pertenecientes a generaciones y a medios muy diversos.

[31] Tras la publicación de su libro en la colección UH, seis de los autores han llegado a ser directores de estudios en el EHESS; dos de ellos, profesores en el Colegio de Francia, uno ha sido acogido en la Academia Francesa y otro fue nombrado ministro. Balance provisional naturalmente...

[32] Un vistazo rápido a otra gran colección de historia, la «Bibliothèque des Histoires» de Gallimard, demuestra que se trata de una tendencia general. De los 65 historiadores que colaboraron en la última entrega de *Lieux de Mémoire* dedicada a «Francia», sólo 8 ocupaban cargos inferiores a la categoría de profesor de universidad o de director de investigación. Veinticinco años antes, en los tres volúmenes de *Faire de l'Histoire* la proporción era de 14 sobre 33.

el paratexto es explotado cada vez más, con la intención de convencer a un público algo debilitado económicamente y a menudo hastiado. En un esfuerzo común, los historiadores consiguen un espacio en los medios de comunicación, en la prensa, la radio y la televisión. Ante la competencia, cada nueva publicación se presenta como un giro historiográfico de la mayor importancia, como otro monumento más a la «nueva historia». Todas las obras son niveladas, ya no se distingue entre un proyecto de divulgación y una obra de investigación. Pero la confusión de géneros y la autoconsagración tienen efectos contrarios a los objetivos perseguidos, y es la investigación histórica en su totalidad la que pierde credibilidad. En un artículo titulado «El fin de los quince años gloriosos», Pierre Lepape escribía recientemente en *Le Monde des livres:* «Sería deseable que hubiese señalizaciones que ayudasen a elegir. Pero la mayoría de los editores practican la mezcla de géneros. En una misma colección, un trabajo de investigación muy especializado figura al lado de una biografía amable; un manual para estudiantes de tercer ciclo es presentado bajo la misma etiqueta que un ensayo para amateurs impacientes»[33]. Convertido en vicioso el círculo virtuoso, la necesidad de estrechar filas conduce a una integración cada vez mayor de los historiadores situados en la cúspide de la pirámide; lo que desemboca en un consenso mortal para la vida intelectual. Nadie puede aspirar a «movilizar» al público culto sin que se produzcan verdaderos debates colectivos, sin que se discutan los puntos de vista. Ciertamente los editores, que conocen bien estas reglas básicas, en algunas ocasiones se esfuerzan por restablecer esta lógica. Éste era uno de los objetivos del prólogo de René Rémond y sus colaboradores, en el que apelaban a una nueva historia política. Pero para que un proyecto de este tipo tenga un verdadero impacto, es indispensable que se identifique claramente a los «adversarios» a los que se critica. Ahora bien, en este texto —que aquí tomamos como ejemplo de una tendencia general—, aunque se entiende perfectamente que la crítica se dirige a los historiadores próximos a *Annales*, los «diadocos» y «epígonos» jamás son llamados por su nombre, como tampoco se nombran sus trabajos. Las diversas corrientes de la investigación histórica francesa son hoy tanto más difíciles de identificar cuanto que sus primeras figuras se dan la mano para dirigir los mismos proyectos colectivos (Le Goff y Rémond, 1992). El ejemplo de *Annales* demuestra, sin embargo, que para que la comunidad de historiadores y el público

[33] *Le Monde*, 18 de marzo de 1993.

consideren novedoso un proyecto historiográfico, éste ha de conservar necesariamente, al menos en un primer momento, su autonomía, no sólo en el plano de las ideas, sino también, y sobre todo, en el plano de las prácticas[34]. No puede pedirse al paratexto más de lo que puede dar.

[34] Como es sabido, Lucien Febvre rechazó cualquier colaboración entre *Annales* y la *Revue d'Histoire Économique et Sociale* para evitar precisamente la confusión de géneros. Y Fernand Braudel ha recordado en varias ocasiones que la fecundidad de la primera época de *Annales* dependió de su relativa posición marginal con respecto a la institución.

Anexo del capítulo 9

Las obras de la colección «Universo Histórico» (Seuil), 1970-1993

1970 Francis Dvornik, *Les Slaves. Histoire et civilisation de l'Antiquité aux débuts de l'époque contemporaine* (Los eslavos. Historia y civilización desde la Antigüedad hasta comienzos de la época contemporánea)*.

1971 Paul Veyne, *Comment on écrit l'histoire. Essai d'épistémologie* (Cómo se escribe la historia. Ensayo de epistemología).

Rondo Cameron, *La France et le développement économique de l'Europe 1800-1914* (Francia y el desarrollo económico de Europa. 1800-1914).

Henri-Irénée Marrou, *Histoire de l'éducation dans l'Antiquité* (Historia de la educación en la Antigüedad).

Jacques Julliard, *Fernand Pelloutier et les origines du syndicalisme d'action directe* (Fernand Pelloutier y los orígenes del sindicalismo de acción directa).

1972 Patrick Fridenson, *Histoire des usines Renault* (Historia de las fábricas Renault).

Robert O. Paxton, *La France de Vichy* (La Francia de Vichy).

1973 Charles Rihs, *La Commune de Paris* (La Comuna de París).

Philippe Ariès, *L'enfant et la vie familiale sous l'Ancien Régime* (El niño y la vida familiar bajo el Antiguo Régimen).

1974 Paul Petit, *Histoire générale de l'Empire romain* (Historia general del Imperio romano).

1975 Suzanne Berger, *Les paysans contre la politique* (Los campesinos contra la política).

---

* El valor atribuido por el autor a la información que aportan los títulos de la colección «Universo Histórico» justifica la traducción de los mismos al castellano. *[N. del T.]*

Michel Winock, *Histoire politique de la revue «Esprit» (1930-1950)* [Historia política de la revista *Esprit* (1930-1950)].
Saul Friedländer, *Histoire et psychanalyse* (Historia y psicoanálisis).
Georges Duby y Armand Wallon (dirs.), *Histoire de la France rurale (4 vols.)* [Historia de la Francia rural (4 vols.)].

1976 Jean-Noël Jeanneney, *François de Wendel en République. L'argent et le pouvoir (1914-1940)* [François de Wendel bajo la República. El dinero y el poder (1914-1940)].
Jean-Baptiste Duroselle, *La France et les États-Unis* (Francia y Estados Unidos).
Paul Veyne, *Le Pain et le Cirque* (Pan y Circo).
François Fejtö, *Le Coup de Prague (1948)* [El Golpe de Praga (1948)].

1977 Michael Postan y Christopher Hill, *Histoire économique et sociale de la Grande Bretagne. 1. Des origines au XVIIIe siècle* (Historia económica y social de Gran Bretaña. 1. De los orígenes al siglo XVIII).
Eric Hobsbawm, *Histoire économique et sociale de la Grand Bretagne. 2. De la révolution industrielle à nos jours* (Historia económica y social de Gran Bretaña. 2. De la revolución industrial a nuestros días).
Edward Shorter, *Naissance de la famille moderne (XVIIIe-XXe siècle)* [Nacimiento de la familia moderna (siglos XVIII-XX)].
Philippe Aries, *L'Homme devant la mort* (El hombre ante la muerte).

1978 Chantal de Crisenoy, *Lénine face aux moujiks* (Lenin frente a los mujiks).
Zeev Sternhell, *La Droite révolutionnaire (1885-1914). Les origines françaises du fascisme.* (La Derecha revolucionaria (1885-1914). Los orígenes franceses del fascismo).
Joseph Rovan, *Histoire de la social-démocratie allemande* (Historia de la socialdemocracia alemana).

1979 Maurice Agulhon, *La République au village. Les populations du Var de la Révolution à la IIe République* (La República en el campo. La población del Var desde la Revolución hasta la Segunda República).
Pierre Darmon, *Le Tribunal de l'impuissance. Virilité et défaillances conjugales dans l'Ancienne France* (El Tribunal de la impotencia. Virilidad y fracasos conyugales en la antigua Francia).

1980 Michelle Perrot (dir.), *L'impossible prison. Recherches sur le système pénitentiaire au XIXe siècle* (La imposible prisión. Investigaciones sobre el sistema penitenciario en el siglo XIX).
Robert Mandrou, *Magistrats et sorciers en France au XVIIe siècle* (Magistrados y brujos en la Francia del siglo XVII).
Emmanuel Le Roy Ladurie, *L'argent, l'amour et la mort en pays d'oc, precédé du roman de l'abbé Fabre, «Jean-l'ont pris» (1756)* [El dinero, el amor y la muerte en Occitania. Precedido de la novela del abad Fabre, *Jean-l'ont pris* (1756)].

1981 Georges Duby (dir.), *Histoire de la France urbaine (5 volumes)* [Historia de la Francia urbana (5 volúmenes)].
Jean-Louis Flandrin, *Le sexe et l'Occident* (El sexo y Occidente).

Alexandre Parent-Duchâtelet, *La prostitution à Paris au XIXe siècle; texte présenté par Alain Corbin* (La prostitución en París en el siglo XIX. Presentación de Alain Corbin).

1982 Marc Raef, *Comprendre l'Ancien régime russe* (Comprender el Antiguo régimen ruso).

Mireille Laget, *Naissances. L'accouchement avant l'âge de la clinique* (Nacimientos. El parto antes de la época de la clínica).

1983 Jean-Louis Flandrin, *Un temps pour embrasser. Aux origines de la morale sexuelle occidentale, VIe - XIe siècles* (Tiempo para abrazar. Los orígenes de la moral sexual occidental, siglos VI-XI).

Emmanuel Le Roy Ladurie, *La sorcière de Jasmin* (La bruja de Jasmin).

1984 Odile Arnold, *Le corps et l'âme. La vie des religieuses au XIXe siècle* (El cuerpo y el alma. La vida de las religiosas en el siglo XIX).

Jean-Louis Flandrin, *Familles. Parenté, maison, sexualité dans l'ancienne société* (Familias. Parentesco, casa y sexualidad en la antigua sociedad).

Michelle Perrot, *Jeunesse de la grève* (Juventud de la huelga).

Robert Delort, *Les animaux ont une histoire* (Los animales tienen una historia).

1985 Michel Vovelle, *Théodore Desorgues ou la désorganisation* (Théodore Desorgues o la desorganización).

Georges Roux, *La Mésopotamie* (Mesopotamia).

Georges Vigarello, *Le propre et le sale* (Lo limpio y lo sucio).

Annie Kriegel con la colaboración de Guillaume Bourgeois, *Les communistes français dans leur premier demi-siècle (1920-1970)* [Los comunistas franceses en su primer medio siglo (1920-1970)].

Philippe Ariès y Georges Duby (dirs.), *Histoire de la vie privée (5 volumes)* [Historia de la vida privada (5 volúmenes)].

1986 Philippe Ariès, *Le temps de l'histoire* (El tiempo de la historia).

Yves-Marie Bercé, *Histoire des croquants* (Historia de los croquants).

Jean-Pierre Azéma y Jean-Pierre Rioux (dirs.), *Le parti communiste français des années sombres 1938-1941* (El partido comunista francés de los años oscuros 1938-1941).

Raoul Girardet, *Mythes et mythologies politiques* (Mitos y mitologías políticas).

Philippe Burrin, *La dérive fasciste* (La deriva fascista).

1987 Roger Chartier, *Lectures et lecteurs dans la France d'Ancien Régime* (Lecturas y lectores en la Francia del Antiguo Régimen).

Jean-Clément Martin, *La Vendée et la France* (Vandea y Francia).

André Zysberg, *Les galériens* (Los galeotes).

1988 Gérard Noiriel, *Le creuset français. Histoire de l'immigration, XIXe - XXe siècles* (El crisol francés. Historia de la inmigración, siglos XIX-XX).

Alain Schnapp y Pierre Vidal-Naquet, *Journal de la commune étudiante. Textes et documents. Novembre 1967-juin 1968* (Diario de la comuna estudiantil. Textos y documentos. Noviembre 1967-junio 1968).

Nathalie Zemon Davis, *Pour sauver sa vie* (Para salvar su vida).

René Rémond (dir.), *Pour une histoire politique* (Por una historia política).

1989 Michael Graetz, *Les Juifs en France au XIXᵉ siècle. De la Révolution française à l'Alliance israélite universelle* (Los judíos en Francia en el siglo XIX. De la Revolución francesa a la Alianza israelita universal).

Jacques Le Goff (dir.), *L'Homme médiéval* (El hombre medieval).

1990 Pierre Rosanvallon, *L'État en France de 1789 à nos jours* (El Estado en Francia desde 1789 hasta nuestros días).

Pierre Laborie, *L'opinion française sous Vichy* (La opinión francesa bajo Vichy).

Eugenio Garcin (dir.), *L'Homme de la Renaissance* (El hombre del Renacimiento).

Roger Chartier, *Les origines culturelles de la Révolution française* (Los orígenes culturales de la Revolución francesa).

1991 VV.AA., *L'Histoire médiévale en France* (La Historia medieval en Francia).

Maurice Sartre, *L'orient romain* (El oriente romano).

1992 Fred E. Schrader, *Augustin Cochin et la République française* (Augustin Cochin y la República francesa).

Andrea Giardina (dir.), *L'Homme romain* (El hombre romano).

Lucette Valensi, *Fables de la mémoire. La glorieuse bataille des trois rois* (Fábulas de la memoria. La gloriosa batalla de los tres reyes).

Sergio Donadoni (dir.), *L'Homme égyptien* (El hombre egipcio).

Jacques Le Goff y René Rémond (dirs.), *Histoire de la France religieuse (4 volumes)* [Historia de la Francia religiosa (4 volúmenes)].

1993 Giovanna Procacci, *Gouverner la misère. La question sociale en France (1789-1848)* [Gobernar la miseria. La cuestión social en Francia (1789-1848)].

Christophe Prochasson, *Les intellectuels, le socialisme et la guerre (1900-1938)* [Los intelectuales, el socialismo y la guerra (1900-1938)].

Jean-Pierre Vernant (dir.), *L'Homme grec* (El Hombre griego).

François Bédarida y Jean-Pierre Azéma (dirs.), *La France des années noires (2 volumes)* [La Francia de los años negros (2 volúmenes)].

Georges Vigarello, *Le sain et le malsain* (Lo sano y lo insano).

Philippe Ariès, *Essais de mémorie* (Ensayos de memoria).

Conclusión

Este libro, concebido básicamente como una contribución a la reflexión colectiva sobre la situación actual de la historia, no requiere una «conclusión» propiamente dicha. No obstante, quisiera dedicar algunas páginas a recordar las grandes líneas de la perspectiva propuesta, subrayando al mismo tiempo cuáles son, a mi juicio, las principales cuestiones del debate actual.

El examen de los argumentos aducidos estos últimos años en relación con la «crisis de la historia», ha puesto de manifiesto la existencia de una división, tanto más importante cuanto que tiende a institucionalizarse, entre los historiadores preocupados fundamentalmente por las recientes mutaciones de su «oficio» y los que se preguntan básicamente por las radicales transformaciones del «saber histórico». Hemos visto que esta división reflejaba el viejo conflicto entre «teoría» y «práctica» que durante mucho tiempo ha enfrentado a los filósofos con los historiadores, pero que hoy se ha convertido en una cuestión propia de la historia. Ésta sólo ha podido constituirse en disciplina universitaria autónoma mediante una doble ruptura. Por una parte, se liberó de la tutela filosófica elaborando sus propias normas de verdad, codificadas en un conjunto de reglas, el «método histórico», concebido como una técnica especializada de crítica de las fuentes capaz de determinar la autenticidad y de interpretar los hechos observados. Por otra parte, los historiadores se constituyeron en una comunidad profesional institucionalizada para sustraerse a la influencia directa de las clases dominantes y del poder. El Estado vino a garantizar la libertad de pensamiento de los historiadores, asegurando su subsistencia y delegando en ellos la tarea de establecer y aplicar las normas de cientifi-

cidad propias de su disciplina. Éste es el contexto en el que, a fines del siglo XIX, se impuso una primera definición de la «ciencia histórica». La historia es una «ciencia», por una parte, porque es capaz de elaborar hechos verificables, y por otra, porque se basa en una organización práctica (división del trabajo y cooperación entre científicos) que es copia del modelo establecido por las ciencias de la naturaleza. Si se quiere llamar «positivista» a esta definición de la historia hecha desde la historia, entonces hay que subrayar que es éste un «positivismo indirecto». Los historiadores «metodicistas» no toman de los filósofos, sino de quienes practican las ciencias naturales, y especialmente de Claude Bernard, la argumentación que esgrimen contra los filósofos (incluidos los filósofos «positivistas»). Pero mientras que ningún sistema filosófico ha podido cuestionar seriamente el carácter «científico» de las ciencias de la naturaleza, dada la amplitud de sus descubrimientos y los múltiples usos sociales de los que éstos son objeto, la historia jamás ha logrado imponer la evidencia de su «cientificidad» mediante la simple exposición de sus resultados. Más que su capacidad para elaborar hechos verdaderos mediante el método crítico, lo que fundamentalmente se ha puesto en tela de juicio es la utilidad (o el interés) de estos hechos. Desde fines del siglo XIX, la cuestión provocadora: «¿para qué sirve esto?» empieza a arruinar la estructura sobre la que los historiadores «metodicistas» habían edificado su imperio. Afirmando que la utilidad de la historia reside en su aportación a la construcción de la «memoria nacional», éstos, en contradicción con el proclamado ideal de objetividad, han contribuido a respaldar, directa o indirectamente, las ideologías nacionalistas que iban a sumir el mundo en la barbarie. Desde los años 30, pero sobre todo inmdiatamente después de la Segunda Guerra Mundial, una nueva generación de historiadores rechaza esta primera definición de la ciencia de la historia, totalmente desacreditada. Para elaborar un nuevo modelo de cientificidad histórica, se acude entonces a los grandes principios de la filosofía «naturalista» y del «marxismo». Desde esta perspectiva, sólo la historia económica y social cuantitativa es «científica», pues sólo ella puede procurar explicaciones generales y determinar, si no leyes, sí al menos relaciones universales. Sometiendo el documento a un examen teórico objetivo, el historiador puede homogeneizar sus materiales, hacer abstracción de las singularidades, las contingencias y las particularidades ligadas al contexto, para así construir series de «larga duración» y modelos estadísticos. En nombre de estos principios, toda investigación histórica que dé prioridad a la singularidad, al acontecimiento singular o al relato es acusada del oscurantismo propio de los

tiempos precientíficos de la historia. Entre los años 1950 y 1970, favorecida por el crecimiento espectacular del personal universitario, esta corriente historiográfica (agrupada en torno a *Annales)* desempeña un papel central en la renovación de la disciplina, como lo demuestra la impresionante cantidad de trabajos empíricos que inspira. Pero apoyándose —contra el «positivismo indirecto» de los historiadores «metodicistas»— en el «positivismo naturalista» de los filósofos, los portavoces de la historia económica y social reintroducen también en la reflexión sobre la historia las disputas filosóficas sobre la ciencia que los «metodicistas» se habían esforzado por mantener a distancia. No es pues casual que, a partir de los años 60, «el imperialismo» de *Annales* comience a ser seriamente cuestionado por sus víctimas en nombre de argumentos «epistemológicos» tomados de las filosofías del discurso («estructuralismo») y de la filosofía crítica de la historia («hermenéutica»). Las pretensiones de objetividad de la escuela braudeliana se hacen pedazos. Los «hermeneutas» consideran que la especificidad de las ciencias históricas reside en la comprensión del sentido de las acciones humanas, lo que prohíbe hacer abstracción del contexto espacio-temporal y de la subjetividad de los actores y convierte en una quimera la investigación de relaciones universales. Y ello tanto más cuanto que el propio historiador depende siempre de un contexto y, por tanto, de un «punto de vista». El historiador no puede pretender producir conocimientos «objetivos», desprovistos de «presupuestos». Justificar la primacía de la historia social apelando al argumento de que «toda realidad es social», como sostienen los partidarios de *Annales*, significa recaer en las «ingenuidades» de la historia «empirista». La realidad histórica no está dada, sino que es construida por el historiador; además, sólo es posible acceder a ella de forma mediata, a través del discurso. Todas estas críticas conducen a la rehabilitación de las formas de conocimiento que la historia cuantitativa había rechazado: la historia-relato recupera todos sus derechos en detrimento de la historia-ciencia, la subjetividad se impone contra la objetividad, las interacciones contra las estructuras, el acontecimiento singular contra la larga duración, etc. Este cuestionamiento de la cientificidad de la historia está acompañado, en el plano institucional, de un llamamiento a la desprofesionalización. Los filósofos que critican con mayor vigor las pretensiones científicas de la historia, como Raymond Aron o Michel Foucault, son también quienes cuestionan más abiertamente las «barreras disciplinares», presentándose a sí mismos a la vez como filósofos, historiadores, sociólogos, periodistas, etc.

Las discusiones actuales sobre la «crisis» del saber histórico mues-

tran que siguen siendo los argumentos elaborados a lo largo de este período, y difundidos entre los historiadores desde comienzos de los años 70, los que alimentan la reflexión. Paradójicamente, treinta años después de que empezara a ser puesta en cuestión, la historia estructural de inspiración braudeliana constituye el blanco de las críticas —prueba de la fascinación que continúa ejerciendo sobre los historiadores actuales—, y los argumentos teóricos (desde el relato, el sentido, el contexto) que contra ella se movilizan son todavía los mismos. El carácter repetitivo de estas discusiones es, a mi juicio, el síntoma más evidente del callejón sin salida en el que han entrado los historiadores que han creído que los filósofos «fundamentalistas» podían resolver sus problemas. Aceptando situarse en el terreno de la teoría del conocimiento, los historiadores-epistemólogos han heredado una disputa sobre las relaciones entre la realidad y su representación que los propios filósofos jamás han logrado resolver. ¿Cómo es posible creer que el descubrimiento de nuevos «fundamentos» del saber ha de permitir a los historiadores elaborar una nueva definición de su ciencia? En el extremo opuesto, aquellos que rechazan las «especulaciones filosóficas» para concentrarse en los aspectos «prácticos» de la «crisis de la historia», tampoco logran ofrecer soluciones válidas al malestar que ellos diagnostican. Para defender eficazmente su «oficio» o su «comunidad», estos historiadores deberían empezar por dar una definición precisa de lo que entienden por estos términos. Pero hay que constatar que todavía no ha habido una reflexión de este tipo, sin duda porque exigiría apoyarse en instrumentos conceptuales que la «práctica» corriente de la historia no procura.

La perspectiva «pragmatista» defendida en este libro puede permitirnos salir de este callejón sin salida, pues procura elementos para una nueva concepción de la «cientificidad» de la historia. El excepcional interés que ofrece la *Apología de la historia* de Marc Bloch reside en que esta obra contiene los materiales básicos para emprender esta construcción. Debido sin duda a su buen conocimiento de los debates epistemológicos ocasionados por la primera «crisis de la historia» en el cambio de siglo (en el curso de la cual se puso en circulación la mayor parte de los argumentos con los que hoy nos encontramos), Marc Bloch considera que, para los historiadores, rechazar el «positivismo» significa negarse a buscar «fundamentos» del conocimiento histórico fuera de su disciplina. Su punto de partida es idéntico al de los historiadores-epistemólogos «relativistas» de hoy: no hay ningún criterio último que pueda demostrar que la historia es una «ciencia». Pero mientras que en el debate actual este argumento es aducido como una

prueba de la «crisis de la historia», Marc Bloch ve en él, por el contrario, la confirmación de lo que pensaban los «metodicistas», a saber: que los filósofos «fundamentalistas» no pueden ayudar a los historiadores a resolver los problemas de su disciplina. Por eso, en lugar de centrar su reflexión en «el objeto» de la historia, Marc Bloch da prioridad al análisis del «oficio de historiador». La importancia atribuida al «método histórico» en el intento de definir lo que constituye la unidad de este oficio, se debe a que Marc Bloch utiliza el término «método» para designar el conjunto de competencias compartidas por todos los historiadores. Desde el momento en que la verdad histórica no viene garantizada por ningún fundamento exterior a la práctica, la cuestión del «lenguaje común» adquiere una importancia decisiva. En adelante, un conocimiento histórico sólo podrá considerarse «verdadero» si está validado como tal por los demás historiadores competentes. La historia es una ciencia en la medida en que quienes la practican comparten el mismo lenguaje y de este modo están en condiciones de evaluar los descubrimientos de sus iguales. A esto se debe, por una parte, el que toda la profesión esté organizada en torno a procedimientos de juicio (tribunales de tesis, comisiones de «especialistas», etc.) destinados a evaluar las capacidades científicas de quienes desean ejercer la profesión de historiador y el que, por otra, la escritura de la historia no pueda prescindir de un sistema de referencias que permita a los lectores verificar las afirmaciones del autor. Todas estas razones llevan lógicamente a Marc Bloch a afirmar que el historiador, en tanto que «científico», debe «rendir cuentas»[1]. A la perspectiva «pragmatista» desarrollada en la *Apología* se debe también la importancia que este libro concede al problema de la *recepción* de los trabajos históricos. En él Marc Bloch esboza, sin demasiada insistencia, una distinción, a mi juicio capital, entre las diferentes «comunidades de competencia» a las que generalmente se dirige el historiador. Éste produce conocimientos que sólo los especialistas de su ámbito pueden validar o rechazar. Pero el «gran público» también ejerce sus capacidades de juicio, sirviéndose de competencias que no son las de los «profesionales», aunque se apoyen en ellas, pero que ponen en juego la capacidad de todos los hombres para «comprender» los mundos pasados estudiados por el

[1] Afirmando que el discurso histórico no puede entenderse independientemente de la institución en la que hunde sus raíces, Michel de Certeau ha propuesto, treinta años después que Marc Bloch, una perspectiva comparable a la de éste, pero en términos tan abstractos que los historiadores no podían entenderla; cfr. M. de Certeau, «L'opération historiographique», en *L'écriture de l'histoire*, ed. cit., págs. 63-120.

historiador. Prolongando las reflexiones que Wilhelm von Humboldt había desarrollado sobre este tema, Marc Bloch considera que es la pertenencia a una comunidad «humana» lo que posibilita a la vez que el historiador comprenda a los hombres de otros tiempos y que se comunique con los hombres de hoy, incluso cuando éstos no son «especialistas» en los problemas que él estudia. Esta diferenciación de círculos de competencias estructura, a mi juicio, la distinción que Marc Bloch establece entre historia y memoria.

La concepción pluralista del conocimiento defendida en la *Apología*, en lugar de derivar todas las formas del saber constituido desde una de ellas, erigida en norma universal, se esfuerza, por el contrario, en explorar todas las potencialidades que encierra cada una de las maneras de ver el mundo. Si este pluralismo se sustrae al «relativismo», es porque Marc Bloch considera la elaboración del conocimiento histórico como un proceso social, necesariamente colectivo. Las «comunidades de competencia» no tienen como única función la validación de conocimientos. Resultan también indispensables anteriormente, en la elaboración de los «puntos de vista», es decir, de los «problemas» a los que los historiadores quieren dar prioridad en sus investigaciones. Se entiende así que, para Marc Bloch, la capacidad de «traducir» un lenguaje a otro sea una de las cualidades más importantes que se tiene derecho a esperar del verdadero historiador. Éste pone en comunicación a los hombres del pasado con los hombres del presente, pero también tiende puentes entre la comunidad científica y el mundo social. El historiador no sólo tiene que «traducir» al lenguaje ordinario los resultados de las investigaciones especializadas que él ha llevado a cabo, sino que, inversamente, tiene que prestar atención a las curiosidades, a las preocupaciones y a los problemas que agitan el mundo en el que vive, para poder transformarlas en cuestiones pertinentes para la comunidad científica a la que pertenece.

En esta definición de la ciencia histórica, la cuestión del *juicio* científico adquiere una importancia central, puesto que un conocimiento sólo puede considerarse «verdadero» si es validado como tal por los investigadores competentes. Sin embargo, Marc Bloch no ha explotado todas las posibilidades de este punto de partida. Esforzándose en definir el oficio de historiador únicamente a partir del «método histórico», ha tomado un camino sin salida[2]. Después de la guerra, la creciente di-

[2] Esto no quiere decir que las cuestiones de método no sean importantes en la investigación histórica. Como ha mostrado recientemente Pierre Vidal-Naquet, la capacidad de los historiadores de luchar contra las falsificaciones de la historia, combatiendo

versificación de la investigación histórica hará cada vez más difícil de aceptar un enfoque de la disciplina centrado en la unidad de sus *savoir-faire*. Si Marc Bloch no ha sido completamente coherente consigo mismo es, a mi juicio, porque ha excluido de su reflexión sobre el oficio de historiador la cuestión del poder. El papel que desempeñan las relaciones de poder en la estructuración de las disciplinas universitarias puede comprenderse retomando los análisis que Max Weber dedicó a la «vocación de científico». Los historiadores forman una comunidad profesional ante todo porque llevan el mismo nombre. Este nombre les ha sido atribuido al término de toda una serie de pruebas (proceso de nombramiento) que aplican las normas de juicio que rigen la disciplina. Desde esta perspectiva, el problema ya no es identificar el perfil de un «oficio» describiendo un método o un conjunto de *savoir-faire*, sino comprender cómo se articulan las configuraciones entre saber y relaciones de poder. Defender el carácter «científico» de la historia (o de cualquier otro ámbito de conocimiento), es procurar que el nombre «oficial» dado al ámbito de investigación en cuestión corresponda a un conjunto de actividades y de competencias perfectamente identificadas, de modo que los conocimientos producidos en el interior de este segmento del saber puedan evaluarse a partir de criterios compartidos por todos los que se incorporan a él.

La perspectiva «pragmatista» aquí esbozada no constituye ni una renuncia a la interdisciplinaridad, ni un rechazo de la filosofía. Pide simplemente que en lugar de buscar en las «epistemologías fundamentalistas» argumentos para alimentar sus luchas de competencia, los historiadores se apoyen en los trabajos filosóficos y sociológicos que puedan ofrecerles instrumentos capaces de ayudarles a clarificar sus prácticas. Los cuatro estudios empíricos reunidos en la segunda parte de este libro muestran que también la historia de la historia puede contribuir a este trabajo de explicitación. La hipótesis central que les subyace es que la escritura de la historia se ha visto profundamente afectada por el nuevo sistema de imperativos fruto de la profesionalización de la disciplina a fines del siglo XIX. Si, en vez de seleccionar los trabajos considerados *a priori* como los más importantes, se toma en consideración el conjunto de los textos producidos por un historiador a lo largo de su carrera, su obra puede entenderse entonces como una

---

por ejemplo a quienes se empeñan en negar la existencia de las cámaras de gas y la persecución de los judíos, pasa también por una defensa de las técnicas de elaboración de los hechos; cfr. P. Vidal-Naquet, *Les assassins de la mémoire. Un Eichman de papier*, La Découverte, 1987.

combinación de tres clases de escritos que reflejan las tres dimensiones del «oficio de historiador»: el saber, la memoria y el poder; obedeciendo cada una de ellas a las necesidades y a las reglas de elaboración que les son propias. La negativa por parte de los historiadores a clarificar esta diversidad de sus prácticas profesionales y a reconocer los imperativos a los que obedece cada una de ellas, es la causa de las «contorsiones de la escritura» (ilustradas tanto por los escritos de carácter «autobiográfico» como por las «cuartas de cubierta») a las que tan a menudo se entregan los historiadores para reforzar la imagen del «científico» que, pese a todo, quieren dar de sí mismos. La relación establecida entre actividades de juicio y elaboración del conocimiento histórico explica la importancia que hemos concedido al problema de la democratización de las prácticas de investigación (y así a su clarificación, puesto que la democracia supone, idealmente, la transparencia de sus reglas de funcionamiento). Es trabajando por una «sociedad de historiadores» más justa y más igualitaria como puede contribuirse más eficazmente al enriquecimiento del saber histórico. Desde esta perspectiva, la «solidaridad» no es sólo un valor, sino también un factor del progreso científico.

Al final de estas reflexiones, se entenderá mejor, espero, cuáles son las grandes cuestiones del debate en curso sobre la «crisis de la historia». Si verdaderamente se quiere saber en qué consiste el «malestar» actual de los historiadores (si es que hay «malestar»), ¿no habría que empezar por preguntarles a ellos qué piensan al respecto? Y sin embargo, resulta inevitable constatar que ninguno de los «balances» que hoy se nos ofrecen toma esta vía. Si la reflexión sobre la historia sigue siendo el privilegio de una muy reducida fracción de la «comunidad» de historiadores, es porque ella constituye el verdadero objeto de las luchas de competencia que enfrentan a los historiadores entre sí. En los últimos veinticinco años, la formidable «descompartimentalización» de la disciplina y la infinita diversificación de la investigación han hecho que el problema de la «visibilidad», y así, el del «reconocimiento» del trabajo empírico especializado, se plantee en términos nuevos. Para que sus innovaciones científicas puedan reconocerse públicamente, los historiadores se ven obligados a recurrir cada vez más a estrategias de valorización que pasan por la invención de nuevas «etiquetas» (cfr. la retórica de los «giros» y de los «paradigmas») y por la elaboración de «balances» que son auténticos palmarés. Ello no significa, evidentemente, que todos los historiadores que hoy reflexionan sobre la situación de su disciplina estén animados por este tipo de intenciones estratégicas. Pero el carácter «desinteresado» de estos estu-

dios resultaría más convincente si afrontasen *también* el problema de saber cómo se puede ser «objetivo» siendo a la vez juez y parte. Presentar un «inventario» de la investigación histórica implica siempre conceder prioridad, aunque sólo sea citándolos, a ciertos trabajos y a ciertos autores (generalmente aquellos que uno conoce mejor) en detrimento de los demás. Los historiadores alejados de los centros donde se elaboran estos «palmarés» y cuyas investigaciones son, muy a menudo, pura y simplemente ignoradas, no pueden menos de considerar injustas las prácticas que les condenan a la inexistencia. Si ningún «fundamento epistemológico» puede justificar estas discriminaciones, entonces sólo la democratización de las actividades de juicio permitirá que el debate sobre la «crisis de la historia» no sea ya una de las causas de esta «crisis».